



LOUISE
O'NEILL

SOÑAR
CON LA
SUPERFICIE

UNA NUEVA VISIÓN DE
LA SIRENITA

Lectulandia

¿Crees que conoces la historia de La sirenita? Tal vez deberías pensarlo mejor...

En el fondo del mar, a cierta distancia de la fría costa irlandesa, vive Gaia, una joven sirena que sueña con liberarse de un padre autoritario. La primera vez que sube a la superficie se siente atraída por un chico humano y anhela unirse a su mundo sin preocupaciones, pero ¿cuánto tendrá que sacrificar? ¿Qué deberá hacer la sirenita para encontrar su voz?

Un libro con trasfondos profundamente sombríos, lleno de rabia y gritos de arenga: una narración extraordinaria. Una nueva visión del cuento de hadas de Hans Christian Andersen a través de una incisiva mirada feminista, dotada de un estilo deslumbrante y agudo y de la habilidad para construir mundos que le han conseguido a la autora legiones de leales admiradores.

Lectulandia

Louise O'Neill

Soñar con la superficie

ePub r1.0

Titivillus 12-03-2019

Título original: *The surface breaks*
Louise O'Neill, 2018
Traducción: Aida Candelario

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

*Para Aine Loughnan, mi primera mejor amiga,
y para mi querido ahijado, George Gillan.*

Capítulo 1

—No estás lista, mi niña. Sé paciente. Ya llegará tu momento.

Llevo escuchándole decir eso a mi abuela desde que tengo memoria.

—Pero ¿cuándo estaré lista? —insistía yo—. ¿Cuándo, Abuela? ¿Cuándo, cuándo?

Y ella contestaba que me callara.

—Es por tu propio bien —decía—. Ya sabes lo que opina tu Padre del mundo de los humanos. Que no te oiga hablando así.

Nunca me han permitido hablar mucho. A mi Padre no le gustan las chicas curiosas, así que me mordí la lengua y esperé. Los días de mi infancia siguieron transcurriendo, disolviéndose como espuma de mar en la cresta de las olas. Los he ido contando, los días y las noches, las semanas, los meses, los años. He estado aguardando este día.

Y ahora, por fin, ha llegado. He cumplido quince años y se me permitirá salir a la superficie, ver por primera vez el mundo situado por encima de nosotros. Tal vez allí encuentre respuestas. Pues tengo muchas preguntas. Me las he tragado durante años, notando su sabor amargo en el fondo de la garganta.

—Feliz cumpleaños, querida Muirgen —me dice la abuela Thalassa mientras me coloca una corona de lirios en la cabeza.

Estoy sentada en un trono tallado en coral mientras miro mi reflejo en el espejo agrietado que tengo delante. Es una reliquia procedente de un barco que naufragó hace dos años. Las rusalcas subieron a la superficie para cantarles a los marineros y conducirlos a una tumba marina y para llenarles los pulmones de muerte. Las rusalcas cantan tan bien... Cantan para vengarse de todo el daño que les han infligido.

Mi habitación en el palacio está llena de este tipo de hallazgos, rastros de los humanos que descienden de su mundo al nuestro y que yo colecciono, pieza a pieza: un peine roto que utilizo para domar mi largo cabello pelirrojo; un anillo con piedras preciosas que mis hermanas codician y me piden que les preste, pero no lo haré; una estatua de alabastro blanco del rostro y el torso de

un joven... Me pregunto quién es esa persona cuyo rostro ha sido tallado en mármol. Me pregunto si alguna vez observa el mar y considera qué ocultan sus profundidades, si se plantea qué podría hallar en sus entrañas si prestara atención. Me pregunto si sabe siquiera que existimos.

—Cuesta creer que ya tengas quince años —comenta mi abuela—. Recuerdo el día en que naciste con tanta claridad...

Todos en el reino recuerdan mi cumpleaños, pero no por mí. Mi abuela me engancha una perla en la cola después de perforar la carne con una concha afilada. Veo cómo la sangre brota y tiembla en el agua antes de diluirse. Las perlas son grandes y pesadas y debo usar seis por temor a que los otros sirenos olviden de algún modo que soy de la realeza y, por lo tanto, superior a ellos en todos los sentidos.

—Fue evidente que eras especial —añade mi abuela—. Incluso entonces.

Pero no lo bastante. No era lo bastante especial como para hacer que mi madre se quedara.

Mi abuela me arranca unas escamas y hace caso omiso de la exclamación de dolor que ahogo. A Thalassa del Mar Verde no le interesan ese tipo de quejas.

«La belleza requiere sacrificios —me diría—. Siempre hay que pagar un precio». Y me señalaría su propia cola, con doce perlas. Mi abuela no es de sangre real, por lo que se espera que esté agradecida por estos adornos que le concedió su yerno, el Rey del Mar, y aún más agradecida de que el privilegio no le fuera revocado cuando su hija... se comportó tan mal. La familia de mi abuela era de buena cuna, y muy respetada, pero mi madre fue su oportunidad de acceder al trono. Tal vez mi abuela no se dio cuenta del precio que tendría que pagar su hija. Tal vez no le importó.

Cuando mi abuela dice que soy «especial», en realidad quiere decir «hermosa». Esa es la única forma en la que una mujer puede ser especial en el reino. Y es cierto que soy hermosa. Todas las hijas del Rey del Mar lo son, cada princesa es más encantadora que la siguiente, pero yo soy la más bella de todas.

Soy el diamante en la corona de mi Padre, y está decidido a usarme como tal.

Exhibiré mi belleza y se atribuirá toda admiración resultante.

—Me llamo Gaia —repongo—. Ese es el nombre que me puso mi madre.

—No hablemos de tu madre. Muireann tenía muchas ideas que le habría sido mejor ignorar.

Me cuesta un poco respirar. «Muireann». Casi nunca oímos mencionar el nombre de mi madre.

—Pero...

—Calla —dice ella, y mira por encima del hombro—. Nunca debería haberte dicho el nombre que eligió para ti.

Pero lo hizo. En mi quinto cumpleaños le supliqué que me contara algo, *cualquier cosa* sobre mi madre. «Te llamó Gaia» me dijo y, al oírlo, me sentí como si me descubriera a mí misma.

—Gaia no es un nombre del mar, mi niña —me dice ahora mi abuela.

—Pero era lo que quería mi madre, ¿no?

—Sí —suspira.

—Y mi Padre estuvo de acuerdo, ¿verdad? Aunque Gaia era un nombre de la tierra, no de nuestra raza.

—El Rey del Mar le tenía mucho cariño a Muireann en aquella época. Quería verla feliz.

Al principio, pensaron que la pasión de mi madre por el mundo de los humanos era algo inocente. Eso fue antes de que empezara a comportarse de forma extraña. Antes de que desapareciera durante horas y pusiera excusas cada vez más rebuscadas para explicar su ausencia al regresar. Antes de que se la llevaran.

—Y luego mi madre...

—Tu madre está muerta, Muirgen —me interrumpe mi abuela—. No hablemos más de ella.

Pero, a pesar de lo que me dicen, no sé si está muerta. Lo único que sé es que, cuando alguien desaparece el día de tu primer cumpleaños, toda tu vida se convierte en una pregunta, un rompecabezas que necesitas resolver. Así que miro hacia arriba. Me he pasado toda la vida mirando hacia arriba, pensando en ella.

—Todavía podría estar viva —alego.

—No lo está.

—Pero ¿cómo puedes estar tan segura, Abuela? Lo único que sabemos es que se la llevaron. Tal vez...

—Muirgen. —Su voz suena seria. La miro a los ojos, que son azules, como los míos. Todo es azul aquí abajo—. A una mujer no le conviene hacer demasiadas preguntas.

—Pero yo solo quiero...

—A una mujer tampoco le conviene querer demasiadas cosas. Intenta recordarlo.

Muireann del Mar Verde había querido demasiadas cosas. «Te pareces mucho a tu madre —me dice la gente mayor (aunque solo cuando mi Padre no los oye, pues él no permite que se hable de mi madre en la corte)—, el parecido es...» (¿Desconcertante? ¿Extraño? ¿Qué?) Pero nunca terminan las frases. «Es una lástima lo que le pasó—, dicen en cambio. Todos han aceptado que está muerta, aunque nunca pudiéramos enterrar su cadáver en la arena profunda. Creen que es una pena, pero ¿qué más podía esperar una mujer como mi madre? Tenía sus propias necesidades, sus propios deseos. Quería escapar, así que también miró hacia arriba. Y fue castigada por ello».

Mi abuela sujeta ahora la última perla mientras saca la lengua en un gesto de concentración. Mi cola debe tener un aspecto perfecto para el baile de esta noche. Mi Padre siempre está de un humor bastante exigente en esta fecha.

Aguardo hasta que mi abuela está absorta en su trabajo y, entonces, miro hacia arriba otra vez. Observo el mar oscuro, las olas agitadas, y me esfuerzo por ver la tenue luz que hay más allá. Ahí es adonde fue mi madre, allá arriba. Y ahí es adonde debo ir yo para encontrar las respuestas que necesito.

Mi abuela me tira de la cola, pero yo mantengo la cabeza echada hacia atrás y miro hacia la superficie. Pues ya tengo quince años y puedo hacer lo que me plazca.

Capítulo 2

Me detengo frente al dormitorio de mis hermanas y las oigo discutir. Sus voces fuertes y sus chillidos de enfado... «Un alboroto», lo denominaría mi Padre si alguna vez nos comportáramos así delante de él. Aunque nunca nos atreveríamos: somos las hijas del Rey del Mar, y las hijas siempre deben portarse bien.

—Ese peine es mío.

—No, Talia. Tu peine es negro.

—Tengo un peine negro y otro de coral, y estás usando mi peine de coral. Dámelo ahora mismo.

—Talia —dice Cosima cuando abro la puerta. Talia y ella están flotando en medio de la habitación mientras mis otras tres hermanas las ignoran desde la seguridad de sus camas—. No todo te pertenece. Este peine es *mío*.

Se trata de una estancia enorme, con el techo abovedado cubierto de algas verdes y marrones y el suelo enlosado con mármol perlado. Hay dos camas individuales a cada lado y otra doble en la parte frontal de la habitación, junto a la ventana de cristal de mar teñido, donde ha dormido Talia desde que salimos del cuarto de los niños hace ocho años.

—Soy la mayor —dijo cuando se la apropió, e ignoró las protestas de Cosima—. Me quedaré con esta cama hasta que deje el palacio para ir a la casa de mi marido —afirmó entonces, mientras hacía un gesto ostentoso con la mano.

Pero Talia ya no hace comentarios como ese. Todas sabemos que tardará mucho en abandonar este palacio.

Yo también solía tener una cama en este dormitorio común y me quedaba dormida con la mano estirada para agarrar la de Cosima. Tenía pesadillas en aquel entonces, visiones del intenso dolor que los humanos podrían haberle infligido a mi madre cuando la capturaron, pero Cosima me despertaba y me aseguraba que todo iba bien. «No te preocupes, Gaia», me decía. Ella era la única que me llamaba Gaia, porque comprendía cuánto significaba para mí. Pero luego cumplí doce años y todo cambió.

Cosima se quedaba dormida por las noches llorando en silencio. Cada áspero sollozo era como una reprimenda. «No es culpa mía —quería decirle yo—. No le pedí que me eligiera. No pedí nada de esto». Al final, solicité trasladarme a la torre situada en la parte superior del palacio y fingí que no me importaba que ninguna de mis hermanas se opusiera.

—Pero no hay techo en la torre —repuso mi Padre con el ceño fruncido—. Solo tendrás el mar sobre ti.

Le dije que no tenía importancia y le sonreí como a él le gustaba, como una niña buena. Él cedió y dijo:

—Cualquier cosa que quiera mi Muirgen.

Me concedió permiso para trasladar mis pertenencias a las altas torrecillas, así que me llevé mi cama, mi espejo, mi peine y mis joyas conmigo. Y la estatua, por supuesto, aunque eso tuve que hacerlo cuando mi Padre no me veía.

El Rey del Mar odia a los humanos. La única vez que se alegra de tener noticias de ellos es cuando sus cadáveres se hunden en el reino, con los ojos todavía abiertos, como si buscaran algo. ¿Un ser querido? ¿Un rescate que nunca llegará? No estoy segura. Aunque al Rey del Mar eso le da igual. «No hay mejor humano —decía con una sonrisa adusta mientras un cuerpo pasaba flotando frente a la ventana del comedor— que un humano muerto». («Pero ¿acaso puedes culparlo? —argüía mi abuela—. ¿Puedes culparlo después de que se llevaran a tu madre?»))

—Devuélvemelo —exige ahora Talia, que le arrebató el peine de las manos a Cosima con una exclamación triunfal.

—Buenos días, hermanas —saludo, y ambas se vuelven para mirarme.

—Llegas tarde —dice Talia mientras se pasa el peine por su cabello negro.

Ella es la única cuyo cabello se niega a rizarse, por mucho esmero con el que se lo enrolle alrededor de caracolas. Para fastidiarla, le decimos que debe ser medio rusalca: con el cabello tan liso no puede tener pura agua de mar corriéndole por las venas.

—¿Has subido ya? —me pregunta Cosima.

—Todavía no —respondo—. Iré mañana por la mañana, al alba.

—Caramba —dice Cosima—. Suponía que habrías subido a toda prisa a la primera oportunidad. Tal vez no te parezcas tanto a esa «madre» nuestra después de todo. Habría sido una auténtica lástima que hubieras heredado la enfermedad de esa mujer.

—No hables así de nuestra madre —protesto, furiosa.

—¿Por qué no? ¿Acaso no nos abandonó?

—No nos abandonó.

—Muirgen —suspira Cosima—. Conocía los riesgos y, sin embargo, siguió subiendo a la superficie, día tras día. Fue imprudente. Puede que no pretendiera que la capturasen, pero se lo buscó. Nos abandonó.

¿Qué puedo responder a eso? «Tal vez fuera fácil abandonarnos».

—Vamos, Cosima —dice Sophia, mi tercera hermana de más edad—. Deja a Muirgen en paz. ¿Has olvidado que es su cumpleaños?

—¿Olvidarlo? ¿Cómo podríamos olvidarnos de qué día es hoy?

—Vale, Cosima —le espeto—. Lo entiendo. Hoy es un día maldito y yo soy una sirena maldita. ¿Ya estás contenta?

—Basta, hermana —protesta Sophia—. Hoy es tu cumpleaños y nos alegra celebrarlo. *A todas*.

Nada hacia mí, y su cabello castaño que le llega a la cintura flota tras ella. Me abraza y percibo su olor a sal y a estaño, a las algas que lleva alrededor del cuello y las muñecas. Huele como todas nosotras. (Arriba, las mujeres llevan la fragancia de las flores en la piel: huelen a rosas, lirios y jazmines. Arriba, las flores tienen aroma, el perfume emana de sus capullos).

—Ya sé que es tu día, Muirgen —dice Talia mientras se muerde las uñas. Siempre está tensa el día de mi cumpleaños. Ella tenía siete años cuando yo cumplí uno, así que se acuerda de la nefasta fiesta. Talia se acuerda de todo—. Pero eso no es excusa para que llegues tarde. Todas nos meteremos en un lío también, ¿sabes?

—No llego tarde, Talia.

—Llegas tarde —insiste ella—. ¿A que sí, Nia?

Nia se encuentra junto a la ventana, con los dedos presionados contra el cristal verde claro, y observa pasar a los peces.

—¿Qué? Sí. Sí, tienes razón, Talia. Siempre tienes razón. —Intenta sonreírme—. Pero feliz cumpleaños de todos modos, Muirgen.

—¿Cuántas perlas tienes? —me pregunta Cosima—. Parece que Abuela te puso siete perlas. ¿Te puso *siete*? ¿Por qué te pondría siete perlas cuando el resto solo tenemos seis?

—Solo tengo seis perlas, Cosima —digo mientras Sophia me toma de la mano y aparta la vaporosa cortina que cubre su cama para dejarme pasar—. Igual que el resto de vosotras. Abuela nunca haría otra cosa.

—Oh, por supuesto, bella Muirgen —murmura en voz baja, y se vuelve de nuevo hacia el espejo colocado en la cabecera de su cama y decorado con conchas de moluscos y algas rojas—. Qué típico.

—En realidad, el concepto de llevar perlas es arcaico —opina Arianna. Está tumbada boca abajo y tiene la cola de color verde menta doblada para rozarse la espalda como si se rascara un picor—. Si alguna de vosotras se molestara en venir con Sophia, Abuela y conmigo cuando visitamos las Tierras Exteriores, comprenderíais que supone un *terrible* desperdicio de recursos. Deberíamos emplear el dinero del palacio en mejorar las condiciones de esa gente en lugar de en esta frívola muestra de vanidad.

—Sí, Arianna, ya lo has mencionado antes —contesto.

«Unas cien veces». Nuestra abuela visita todas las semanas las Tierras Exteriores, el lugar al que mi Padre ha enviado a los «indeseables»: los sirenos a los que no soporta ver dentro de los muros del palacio. Les lleva comida y ungüentos que prepara la sanadora y, aunque el Rey del Mar no aprueba las demostraciones de benevolencia de nuestra abuela, tampoco se lo prohíbe. Creo que mi Padre no se fía de lo que podría ocurrir si la gente de las Tierras Exteriores pasara demasiada hambre.

—Pero no es decisión nuestra usar o no las perlas, ¿verdad? —le pregunto a Arianna. Nada es nunca decisión nuestra.

—Y por eso yo no uso adornos en mi vida diaria, por *principios* —continúa Arianna, que me ignora—. Aunque, claro, a mí no me obsesionan tanto estas tonterías acerca de perlas, espejos, qué peine le pertenece a quién y quién tiene el cabello más rizado. En serio, si nos acompañarais a Abuela y a mí la próxima vez que vayamos a una misión benéfica, veríais lo terribles que son las condiciones, esa pobre gente está...

—Los sirenos de las Tierras Exteriores están *bien* —la interrumpe Cosima—. Mejor que bien. Tienen suerte de que les permitamos siquiera seguir aquí. Criaturas *antinaturales*.

—¿Antinaturales? —exclama Nia con voz brusca. La miro sorprendida, pues ella nunca se involucra en discusiones—. No pueden evitar ser como son.

—Por favor. —Cosima pone los ojos en blanco—. Podrían cambiar si de verdad quisieran. Y, a fin de cuentas —vuelve a centrar su atención en Arianna—, hoy llevas tus perlas, Ari, a pesar de toda esa charla sobre *principios*.

—Hoy no cuenta. Sabes que no puedo...

Arianna no termina la frase. Pero sé qué le gustaría decir: *No puedo* porque hoy se celebra un baile en la corte.

No puedo porque Padre estará allí y esperará que vayamos ataviadas como es debido.

No puedo porque el Rey del Mar se enfadará si no hacemos lo que quiere. No tolerará ningún tipo de insubordinación femenina precisamente hoy.

Y todas sabemos lo que pasa cuando nuestro Padre se enfada.

—No sigamos hablando de esto —interviene Sophia, que se apresura a poner paz—. Estás preciosa, cumpleaños. Zale no podrá quitarte los ojos de encima.

—Creo que Zale tiene cosas más importantes en las que pensar —dice Cosima mientras aprieta la mandíbula.

Ese es otro motivo por el que está enfadada conmigo. Ojalá Zale me quitara los ojos de encima y volviera a ponerlos en Cosima. Al menos ella lo disfrutaría.

—Oh —contesto—. Cosima tiene toda la razón. Estoy segura de que Zale ni siquiera se fijará en mí —«O eso espero»—. Sin duda, estará demasiado ocupado intentando encontrar un modo de matar a todas las rusalcas que hay bajo el mar.

—¿Y por qué no iba a hacerlo? —repite Cosima—. Zale solo intenta protegernos. Las rusalcas son peligrosas. No son como nosotros. No nacieron del mar, como nosotros.

Pronuncia esas palabras como si fuera información nueva, como si no nos hubieran contado esta historia desde que éramos pequeñas. O, al menos, versiones de lo mismo. La versión de nuestra abuela era más compasiva. «Las rusalcas son desdichadas —nos decía—. Les han hecho daño, y por eso atacan.

Sed amables».

Las rusalcas llevan en estos mares tanto tiempo como los sirenos, pero ellas no están hechas de sal. En otro tiempo fueron humanas, pero pecaron. Las castigaron, como se debe hacer con las mujeres inmorales, y murieron llorando, con sollozos atrapados en la garganta, y les arrancaron la vida del pecho. Mi abuela las llama «las ahogadas». Muertas que, de algún modo, encontraron la forma de respirar bajo el agua, incluso antes de que la Bruja del Mar decidiera convertirse en su defensora. Mi abuela era la única que consideraba que las rusalcas merecían compasión, a pesar de que habían acabado con la vida de su único hijo durante la guerra. «¿Por qué no estás enfadada con las rusalcas después de lo que pasó con el tío Manannán?», le pregunté una vez, pero me dijo que yo era demasiado joven para entenderlo.

La otra versión es la que nos contaban todos los demás. Historias sobre el comportamiento de las rusalcas cuando estábamos en guerra, del daño que

habían infligido y que no habían dejado de sonreír mientras lo hacían, ansiaban derramar más sangre.

—Hay que controlar a las rusalcas —sentencia Cosima mientras se enrolla un rizo rubio alrededor del dedo sin apartar la mirada de su espejo.

—En ese caso, tenemos suerte de contar con Zale —contesto—. Lo que más le gusta es controlar a las mujeres.

Mis otras hermanas se ríen y luego se detienen al instante. No se nos permite burlarnos de los sirenos, por muy alta que sea nuestra alcurnia.

—Ya basta. Llegamos *tarde*. La luz está cambiando en el agua —dice Talia mientras saca a Nia y a Arianna de sus camas y aleja a Cosima de su reflejo—. Vamos a meternos en problemas. —Al llegar a la puerta, se gira para mirarnos a Sophia y a mí—. ¿Y bien? ¿Venís o qué?

—Dentro de un minuto —respondo. Necesito reunir fuerzas antes de que comience este espectáculo.

—Muirgen, te prohíbo retrasarte más.

—Ya tengo quince años, Talia. No puedes *prohibirme* hacer nada. No eres mi madre.

—Soy muy consciente de eso —contesta ella en voz baja, y deseo no haberlo dicho. Y menos aún a Talia—. Muy bien, entonces. No te prohíbo nada, pero te *advierto* que llegar tarde sería un grave error.

—No llegaré tarde.

—Es tu cumpleaños, Muirgen. No puedes llegar tarde a tu propia fiesta.

Casi suelto una carcajada. Sea lo que sea la celebración de esta noche, tiene muy poco que ver con mi cumpleaños.

—Hablo en serio —continúa Talia—. Padre no...

—Padre no hará nada —le aseguro—. Os veré en la corte dentro de cinco minutos.

Mi hermana suelta un suspiro exagerado y se marcha. Las demás la siguen de cerca, con sus densos cabellos ondeando a su paso.

—Siete perlas —puedo oír que Cosima se queja—. Y organizan un baile para celebrar su cum...

Su voz se apaga y en la habitación reina la paz, para variar.

—Me alegro mucho de no tener que quedarme más en el dormitorio común —le dije a mi abuela cuando me trasladé a la torre—. A veces necesito estar sola para poder pensar.

Ella me tocó la mejilla con la mano.

—Te pareces tanto a tu madre...

«¿Por qué? —quise preguntarle—. Y ¿en qué sentido?» Háblame de ella, Abuela. Háblame del día en que nació, dime cómo era de niña, cuáles eran sus juegos favoritos, sus comidas favoritas, qué canciones le gustaba cantar. Dime, dime, *dime*. Tengo tantas preguntas..., y sé que nunca hallaré la respuesta a ninguna de ellas. Aquí abajo, al menos.

—Cosima tiene que dejarlo. No recibo un trato preferente. Por lo menos por parte de Abuela —digo cuando estoy segura de que ya no pueden oírme.

—Ya sabes por qué se comporta así —contesta Sophia en voz baja—. Intenta entenderla.

—Eso no es excusa para que sea maleducada —discuto—. Ni para que Talia sea tan mandona. «Date prisa, Muirgen. Llegarás tarde, Muirgen». Nunca conseguirá marido si se sigue comportando así. Y Nia es peor, siempre está de acuerdo con todo lo que dice Talia. Debería tener más carácter.

—Sé amable —contesta Sophia. Se enrolla el cabello en un moño y lo sujeta con un trozo de concha rota—. Talia tiene veintiún años y todavía no está comprometida. Sabe que es la comidilla de la corte; no puede pensar en otra cosa.

—Tal vez le vaya mejor así —sugiero, y nos quedamos calladas. No hay nada que pueda salvarme ahora, y ambas lo sabemos.

—Y en cuanto a Nia... —continúa Sophia—. Bueno. Nia tiene sus propios problemas.

—¿A qué te refieres? Está comprometida con Marlin. Tiene el futuro asegurado.

—¿Y crees que Nia *quiere* casarse con Marlin?

—Pues...

(La cocina del palacio. El año pasado. Nia sollozando, con la piel llena de manchas. A Padre no le habría gustado verla así. «Por favor, Abuela —había rogado Nia—. Por favor, no me obligues. No puedo hacerlo. Yo no soy así, ¿me entiendes? No soy...» Abuela permaneció en silencio. Y entonces me vio. «Muirgen —me dijo bruscamente—. ¿Qué haces? Deja de escuchar a escondidas»).

—Sophia —insisto ahora—. ¿A qué te refieres?

—Da igual —contesta.

Sus ojos se encuentran con los míos: azul sobre azul sobre azul otra vez. Ojalá los míos fueran de otro color. Según cuentan, allá arriba las mujeres tienen los ojos de color marrón, verde, violeta o avellana. Tienen la piel marrón, negra, rosada o blanca. Allá arriba, a las mujeres se les permite ser diferentes.

—¿Qué crees que diría mamá si estuviera hoy aquí? —pregunto, y Sophia mira hacia atrás con nerviosismo.

Me he dado cuenta de que todas hacemos lo mismo, como si nos diera miedo que nuestro Padre estuviera ahí, esperando a que cometamos un error.

—Creo que te daría un beso y te desearía feliz cumpleaños —contesta mi hermana—. Y luego te diría que te quiere.

«Pero no me quería lo suficiente como para quedarse».

A veces me pregunto si debería estar enfadada con mi madre por eso, como Cosima. Pero no le guardo rencor. La echo de menos. Y quiero saber la verdad sobre lo que le pasó.

El salón de la corte resplandece gracias a las piedras preciosas incrustadas en las paredes de coral. Cintas de color rojo sangre, tejidas con todas las flores marinas que crecen en las inmediaciones del palacio, cuelgan del techo y se balancean en el agua ondulante. Han enterrado en la arena enormes conchas de molusco abiertas, formando un círculo, y los sirenos sentados en su interior me desean feliz cumpleaños al pasar.

En medio de la pared posterior hay un balcón tallado en la pálida arenisca y con grandes perlas incrustadas. El Rey del Mar, mi Padre, está allí, con las manos apoyadas en la balaustrada y mis hermanas situadas en fila detrás de él.

Lleva el pelo muy corto, como es habitual entre los sirenos, y una fina corona de oro le rodea la cabeza. Ha colocado su tridente contra la pared del balcón; no necesita un arma en un evento como este, pero, aun así, lo mantiene al alcance de la mano. Mueve la mandíbula adelante y atrás y hace chasquear los huesos bruscamente. Mi Padre detesta este baile y, sin embargo, sigue insistiendo en celebrarlo y organiza festejos más complejos a cada año que pasa. El objetivo es demostrarles a sus súbditos, de una vez por todas, que no le importa lo más mínimo la deserción de mi madre, y nos lo creeremos, si sabemos lo que nos conviene.

—Muirgen. Sophia. —Mi abuela gira a nuestro alrededor con una abollada corona de metal trenzada en su largo cabello canoso—. ¿Dónde os habíais metido? Sabéis que al Rey del Mar no le gusta que lo hagan esperar.

Nos empuja delante de ella para que nademos hasta llegar junto al Rey del Mar. Sophia se une a mis hermanas en la parte posterior del balcón y mi abuela se sitúa junto a ellas. Me acerco a mi Padre: debo presentarme ante él antes de permanecer a su lado durante esta parte del festejo.

—¿Hay alguna razón en particular para que llegues tarde? —me pregunta mientras floto delante de él. Le tiembla el ojo izquierdo, lo cual nunca es

buena señal—. No me gusta esta tardanza, Muirgen.

—Lo siento, Padre —contesto—. Quería asegurarme de tener el mejor aspecto posible antes de salir de mi habitación.

—Bueno, entonces déjame comprobar si el retraso ha valido la pena.

Su mirada me recorre desde la cola hasta la coronilla. Mantengo el rostro inmóvil: a mi Padre no le gusta que nos estremezcamos.

—Tu aspecto me complace, Muirgen —dice por fin—. Me complace mucho. —Le dirige un cumplido por encima del hombro a mi abuela—. Lo has hecho bien esta noche, Thalassa.

—Gracias, majestad —responde ella, y se relaja—. Pero, sin duda, los elogios os corresponden a vos. Después de todo, vos la creasteis. Vos le disteis la vida.

—Cierto —asiente él—. Esperemos que también se parezca a mí en otros sentidos, por su propio bien.

Entonces, mi Padre me toma por los hombros y me hace volverme hacia la multitud. La brillante luz me hace parpadear y me pregunto de dónde habrán salido todos esos sirenos, a la mayoría de los cuales no conozco. Y, sin embargo, todos saben cómo me llamo, por supuesto.

—Saludos, sirenos y sirenas, mis leales súbditos. Es un placer recibirlos hoy en la corte para celebrar el cumpleaños de mi hija menor.

Los sirenos salen nadando de las conchas de molusco y levantan la mirada hacia nosotros con envidia y fascinación. Para ellos, somos los elegidos.

—Hoy es un día maravilloso. No solo celebramos la *limpieza* de nuestro reino, la *descontaminación* del palacio... —pronuncia el mismo discurso todos los años y, sin embargo, su indignación nunca parece disiparse—, sino que, para nuestra mayor alegría, la princesa Muirgen cumple hoy quince años. Una edad importante, como todos sabéis. Una edad que conlleva privilegios adicionales, sí, pero también responsabilidades adicionales. No me cabe ninguna duda de que Muirgen estará a la altura de las circunstancias en ambos casos. Después de todo, es mi hija predilecta.

Por el rabillo del ojo, veo que Cosima frunce el ceño, luego recuerda sus modales y su rostro se vuelve inexpresivo de un modo que reconozco demasiado bien. Pagaré por los comentarios de mi Padre más tarde.

—Y la más atractiva —añade el Rey del Mar—. Se parece a mí, ¿verdad?

Los sirenos vitorean, aunque todos saben que me parezco a mi madre. Los veo aplaudir para celebrar mi belleza, como si fuera algo que me hubiera ganado.

—Cantad —gritan—. ¡Cantad, princesa!

Las palabras ascienden hasta nosotros, exigen que las oigan.

—El pueblo ha hablado —dice mi Padre—. Debes cantar, Muirgen.

—Estoy cansada, Padre —contesto. Mi voz es una de las pocas cosas que considero mía, y solo mía. No quiero compartirla con esta ruidosa multitud—. Esperaba poder descansar esta noche.

—He dicho que cantes, Muirgen —repite él con tono de amenaza—. Yo también quiero escuchar tu voz. No le negarás esta petición a tu Padre, ¿verdad?

No se le puede negar nada al Rey del Mar. Aprendí esa lección hace mucho tiempo.

—Por supuesto que no, Padre. Como quieras.

Inspiro y puedo sentir las notas, tiemblan en la base de mi garganta, se forman sin tener que realizar ningún esfuerzo real. Abro la boca y la melodía se derrama, se desliza por el agua y todo lo que toca se vuelve traslúcido.

Los sirenos me miran, embelesados. La melodía nos une como si fuéramos un solo ser; se introduce en sus cuerpos, titila a través de ellos. Este don, a diferencia de la tan admirada simetría de mi rostro, sí me aporta alegría. Durante los últimos años, me he dado cuenta de que solo me siento completa cuando canto, como si mi cuerpo y mi alma al fin se hubieran encontrado. «Ahí estás —susurran, y se acurrucan uno en los brazos del otro —, te he echado de menos».

—Qué placer para todos vosotros, qué honor —me interrumpe mi Padre antes de terminar, y la melodía se me escabulle, como si se hubiera asustado—. Cuánta claridad. Cuánta *pureza*. Estoy seguro de que todos estaremos de acuerdo en que la pureza de la voz de mi hija no tiene parangón.

—Gracias, Padre. —Repito las frases que me han enseñado a decir desde que nací—. Gracias por otorgarme este don. Soy muy afortunada por ser de tu sangre.

—De nada —contesta él mientras me besa en la frente—. El amor de un Padre no tiene límites. Y eso es lo único que necesita una hija, ¿no estás de acuerdo?

—Sí, Padre.

—Sí, Padre..., ¿qué?

—Lo único que necesita una hija es el amor de su Padre.

—Muy bien. Pero no perdamos más tiempo parloteando.

Sus ojos recorren a mis hermanas, una por una, y todas nos ponemos tensas al comprender lo que se avecina. De algún modo, nunca se vuelve más fácil, por muy a menudo que ocurra.

—Talía, ponte al final —dice mi Padre mientras hace una mueca como si apenas pudiera soportar mirarla—. Luego Arianna, después Sophia.

Durante un instante, Arianna parece turbada, a pesar de sus afirmaciones de que ella está por encima de estas «muestras de vanidad».

—Nia —prosigue—, hoy estás muy guapa. Marlin es un hombre con suerte. —Mi hermana clava la mirada en el suelo del balcón—. Y ahora... —dice cuando solo quedamos Cosima y yo—. ¿Cuál de mis hijas merece el primer puesto hoy? ¿En cuál recaerá el honor de estar más cerca de su querido Padre?

Su mirada se detiene en Cosima un segundo, el tiempo suficiente para darle esperanzas. Ojalá no hiciera esto.

—Cosima, puedes ocupar el segundo puesto —anuncia—. Y, Muirgen..., ¡ese rostro, *ese rostro*! Tú eres la ganadora, como debe ser. Colócate junto a mí, querida.

Ocupo mi puesto detrás de él y me sitúo en fila con mis hermanas.

—Lo siento —susurro cuando rozo a Cosima por accidente, pero ella no me responde y se limita a echarse el cabello hacia atrás como si no tuviera ninguna preocupación.

Las opacas puertas de ámbar de la corte se abren y las sirenas del coro entran nadando; sus voces se funden para crear una cortina de sonido. Los demás sirenos aplauden su llegada y se dirigen al agua para bailar, giran con una fragilidad exquisita.

—Oh, qué aspecto tan magnífico tienen todos —comenta Cosima—. Las sirenas en particular. ¿Lo ves, Padre? ¿Ves cómo brillan sus perlas al bailar? —Él le dedica una de sus sonrisas poco frecuentes y mi hermana se anima—. Me dan pena los sirenos. Qué triste tener que vivir sin tales adornos.

Mi Padre se ríe de esa idea. Los sirenos no necesitan ser hermosos. Los miro bailar. Las perlas no los lastran, sus movimientos son un poco más rápidos que los de las sirenas y sus extremidades se mueven con soltura. «Con libertad».

La fiesta continúa y mi familia permanece en el balcón, a una majestuosa distancia, mientras observamos cómo los demás se divierten abajo.

—Es tarde, majestad —dice mi abuela cuando la luz se desvanece y el agua se oscurece—. Con vuestro permiso, voy a encargarme de que vuestras hijas se acuesten. Parecen cansadas.

—Sí, Thalassa —contesta mi Padre—. Algunas de las chicas pueden irse. Es esencial que duerman bien para estar guapas..., sobre todo tú, Talía. —

Ella simplemente asiente con la cabeza—. Pero Nia y Muirgen os quedaréis. Estoy seguro de que a vuestros prometidos les gustaría hablar con vosotras.

—Como deseéis, majestad —dice mi abuela y les hace un gesto a mis hermanas para que la sigan.

Cosima se gira y sé a quién desea vislumbrar. «Ay, Cosima».

Mi Padre agarra su tridente y golpea el suelo del balcón con él una vez para llamar a Zale y otra para llamar a Marlin. Los dos sirenos están sentados en una concha de molusco con sus amigos, pero, ante la orden de mi Padre, sus cuerpos se alzan de la concha como si un lazo invisible les rodeara la cintura y los arrastrara contra su voluntad. Al principio, Zale se resiste, pero luego se comporta como si no tuviera importancia, como si de todos modos deseara una audiencia con el Rey del Mar. Lo observo acercarse a mí, mi futuro marido, y se me revuelve el estómago, que amenaza con expulsar su contenido entre mis dientes.

—Majestad —dice Zale cuando llega al balcón.

Cada vez que lo veo, me sorprende de nuevo lo mayor que es: se está quedando calvo, una pelusa gris le cubre algunas zonas de la cabeza y tiene arrugas profundas en la frente. No se parece en nada al apuesto príncipe que predecían los cuentos de ninfas de mi abuela sobre el amor verdadero. Cuando éramos pequeñas, mis hermanas y yo, acurrucadas en nuestras camas, esperábamos a que nuestra abuela terminara la historia con «y vivieron felices para siempre». Yo solía preguntarme entonces por qué mi madre no tuvo un final feliz. Tal vez estuvieran reservados para las chicas obedientes.

Zale inclina la cabeza en señal de deferencia ante mi Padre y Marlin hace lo mismo apenas un segundo después.

—Muchas gracias por una maravillosa velada, majestad. Vuestra generosidad es incomparable. —La voz de Zale es tan obsequiosa que me habría parecido sincero si no supiera la verdad.

—Este día debe celebrarse —responde el Rey del Mar—. Durante catorce años, he gobernado este reino solo.

—Así es, y habéis llevado a cabo una labor tan complicada con gran sabiduría y fortaleza —dice Zale—. Mejor solo que mal acompañado, señor.

Me irrita oír hablar así de mi madre, pero me contengo. «La ira no resulta atractiva en las mujeres», asegura mi Padre.

—Si se me permite el atrevimiento de preguntar —continúa Zale—, ¿a qué debemos el honor de una audiencia con la familia real?

—Es tarde —contesta mi Padre—. Y mis hijas están cansadas. Pensé que os gustaría despediros de ellas.

—Buenas noches, Nia —dice Marlin, y se sonroja.

Estira la mano hacia la de ella y se estremece como si hubiera notado un chispazo al tocarla. Mi hermana permanece inmóvil, sin apenas mover la cola y con la mirada baja. No entiendo una reacción tan apagada. Marlin es un poco insulso, vale, pero es amable. Dulce. Será bueno con ella. La envidio por eso.

—Puedes retirarte, Marlin —dice mi Padre, y Nia deja escapar un imperceptible suspiro de alivio.

Marlin vuelve a inclinar la cabeza ante el Rey del Mar y se aleja nadando. Su torso esquelético es como un fragmento de carne que se abre paso por el agua.

Mi Padre le indica a Nia con un gesto de la mano que puede marcharse y yo le ruego en silencio que se quede, que me proteja. Pero ella se va, porque mi Padre le ha dicho que lo haga, y me quedo sola con ellos.

—Majestad —dice Zale mientras clava su lanza en el suelo.

Siempre lleva esa lanza consigo, aunque no la necesita. El reino está en paz y lleva así muchos años. Para gran consternación de Zale.

Los ancianos cuentan que la guerra entre las rusalcas y los sirenos se había prolongado durante diez años, y no parecía haber una tregua a la vista. Pero entonces mi madre (que en esa época no era reina, solo una simple sirena de la corte) fue a ver a mi Padre y le suplicó que pusiera fin a las hostilidades. A cambio, prometió casarse con él en su decimosexto cumpleaños. Al parecer, eso era algo que el Rey del Mar anhelaba desde hacía tiempo, pero toda sirena menor de veinte años debe contar con el permiso de su Padre para comprometerse. O su Padre toma la decisión por ella, como en mi caso. «Tienes mucha suerte», me dicen cuando se enteran de que voy a unirme a Zale. «Sí, tengo muchísima suerte».

Como si me hubiera leído la mente, Zale comienza a hablar de su tema favorito: la guerra.

—Debemos hablar de la Bruja del Mar y las rusalcas —suelta, como si la palabra «rusalcas» le quemara la lengua—. Se están volviendo...

—Zale —dice mi Padre en voz baja, y yo enderezo la espalda. Conozco ese tono, y lo que significa, demasiado bien—. ¿Has olvidado que tenemos compañía?

Se produce una pausa mientras los ojos de Zale se posan en mi rostro.

—Por supuesto que no —contesta y sonríe como si quisiera comerme entera y luego consolarse masticando mis huesos. «Este anciano y yo nos

uniremos dentro de un año», me recuerdo, y se me forma un nudo en la garganta—. ¿Cómo podría olvidarlo, teniendo tal belleza ante mí?

—En ese caso —dice mi Padre—, te agradecería que no menciones esos temas delante de mi hija, ni de ninguna mujer, en realidad. No les incumbe.

Zale se pasa una mano por la cabeza rapada y entorna los ojos. Son azules, como los del resto de los sirenos, y, sin embargo, los suyos parecen más oscuros mientras imagina batallas, espadas entrechocando, torsos decapitados... Zale no estará contento hasta que su lanza esté manchada de sangre. Preferiblemente la de una rusalca, pero no creo que sea demasiado exigente en ese aspecto.

—Disculpadme, majestad. Y feliz cumpleaños, Muirgen. Quince años, por fin; debes estar emocionada.

«Me llamo Gaia. Ese es el nombre que me puso mi madre». Tal vez si Zale fuera una clase diferente de hombre, podría pedirle que me llamara por el nombre que prefiero. Pero no creo que le interesen esos detalles. Lo único que le importa es que soy la hija más hermosa del Rey del Mar. Soy un premio que ganar, y a Zale le gusta el sabor de la victoria.

—¿No te parece que mi hija cantó con gran dulzura esta noche? —pregunta mi Padre, que me exhibe en busca de la aprobación de Zale. Respiro por la nariz e intento mantener la calma. Pronto acabará.

—Tiene muchísimo talento —responde Zale, aunque sospecho que no aprecia la música.

—¿Y no te parece que está radiante? Es una de las grandes bellezas del reino.

Una belleza magnífica.

—Cierto —coincide Zale—. Todavía recuerdo la noche del baile, cuando fue evidente que pronto se convertiría en la más bella de vuestras hijas. Supe entonces que debía ser solo mía.

Yo también me acuerdo de esa noche. Acababa de cumplir doce años. Y fue la noche en que Cosima empezó a llorar.

—Fuiste listo —comenta mi Padre mientras me aprieta los omóplatos con los dedos—. Actuaste pronto. Si Muirgen no fuera mi hija, tal vez la habría elegido para mí.

Zale y él se ríen, y yo intento sonreír también. «Solo son bromas entre sirenos», pienso. No hace falta ser tan susceptible.

—Pero, hablando en serio, señor —dice Zale, y adopta un aire sombrío de nuevo—. No podemos esperar mucho más. Ha habido movimiento...

—Sí, supongo que deberíamos ocuparnos de ese tema —contesta mi Padre—. ¿Lo tratamos ahora?

Zale asiente. Uno al lado del otro, los dos hombres resultan increíblemente parecidos, con su pelo entrecano rapado y sus hombros anchos. Podrían ser hermanos. El rey abre una puerta profusamente tallada situada a un lado del balcón y que da a la sala de guerra. Veo un destello plateado: soportes llenos de armas con pinchos que esperan pacientemente a ser utilizadas.

Mi madre se sacrificó para asegurarse de que esta puerta permaneciera cerrada para siempre. Pero mi madre ya no está.

—Muirgen —dice mi Padre—. Puedes retirarte.

Ni él ni Zale comprueban si obedezco la orden. No es necesario.

Pues soy la hija del Rey del Mar y haré lo que se me ordena.

Llamo a la puerta abierta de la habitación de mis hermanas y espero a que me concedan permiso para entrar. Todas están acostadas solas; la gasa blanca que rodea sus camas convierte sus cuerpos en sombras. Están despiertas, pero ninguna me habla, ni siquiera Sophia. Siempre acaban molestas conmigo el día de mi cumpleaños.

—Muirgen —dice mi abuela—. Pasa.

No la había visto, sentada en un rincón de la habitación detrás de la cama de Cosima, frente a un espejo bordeado con cristales tallados con forma de estrellas.

Se trata del espejo más grande del reino, que cayó durante la Gran Tormenta que hendió el cielo y azotó el mar. Quise llevármelo a la torre, pero Cosima se había negado.

—No —había protestado mi hermana mientras se cruzaba de brazos—. Yo lo encontré primero. Es mío. No puedes tener *todo* lo que quieras.

Ambas sabíamos que no se refería al espejo.

—Siéntate conmigo, mi niña —dice mi abuela.

Alineo mi cuerpo con el de ella en el asiento elaborado con una concha de molusco; mis escamas de color verde oscuro contrastan intensamente con su cola plateada. Me pasa los dedos por el cabello y deshace la trenza. «Debería ser mi madre quien hiciera esto». Mi madre tendría ahora treinta y siete años, todavía sería relativamente joven. ¿Ella habría permitido que tuviera lugar el compromiso con Zale si supiera cuánto me repugnaba la idea? ¿Habría sido la única que se enfrentara al Rey del Mar o a la que le importara lo suficiente como para hacerlo? Observo mi reflejo y el de mi abuela en el espejo, nuestros rostros angulosos y de huesos delicados. Puedo ver el presagio de lo

que sucederá a medida que transcurran los años y mi belleza se desvanezca, cuando mi piel se pliegue sobre sí misma y mi cabello pierda su intenso color. ¿Este es el aspecto que habría tenido mi madre algún día, cuando llegara a los cien años?

—Estás sangrando, Abuela —le digo mientras le miro la cola. Las perlas se retuercen, su peso tira hacia abajo y arranca jirones de carne. Hay un hueco entre las gemas y la cola de mi abuela, heridas abiertas que se llenan de burbujas de sangre—. ¿Te duele? ¿Aviso a la sanadora?

—No —contesta ella mientras desenrosca otra perla y suelta una exclamación ahogada cuando la extrae—. Ah, soy demasiado vieja para engalanarme así. A nadie le interesan los lastimosos intentos de una anciana por conservar su juventud.

—Entonces, ¿por qué las llevas?

—Tu Padre desea que todas las mujeres vayan debidamente adornadas en la corte. Y soy la sirena de mayor alcurnia desde que...

«Desde que tu madre se fue».

—Pero...

—El Rey del Mar lo ha decretado, Muirgen. Y se acabó.

No insisto y me acurruco contra ella mientras me acaricia el cabello.

—Tranquila, mi corazón de sal —me dice. Y, durante un segundo, finjo que es otra persona, otra mujer que soñó demasiado. Otra mujer que miró hacia arriba.

—Abuela. Cuéntame la historia de la primera vez que subiste.

Ella refunfuña, pero hoy no puede negarse a complacerme.

—Fue en mi decimoquinto cumpleaños —comienza, y yo articulo las palabras al mismo tiempo que ella.

Ya he escuchado esta historia muchas veces. Era la canción de cuna con la que me dormía cuando era un bebé, el bálsamo que me calmaba después de pelearme con una de mis hermanas. Mi abuela tenía quince años, miró hacia arriba y siguió el sol hacia la superficie.

—Y sentí calor por primera vez —relata ahora, como hace siempre—. Un calor tan intenso que tuve que volver a sumergirme. Era como si la piel se me fuera a desprender de los huesos.

Volvió a atravesar la superficie del agua y vio peces volando en el aire («Pájaros, mi niña, allá arriba los llaman pájaros») y barcos («¿Que cómo son? Bueno, supongo que son como ballenas gigantes hechas con tablones de madera») flotando a lo lejos. Abuela Thalassa se quedó allí hasta que el sol se hundió bajo las olas y luego se dirigió hacia las profundidades del mar en su

busca, para sostener ese oro ardiente entre sus dedos, pero había desaparecido.

—Era precioso —me dice ahora—. Pero no tanto como el reino marino.

Mis hermanas coinciden entre susurros; sus voces suenan más cerca de lo que me esperaba. Me sorprende al verlas formando un semicírculo junto a nuestras colas, miran a nuestra abuela y escuchan absortas su historia. Cuando termina, ellas cuentan las suyas. El amanecer de su decimoquinto cumpleaños, un mundo completamente nuevo por descubrir. El resplandor de las estrellas desperdigadas por el cielo nocturno o los cisnes salvajes surcando las nubes de color carmesí con un fuerte grito de batalla. Icebergs reluciendo en un mar glacial, que un rayo repentino atraviesa y parte en dos. Niños humanos («Parecían tan inocentes», dijo Sophia. «Todavía no se habían vuelto malos —contestó Cosima—. Dales tiempo») chapoteando en aguas poco profundas, con un ruidoso animal a su lado («Un perro», nos explicó nuestra abuela). De algún modo, los niños podían nadar, aunque no tenían colas; era muy raro, comentaron mis hermanas. El estrépito de las personas que viven en las ciudades costeras, de las que se mantuvieron a una distancia segura. El rugido de los motores, las altísimas agujas de las iglesias que rozaban el cielo.

—Precioso —afirman ahora cada una de mis hermanas—. Pero no tanto como el reino marino.

Durante los últimos cinco años, he visto cómo mis hermanas salen del agua, una por una, deseando poder ir con ellas. Y, durante los últimos cinco años, he visto cómo mi Padre aguarda su regreso.

—¿Qué tal? —le preguntó a cada una de ellas, con los dientes apretados.

—Estuvo bien, Padre —contestaron todas—. Pero no deseo regresar.

Es extraño. El Rey del Mar podría simplemente vedar estas expediciones, prohibirnos viajar al reino que se llevó a nuestra madre y le quitó la vida. Pero no lo hace. Quizá pretenda evaluar la profundidad de nuestra lealtad. Quizá sea una prueba para ver si mostramos indicios de estar cambiando, como le pasó a nuestra madre.

—Mañana —dice mi abuela—, te tocará a ti, Muirgen. Y espero que tú también compruebes que el mundo de allá arriba es fascinante, pero que no está hecho para la gente como nosotros. No es seguro para los nuestros.

«En ese caso, ¿por qué mostrárnoslo? ¿Por qué arriesgarse a que corramos la misma suerte que nuestra madre?» Pero guardo silencio por temor a que esas preguntas me impidan viajar a la superficie. Y debo verlo por mí misma. *Debo hacerlo.*

—Por supuesto que no es seguro para nosotros —coincide Cosima—. Sobre todo, después de lo que le hicieron a nuestra madre.

—Vuestra madre era muy joven —dice Abuela despacio—. Solo tenía quince años cuando se comprometió, dieciséis cuando se casó con vuestro Padre.

«Yo también tengo solo quince años —me dan ganas de recordarle—, y me voy a casar el próximo año»; pero no serviría de nada.

—Y, cuando se celebró la ceremonia de unión, vuestros Padres parecían...

—¿Felices? —pregunta Talia, esperanzada.

—Parecían satisfechos —responde nuestra abuela—. Os tuvieron muy rápido, una tras otra. —Tantas hijas, cuando lo único que mi Padre quería era un hijo. Otra forma en la que Muireann del Mar Verde le falló—. Y vuestra madre estaba bien. Pensé que estaba bien.

—Estaba bien hasta que naciste tú, Muirgen —murmura Cosima.

—Basta. Vuestra madre siempre sintió cariño por el mundo de los humanos.

Lo visitaba con frecuencia después de su decimoquinto cumpleaños. Solía contarnos a vuestro abuelo y a mí los lugares que había visto, las cosas que había presenciado. Vuestro abuelo, que los dioses marinos lo tengan en su gloria, le advirtió que tuviera cuidado. Le advirtió que no se podía confiar en los humanos.

Pero ella no hizo caso. Esa chica era muy impetuosa. No había forma de controlarla.

—Nuestra madre empezó a visitar la superficie con más frecuencia. —Talia retoma la historia donde la ha dejado Abuela Thalassa. La conocemos bien—. Dejó de comer. Se quejaba constantemente de que estaba cansada.

—El rey pensó que estaba enferma —interviene Arianna—. Así que hizo que la sanadora le preparara unas pociones, pero nada funcionó.

—Y, entonces, el día de la fiesta de mi primer cumpleaños... —empiezo, pero no puedo continuar. Mi abuela me aprieta la mano.

—Estábamos todos reunidos para la celebración —prosigue ella para que yo no tenga que hacerlo—. Pero esperábamos a que llegaran vuestros Padres. No había ni rastro de ninguno de los dos. —Inspira hondo—. Y, entonces, el Rey del Mar cruzó de pronto las puertas del palacio. Parecía como si lo hubiera alcanzado un rayo. Y nos lo contó.

Les dijo a los sirenos que había seguido a mi madre hasta la superficie esa tarde y que la había visto quedar atrapada en las redes de los humanos. Ella se

sacudía mientras los hombres del barco se burlaban, le tocaban la cola sin permiso y se reían de los gritos de súplica de mi madre. El Rey del Mar les aseguró a aquellos congregados junto a mi cuna que podría haberlos detenido; después de todo, él era el hombre más poderoso del reino. Pero, si lo hubiera hecho, los humanos sabrían que había más criaturas como mi madre. Podrían venir a buscarnos, a darnos caza. Y, aunque el rey podría haberse protegido fácilmente, no quería poner en peligro las vidas de todos los que vivían bajo el mar para salvar a una sola sirena. Así que los vio llevarse a nuestra madre. Y luego nos dijo que estaba muerta. Lo cual probablemente fuera cierto; no podría haber sobrevivido fuera del agua tanto tiempo. Estaba muerta. Por supuesto que sí, es la única conclusión lógica para esta historia. Y sin embargo... Nunca le cerramos los párpados sobre sus ojos vidriosos ni le colocamos perlas diminutas sobre los labios. Nunca cantamos himnos junto a su cuerpo inánime ni les rogamos a los dioses que disolvieran su alma y la transformaran en espuma de mar y la esparcieran sobre las olas. Simplemente nos dijeron que nuestra madre era egoísta, que había abandonado a sus seis hijas para ver las maravillas que el mundo situado encima de la superficie podía ofrecer. Y luego nos dijeron que estaba muerta, y se esperaba que nos lo creyéramos.

—Somos muy afortunados de estar aquí, de vivir en este reino —afirma mi abuela ahora, y me besa la cabeza mientras murmura palabras de amor contra mi coronilla—. Ya es hora de irse a la cama, sirenita.

Le deseo buenas noches a mi familia y recorro nadando el largo pasillo que sale de la habitación de mis hermanas hasta llegar a la escalera de caracol que conduce a mi torre. Los escalones están elaborados de arena compacta, las paredes son un mosaico de cristal de mar y conchas rotas, como si fueran los huesos de los marineros muertos que las rusalcas roban para hacer sus casas en las Tierras Sombrías, ese territorio situado lejos de aquí del que se ha apropiado la Bruja del Mar.

Me cruzo con dos sirenas en el sinuoso camino, y pegan la espalda contra la pared.

—Disculpad, princesa Muirgen. No pretendíamos molestaros.

Reconozco a la más guapa de inmediato: Lorelai, cuyo marido los había abandonado a ella y a sus hijos. La habían desterrado a las Tierras Exteriores durante un tiempo, pero se le permitió regresar al palacio como miembro del coro cuando el Rey del Mar decidió que echaba de menos su falsete perfecto.

Nadie llama a su marido «antinatural» por abandonar a sus hijos, en cambio, susurran que Lorelai no debía ser capaz de satisfacerlo. Su antiguo

marido ahora se ha unido a otra, pero ningún sireno se casará con Lorelai. Por muy guapa que sea, el lastre de una reputación mancillada es insuperable.

—No pasa nada —contesto, y les permito pasar sin más objeciones.

Cierro la puerta de mi cuarto y me apoyo contra el grueso coral con un suspiro. «Gaia», murmuro, como si la invocara desde lo más profundo de mi ser para decirle que ya es seguro salir. He dejado a Muirgen fuera, en la escalera. No podía seguir soportándola. Estoy sola, así que puedo volver a ser yo misma.

Miro hacia arriba.

La torre se abre hacia el revuelto mar negro. Las olas se agitan mientras veo pasar ondulantes bancos de peces, como un destello metálico en la oscuridad. Al parecer, se dirigen al lecho marino en busca de seguridad. «Tormenta», me susurra el agua, cuya voz me resulta tan familiar como la mía. Los dioses deben estar enfadados. Una forma pasa sobre el palacio: una ballena, tal vez, o uno de los barcos del mundo de los humanos sobre los que nuestra abuela les advierte a mis hermanas que deben tener cuidado cuando salen a nadar. Aunque no hace falta que se preocupe, pues mis hermanas solo han salido a la superficie una vez desde sus respectivos cumpleaños. Dicen que así es más seguro, que reducen el riesgo de que las descubran y las atrapen. «No queremos terminar como nuestra madre», son las palabras que quedan implícitas. Me pregunto qué se siente al ser como ellas, al saciar tu curiosidad con tanta facilidad. Estiro las manos hacia la superficie, como si fuera a tocar el barco o la ballena, pero está demasiado lejos.

Estamos enterrados en vida aquí abajo.

—Madre —digo en voz alta.

La palabra me resulta extraña en la lengua. Se supone que no debo pronunciar su nombre. Se supone que ni siquiera debo pensar en ella. «Ella no pensó en ninguna de vosotras, ¿verdad? —nos repetía mi Padre una y otra vez—. No le importasteis lo bastante como para quedarse».

«Madre».

Capítulo 3

Todavía está oscuro cuando me despierto. Un diminuto rayo de luz se va adentrando en el palacio y anuncia el amanecer. «Es la hora», me susurra el agua.

Me siento extrañamente tranquila mientras me preparo para mi viaje, el viaje que he estado esperando desde hace mucho tiempo, pero no puedo evitar pensar en el decimoquinto cumpleaños de mi madre. Me la imagino aferrándose a una esperanza descabellada, con la certeza de que estaba destinada a algo más que a pasarse la vida peinándose y cantando para sobrevivir. Estaba comprometida con un hombre mucho mayor que ella, un hombre que la consideraba un juguete, un objeto brillante al que estaba deseando ponerle las manos encima, y, sin embargo, se casó con él de todos modos y dejó de lado sus propias necesidades para hacer felices a los demás, porque se supone que eso es lo que deben hacer las mujeres. «Zale me pone los pelos de punta —le diría a mi madre si todavía estuviera aquí—. Me mira como si quisiera destruirme». A veces, desearía poder odiar a mi madre, poder sentir resentimiento hacia ella por habernos dejado. Pero simplemente la echo de menos.

La oscuridad va dando paso a un gris turbio que me empuja hacia arriba.

Salgo nadando de la torre abierta y observo el palacio, situado debajo de mí.

Miles de peces rodean las paredes, forman un círculo de pieles fosforescentes en busca de refugio. Ellos también pueden oler la tormenta, pueden sentir la arena revuelta. Hoy su temor es mayor que la inquietud habitual que les provocan las redes que lanzan los humanos para atraparlos. Me cuesta comprenderlo, pero dicen que allá arriba se comen a los peces igual que las rusalcas devoran a los hombres: desgarran su carne con los dientes y chupan el jugo de sus huesos.

Las sirenas somos más difíciles de atrapar. Somos escasas, y eso nos hace valiosas. Los humanos que creen que existimos quieren capturarnos y exhibir nuestros cuerpos, porque esa es la única forma de demostrarles que somos

reales a sus escépticos hermanos. En general, los humanos no creen en nada que no puedan ver con sus propios ojos, tocar con sus propias manos. Pero nosotras somos más listas que simples peces y sabemos cómo evitar tales trampas.

Sigo la luz del amanecer, atravieso con dificultad grupos de algas enmarañadas y evito los campos de coral irregular que me desgarrarían la cola y quedarían adornados con jirones de escamas. Esquivo corrientes succionadoras que ansían consumir cuerpos, arrojar de un lado a otro, como cuando los niños sirenos juegan a lanzarse conchas. Entonces un tiburón pasa a mi lado, con mirada astuta y la boca cerrada para ocultar sus afilados dientes. Me quedo inmóvil, deseo que siga de largo sin incidentes y contengo la respiración hasta que se marcha. Sigo adelante, ignoro las punzadas que me recorren los brazos, cansada por nadar una distancia tan grande. La luz se vuelve más clara, motea el agua de una forma que no he visto nunca, y sé que debo estar cerca. Salgo a la superficie jadeando y mis branquias se llenan del oxígeno extra que entra por ellas. Me echo el cabello enredado a la espalda para poder ver este nuevo mundo sin impedimentos y abro los ojos, pero hago una mueca de dolor cuando el resplandor desconocido me araña los globos oculares. Es demasiado brillante, el sol que flota en el pálido cielo me quema la piel. Nunca he experimentado tanto calor. Mi abuela había intentado explicarme esta sensación, pero... ¿cómo iba a entenderlo? Nací en el agua y del agua. Solo he conocido el frío.

Me siento abrumada: el deslumbrante brillo del sol, su calidez lamiéndome la piel, los ruidosos graznidos de los peces alados («pájaros, son pájaros, Gaia») surcando el cielo... Nado hacia una roca que sobresale de la superficie del mar y ahuyento a las focas que toman el sol encima para poder esconderme detrás de ella. Me sumerjo bajo el agua en busca de consuelo y para aliviar mi rostro quemado por el sol. El pánico me atenaza las entrañas, intenso y agobiante, pero no puedo rendirme ahora. ¿Qué pensarían mis hermanas si regresara tan pronto?

Yo era la que estaba más impaciente por ver el mundo de los humanos, la que más ansiaba esta aventura. «Típico de Muirgen —diría Cosima—. Yo no tuve miedo cuando salí a la superficie, fui valiente. Zale no te permitirá comportarte como una cría cuando estéis unidos». Como si a Zale le interesara que su esposa fuera valiente.

Aprieto los dientes y rodeo la roca con los brazos para no moverme. Me quedaré aquí hasta que se ponga el sol y luego regresaré al reino y contaré las historias más bonitas que hayan oído mis hermanas. No pasaré vergüenza.

—Vamos. ¡Por allí! —exclama una voz masculina. El sol me ciega y no puedo distinguir de dónde proviene. La voz suena dura, el aire se niega a suavizar su tono como lo hace el agua—. Os aseguro que he visto algo.

Me tapo la boca con la mano, horrorizada. Son voces humanas, y están cerca de mí. «Demasiado cerca, Gaia, son peligrosos. Ten cuidado». Debería sumergirme bajo el mar, regresar de inmediato al reino de mi Padre, pero no lo hago. Quizá soy demasiado curiosa. Estas son las criaturas que adoraba mi madre, por las que arriesgó tanto para estar cerca de ellas. Así que, aunque esa no era mi intención, me quedo callada detrás de mi roca, respirando de forma rápida y superficial.

«Los humanos te verán —intento convencerme a mí misma—. Te cortarán la cola y te disecarán; expondrán tu cuerpo sobre sus chimeneas. Te degollarán sin pensárselo, solo para ver de qué color es tu sangre». Debería alejarme nadando lo más rápido posible. Pero descubro que no puedo moverme. Me doy cuenta de que quiero verlos. Podrían saber qué le pasó a mi madre.

—Venga, Oli —dice otra voz. Esta vez es de una chica—. Probablemente solo fuera una foca.

—Habría jurado... —La primera voz se detiene. Percibo desconcierto en su tono. ¿Dónde están? Las voces suenan cerca, pero no pueden estar nadando tan mar adentro.

—¿Qué habrías jurado? —se burla un chico diferente—. ¿Viste un monstruo?

¿Una sirena?

—¿Cuál es la diferencia? —pregunta la chica.

Respiro hondo y, con mucho cuidado, me asomo por detrás de la roca.

Descubro allí un barco grande, pintado de blanco, con tres balcones en la parte posterior y una superficie plana y abierta al frente.

De los paneles de madera brotan palos gruesos con un lienzo color crema encima, como una especie de pez plano. Hay aproximadamente una docena de humanos en el barco, de diferentes formas y tamaños; sus cuerpos son de diversos tonos que van del blanco más pálido al negro más oscuro. La mayoría están tumbados en camas elaboradas del mismo material color crema que el lienzo, dormitan con una extraña indolencia, teniendo en cuenta lo feroces que se supone que son.

—Hora de tomar otra copa, amigo —dice el segundo chico.

Se oye el sonido de algo al romperse, de cristal contra madera, y el sol hace que los fragmentos emitan un deslumbrante resplandor blanco.

—Geoffrey Gupta, ¿por qué eres tan idiota?

—Cierra el pico, Viola.

—Ciérralo tú o le diré a mamá que estabas bebiendo demasiado *otra vez*. Y llama a Mabel para que limpie este desastre. Alguien se va destrozar los pies.

Pies. Así llaman los humanos a los muñones sobre los que caminan. Si los humanos se cortaran los pies con los cristales rotos, les dolería; igual que el coral puede rasgarnos la cola en el reino si no tenemos cuidado. Al parecer, estas criaturas no son inmunes a las heridas.

—¿Anclamos aquí? —sugiere Viola—. Parece un buen sitio, ¿verdad, Oli?

¿Oliver? ¿Me estás escuchando?

Un chico se acerca al lateral del barco y clava la mirada en la roca tras la que me oculto. Y entonces lo veo.

«Vaya».

Oigo una inhalación brusca que parece sonar muy fuerte, casi como un jadeo, y me doy cuenta de que proviene de mi propia boca. Me quedo mirando al chico.

Es alto, tiene el cabello y la piel oscuros y es más hermoso de lo que nunca soñé que podría serlo un chico. «¿Quién es?» Quiero saberlo. Necesito saberlo.

Estaría dispuesta a pasarme el resto de mi vida descubriendo todo lo posible sobre él.

—Una chica —dice mientras ahueca una mano sobre los ojos. Me recorre un calor extraño, un calor que no tiene nada que ver con el sol—. Me pareció ver a una chica.

Capítulo 4

Permanezco detrás de esa roca el resto del día. Ya no quiero huir, lo único que quiero hacer es observar a los humanos. *A él.*

Nos han contado con frecuencia lo malvados y lo depravados que son. Estas son las personas responsables de la infancia que tuve, de las noches que pasé buscando en la oscuridad una mano reconfortante que nunca encontraría. Pero, ahora que los tengo delante, parecen muy inocentes. Los cuento: siete chicas y ocho chicos a punto de alcanzar la edad adulta, con sus torpes extremidades y las caderas y el pecho envueltos con tela para no estar desnudos.

—Me encanta tu bañador, Lizzie —dice una chica mientras se pasa un dedo por la garganta cuando la humana llamada Lizzie se aleja.

Curiosamente, parecen avergonzarse de sus cuerpos, sobre todo las chicas. Se tiran del estómago, se frotan los muslos, se bajan los bordes de la ropa para ocultar más carne, rechazan la comida que les ofrecen porque «Hoy he comido tanto que me doy *asco*». Por lo visto, estos chicos y chicas humanos han venido al mar a celebrar un cumpleaños. El de él.

—Por Oliver, que cumple veintiún años —gritan, y reclaman que Mabel traiga más champán, sea lo que sea eso.

Oliver continúa acercándose una y otra vez al lateral del barco para examinar el mar. Me está buscando.

—Oli. —Viola le rodea la cintura con los brazos y apoya la cabeza contra su espalda. La chica lleva el cabello cortado a la altura de la barbilla y tiene unas piernas muy largas y morenas—. Te estás perdiendo toda la diversión.

Oliver la besa y yo siento como si tuviera la garganta llena de dientes mientras los observo. ¿Oliver y la tal Viola estarán prometidos? «Sigue buscándome», lo insto en silencio.

El brillo del sol se atenúa a medida que cae la tarde y languidece en el cielo color lila. Las voces se curvan y se vuelven imprecisas, gotean por los bordes como si estuvieran empapadas de líquido. Han retirado los palos (ellos los llamaban «sombrillas») para que los humanos puedan bailar. Uno ha

sacado un instrumento y está creando música con él mientras los otros le gritan canciones que quieren que toque después. Oliver y Viola están en el centro del barco, con los cuerpos juntos, y se balancean al ritmo de la melodía. «Debería irme», me digo, y me recuerdo todos los motivos por los que los humanos son malos, cuántas veces nos ha advertido mi Padre que no traen más que destrucción y ruina. «Mataron a tu madre, Gaia». Debería irme, pero también sé que preferiría morir antes que hacerlo. Por extraño que parezca, preferiría disolverme con esta imagen ardiendo en mis ojos: la media sonrisa de Viola mientras Oliver le susurra al oído.

—¿Estáis listos para el gran final? —exclama el chico llamado Geoffrey mientras señala hacia arriba.

Todos miran hacia el cielo y yo hago lo mismo. Durante un momento, es como si todos fuéramos un solo ser. Incluso aquí, los humanos miran hacia arriba, buscan algo más.

Se produce un agudo silbido, un estallido y una explosión de polvo dorado.

Las estrellas caen en picado y bañan el barco de luz, y el corazón se me sube a la garganta por el miedo. Estoy convencida de que la piel se me va a quemar, de que estas estrellas explosivas nos destrozarán la cara... pero no pasa nada. Las luces vuelven a surgir, destellan en el aire, rocían el mundo con tonos rojos, plateados y dorados, forman círculos giratorios y rayos veloces. Los humanos sonríen, con el resplandor reflejado en sus ojos. El despliegue de luces los tiene encandilados, hipnotizados. Oliver es el único que sigue mirando a su alrededor con el ceño fruncido. Una bandada de cuervos gira en el aire, vuelan en círculos caóticos y chocan entre sí con un fuerte chillido. El cielo se va tiñendo de un tono amoratado, como si las aves lo golpearan.

—Esperad un momento —dice Oliver, y todos lo miran de inmediato, como hacen en el reino cuando habla mi Padre. No consigo imaginar esa clase de influencia—. ¿Habéis sentido eso?

—¿El qué? —pregunta Viola mientras le pasa la mano por el brazo—. ¿Te gustan los fuegos artificiales? Me costó una eternidad organizarlo.

—Por supuesto que sí, cariño —contesta Oliver, pero está mirando hacia el mar y no creo que me siga buscando—. Es que... algo no va bien.

Me sumerjo y saboreo el agua mientras esta se despierta a mi alrededor, estirando los brazos, lista para jugar. «Hola», dice, y comienza a acariciar el lado izquierdo del barco, luego el derecho, lo justo para informar a los humanos de su presencia. El agua no les presta mucha atención a los barcos

que surcan su superficie, pero de vez en cuando debe recordarles a los humanos lo generosa que es al permitirles hacerlo.

Emerjo de nuevo para observar a los humanos. Un vaso resbala de la mesa y estalla al chocar contra el suelo. Esta vez, nadie llama a Mabel.

—Rupert dijo que parecía que iba a hacer mal tiempo —murmura Viola.

—No le hagas caso a Rupert. Dijiste que habías comprobado el pronóstico esta mañana, ¿verdad, Gupta? —pregunta Oliver.

—Así es —contesta Geoffrey, que se agarra de una barandilla situada al borde del barco para mantener el equilibrio—. No decía nada de una tormenta.

Un relámpago repentino, parecido a la lengua de una serpiente, escinde el cielo. Una chica grita.

—Vale, debemos mantener la calma —continúa Oliver mientras el mar comienza a gruñir. «Tengo hambre», me dice—. Que todo el mundo se ponga un chaleco salvavidas. Todo va a ir bien. —Se vuelve hacia Geoffrey—. ¿Dónde está Teddy? Él es el único que sabe llevar un yate de este tamaño.

—Está dormido.

—Pues despiértalo, por el amor de Dios. Tenemos que volver al puerto ahora mismo.

—Oli, Teddy ha estado bebiendo desde el mediodía. Dudo mucho que pueda mantenerse en pie siquiera, menos aún manejar este barco.

Oliver suelta una maldición. El cielo se hace añicos de nuevo y se ilumina con intensidad, y otro humano grita, con más desesperación esta vez. Se ponen a toda prisa esos chalecos salvavidas que mencionó Oliver, con los rostros lívidos contra el luminoso tono amarillo del cielo. El viento alza su pesada cabeza y olfatea profundamente, inhalando la ira del mar. Quiere participar. También quiere poner a los humanos en su sitio.

—Oli —dice Viola. No está llorando, como algunas de las otras chicas, pero tiene el rostro tenso—. Oli, ¿qué vamos a hacer?

Algo pasa a mi lado, una sustancia parecida a las algas me roza la piel. Una cabeza sale del agua, luego otra, y otra más. Llegan justo a tiempo, como siempre. Sin duda deben llevar esperando este momento todo el día, en cuanto olieron la tormenta. El cabello de color verde pálido les cae por la espalda y sus ojos blancos brillan en la oscuridad. Rodean el barco, agarradas de la mano, con su canto aguardando en el fondo de la garganta. «Oh, venid, humanos. Venid con nosotras. Os enseñaremos una lección que nunca olvidaréis».

—¿Qué ha sido eso? —dice Viola, que mira fijamente hacia el agua mientras una rusalca avanza—. ¿Habéis visto eso?

Nunca creen en nosotros hasta que ya es demasiado tarde. El mar comienza a ascender, apila una ola sobre otra; es un gigante con la boca muy abierta que busca algo con lo que darse un festín. Los humanos les ofrecen sus inútiles plegarias a sus dioses, como si algo pudiera salvarlos ahora. Noto una presión detrás de los ojos, como si fuera a echarme a llorar. ¿Llorar por estas criaturas que me considerarían un engendro si supieran que existo? ¿Llorar por aquellos que me arrebataron a mi madre? «¿Se puede saber qué te pasa, Gaia?» Pero, si mueren, *si él muere*, ¿volveré a sentirme alguna vez así? ¿Volveré a sentir ese calor propagándose por mis entrañas, ese impulso de tomar su mano y no soltarla nunca? No puedo soportar esa idea. Una ola arremete con ferocidad, se oye un chasquido y los mortíferos dedos del agua estrujan la madera. El barco se tambalea desesperadamente hacia un lado y el agua entra a borbotones mientras los humanos gritan. Gritan y gritan. Y lo único que yo puedo hacer es mirar.

Las rusalcas comienzan a cantar. La melodía vibra intensamente contra mis dientes como arena triturada.

«Venid con nosotras». (Su canto es tan hermoso...) Y los humanos dejan de luchar.

«Aceptad vuestro destino». (Su canto es tan atroz...) Y los humanos cierran los ojos. Ruegan clemencia.

Y las rusalcas avanzan.

El viento y el mar destrozan extremidades y tablones y los lanzan de ola en ola, y, por algún motivo que aún no puedo identificar, empiezo a nadar en dirección al naufragio, y evito por poco que me aplaste una viga que ha salido despedida. Ignoro el ardiente chisporroteo de la sal en mis venas, que me advierte de una muerte segura si continúo. Me niego a tener miedo, ahora no. El agua se retuerce y devora el barco. Veo brazos y piernas, bocas que gritan, ojos abiertos de par en par, sometidos a base de golpes. Los cuerpos que descienden hasta el reino parecen estar tan en paz que no me había dado cuenta de que su muerte había sido tan violenta. Las rusalcas dejan que las chicas se ahoguen mientras reclaman a los hombres.

Miro a izquierda y derecha, escruta el agua agitada buscando a una única persona. «¿Dónde está?»

Lo veo. Una rusalca apoya una mano contra su pecho, busca su corazón.

—No —digo. Y luego añado—: A él no.

La rusalca gira la cabeza completamente sobre sus hombros con un movimiento fluido.

—¿Y por qué no? —me pregunta, asomando la lengua entre los dientes—. ¿Por qué debería perdonarle la vida a este hombre?

—Pues...

—No seas tonta, chiquilla —murmura—. Los humanos solo te traerán dolor.

—No. No puedes quedártelo —sentencio mientras ese cálido hormigueo me recorre de nuevo. No sé qué es, pero quiero aferrarme a este sentimiento para siempre—. Puedes llevártela a ella en su lugar.

Señalo a Viola, que forcejea en el agua y araña la madera con los dedos mientras intenta agarrarse a una viga, con el rostro contraído en lo que parece más bien una expresión de furia que de miedo. Es una luchadora. Habría sido una buena rusalca si hubiera muerto de una forma más trágica.

—¿Cambiarías con tanta facilidad la vida de una chica, sirenita? ¿Por un hombre al que ni siquiera conoces? Y, además, ¿de qué me serviría una *chica*? —dice la rusalca—. No son las mujeres las que deben expiar sus pecados.

—No puedes quedártelo —repito—. Te lo prohíbo, rusalca. Soy la princesa Muirgen, sexta hija del Rey del Mar. Estoy comprometida con Zale, líder de las tropas de nuestro reino. Y te ordeno que liberes a este humano.

Le arrebató el cuerpo de Oliver a la rusalca e ignoro las promesas de guerra y destrucción que me lanza.

—¡Ceto! —me grita—. Ceto se enterará de lo que has hecho. Te arrepentirás de esto.

La ignoro. En este momento, no me importa mi propia seguridad ni las represalias de las rusalcas por esta flagrante transgresión de nuestras leyes. No me importa si mi decisión pone fin a la precaria tregua que hemos negociado entre nuestro reino y las Tierras Sombrías de la Bruja del Mar. Lo único que me importa es este hombre, el maravilloso peso de su cuerpo en mis brazos mientras lo llevo a un lugar seguro. «Oliver».

Debe sobrevivir.

Capítulo 5

—Muirgen.

«Los humanos solo te traerán dolor».

—Muirgen.

«Los humanos solo te traerán dolor».

—¡Muirgen! No te toleraré semejante insolencia, jovencita.

Noto un codazo en las costillas.

—¿Qué pasa? —le pregunto a Arianna entre dientes mientras me froto el costado.

Ella inclina la cabeza en dirección a nuestro Padre, que está sentado en la cabecera de la mesa de madreperla y me fulmina con la mirada.

—¿Qué ocurre, Padre? —Incluso a mí me parece que mi voz suena estrangulada.

—Te he hecho una pregunta, Muirgen. Y, cuando te hago una pregunta, espero que me respondas de inmediato.

—Lo siento, Padre —me disculpo. Él me mira de forma extraña y noto que un hormigueo de terror me recorre la piel. «¿Sabe lo que pasó? ¿Sabe lo que he hecho?»—. Estaba distraída.

He estado distraída estas últimas dos semanas, esperando la respuesta de las rusalcas por salvar al humano. Este silencio, que continúa prolongándose a lo largo de los días, me pone cada vez más nerviosa. La paz entre mi Padre y la Bruja del Mar es precaria, frágil; difícil de lograr y fácil de quebrar. Nos he puesto a todos en peligro.

—Y no has tocado tu cena —añade mi Padre—. ¿No te gusta?

—Todo está perfecto, Padre. Simplemente no tengo hambre.

—Últimamente, Muirgen nunca tiene hambre, Padre —apunta Cosima con entusiasmo—. Apenas prueba bocado desde hace semanas. Eso no está bien, ¿verdad? Teniendo en cuenta cuánto te esfuerzas por cuidar de nosotras.

—Quizá perder el apetito no sea algo malo —comenta él mientras lanza una mirada significativa al plato vacío de mi hermana—. No nos interesa

desalentar a ningún pretendiente... o que prefiera a otra hermana otra vez, ¿verdad?

—No, Padre —contesta ella, y aprieta los labios. Cosima no llorará, por muy disgustada que esté. Nunca lo haría delante de él.

—Pues a mí me parece vergonzoso —opina Arianna mientras toma otra cucharada de algas—. Qué desperdicio de comida. Eres una ingrata, Muirgen.

Piensa en los sirenos de las Tierras Exteriores, que prácticamente se están muriendo de hambre. Como si no fuera lo bastante malo vivir con el temor constante a que los ataquen las rusalcas. —Se estremece ante esa idea—. No tienes ni idea de cuánto apreciarían ellos esta cena.

—Hermana —interviene Sophia con una frialdad inusitada—. No digas tonterías. Las rusalcas nunca invadirían las Tierras Exteriores sin la aprobación de la Bruja del Mar, tienen demasiado miedo de sus poderes, y a la Bruja del Mar le interesa tanto mantener el armisticio como a nosotros, si no más.

Me estremezco. Lo que nadie se imagina es que tal vez yo le haya ocasionado un daño irreparable a ese armisticio.

Mi abuela coloca una mano sobre la de Sophia para recordarle cuál es su sitio.

Ninguna de nosotras habla después de eso y la habitación queda tan silenciosa que lo único que se oye es el agua lamiendo la ventana de cristal de mar.

—No, no —dice mi Padre—. Deja que las chicas hablen. Este debate tan animado me resulta... interesante. —Tamborilea los dedos despacio contra la mesa, uno a uno, y yo reprimo un estremecimiento—. Dices que hay sirenos «muriéndose de hambre» en las Tierras Exteriores, Arianna. Espero que no estés insinuando que hay gente en mi reino que no recibe la ayuda adecuada.

—Por supuesto que no, Padre —contesta ella con cautela—. Los que viven en las Tierras Exteriores te agradecen muchísimo tu apoyo.

El Rey del Mar parece estar esperando que ella diga algo más, mientras todas las demás contenemos el aliento.

—C-c-como debe ser —se apresura a añadir Sophia en medio del silencio.

—Y, en cuanto a ti, Sophia...

Mi Padre sonríe, con un gesto siniestro: está disfrutando con esto. ¿Me sonreiría a mí así si descubriera que le salvé la vida a un humano y que puse en peligro la paz del reino al hacerlo? ¿Que puse en peligro las vidas de todos nosotros? ¿O sería peor? ¿Me cortaría la cola y colgaría mi torso de las paredes del palacio, alegando que soy una traidora a la corona? ¿Me

desterraría a las Tierras Exteriores y me condenaría a una vida de hambre y miseria con los demás indeseables? No sé qué podría pasar. La única persona que osó desobedecer alguna vez al Rey del Mar fue mi madre, y no le hizo falta castigarla. Los humanos lo hicieron por él.

«Los humanos solo te traerán dolor».

—Lo siento, Padre —dice Sophia.

Las demás clavamos la mirada en nuestros platos, como si fingiéramos que nada de esto está pasando. Nunca nos mostramos valientes en momentos como este; a todas nos da demasiado miedo que eso haga que Padre dirija su atención hacia nosotras.

—¿Lo sientes?

—Sí, Padre.

—¿Y *qué es* lo que sientes exactamente, hija número tres?

Sophia le lanza una mirada a nuestra abuela, como esperando que intervenga en su defensa, pero ella permanece inmóvil, con la mirada baja.

—Siento... —Apenas puedo oírla—. Siento haber mencionado a la Bruja del Mar durante la cena.

—Oh, creo que has hecho algo más que solo *mencionarla*, ¿no es así?

—Sí, Padre.

—Me parece que podrías haber insinuado que tenía... ¿cuál fue la palabra que usaste? —Mi hermana no responde—. Sophia... —El nombre suena pastoso en sus labios—. ¿Cuál fue la palabra que usaste?

—Poderes —contesta ella a regañadientes.

—Ah, sí. *Poderes*. No estarías sugiriendo que esa vieja arpía posee habilidades similares a las mías, ¿verdad?

—No, Padre. —Su voz es tenue, como el reflejo de la luna en el agua—. Lo siento, Padre.

—Nadie en todo el reino tiene poderes comparables a los que tiene el Rey del Mar —dice Cosima, con una prisa indecente.

—Exactamente —coincide mi Padre, mientras se pasa el tridente de una mano a la otra. Mis ojos siguen el movimiento del arma de un lado a otro; el brillo del metal vaticina destrucción—. Todo lo que he hecho ha sido para manteneros a salvo. Espero que no te estés volviendo una ingrata, Sophia. Seguro que recuerdas la suerte que han corrido las mujeres ingratas de esta familia.

—Sí, Padre —responde Sophia mientras traga saliva—. Lo siento, Padre.

—Bajo mi reinado, los sirenos han gozado de más prosperidad que nunca. Los sirenos *legítimos*, claro está; aquellos a los que se les concede el

privilegio de vivir dentro de los límites del palacio. Nadie puede negar que he hecho que el reino vuelva a ser poderoso, ¿verdad?

—Somos muy afortunados de vivir en tiempos de vuestro reinado, majestad —dice Abuela Thalassa. A continuación, agarra su cuchillo y su tenedor y corta unas algas en trozos más pequeños.

Somos los únicos que utilizan esos objetos humanos, reunidos de restos de naufragios. Al parecer, mi madre insistió en ello e, incluso entonces, a nadie se le ocurrió preguntarse cómo sabía usarlos, cómo llegó a familiarizarse con sus nombres. Mi madre alegó que los utensilios eran elegantes y refinados y mi Padre, que siempre estaba ansioso por hacer que su familia fuera más «especial», accedió. En aquel entonces, no sospeché que el interés de su esposa en los humanos supusiera ninguna amenaza. La tradición de realizar cenas formales nunca se ha interrumpido, a pesar del odio del Rey del Mar por el mundo situado encima de la superficie.

—Ahora, cómete tu comida, Muirgen —me ordena mi abuela—. Necesitas alimentarte.

Miro el cuenco de algas que tengo delante. Los humanos del barco bebían un líquido espumoso y burbujeante en copas de cristal reluciente y mordisqueaban pastelitos cubiertos de polvo y envueltos con papeles de colores. Ellos no se comerían esto. Se burlarían, nos llamarían animales. Y tal vez tuvieran razón.

Deslizo la mano debajo de la mesa y me araño la cola con las uñas. Tal vez seamos mitad bestias, después de todo.

—Sin duda vas a necesitar recargar fuerzas, joven Muirgen. —Mi Padre me guiña un ojo—. Después de todo, Zale vendrá a visitarte después de la cena.

Las náuseas me provocan un denso nudo en la garganta al oír mencionar el nombre de Zale. Mi Padre se vuelve hacia Nia.

—No te preocupes, hija. Marlin lo acompañará. No te sientas excluida. —Se mete más algas en la boca con el tenedor—. Por lo menos *algunas* de mis hijas están comprometidas, ¿verdad, Talia?

—Tenemos suerte —murmura Nia mientras Talia se mira el regazo.

No quiero ser como Talia, con veintiún años y sin nadie que la quiera, aunque tampoco quiero casarme con Zale. Pero ¿qué otra opción tengo?

—Gracias, Padre —añade Nia. Y luego se vuelve hacia la ventana.

Si yo me he pasado la vida mirando hacia arriba, entonces Nia se ha pasado la suya mirando hacia afuera, contemplando las profundidades del mar. Más allá de las Tierras Exteriores, más allá de las Tierras Sombrías que

controla la Bruja del Mar. Es como si creyera que podría haber un lugar seguro para ella más allá.

«¿Qué buscas, Nia?»

Por supuesto que Zale vendrá esta noche: es sábado. Ha venido de visita todos los sábados por la noche desde mi duodécimo cumpleaños. Yo era todavía casi una niña entonces y estaba empezando a interesarme por los sirenos de mi edad.

Soñaba con sostener la mano de alguien, que sus labios rozaran castamente los míos. No le di importancia a la presencia de mi Padre y su viejo amigo en un rincón, con el ceño fruncido. No sabía que, mientras yo ordenaba mis juguetes en el cuarto de los niños, estaban vendiendo mi cuerpo al mejor postor.

«Quiero conocerte mejor», me dijo Zale esa noche durante la celebración de mi cumpleaños mientras apoyaba las manos en mis hombros y se inclinaba para besarme la mejilla. Sus labios se entretuvieron demasiado tiempo y se me revolvió el estómago debido a una mezcla entre vergüenza y miedo. «Eres preciosa», añadió, y yo habría preferido arrancarme la cara antes que permitir que volviera a mirarme con esa expresión de placer. Pero sonreí y le di las gracias. Siempre he sido muy educada.

—¿Muirgen? ¿Me has oído? Zale va a venir a verte.

—Estupendo —contesto, e intento sonreír, pero me cuesta. Tengo todos los músculos del cuerpo tensos de preocupación.

¿Y si he vuelto a traer la guerra al reino? Abuela Thalassa nos ha hablado de cómo fue la última, de los niños hambrientos a los que les sobresalían los huesos del cuerpo mientras se les atrofiaba la cola. Nos dijo que enviaron a Padres, maridos, hijos y hermanos a combatir contra la Bruja del Mar y las rusalcas, esas mujeres que ansiaban apoderarse del reino. Nos contó que muy pocos de nuestros sirenos regresaron y que los que lo hicieron estaban completamente cambiados: no hablaban, se asustaban con facilidad, se despertaban envueltos en sudor y pidiendo clemencia entre sollozos. Hasta que las rusalcas atraparon al hermano de mi madre, lo devoraron y enviaron sus huesos de regreso a la corte como prueba. Fue entonces cuando mi madre acudió a mi Padre y se ofreció a él para que no hubiera más derramamiento de sangre.

Se sacrificó para lograr una paz precaria.

Una paz que, dos semanas atrás, yo puse en peligro. Noto una opresión en el pecho. ¿Y por qué? ¿Por un humano que pensó que yo era una chica porque

solo me vio de cintura para arriba, porque entrevió un atisbo de piel pálida y cabello enredado?

(«Los humanos solo te traerán dolor»). Ese día, mientras la tormenta rugía, no estaba pensando en el reino. Arrastré el cuerpo de Oliver hasta la playa más cercana. Estaba desierta, solo había un pequeño edificio cerca. La ensenada estaba rodeada por un semicírculo de árboles de los que colgaban frutos amarillos y anaranjados que esparcían un intenso aroma por el aire. Ninguna sirena se había aventurado nunca a adentrarse en tierras humanas y había regresado con vida.

Y, sin embargo, yo no tenía miedo. Lo único que me importaba era salvar a Oliver. Lo tumbé en la playa y le aparté el cabello empapado del rostro, deseaba con todas mis fuerzas que se despertara. Me quedé allí sentada, mirándolo, esperando a que abriera los ojos. Hasta que al fin lo hizo.

—Viola —gimió mientras intentaba sentarse—. Viola.

Extendió la mano para tocarme la cara, la cara que él pensaba que era la de Viola, pero me aparté de él, arrastré mi cola por la arena áspera hasta que el agua volvió a rodearme. Era normal que la llamara a ella, a Viola, la chica de ojos oscuros y risa encantadora. Estaba enamorado de ella. Viola no era un monstruo ni una sirena. Solo era una chica.

—Muirgen —repite mi Padre bruscamente.

Doy un respingo y me golpeo la muñeca contra la mesa. Él se ríe y el resto de mi familia hace lo mismo mientras me froto la piel dolorida. Cada vez que pronuncia mi nombre pienso que lo sabe, *lo sabe*, y me pregunto qué me hará.

—Cómete tu comida —me ordena—. Últimamente, te has estado comportando de forma extraña, Muirgen. ¿Hay algo que quieras contarnos al resto?

—No —respondo. El corazón me palpita con tanta fuerza que temo que él debe estar oyéndolo—. No tengo nada que decir, Padre.

Capítulo 6

«Come —me dicen—. Estás muy delgada, Muirgen. Estás muy pálida. ¿Qué te pasa, Muirgen? Dinos cuál es el problema».

Sonrío y contesto que estoy bien. Me siento a la mesa y finjo comer. (Pero en lo único que puedo pensar es en él, en sus rizos apretados y en esos ojos oscuros. En cómo me hizo sentir, la calidez que se propagó por mis entrañas. Necesito sentirme así otra vez). Pero entonces recuerdo a mi Padre, y a las rusalcas, y el ataque de la Bruja del Mar, que debe ser inminente. «¿Qué están planeando?» El miedo me aprisiona con tanta fuerza que apenas puedo respirar.

Resulta difícil sentirse así cuando formas parte de la corte de mi Padre y debes satisfacer sus exigencias de que sus hijas se muestren encantadoras en todo momento. «Entretenme», me ordena. («Gánate el sustento —quiere decir—. Demuéstrame que no eres como tu madre»). Debemos contar historias o chistes, debemos bailar en círculos giratorios, debemos alzar nuestras voces a los dioses y abrigar la esperanza de haber complacido a nuestro Padre.

Yo hago todas esas cosas. Y, para mis adentros, ruego. Ruego que las rusalcas no nos ataquen.

—Muy bien, Cosima —dice mi Padre después de oírla interpretar una canción que ella misma ha compuesto.

—Me alegro de que te haya gustado, Padre —responde mi hermana, con las mejillas sonrosadas.

—Pero la voz de tu hermana pequeña sigue siendo la más dulce —añade él—. Intenta prestar atención la próxima vez que cante Muirgen. Tal vez aprendas algo.

Mi Padre insiste en que yo cante entonces, y obedezco, por supuesto. Pero cantar ya no me aporta alegría. Antes era lo único que me hacía sentir contenta, pero ahora incluso eso se ha corrompido; como si el miedo me hubiera arañado las cuerdas vocales con sus garras y las hubiera dejado ensangrentadas y en carne viva.

Zale y Marlin siguen viniendo de visita: Marlin se sienta en silencio al lado de Nia, mientras que Zale nos cuenta historias de su juventud.

—Fue hace mucho tiempo —me dice después de un relato particularmente dramático de una batalla contra las rusalcas durante la guerra —, años antes de que tú hubieras nacido siquiera, pequeña.

Apoya los labios contra mi mejilla, demasiado cerca de mi boca. Es como si quisiera arrancarme la piel del cuerpo y saborearla con la lengua. «Paciencia, Gaia —me digo—. Tal vez las náuseas disminuyan cuando estemos unidos». Tal vez aprenda a apreciarlo, con el tiempo.

—Se está haciendo tarde —dijo el Rey del Mar una noche, cuando llegó para anunciarles a los hombres que era hora de que se fueran a casa.

Zale se detuvo a mitad de una historia, pues sabía por instinto que a mi Padre no le gustaría semejante jactancia. Nuestros prometidos se marcharon y mi Padre se nos quedó mirando a Nia y a mí largo rato. «¿Lo sabe? ¿Sabe lo que he hecho?»

—Estáis muy calladas esta noche —fue lo único que dijo.

Nia y yo siempre estamos calladas cuando los hombres se marchan.

—Espero que ambas sepáis lo afortunadas que sois —añadió mi Padre—. Sobre todo tú, Muirgen. Zale podría haber escogido a cualquiera de mis hijas.

—Gracias, Padre —contesté, y deseé que Zale hubiera elegido a otra, *quien fuera*. ¿Por qué tuve que ser yo?—. Gracias por otorgarme este privilegio.

No puedo dejar de pensar en Oliver. Cuando me despierto, lo primero que veo en mi mente es su rostro. Me pregunto si estará a salvo. Recuerdo a la rusalca, con sus garras afiladas y los alaridos que salían de su boca, y me imagino los horrores que la Bruja del Mar debe estar ideando para vengarse de nosotros. La preocupación no me deja dormir y me dedico a dar vueltas y más vueltas por mi habitación.

«Los humanos solo te traerán dolor», me dijo la rusalca. ¿Ella sabría lo que le hicieron a mi madre? Mi madre, a la que se llevaron cuando yo era muy pequeña. Mi madre, que está muerta.

Mi madre está muerta.

¿Verdad?

Otra larga noche de duermevela y preocupación. Me aprieto los ojos con las manos y parpadeo para contener las lágrimas. El agua es nuestra fuerza vital, corre por nuestras venas y transforma nuestras entrañas en gloriosa sal. No debería desperdiciarse llorando.

—¿Ya estás en la cama?

Doy un respingo, pero solo se trata de mi abuela.

—Estás muy nerviosa últimamente, Muirgen —comenta mientras flota hasta mi cama.

Lleva el cabello cano atado con un nudo en la base del cuello y un collar de conchas cuelga entre sus pechos. «¿Cuánto tiempo lleva allí, observándome?»

—Estoy bien, Abuela.

—Tus hermanas van a ir a nadar mañana. Hasta las charcas, creo, así que no debería resultar demasiado agotador. Pensé que te gustaría acompañarlas.

—No.

—¿Estás segura?

—Eso es lo que he dicho, ¿no?

—Qué lástima. Antes te encantaba ir a nadar.

Nuestras excursiones eran el único momento en el que me sentía libre. Mis hermanas y yo, que en esa época todavía éramos niñas, nos aferrábamos a la aleta de un delfín y gritábamos debido a la velocidad a la que nos remolcaba por el agua. Nos invadía la alegría, la euforia. En aquel entonces, Cosima y yo éramos las mejores amigas. Un equipo. Solo estábamos nosotras contra el mundo. Cosima estaba comprometida con Zale desde que nació y hablaba a menudo de la boda, de lo que se pondría en el cabello o lo adorables que serían sus bebés sirenos. Eso fue antes de que yo me volviera hermosa, antes de que me convirtiera en algo que Zale deseaba poseer. Eso fue antes de que también perdiera a mi hermana. Al parecer, estoy destinada a perder a la gente que amo.

—Estoy demasiado cansada, Abuela.

—De un tiempo a esta parte, siempre estás cansada —contesta ella mientras me acaricia el pelo. Cierro los ojos y finjo que es la mano de Oliver la que noto en mi cabello, que es su voz la que me susurra. Finjo que soy solo una chica, no una sirena ni un monstruo—. ¿No puedes dormir, Muirgen?

Duermo un poco, pero no descanso. ¿Cómo voy a hacerlo? Estoy conteniendo la respiración, esperando escuchar en cualquier momento el grito de guerra de las rusalcas, el entrecocar del metal mientras afilan las armas y se preparan para rajar gargantas tiernas. Mis sueños se hacen añicos cada noche, me destrozan desde dentro. Sueño con ojos y piel marrones, con piernas largas y un perfume elaborado con una flor que no reconozco.

Sueño con mi madre, a la que unas cadenas rodean la cola y le atan las muñecas. «¡Acérquense, acérquense y vean a la sirena! ¡Vean al engendro!

¡Comprueben que es auténtica o les devolveremos su dinero!» En algunos sueños, lo único que veo es el corazón de mi madre, arrancado de su pecho y colocado bajo una lupa para examinarlo, mientras sigue latiendo. En otros, está encerrada en un tanque grande, atrapada, y suplica que alguien la rescate. «Ya voy, Madre —digo, pero no emito ningún sonido—. Espérame».

Y sueño que camino sobre dos piernas, que camino hacia Oliver, con paso seguro. «Eres hermosa —me dice, sin mirarme a la cara, sino a las piernas que han brotado de mi cuerpo—. Eres tan hermosa...» Me despierto jadeando y me toco a tientas el cuerpo para comprobar si es verdad, si soy libre, pero no es así.

Lo único que noto bajo mis dedos son escamas, no carne humana. Entonces recuerdo lo que hice para salvar al chico. Me quedo tumbada en la cama durante horas, aguardando mi destino.

—¿Aviso a la sanadora? —me pregunta ahora mi abuela—. Puede prepararte un tónico.

—Estoy bien.

Se dice que la sanadora posee la habilidad de leer la mente y me da miedo lo que pueda ver en mí, en las turbias profundidades de mi subconsciente. No se nos permite describir sus habilidades como «poderes», y menos aún donde el Rey del Mar pueda oírlo. Él desprecia a la sanadora, pero debe tolerarla. Sus servicios son demasiado necesarios como para desterrarla a las Tierras Exteriores con el resto de los inadaptados.

—Pues a mí no me parece que *estés* bien —insiste mi abuela—. Habla conmigo, por favor.

¿Qué puedo decir? No puedo hablarle de Oliver, de lo que he hecho. Me doy la vuelta en la cama, mientras un páramo de soledad se extiende hasta el infinito dentro de mi pecho y espera que mi abuela capte la indirecta y se marche. «Una chica —dijo Oliver—. Me pareció ver a una chica». Y, aunque nos encontramos en las profundidades del reino, me invade la misma calidez, comienza en la base del estómago y se propaga por mis brazos y mi cola. Nunca había sentido nada igual. No entiendo lo que es.

Miro hacia afuera de la torre después de que mi Abuela se marche de la habitación. El agua está en calma esta noche, es tan clara que puedo ver una luna falsa flotando cerca de la superficie. Cuando era niña, me habría parecido algo extraordinario. Habría supuesto que este débil reflejo era todo lo que el mundo tenía que ofrecer. Pero ahora sé la verdad. He visto que hay mucho más que experimentar que aquello con lo que me han dicho que debo conformarme.

No puedo resistirme a salir de nuevo de la torre esta noche y dirigirme hacia la verdadera luna. «No debería estar haciendo esto». Subo y subo hasta llegar al mismo sitio al que voy todos los días. Una ensenada. Llamativas y carnosas flores amarillas en los árboles. Un edificio blanco, un campanario, una campana que da la hora. Pero ni rastro de Oliver. Intento venir a diferentes momentos del día y, de vez en cuando, por la noche, con la esperanza de verlo fugazmente. Veo a otros humanos, pero nunca a él. Él nunca está. Los observo de lejos e intento memorizarlos. Las chicas que salen en tropel de ese edificio en cuanto suena la campana discuten, se ríen y se enfurruñan; se cuentan secretos unas a otras que prometen no revelar nunca, «palabra de honor». Suspiran porque otra es más guapa y proclaman que ellas son feas en comparación. Me asombra cuánto se parecen a mis hermanas, se comportan como nosotras, a pesar de todo lo que nos han dicho sobre los humanos y lo brutales que son. Esta noche hace frío aquí arriba, el aire es gélido. «Se aproxima el invierno», me susurra el agua; las estrellas forman constelaciones de hielo en el horizonte. No oigo voces ni veo a nadie, pero aguardo hasta que se apaga la última luz en el edificio blanco (¿él sigue dentro? ¿Ese hombre de labios carnosos y ojos risueños, con un rostro más perfecto de lo que nunca me habría imaginado? ¿La llama en sueños? «Viola. Viola») antes de obligarme a sumergirme y regresar al reino.

Cada vez que vengo, me llama la atención lo pequeño que es nuestro mundo.

Lo insignificante que parece y, por extensión, lo insignificantes que somos. Me muerdo el labio al pensar en lo que haría mi Padre si me oyera pronunciar semejante traición. Me muerdo tan fuerte que noto el sabor cobrizo de la sangre.

En mi habitación, deslizo la mano por la estatua y finjo que es Oliver, que ha llegado a mi torre, que, de algún modo, ha encontrado la forma de respirar en el agua y sus orejas se han transformado en branquias. Nos imagino juntos, huyendo constantemente, intentando mantenernos fuera del alcance de mi Padre, pero felices porque nos tenemos el uno al otro y eso es lo único que necesitamos.

Me siento delante del espejo y me recojo el pelo hasta que se parece al cuidado corte que ella llevaba, me imagino que mi piel es tan morena como la suya.

«Viola».

—Así no te queda bien.

Doy un respingo y dejo que el cabello me caiga alrededor de los hombros. Y entonces lo veo, en las sombras que se extienden junto a la puerta, me mira con ojos hambrientos. Siempre parece estar observándome, desde que era una niña.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —le pregunto.

—Te estaba esperando. ¿Adónde has ido?

—Zale, no deberías estar en mi habitación —le digo, con la boca seca—. El Rey del Mar se pondría furioso si supiera que estás aquí.

—El Rey del Mar me aprecia, pequeña. Hemos sido grandes amigos desde hace décadas —contesta Zale mientras se sitúa detrás de mí y apoya las manos en mis hombros, lo que me obliga a girarme de nuevo hacia el espejo. Parezco muy joven a su lado, como si estuviera posando para un retrato con mi abuelo—. Y estamos comprometidos, ¿no?

—Sí, estamos comprometidos, pero todavía no estamos unidos.

No quiero que me toque. Desde que Zale decidió que quería a la sexta hija del Rey del Mar en lugar de a la quinta, he notado sus dedos sobre mi piel. Apenas un ligero roce en la cintura o la mejilla, una caricia por la parte baja de la espalda. Nada por lo que pudieran reprenderlo. Solo lo suficiente para recordarme quién es mi dueño.

—Nos uniremos cuando cumplas dieciséis años —dice. Aparto la mirada, pues no quiero que vea mi miedo—. Será muy pronto, pequeña.

En el reino, la tradición dicta que una sirena no puede unirse en matrimonio antes de cumplir veinte años, pero, al parecer, los hombres poderosos pueden infringir esas normas. Después de todo, ellos crearon las leyes y las conservan, por lo que pueden modificarlas para que se ajusten a sus deseos.

—Aun así, entrar de este modo en mi habitación supone una invasión de mi privacidad. Y más aún a esta hora.

—Vaya, mis disculpas, joven Muirgen.

—Hablo en serio, Zale. Mi Padre...

—¿Tu Padre? Estoy seguro de que a tu Padre le interesaría saber con qué frecuencia ha estado subiendo a la superficie su hija más joven.

«¿Cómo se ha enterado?»

—Ya tengo quince años —alego mientras intento sobreponerme a la inquietud—. Deberías recordarlo.

—Sí —contesta Zale mientras me recorre el cuerpo con los ojos. El corazón me late demasiado rápido, como si fuera una canción compuesta de acordes entrecortados—. Desde luego que sí.

«Observa a los peces —me dijo mi abuela cuando me hice mayor y empecé a hacer preguntas de índole íntima—. Observa a los peces y lo entenderás». Y eso hice. El pez macho perseguía a la hembra sin tregua, le mordía las aletas y la cola y aguardaba a que la venciera el agotamiento para apoderarse de ella. No habría sabido decir si estaban peleando o haciendo el amor. Tal vez, al final, fuera lo mismo.

—Quince años —añade Zale—. Y he sido muy paciente estos últimos tres.

Me parece que me merezco una pequeña recompensa, ¿no crees?

Me alejo nadando de él, flotando hacia la superficie. Noto mi respiración pesada, como si quisiera romperme las costillas. Desearía que Oliver estuviera aquí para rescatarme, para llevarme lejos. Desearía que mi madre siguiera viva.

Desearía que alguien me preguntara qué quiero, aunque solo fuera una vez.

Deseo muchísimas cosas, y sé que ninguna de ellas es posible para las chicas como yo.

—Siempre mirando hacia arriba —comenta Zale mientras flota con facilidad a mi lado—. Dime, Muirgen, ¿qué hay ahí arriba que te fascina tanto? ¿Hay alguna cosa que te gustaría contarme?

—¿A qué te refieres?

(«¿Lo sabe? ¿Cómo podría saberlo?»)

—A nada —responde él—. Era simple curiosidad.

Zale nunca ha estado en la superficie, y se enorgullece de ello. «¿Por qué querría ir? —opina—. ¿Por qué querría estar cerca de esas criaturas repugnantes?»

—Y, en cuanto a todas estas tonterías —dice ahora, y señala la estatua y los preciados objetos que hay sobre mi mesa—, esta basura humana, no sé por qué tu Padre te consiente esta obsesión.

—No es una obsesión. —«Y mi Padre no sabe nada de mí»—. Simplemente me parecen bonitos.

—Típico de una chica —se burla Zale—. Te dejas distraer por unas baratijas brillantes sin tener en cuenta su procedencia. Las cosas cambiarán cuando nos unamos. Estas visitas a la superficie se acabarán, por ejemplo. Es demasiado peligroso, cada vez que regresas aumenta el riesgo de que te capturen. Quizá deberías tener en cuenta lo que le pasó a tu madre. Debería servirte de lección, ¿no crees? Una lección que te convendría recordar, sobre todo cuando seas mía.

Lo que dice es cierto: seré suya. Le pertenezco a mi Padre, y mi Padre ha elegido a Zale para mí. Pasaré de las manos de un hombre a las de otro, me traspasarán con un simple apretón de manos, y se espera que yo sonría mientras se cierra el trato.

—¿Te gusta estar comprometida con Marlin? —le pregunté a Nia unos meses antes de mi último cumpleaños.

Las otras habían ido a la superficie, algo infrecuente, para contemplar una tormenta eléctrica («No se lo cuentes a Padre —me advirtió Talia—. Ya sabes cómo se pondría si se enterase de que vamos a subir») y yo tuve que mirar con envidia cómo se alejaban nadando del palacio. Me aburrí de esperar sentada en la torre a que regresaran, así que bajé al dormitorio común, donde encontré a Nia, que miraba por la ventana.

—¿Te gusta? —repetí cuando no me respondió.

No podía dejar de pensar en la conversación que oí por casualidad entre nuestra abuela y ella: la desesperación de Nia, sus súplicas para que Abuela hiciera algo para ayudarla. Las dos permanecemos en silencio entonces, nos escuchamos respirar mutuamente. Estábamos esperando a que la otra fuera la primera en decir la verdad.

—¿Amas a Marlin?

Nia se quedó callada un buen rato.

—Muirgen —dijo por fin—, uno no siempre puede conseguir lo que quiere.

Nosotras deberíamos saberlo mejor que nadie.

—¿Zale? —pregunto ahora—. ¿Tú...?

No estoy segura de cómo expresarlo. Él se desplaza por el agua hasta situarse delante de mí y estira la mano para acariciarme el cabello. Algo pesado me palpita en la garganta.

—Deliciosa —murmura Zale mientras examina cada centímetro desnudo de carne y escamas. Solo le falta pedirme que le enseñe los dientes para comprobar si tengo caries—. ¿Qué me ibas a preguntar? Si yo ¿qué?

—¿Me amas?

Necesito saberlo. Si Zale siente por mí lo mismo que yo siento por Oliver, si sueña conmigo, si puede pasarse horas pensando en tomarme de la mano, puede que todo vaya bien. Me tratará con amabilidad cuando estemos unidos. Podría aprender a conformarme si me trataran con amabilidad.

—¿Amarte? ¿Qué tiene que ver el «amor» con nada? Esto no es uno de esos cuentos de ninfas con los que tu abuela te ha llenado la cabeza, Muirgen.

—No me parece que sea una pregunta tan absurda —repongo, enfurecida—. Teniendo en cuenta que nos uniremos en matrimonio en mi próximo cumpleaños.

—No seas infantil. Eres la hija favorita del Rey del Mar. Tu belleza no tiene parangón y, por lo tanto, eres la elección correcta para un hombre como yo. El Rey del Mar no tiene hijos, así que, cuando nos unamos, tendrá que nombrarme heredero legítimo al trono. Impondré ciertas *mejoras* que deben aplicarse por aquí.

Nunca antes me había hablado con tanta franqueza de sus ambiciones para el futuro. Siempre ha habido un acompañante presente, alguien mayor para salvaguardar mi pureza. Pero, dentro de unos pocos meses, no habrá nadie para protegerme de este hombre. Estaré sola con él, para siempre.

—Pero soy la más joven —digo, haciendo caso omiso del dolor que me atenaza el pecho; es como si mis pulmones fueran demasiado grandes para que los contuviera este cuerpo—. Si eso es lo que quieres, seguramente Talia sería mejor partido. Es la primogénita. O Cosima, como se suponía que iba a ser. Zale, ella todavía te adora, se...

—No seas ridícula —protesta él, aprieta la boca al oír mencionar el nombre de Cosima—. Solo sois chicas. Vuestro aspecto es lo único que os distingue a una de otra, y quiero a la mejor.

Me toca el rostro, como si comprobara mi belleza para asegurarse de que vale la pena adquirirla.

—Me recuerdas a tu madre. Quería a Muireann para mí, ¿sabes? Como todos los sirenos de aquella época. Pero el Rey del Mar tenía preferencia. —Me sonrío—. Así que tú eres la mejor alternativa disponible, pequeña Muirgen. Contigo a mi lado y el tridente del Rey del Mar en mi mano —cierra los ojos, como si se imaginara el poder fluyendo por su cuerpo—, el reino será mío. *Todo* el reino.

Me aseguraré de ello.

—No pretenderás...

—Sí, así es —contesta, y abre los ojos de nuevo—. Es hora de deshacernos de las rusalcas de una vez por todas. La última vez estuvimos muy cerca de lograr la victoria, si tu Padre se hubiera mantenido firme en lugar de permitir que una sirena lo convenciera de dejarlo... Casi las habíamos destruido cuando el rey accedió a ese ridículo armisticio.

El armisticio que mi madre deseaba conseguir con tanta desesperación. Una corona de lirios blancos en su cabello, la mano de mi Padre en la suya... La paz, según dicen, era lo que quería Muireann del Mar Verde. Lo deseaba

tanto que le entregó su cuerpo a un hombre lo bastante mayor como para ser su Padre. No permitiré que destruyan ese legado con tanta despreocupación.

—Ese «ridículo armisticio», como tú lo llamas, ha funcionado hasta ahora.

Nadie quiere que regrese la guerra, Zale. Los sirenos casi mueren de hambre en aquel entonces. ¿Por qué querías que volviera a ocurrir eso?

—Esta vez no será así. Esta vez, saldremos victoriosos.

«Nadie sale victorioso en una guerra».

—Pero ¿por qué correr semejante riesgo? Ahora hay paz...

Hemos oído las historias sobre la Bruja del Mar y las atrocidades que es capaz de cometer. Si la provocamos, devorará a nuestros niños y enviará a sus rusalcas a atacarnos: nos arrancarán la cabellera a las mujeres para ponérselas sobre sus cabezas y matarán hasta al último sireno que encuentren en el reino. No hay ninguna garantía de que vayamos a ganar, piense lo que piense Zale. Los prejuicios lo ciegan de tal modo que no es capaz de ver su propia insensatez.

—No hay ningún riesgo —sentencia—. Las rusalcas son una abominación y debemos destruirlas.

—Pero...

—Basta de replicar, muchacha. Soy un hombre, no un pez. Y los hombres van a la guerra.

—¿Por qué las odias tanto? ¿Qué te han hecho?

—Muirgen, provienen del mundo de la superficie, del mundo de los humanos.

Guardo silencio. Supongo que eso es lo único que Zale necesita para odiarlas.

Cualquier rastro humano basta para desatar su ira.

—Además —añade, con una mueca de diversión en el rostro—, debería alegrarte que hubiera guerra. ¿No tienes miedo de que vengan a por ti? Deben estar muy molestas por tu pequeña... *intervención*.

—¿Cómo? —El agua se queda helada de pronto, la escarcha se me introduce en los huesos—. ¿A qué te refieres?

Él ladea la cabeza, con una sonrisita de suficiencia en los labios.

—Sabes exactamente a qué me refiero, ¿verdad? Te vi. Te vi la noche de la tormenta.

—Pero tú nunca subes a la...

—... apartando a ese *humano* de la rusalca.

Me tiemblan las manos, así que las uno para detenerlas, como si estuviera rezando.

—Eso no es verdad. No sé qué crees haber visto, Zale, pero...

—No me mientas —me espeta, y me quedo callada—. Quería tenerte vigilada, pequeña. Después de todo, la sangre de tu madre corre por tus venas. Quería asegurarme de que, junto con su cabello pelirrojo y sus... —me mira fijamente los pechos y contengo el impulso de estremecerme— *curvas*, no hubieras heredado también otros rasgos más desagradables. Supuso una gran decepción descubrir la verdad, pero no te preocupes. —Se frota la lengua contra los dientes superiores como si la afilara—. Puedo purificarte. Puedo purificarte de formas que ni te imaginas. Será un placer para mí.

—Zale —digo. Comienzo a descender hacia mi habitación, demasiado débil para mantenerme a flote, y él me sigue de cerca—. Zale, te lo ruego. Por favor, no se lo cuentes a mi Padre. No se ha sabido nada de la Bruja del Mar, no hay ningún indicio de represalia. Nadie tiene por qué enterarse. Esto podría olvidarse...

—Oh, me parece que yo no voy a olvidarlo tan fácilmente.

—¿Qué quieres de mí?

Me hundo hasta la cama. Me da vueltas la cabeza a causa del miedo.

—Bueno —contesta mientras tamborilea con los dedos contra su mandíbula con una exagerada actitud pensativa—, hay *algo* que podrías hacer.

—¿Qué?

Haré lo que él quiera, lo que sea, con tal de que mi Padre no se entere.

—¿Crees que no me doy cuenta de cómo te estremeces cuando te miro?

¿Cómo te apartas cuando te toco?

—No me...

—Sí, sí lo haces —afirma con toda naturalidad—. Pero no me importa un poco de renuencia. De hecho, puede ser divertido. Pero ¿en público? No lo toleraré, nunca más. No me convertiré en un hazmerreír. —Coloca las manos en mi cintura y se inclina para susurrarme al oído—. Pronto serás mía, pequeña; más te vale acostumbrarte.

—¿Vas a contárselo a mi Padre?

—Todavía no lo he decidido. Pero cómo me voy a divertir contigo mientras tanto. —Me aprieta con más fuerza y sus labios se apoderan de los míos. Su fría lengua invade mi boca como una viscosa babosa marina—. Buenas noches.

Mientras la puerta se cierra tras él, siento que el estómago se me revuelve y hace que algo me suba por el pecho y la garganta y salga propulsado de mis labios. Una nube de color amarillo oscuro, una sombra entre las olas, que se aleja flotando. La observo danzar.

«Ese fue mi primer beso».

Capítulo 7

Transcurre el tiempo, como es habitual en el reino. Llega el festival de invierno.

El salón de la corte se adorna con tonos plateados y dorados para celebrarlo y se alzan copas para brindar por el Rey del Mar.

—Gracias por vuestra gentileza —dicen los sirenos—. Gracias, majestad. Alabado sea el Rey del Mar.

Las sirenas del coro entonan canciones para celebrar la llegada del hielo y les agradecen a los dioses del invierno otro año de paz.

«Paz». No obstante, yo no siento alivio. Prácticamente no siento nada. Me he resignado a mi destino: nunca conoceré el amor verdadero. Esto es lo máximo a lo que pueden aspirar las sirenas como yo, que deberían sentirse satisfechas con poseer belleza, riqueza y prestigio. Tal vez sea codiciosa al querer ser feliz también. Pero ansío, con todas mis fuerzas, algo más. El anhelo va abriendo un agujero en mi estómago y me deja hueca.

—Canta —me ordena mi Padre mientras las celebraciones del festival se vuelven más desenfrenadas. Tiene los ojos vidriosos a causa de la bebida—. Canta, cariño.

(Así llamó Oliver a Viola: «cariño»). Canto pensando en esa noche y la canción brota de mi corazón, extraña, llena de añoranza. Canto para él. Cuando termino, la multitud guarda silencio; algunos de los presentes se limpian lágrimas de los ojos.

—Ha estado bien —comenta mi Padre—. Aunque un poco melancólica para mi gusto. Recuerda que se supone que el festival de invierno es una celebración, Muirgen.

Sigo siendo la favorita de mi Padre: Zale mantiene su promesa y no le ha contado mi fechoría. Y yo también he cumplido mi parte del acuerdo. Continúa visitándome, bien entrada la noche, cuando los demás duermen. Los envidio por eso. Ellos todavía poseen una inocencia que yo nunca volveré a experimentar.

Zale no toma mi pureza, pues sabe que eso sería ir demasiado lejos sin la aprobación de mi Padre. Pero es brusco conmigo. Me tira del cabello, me clava los dedos con fuerza en la piel y me deja marcas descoloridas que me cuesta explicarles a mi abuela y mis hermanas los días siguientes.

—Me haces daño —protesto, pero él simplemente se ríe.

—Más vale que te acostumbres, pequeña —contesta.

La primavera llega despacio ese año, propagando luz por el agua. Los huevos eclosionan y la siguiente generación de bebés sirenos llega a un mundo nuevo.

Este año han nacido más niñas que nunca. Siento el impulso de advertirles que tengan cuidado. De aconsejarles que se alejen nadando al alba. De apretar una almohada contra sus rostros llorosos y enterrar su último aliento dentro de sus bocas. Así estarían a salvo, a salvo de los hombres, que te vigilan constantemente. Que vienen a tu habitación cada noche y exigen que pagues el precio por su silencio.

Cuando Zale se marcha, me hago un ovillo y alimento la repulsión que me invade como si le diera el pecho a un bebé. «Pronto llegará el verano», pienso. Y el verano significa mi decimosexto cumpleaños. Significa una ceremonia de unión con Zale. Este verano también será el aniversario del naufragio, de cuando tuve a ese chico en mis brazos en aquella playa. Lo vi renacer y luego los humanos acudieron para ayudarlo a ponerse en pie, a alejarse de mí. Él nunca volvió la mirada. He dejado de ir a la superficie para intentar encontrarlo. Me paso los días tumbada en la cama, agotada, contemplo el cielo difuminado por el agua y me sobresalto ante cualquier sonido desconocido por miedo a que sea Zale.

Él continúa visitándome de forma oficial y sonrío cuando entro flotando en el salón como si no me hubiera visto todas las noches. Cosima se sitúa a su lado a toda prisa en cuanto él llega al palacio y le dice cosas como «¿Cómo estás, Zale?», «Tienes muy buen aspecto, ¿a que sí, hermanas?» o «¿Estás cómodo, Zale? Puedo traerte otro cojín si quieres». Se muestra constantemente obsequiosa, hasta que Padre la envía a su habitación, quejándose de que le duele la cabeza.

—¿Por qué no puedes parecerte más a tu hermana? —le pregunta a Cosima—. Muirgen siempre está callada. En una sirena, estar callada resulta mucho más atractivo.

Estoy callada porque no tengo nada que decir. Todos los sábados, Nia y yo nos sentamos en el salón del palacio con Zale y Marlin mientras nuestra abuela permanece en un rincón, desde donde nos vigila atentamente para

asegurarse de que nos comportemos de forma apropiada. «¿Dónde estás por las noches? —quiero preguntarle—. ¿Por qué no me proteges entonces?»

—Sí que estás bastante callada —me dice Zale, después de contarme un chiste al que yo reacciono con silencio.

—Lo siento —contesto de forma automática. No puedo permitirme hacerlo enfadar, ahora no—. No acabo de entenderlo. ¿Puedes explicármelo? Eres tan inteligente, Zale.

Veo que mi abuela levanta bruscamente la cabeza, como si le sorprendiera mi respuesta, pero luego asiente. «Para las chicas, es más fácil ser agradables —me ha dicho siempre—. ¿No quieres una vida fácil, mi niña?»

—Muirgen.

Estoy contando los peces que pasan nadando frente a mi torre. «Uno, dos, tres...»

—Mamá solía decir que contar peces a ayuda a conciliar el sueño —me dijo Talia cuando yo era pequeña—. Mira por la ventana y dime cuántos puedes ver, Muirgen.

Me quedaba dormida poco después, soñando con peces y con una mujer con el cabello tan rojo como el mío. Talia tenía siete años cuando nuestra madre se marchó, y puede recordarla. Aunque tal vez esos recuerdos se compongan de retazos semiolvidados de cuentos para dormir, besos en la frente y susurros de afecto, es más de lo que tenemos el resto de nosotras. Y envidiamos a Talia por ello.

—Muirgen —repite mi abuela.

«Gaia. Mi madre me llamaba Gaia».

—Muirgen, sé que estás despierta. —Se acerca a la cama y se sienta a mi lado—. Muirgen, mírame. —Percibo un apremio en su voz que me hace volverme hacia ella—. No te preocupes, mi niña. No te preocupes por las rusalcas.

—¿Qué...? —Debo encontrar las palabras adecuadas. Palabras que no me metan en problemas—. ¿Por qué iba a preocuparme por las rusalcas, Abuela Thalassa?

A estas horas de la noche, mi abuela no lleva adornos y el cabello, del mismo tono gris plateado que su cola, le cae suelto alrededor del rostro. Las perlas le han dejado unas diminutas heridas abiertas en la cola, que últimamente tardan más en curarse.

—Sé lo que hiciste, Muirgen. Y quería decirte que las rusalcas no tomarán represalias por tus actos. He hablado con Ceto y todo va bien.

Me siento en la cama.

—¿Qué? ¿Has hablado con la Bruja del Mar? —Cuando ella asiente con la cabeza, añado, desconcertada—: ¿Después de lo que las rusalcas le hicieron al tío Manannán?

—Calla. —Mi abuela alza la mano, como si quisiera volver a introducir esas palabras en mi garganta—. No pronuncies su nombre. —Se le quiebra la voz—. No hables de cosas que no entiendes, Muirgen.

—Lo siento, Abuela. Pero ¿cómo te enteraste de lo que hice? ¿Qué te dijo la Bruja del Mar?

—Haces demasiadas preguntas —suspira ella—. Lo único que importa es que estés a salvo.

—¿No nos atacará? Ella odia al Rey del Mar...

—Tu Padre y Ceto llevan peleándose desde que eran niños —dice mi abuela, y reprime una leve sonrisa—. Son dos caras de la misma moneda. Se necesitan el uno al otro, tanto como ambos odian admitirlo.

—¿Que se necesitan? Padre y la Bruja del Mar son enemigos mortales.

—Hay muchas cosas que no entiendes sobre las costumbres del reino, mi niña.

Sobre su historia.

«Pues cuéntamelo, Abuela. Explícame lo que no entiendo. Permíteme aprender».

—Lo único que necesitas saber es que tu Padre nunca se enterará de esto —prosigue—. Eso es lo más importante, ¿verdad?

La esperanza brota en mi interior un instante («estoy a salvo») y luego se desvanece igual de rápido. Esto no cambia gran cosa. Zale seguirá visitándome y yo seguiré sin poder negarme. Lo odio, pero me odio a mí misma aún más. Sigo sufriendo y nunca volveré a ver a Oliver, pero ¿eso qué importa? Porque él despertó con su nombre en los labios. «Viola».

—Es una buena noticia. Te lo agradezco, Abuela Thalassa.

—Hay algo más, ¿verdad? —me pregunta—. ¿Muirgen? Sé que quieres contarme algo más.

Hago una pausa antes de contestar, pues no estoy segura de si puedo confiar en ella, pero necesito hablar con alguien, *quien sea*, y luego...

—Estoy enamorada de él.

Las palabras me desgarran la garganta, desesperadas por hacerse oír. Mi abuela se queda callada un momento, pero su expresión no refleja enfado.

—¿Enamorada? ¿De ese humano?

Asiento con la cabeza.

—¿Después de todo lo que nos han arrebatado? —Se pasa las manos por el cabello. Los mechones plateados parecen anillos en sus delgados dedos—. No puedes contárselo a nadie, Muirgen. Sea lo que sea lo que creas «sentir». ¿Lo entiendes? —Capto un matiz de pánico en su voz—. Tu Padre te... No puedo perderte a ti también. *No puedo*.

—Pero tal vez no hayamos perdido a mi madre. —Veo que mi abuela cierra los ojos, como si sufriera, pero sigo adelante a pesar de ello—. No hubo un cuerpo que enterrar. Tal vez, si subo a la superficie, pueda averiguar qué pasó, descubrir por fin la verdad. ¿Y si todavía está ahí arriba, esperando a que la encontremos?

—Basta, Muirgen —repite ella con voz entrecortada—. Tu madre se acercó demasiado a la orilla. Era impulsiva y testaruda. Los humanos la atraparon y murió en cautividad. Eso es todo.

—Pero eso no tiene sentido. Padre dijo que decidió irse, que nos dejó por propia voluntad..., pero también dijo que la capturaron. ¿Cuál es la verdad? Y tú siempre nos has asegurado que las sirenas son demasiado astutas para caer en las redes de los humanos, así que ¿cómo atraparon a mi madre si...?

—Muirgen, he dicho que *ya basta*. El Rey del Mar nos contó lo que ocurrió.

Su palabra es la ley.

No puedo negar esa verdad. Ninguno de nosotros puede hacerlo.

—¿Se disgustó cuando se la llevaron? —pregunto.

—¿Qué?

—Mi Padre. ¿Se disgustó cuando se llevaron a mi madre?

Mi abuela duda, aunque solo un segundo.

—Por supuesto que se disgustó. Estaba indignado, como cabría esperar. Había perdido a su mujer, a la madre de sus hijas. Estaba... —Se interrumpe y traga saliva con fuerza—. No quiero seguir hablando de esto. Fue una época difícil para todos nosotros. Todavía no sé por qué tu madre hizo lo que hizo. Pensaba que la había educado mejor.

—Creo que no amaba a mi Padre. Debe ser muy duro estar unida a alguien a quien no amas.

—Ay, Muirgen. —Su tono se ablanda—. Lo siento. Estoy segura de que Zale no es un mal hombre.

«En eso te equivocas, abuela».

—Es tan mayor... Y la edad para celebrar la ceremonia de unión es a los veinte. ¿No puedo esperar unos años más, por lo menos?

—Tu Padre tenía sesenta y tres años cuando se unió a tu madre, y ella solo tenía dieciséis. De vez en cuando, se hacen excepciones.

Y yo también tendré dieciséis años. Pronto. Muy pronto.

—Pero yo deseo...

—Ya te lo he dicho antes: *los deseos* nunca le han traído suerte a nadie de esta familia. Que una mujer desee más de lo que puede tener solo ocasiona dolor y pérdida y niños llorando por alguien que no regresará. Los deseos han traído... —Se detiene—. Muirgen —añade con más calma—, lo único que necesitas saber es que los humanos son diferentes a nosotros. En realidad, ni siquiera creen que existamos. Cuentan historias sobre sirenas, historias que creen que son mitos, leyendas. Los fascinamos y también los aterrorizamos. No subestimes ese miedo y lo que podría llevarlos a hacer. Algunos hombres les tienen mucho miedo a las mujeres, mi niña. Esos hombres son los que más nos anhelan, y los más peligrosos cuando no consiguen lo que quieren.

—Pero ¿por qué iban a tenernos miedo? No tenemos poderes.

—Claro que no —coincide mi abuela, y aparta la mirada—. Pero los humanos no lo entienden. Temen que sus hombres se vuelvan locos y se sumerjan hacia las profundidades del mar para unirse a una de nosotras y que hallen solo muerte en el proceso. Y entonces nos culpan, como han hecho siempre los hombres con las mujeres, por incitar su lujuria, por avivar su insaciable codicia por poseer algo que no pueden tener.

—Pero... —Sé que estoy a punto de decir lo indecible—. ¿Por qué *no pueden* tenernos? Si la sirena también quiere, ¿qué se lo impide?

Mi abuela me roza la cola con los dedos.

—¿Te has olvidado de algo? A los humanos les repugnan nuestras colas.

Observo las escamas de color verde oscuro con motas plateadas que reflejan la luz de la luna y dan la impresión de que resplandezco.

No me cuesta creerlo. No me cuesta nada en absoluto.

«¿Una sirena o un monstruo? ¿Cuál es la diferencia?»

—Sí —prosigue mi abuela, que confunde mi silencio con asombro—. Prefieren sus piernas, esos torpes muñones que les permiten caminar erguidos.

Es desconcertante.

—Pero ¿podrían...?

—¿Podrían qué, niña?

—¿Crees que un humano podría aprender a amar a alguien con cola de pez?

Contengo el aliento.

—No —contesta ella, sin acritud, y siento que algo se quiebra en mi pecho—. Un hombre necesita una mujer con piernas. A pesar de nuestra belleza, los humanos nos consideran engendros, curiosidades.

Se frota los ojos y noto lo cansada que está.

—Ojalá... —susurro—. Ojalá pudiera encontrar una forma de...

—¿Encontrar una forma de qué?

—Una forma... —Mi abuela se inclina hacia mí para oírme bien—. Encontrar una forma de tener piernas humanas. Padre tiene poderes. Tal vez él podría...

Mi abuela se aparta bruscamente.

—¿Te has vuelto loca, niña? El Rey del Mar odia a los humanos, sobre todo después de lo que le pasó a tu madre. Él preferiría verte muerta antes que permitir que pasara lo que estás sugiriendo.

Tiene razón. Mi Padre preferiría enterrarme en la arena que verme feliz con un humano en la superficie, y una parte de mí siempre lo supo. Debo obedecer sus normas, ser una buena chica y vivir la vida que me ha elegido. Aguardaré aquí en el reino hasta que llegue el final y mi alma se disperse en las olas para que los peces se alimenten de ella.

—Provienes del mar, niña —dice mi abuela—. Este es tu sitio.

«Pero yo no quiero estar aquí».

—Me marcho ya. Muirgen, eres joven, hermosa. Posees la voz más pura que se ha oído nunca en este reino, un don que podría hacer que curtidos guerreros marinos derramen preciadas lágrimas. Tienes a tus hermanas. Estás comprometida con el hombre más respetado del reino después del Rey del Mar.

Eres afortunada, niña.

—No puedo hacerlo, Abuela —digo con la voz entrecortada. Las palabras escapan de mis labios, no soy capaz de controlarlas—. No puedo unirme a Zale.

Prefiero morir.

—No hace falta ser tan dramática.

—No estoy siendo dramática —respondo, herida por la acusación—. Lo mío con Zale no es amor verdadero.

—¿Amor verdadero? Querida, eso no es más que un cuento de ninfas. No existe en la vida real.

Pero podría existir. Oliver me lo ha demostrado. Él representa la posibilidad de amar, de conseguir algo más de lo que puede ofrecerme una vida bajo el mar.

—Abuela, Zale me da miedo. Y a veces... —Me armo de valor—. A veces, viene a mi habitación por la noche y...

—Basta —me espeta—. Eso no es cierto. Zale es un miembro muy respetado del reino. No me creo eso de él.

Y entonces lo sé. Sé que se acabó. Mi abuela era mi última esperanza.

Se oye un ruido afuera, algo metálico golpea los escalones de nácar, y ambas nos echamos hacia atrás.

—¿Qué ha sido eso? —pregunto mientras mi abuela nada hasta la puerta de mi habitación para comprobarlo—. ¿Hay alguien ahí?

—No hay nadie —contesta ella mientras escruta la oscuridad—. Debe haber sido un pez.

—Ese ruido ha sido demasiado fuerte para tratarse de un pez.

—No hay nadie ahí —me repite—. Estamos cansadas y es muy tarde. No ha sido nada.

Nuestras miradas se encuentran, vacilantes.

—Buenas noches, abuela.

—Buenas noches, Muirgen.

No regresa junto a mi cama para darme un beso en la frente o arroparme, para decirme que me quiere y rogarles a los dioses marinos que me protejan mientras duermo, como suele hacer.

Me quedo ahí tumbada, imaginando las piernas quiméricas que sé que deben estar atrapadas en mi interior. Las visualizo estirándose, empujando, desgarrándome la cola. Ansiando sentir la tierra debajo, sólida.

Había oído rumores de que algunas sirenas decidían que doscientos años eran demasiados para pasarlos en el reino. Se enrollaban algas alrededor del cuello con fuerza o se cortaban las muñecas con conchas afiladas y les rogaban a los dioses marinos que transformaran sus huesos en espuma cuando el dolor se volvía insoportable. «Defectuosas —las llamaban entre susurros cuando yo era niña—. Dañadas». Se parecían más a una rusalca que a una sirena, y siempre eran mujeres quienes elegían este destino. Ningún hombre se sentiría tan completamente desprovisto de esperanza.

Yo estoy desesperada ahora, más desesperada de lo que nunca pensé que sería posible. Pero todavía tengo esperanzas. Tiene que haber una forma de escapar de esto. «Tiene que haberla».

Capítulo 8

Esa noche, cuando salgo del palacio, reina la oscuridad; la clase de oscuridad que sugiere que, en la superficie, las nubes han cubierto la luna. Espero hasta que el palacio queda en silencio y no salgo de mi habitación hasta estar segura de que todos están dormidos. Paso los dedos sobre el peine y el espejo y me despido con un susurro de la estatua de mármol. No los necesitaré en el lugar al que voy.

Bajo los escalones de mi torre y paso por delante del dormitorio común de mis hermanas. Me detengo fuera de la puerta, me gustaría poder despedirme. Pero ellas me harían quedarme. Quedarme y casarme con Zale. Preferirían que me pasara la vida soñando con Oliver. Soñando con mi madre. Soñando hasta que mis sueños se consumieran. No puedo hacer eso, pero, aun así, desearía poder decirles que las quiero. Que, como hizo mi madre antes de mí, debo dejarlas.

Cruzo sigilosamente el vestíbulo, cuyo liso suelo está formado por rombos de oro y nácar. Contengo el aliento para no despertar a los criados. Un miedo espantoso paraliza mis pensamientos y los reduce a palabras en lugar de frases.

«Y si... Padre... Zale... Oliver...»

«Mi madre. Mi madre. Mi madre».

Recorro las sinuosas calles de arena. Flores rojas y moradas bordean los caminos y las casas elaboradas con conchas se amontonan unas junto a otras.

Todas están cerradas a estas horas de la noche, con los bordes de las conchas de molusco unidos. Pienso en los sirenos acurrucados en su interior y me pregunto con qué sueñan. ¿Han soñado alguna vez con la libertad que ofrece un cielo abierto, como yo?

A medida que me alejo nadando del reino y me adentro en las Tierras Exteriores, la oscuridad se vuelve más densa y, aunque veo con claridad el camino que tengo delante, es como si atravesara una maraña de algas. Aquí el agua es más seca, se asemeja a un desierto contra mi lengua; las plantas y las flores marinas parecen marchitas, como si estuvieran enfermas. Las chabolas,

elaboradas con destrozadas conchas grises y una plegaria parecen balancearse debido al empuje de la marea. Nunca había estado aquí. Me negaba a acompañar a Sophia en sus visitas benéficas, convencida de que acabaría diciendo algo indebido o me sorprenderían mirando fijamente a los habitantes de las Tierras Exteriores.

Los que viven aquí son diferentes. No como los humanos o las rusalcas, siguen siendo sirenos, pero el Rey del Mar no quiere que vivan dentro de los límites del palacio. Aquellos que les rezan a los dioses prohibidos, los que tenían el cuerpo deformado al salir del huevo, las sirenas que no cumplían con los estándares de belleza que prefiere mi Padre, los estériles...

—No voy a *exterminarlos* —me dijo mi Padre cuando le pregunté por qué existían las Tierras Exteriores si las personas que vivían allí le parecían tan desagradables—. Es mejor que vivan con los suyos. Estarán más cómodos así.

Nadie se despierta mientras cruzo las chabolas, pero me detengo de todas formas al llegar a los remolinos que separan nuestro mundo del de la Bruja del Mar: una ruidosa y giratoria cortina de agua que se eleva desde el lecho marino hasta la superficie. Vuelvo la mirada, con la respiración entrecortada. Parte de mí espera ver aparecer un ejército, encabezado por Zale, abalanzándose sobre mí.

Nunca me he alejado tanto del palacio, ni una sola vez en mis casi dieciséis años de vida. Y cruzar los remolinos, nadar a través de las violentas corrientes y permitir que me escupan al otro lado es algo que el Rey del Mar ha prohibido terminantemente por ley. A sus súbditos no se les permite ir más allá de las Tierras Exteriores, y mucho menos a las Tierras Sombrías. Me recuerdo que, si hago esto, no habrá vuelta atrás.

—Si hago lo que me sugieres, no habrá vuelta atrás —le dije a Cosima esa misma noche.

Alguien llamó a mi puerta. Mi abuela acababa de irse y supuse que sería ella de nuevo. Sabía que no era Zale; él nunca llama.

—Adelante —dije. Era Cosima.

—¿Estás llorando, hermana? —me preguntó.

—¿Qué haces aquí, Cosima?

Se sentó a mi lado y alineó su cola con la mía, y supe que estaba comparándolas, la mía verde oscuro contra la suya azul cobalto, buscaba algún defecto en mis escamas que indicara que ella había ganado, para variar.

—Te oí —me dijo con un extraño tono cantarín—. Te oí hablando con Abuela.

Sentí una presión en el pecho que me extrajo todo el aire de los pulmones.

¿Qué habría oído? Y, si había oído la peor parte, ¿qué haría con esa información?

—Así que fuiste tú quien hizo ese ruido —comenté con la mayor despreocupación que logré aparentar—. Sabía que no había sido solo un pez, a pesar de lo que pensara Abuela.

Cosima agarró un espejo que había sobre el achaparrado armario de madera situado junto a la cama. Una reliquia procedente de una tormenta, siete años atrás. Vientos feroces, un mar hambriento, rusalcas pidiendo venganza a gritos con un abandono salvaje y desenfrenado, llamando a hombres que llevaban mucho tiempo muertos, hombres que les destrozaron el corazón o el cuerpo, y a veces ambas cosas. Llegaron cadáveres y más cadáveres. Después de la tormenta, llovieron humanos durante meses.

Cosima observó su reflejo en el espejo y se alborotó el cabello dorado.

—No intentes negarlo. Oí todo lo que le dijiste a Abuela. Estás enamorada de él. De un humano.

Pensé en Oliver, que escupía agua marina como si fuera algo venenoso. Su rostro era tan hermoso..., aunque estuviera pálido y frío. Y, entonces, lo recordé llamándola: «¿Viola? ¿Viola?».

No dije nada. Era demasiado peligroso admitirlo, sobre todo ante Cosima.

Simplemente me concentré en recobrar el aliento: *inspirar* («Todo irá bien, Gaia») y *espirar* («Cálmate, Gaia»).

—¿Se puede saber *qué te pasa*, Muirgen? —me preguntó cuando permanecí en silencio—. No es justo para Zale. Vais a uniros dentro de dos meses, ¿y así le pagas ese honor? Zale debería estar con alguien que lo ame, que lo entienda.

Alguien más apta para los rigores de gobernar el reino. Alguien que... —Se interrumpió—. En fin, otra persona.

—Yo nunca quise que pasara nada de esto. —Intenté agarrarle la mano, pero ella la apartó bruscamente—. Cosima, por favor. Sabes que esto no es culpa mía.

—¿El qué? ¿Haberme robado a Zale?

—No te lo robé. Tú y yo éramos muy buenas amigas..., nos queríamos, ¿verdad? —Se me formó un nudo en la garganta—. Te echo de menos.

—Zale era *mío*. Todo era perfecto. Tal vez, si no hubieras nacido, nuestra madre no habría perdido el juicio y no nos habría abandonado. —Me echo hacia atrás como si me hubiera abofeteado, pero ella no se detiene ahí—. Y tú ni siquiera valoras a Zale. Eres tan ingrata que te enamoras del primer

humano que ves. No me lo podía creer cuando te oí admitirlo delante de Abuela. Los humanos se llevaron a nuestra madre, Muirgen.

—Siempre estás diciendo que nos abandonó, y ahora dices que es culpa de los humanos. Aclárate, Cosima.

—No vayas de listilla. Esas criaturas la *asesinaron* por diversión. ¿Lo has olvidado?

Respiré hondo.

—Eso no lo sabemos con certeza, ¿verdad?

—¿Qué? —Se quedó atónita. Era evidente que no había oído toda mi conversación con Abuela esa noche—. ¿De qué hablas?

—Bueno, no sabemos qué le pasó después de que la capturaran. Solo sabemos lo que Padre nos ha contado.

—Y con eso basta. Su palabra es la ley, idiota. ¿Te has vuelto completamente loca?

—Solo quiero saber la verdad. Es lo único que siempre he querido.

—¿Y estás dispuesta a hacer cualquier cosa para descubrir «esa verdad»? —gruñe con expresión feroz.

—Pues... —«No lo sé. No lo sé»—. Eso creo.

—Te va a hacer falta más que un «eso creo» para hacer lo que hay que hacer, Muirgen. No seas patética.

Comprendí que mi hermana no creía que yo fuera lo bastante valiente, y sentí que algo bullía en mi interior.

—No me hables como si fuera una niña, Cosima. Sí, estoy dispuesta a hacer cualquier cosa para averiguar qué le pasó a nuestra madre.

—Vale —contestó ella, y suavizó las facciones, como si no se hubiera enfadado en su vida—. Vale, Muirgen. —Sonrió brevemente—. Lo entiendo.

—¿De verdad?

Le agarré la mano de nuevo, casi abrumada de alivio ante el hecho de que alguien me escuchara al fin. Esta vez, ella no se soltó.

—Siempre has sido una sirena muy curiosa, ¿verdad, Muirgen? —Cosima era la única que había dicho eso de mí—. Incluso cuando éramos niñas. —Se acercó más a mí y se acurrucó a mi lado—. ¿Te acuerdas?

Cosima y yo solíamos ir a explorar naufragios. «Estoy cansada —se quejaba ella al final del día—, volvamos al palacio». Y yo le decía adiós con la mano, sin importarme lo más mínimo quedarme allí sola.

—Éramos muy buenas amigas antes de que Zale se interpusiera —prosiguió Cosima mientras se enrollaba un mechón de pelo alrededor del dedo

—. Te echo de menos, Muirgen. Quiero que seas feliz. Y no eres feliz aquí abajo, ¿verdad?

Pensé en mi Padre, alineando a sus hijas según su belleza, observando mi rostro y mi cuerpo con satisfacción. En su inevitable repugnancia cuando comenzara a envejecer y perder mi atractivo. En Zale, tocándome con las manos y la lengua, y el impulso de restregarme el cuerpo que se apoderaba de mí después, de excavar mis huesos para volver a sentirme limpia. Y luego en Oliver y en la calidez que me invadía al recordar sus ojos oscuros, y quise sentirme así una y otra y otra vez. Y pensé en mi madre. Nunca dejaré de pensar en mi madre.

—No —le susurré a Cosima entonces—. No soy feliz. Nunca seré feliz bajo el mar.

—Hay una forma —contestó ella, también susurrando—. Una forma de escapar. De encontrar la respuesta a tus preguntas. De caminar sobre la tierra, incluso. Pero debes ir a las Tierras Sombrías. Debes ir a *verla*.

—No, *no* —dije al comprender qué me estaba proponiendo—. ¿A la Bruja del Mar? ¿Estás loca? Me matará en cuanto cruce los remolinos.

—Necesitas piernas, ¿no? ¿Acaso no quieres que tus sentimientos por ese hombre sean correspondidos?

—Sí, pero...

—Queda poco tiempo para tu cumpleaños, hermana, y entonces ya será demasiado tarde. ¿Cuánto amas a ese humano?

No pude responder. No había palabras para expresarlo. Quizá nunca habría palabras suficientes para condensar el amor verdadero que sentía por Oliver.

—¿Tanto? —me preguntó Cosima—. ¿A un humano con el que ni siquiera has mantenido una conversación?

—Tú no lo entiendes —repuse, y ella sonrió de nuevo.

—Bueno, pues la Bruja del Mar es capaz de ayudarte con sus poderes. Debes ir a *verla*.

—Pero Padre es la única persona del reino con poderes —alegué, desconcertada.

—Ay, Muirgen. —Me besó en la frente, como si me ungiera—. A veces, eres muy ingenua.

Cosima alzó el espejo y captó nuestros rostros en el cristal: su cabello rubio contra el mío pelirrojo, los mismos ojos azules y labios sonrosados. Sin embargo, al mirar mi reflejo, lo único que pude ver fue lo que Zale me había hecho, lo que yo le había permitido hacer, y aparté el espejo.

—Eres preciosa, Muirgen —dijo mi hermana—. Incluso cuando has estado llorando. Es asombroso. —Inclinó el espejo de modo que solo mostrara su rostro—. Pero tú no te has pasado años llorando, como yo.

Cosima me dejó sola entonces, aguardando a que el palacio quedara en silencio. Aguardando mi oportunidad para escapar.

Ahora, el remolino que me separa de las Tierras Sombrías gira delante de mí.

Después de todo lo que he oído acerca de la Bruja del Mar, de todo lo que nos han contado desde que nacimos, la idea de encontrarme en su presencia me resulta casi insoportable. Se trata de la mujer cuyas guerreras rusalcas mataron a mi tío, que hundió una sombra tan profundamente en el corazón de mi madre que se lo entregó como dote a un hombre al que nunca podría amar. Y aquí estoy, acudiendo a ella para suplicarle un favor. Pero ¿qué otra opción me queda?

Pienso en mi madre y les pido a los dioses una milésima parte de su valor.

«Madre, madre», ruego mientras atravieso el remolino. Durante un momento, me quedo suspendida en ese espacio intermedio, momentáneamente a salvo en el vacío ensordecedor. (Ojalá pudiera quedarme aquí para siempre, a salvo en la nada). No obstante, me obligo a seguir nadando hasta llegar a las Tierras Sombrías, *a las Tierras Sombrías*. Me parece imposible, y al mismo tiempo inevitable, encontrarme aquí. Aquí, en el escenario de las pesadillas de mi infancia, el lugar del que los niños sirenos hablábamos entre susurros cuando los adultos no nos oían.

«Mi madre dice que las rusalcas se llevan a los niños insolentes a las Tierras Sombrías y les rompen el cráneo como castigo».

«Mi madre dice que el aire de las Tierras Sombrías es venenoso, que la Bruja del Mar y sus rusalcas son las únicas que pueden respirar allí porque sus pulmones están hechos de rayas eléctricas y pueden resistir incluso la muerte».

«¡No, no! Mi Padre dice que hay trampas hechas con arenas movedizas y que, si cruzas los remolinos, te succionan hacia el fondo del mar y te entierran vivo y nunca volverás a ver a tu familia y será culpa tuya por desobedecer».

Desde tiempos inmemoriales, los niños nos hemos inventado juegos en los que algunos somos rusalcas y otros sirenos y libramos largas batallas para controlar el reino. Los sirenos siempre ganan, por supuesto, gracias a la valentía y la inteligencia del Rey del Mar. «Demos gracias por haber nacido en tiempos del Rey del Mar. Viva el Rey del Mar —decíamos al terminar—. El reino mantiene su grandeza».

Pero, ahora que estoy aquí, las Tierras Sombrías parecen diferentes a como me las imaginaba de niña, aunque no menos macabras. El agua es sólida, en cierto sentido, forma grumos en el fondo de mi garganta, mientras que la arena se ha fundido hasta convertirse en un lodo burbujeante. Frente a mí hay un denso grupo de árboles y matorrales que no se parecen a ninguna vegetación que haya visto nunca, ni sobre la superficie ni bajo ella. Los tallos retorcidos de unos espinos aceitosos están rematados con cabezas de serpientes, que mantienen los ojos cerrados mientras duermen y respiran con un sonido áspero a través de las hendiduras de sus narices. Poseen brazos consistentes en hojas de ortiga solidificadas, cada uno de los cuales aferra un tesoro con fuerza: un tenedor de plata, fragmentos de porcelana, mechones de cabello humano arrancados de raíz, un cráneo diminuto que solo puede ser de un bebé humano... Les rezo a los dioses marinos mientras paso por delante, ruego que no se despierten y me conviertan en su nuevo trofeo.

Oculta tras ellos hay una cabaña achaparrada compuesta de huesos humanos decolorados y trozos de fango. La rodean numerosas rusalcas que flotan en el agua, agarradas de las manos. El largo y pálido cabello verde languidece sobre sus rostros. Las rusalcas llevan su dolor en su cabello, entrelazado en los mechones como grupos de finísimas anémonas. Y tienen piernas. Anhele tocarlas, contar los dedos de sus pies y deslizar los dedos por la cara interna de sus muslos, pero sé que no debo hacerlo.

Unos párpados se mueven despacio, luego demasiado rápido, e intento no gritar de miedo. Veo un destello blanco, oigo un lamento bajo.

—¿Quién eres? —pregunta la rusalca.

—No supongo una amenaza —contesto para intentar tranquilizarla—. He venido a ver a la Bruja del Mar.

Pero ella se pone a gritar y las otras empiezan a despertarse. La rusalca aprieta los dedos contra su estómago plano.

—¿Te has llevado a mi bebé? ¿Dónde está mi bebé? ¿Quién eres? ¿Qué has hecho con mi bebé?

—Sadhbh —dice una voz procedente de la cabaña de huesos. Evoca el crepitar de la madera en una fogata en la playa, el aceite deslizándose sobre el agua, un cielo tan negro que te olvidas de que existen las estrellas. Un escalofrío me baja por la espalda—. Cálmate.

La rusalca llamada Sadhbh se queda callada mientras las lágrimas le bajan por las mejillas y sigue tocándose el vientre con las manos, que retuerce.

—A las chicas irlandesas les cuesta mucho adaptarse a esta nueva vida —añade la voz—. Siempre están buscando unas manos diminutas que les

arrancaron del pecho en cuanto emitieron su primer llanto.

La puerta de la cabaña está abierta y hay algo allí, esperándome. Mis ojos se esfuerzan por escrutar la penumbra hasta que resulta evidente que se trata de una sirena, aunque no se parece a ninguna que yo haya visto antes. Su cola es tan negra que se funde con el sombrío mar, lo que le da el aspecto de un torso flotante. Tiene la piel pálida y abundante: rollos de carne le rodean el cuello y se amontonan alrededor de su cintura. Nunca he visto una mujer de este tamaño. A todas las sirenas de la corte se nos ha indicado que debemos mantener cierto peso para cumplir las preferencias estéticas del Rey del Mar y sus sirenos. Yo ni siquiera sabía que estuviera permitido tener un cuerpo así. Me siento mareada, como si toda la sal de mis venas se me hubiera subido de pronto a la cabeza.

—Estás nerviosa —comenta la Bruja del Mar.

Tiene un rostro hermoso, algo que no me esperaba. De niños, nos dijeron que la bruja tenía el cuerpo verde, los dientes podridos y la piel cubierta de llagas y marcas de pústulas. Nos dijeron que envidiaba los poderes del Rey del Mar, que estaba amargada porque ella no estaba a su altura. Nos dijeron que no quería tener hijos y que, si ponía huevos, se los comía antes de que eclosionaran. Nos contaron muchas cosas, gran parte de las cuales me resulta difícil de conciliar con la sirena que tengo ahora delante.

—No —miento—. No estoy nerviosa.

—Ya veo. —Ladea la cabeza para examinarme—. Por desgracia, sirenita, no te creo.

Vuelve a entrar en la cabaña y me indica que debo seguirla.

—Te estaba esperando —añade mientras se acomoda en el único mueble de la habitación, una gran silla de madera que se balancea adelante y atrás.

La carne negra de su inmensa cola lleva incrustadas (las cuento rápido) trece relucientes perlas negras. «¿Trece?» No, no puede ser. Eso significaría...

—Mi rusalca me contó lo que hiciste la noche de la tormenta. —La Bruja del Mar hace aparecer un pintalabios rojo de la nada y se lo aplica con cuidado. Mi Padre no nos permite llevar maquillaje, pues opina que es un artificio destinado a engañar a hombres incautos. Insiste en que debemos ser «naturales», naturales a toda costa—. Supongo que te estarás preguntando por qué no me vengué por tu comportamiento, ¿verdad?

—S-sí —tartamudeo.

—Estaba esperando que vinieras a verme. Al final, las sirenas como tú siempre vienen a verme. Aunque debo admitir que me pareció una decisión

bastante insensata: poner en peligro el reino de tu Padre por un humano.

—Habría muerto si no hubiera intervenido —protesto, atónita ante mi propio coraje—. Las rusalcas son asesinas.

—No hables así de mis chicas.

—Lo siento —me apresuro a contestar, aunque lo que he dicho es cierto. Los huesos de mi tío Manannán eran la prueba. Pero no puedo arriesgarme a hacerla enfadar—. No pretendía insultarlas, ni tampoco a ti. —Pero siento curiosidad, lo cual es mi mayor defecto—. Entonces, ¿apoyas el ataque?

—Siempre las apoyaré —responde la Bruja del Mar—. Las apoyaré hasta mi muerte. ¿Quién más lo hará? Tu Padre, no. Él habría preferido exterminarnos en una guerra absurda, sin importar el coste. Sin importar cuántos de sus jóvenes sirenos murieran. —Resopla—. Aunque el Rey del Mar habría estado a salvo.

Nunca le gustó ponerse en peligro. Muireann era demasiado aventurera para tener que soportar a un viejo como él.

—¿Qué? —Al oír mencionar ese nombre, es como si succionaran el agua de la habitación—. ¿Conocías a mi madre?

—Sé todo lo que ocurre en estos mares.

—¿Puedes contarme qué le pasó? Padre dice que la capturaron y la asesinaron, pero nunca vimos su...

—Sssh. —La Bruja del Mar se coloca un dedo sobre los labios—. Vas a disgustar a mis chicas si sigues hablando de asesinatos. Ese tema les trae recuerdos muy tristes, ¿sabes? Pueden ser un poco egocéntricas. Aunque, claro, los jóvenes siempre creen que ellos son los primeros en experimentar algo: desengaño, traición, lujuria... —escupe la palabra—, deseo. Después de todo, por eso estás aquí, ¿no?

Nunca he oído a una sirena hablar de *ese tema*. No se nos permite sentir eso.

No puede ser deseo lo que me ha empujado a venir a este sitio. Es amor. Tiene que ser amor. El amor es *puro*, y quiero volver a ser pura. Quiero que Oliver me ayude a olvidar todo lo que Zale me ha hecho.

—¿Te hago sentir incómoda? —me pregunta—. ¿Hay algo en mí que te moleste? —Se pasa las manos por el cuerpo, lo acaricia con una ternura infinita—. Yo me siento cómoda. —Pronuncia cada sílaba con claridad—. ¿Sabes lo que es sentirte cómoda contigo misma? ¿Te has sentido así alguna vez?

«No», pienso. No, no me he sentido nunca así. Me pregunto si lo haré alguna vez.

—No he venido por eso, Bruja del Mar —digo en cambio.

—Me llamo Ceto —me espeta, y se levanta de la silla hasta que se yergue sobre mí—. Tu Padre es el que insiste en llamarme «bruja». Ese solo es un término que los hombres usan para referirse a las mujeres que no les tienen miedo, que se niegan a aceptar órdenes.

—Lo siento —contesto con voz débil. ¿Qué le hace la Bruja del Mar a la gente que la contraría? ¿Alguien ha vivido para contarlo?—. No pretendía ofenderte. Por favor —le suplico—, te ruego que me perdones.

—No te disculpes —dice mientras vuelve a sentarse como si no hubiera pasado nada y yo estuviera exagerando—. No me has ofendido.

—Lo siento —repito mientras le echo un vistazo a la puerta de la cabaña.

Si decide destruirme, ¿con qué rapidez podría huir nadando? Pero ¿adónde podría ir? Necesito su ayuda. Ella es mi única esperanza.

—Lo siento, de verdad.

—Madre mía. —Parece que la situación le hace gracia—. Eres consciente de que no hace falta que te disculpes por el simple hecho de existir, ¿verdad?

Independientemente de lo que tu Padre te haya hecho creer.

—La palabra del Rey del Mar es la ley —contesto, como si me preocupara que me hubiera seguido y estuviera escuchando fuera de la cabaña. No sabría decir quién me da más miedo: mi Padre o la Bruja del Mar. Me han enseñado que una de esas personas es todopoderosa y la otra malvada. ¿Cuál es cuál?

¿Qué es cierto?

—Y aquí estás, en las Tierras Sombrías, desobedeciéndolo. Nunca me habría imaginado que una sirena tan joven fuera tan audaz.

—Tengo casi dieciséis años. —Aunque estoy aterrorizada, me invade la irritación—. No soy una niña. Recorrí las Tierras Exteriores de noche y luego crucé los remolinos hasta llegar a tu territorio, a pesar de que está expresamente prohibido.

—Sé perfectamente la ruta que seguiste, querida —comenta ella, bostezando—. No hace falta que entres en detalles.

—Bien, vale. —La frustración me da valor—. Estoy en las Tierras Sombrías, ¿no? Donde ningún otro sireno, hombre o mujer, ha osado venir antes. Soy la primera que se atreve a adentrarse en estas tierras, y estoy aquí porque necesito tu ayuda para...

—¿La primera? —se burla—. No seas absurda, sirenita. Muchas sirenas vienen por aquí, más de las que podrías imaginarte.

«¿Mi madre vino antes de que la atraparan? ¿Ella también te pidió ayuda?»

—Algunas acuden a Ceto en busca de venganza. A veces, necesitan ayuda para tratar heridas tan profundas que escapan a la comprensión de vuestra sanadora, heridas que el Rey del Mar se niega a reconocer siquiera. Nunca le han gustado los «sentimientos», y menos aún en las mujeres. Él lo denominaba «histeria».

La Bruja del Mar aprieta la mandíbula cada vez que menciona a mi Padre. Es inquietante.

—Algunas vienen a verme porque tienen miedo de que las envíen a las Tierras Exteriores por no conseguir reproducirse —prosigue—. También me piden ayuda en temas de virilidad. A muchos sirenos les da miedo ser blandos. Les hacen tener miedo de su verdadero yo; es una tragedia. ¿Sabes qué les pasa a los hombres a los que no se les permite tener miedo? Que se vuelven furiosos, despiadados, *salvajes*. Me parece que tienes cierta experiencia con ese tipo de hombres, ¿verdad?

(Pienso en mi Padre, alzando la voz, el tridente o la mano, asestándonos golpes, aunque nos lo merecíamos, porque éramos demasiado ruidosas, demasiado exigentes. Demasiado. La próxima vez nos comportaríamos mejor. La próxima vez, no encontraría motivos para castigarnos. Tendríamos que ser perfectas).

—Eso no puede ser verdad —protesto.

—Pero lo es, sirenita. Sin embargo, la mayoría de los que vienen a las Tierras Sombrías buscan algo un poco más... —Se le dibuja una amplia sonrisa—. ¿Primario?

«Primario». No puede referirse a...

—Pero tenemos prohibido entrar en las Tierras Sombrías —insisto—. Si han venido sirenos, entonces...

Algo frío me rodea la cola y, al bajar la mirada, veo a dos serpientes de vientre gordo que me observan con malicia. Suelto un grito y la Bruja del Mar las llama.

—Mi vida —dice mientras una se le enrolla en la cintura—, y mi pequeñina —murmura mientras la otra se acomoda alrededor de su cuello—. Ay, sirenita.

Te sorprendería saber cuántos sirenos vienen a las Tierras Sombrías, y también con qué frecuencia.

—Pero ¿por qué iban a venir?

—Cuántas preguntas. Me sorprende que tu Padre no te haya quitado esa costumbre a golpes. Nunca le gustaron las mujeres habladoras.

«¿Mi madre era habladora?» Noto un dolor en el pecho al pensar en ella y me pregunto cómo puedo echar tanto de menos a alguien a quien nunca conocí.

—Me quieren a mí. A una mujer con poder. ¿Te lo puedes creer?

—Pero ¿por qué vendrían a verte los hombres por *eso*? Estás gorda. —Me arrepiento en cuanto las palabras salen de mi boca—. Lo siento mucho —añado, presa del pánico—. No pretendía decir eso. No pretendía ofenderte.

—¿Por qué habría de ofenderme? Que te llamen gorda no es un insulto, sirenita. Tiene tan poca importancia como que te llamen flaca. Solo son descripciones. Tu Padre es quien lo ha convertido en una palabra negativa y en una forma de ser negativa.

La Bruja del Mar se mira con evidente placer.

—Me gusta mi cuerpo. Y, aunque valoro mi opinión más que la de los hombres, podría sorprenderte saber que algunos prefieren que las mujeres tengan más carne. No es nada de lo que avergonzarse, todos tenemos nuestras preferencias, pero, aun así, a esas personas las han obligado a avergonzarse. —Suspira—. Y yo he caído en desgracia debido a esa vergüenza. Son *sus* deseos y, sin embargo, me expulsan a mí como resultado.

Noto que me empiezo a doler la cabeza, como si mi cerebro luchara por absorber toda esta nueva información. Desde niños, nos han dicho que el exceso de peso es repugnante. Algunos sirenos aumentaban de tamaño al envejecer, pero los hombres no habían nacido para resultar agradables a la vista, como nosotras. A las mujeres nos han enseñado que estar delgada es tan importante como ser hermosa, tan necesario como ser obediente, tan atractivo como permanecer callada. Debemos mantenernos delgadas o moriremos tristes y solas, las solteronas del reino, desterradas a las Tierras Exteriores por consumir los recursos del palacio. Esas mujeres no son madres ni sirenas y, por lo tanto, no le son útiles a nadie.

Ceto resuella cuando la serpiente que le rodea el cuello la aprieta con más fuerza.

—Ah, preciosa —murmura, y le acaricia la cabeza con ampollas hasta que la suelta—. Estar aquí con vosotras no es un castigo. Estoy contenta con mi suerte.

Aunque no puedo decir lo mismo de ti, sirenita. Qué mujeres más insatisfechas ha engendrado el Rey del Mar. No eres la primera de tus hermanas que viene a visitarme, ¿sabes?

Me la quedo mirando, atónita. ¿Quién podría haber venido? ¿Talia, para encontrar marido? ¿Cosima? No le habrá pedido a la Bruja del Mar que me maldiga, ¿verdad? Pienso en su visita a mi habitación, su insistencia en que Ceto era la única que podría ayudarme, y aprieto los dientes, aterrorizada. ¿Esto no era más que una trampa?

—¿Cuál? —pregunto.

—Nombres, nombres —contesta ella, y le resta importancia con un gesto de la mano—. La chica estaba muy afligida. Había alcanzado la mayoría de edad y había comprendido que, al hacerse adulta, no había superado sus enamoramientos infantiles. Sentía «deseos antinaturales», como lo definiría el Rey del Mar. Es un hombre muy intolerante, siempre lo ha sido. Eché a la pobre muchacha. He oído hablar de brujas que llevan a cabo los rituales que me suplicó que hiciera, pero yo no soy una de ellas. Quemar, cortar... Después, las chicas padecen un dolor incesante, aunque también se libran del deseo.

Suelta una risita al ver mi expresión.

—Sí, pequeña, las mujeres pueden experimentar ambas cosas. Ya lo verás, con el tiempo. —Se alisa el cabello y me encojo ante el repentino movimiento—. Era una chica muy guapa. Con la cola de un tono azul muy pálido. Apostaría a que ya tenía edad para casarse. Las sáficas siempre vienen a verme cuando llega la hora de pronunciar los votos.

—Nia —gimo—. Pero eso es imposible: está comprometida con Marlin.

Tendrá un matrimonio natural.

He oído hablar de chicas con impulsos antinaturales, que se curan, por supuesto, al casarse y tener hijos. Pero eso es algo inaudito en una princesa. En una hija del Rey del Mar.

—¿Natural? ¿Y qué es natural? Tu Padre también considera a mis rusalcas «antinaturales», y ¿qué son sino chicas ahogadas? Se cree que él representa todo lo natural y correcto, y cualquiera con inclinaciones diferentes debe ser tachado de perverso para demostrar que tiene razón.

—Pero Nia es una princesa.

Una princesa que nunca participaba cuando mis hermanas y yo hablábamos de qué sireno nos parecía el más atractivo, comprendí entonces. Una princesa que siempre está mirando por la ventana, buscando algo que no puede identificar.

—¿Y crees que esas cosas no pueden ocurrir dentro de los muros del palacio?

—Pero... —No soy capaz de continuar por miedo a echarme a llorar.

«Nia». ¿Qué le hará mi Padre si se entera?

—No te preocupes —dice la Bruja del Mar, como si pudiera leerme la mente—. Nia aceptará su destino, se casará con el hombre que tu Padre le ha escogido.

Estará..., bueno, estará bien. No es tan *inconformista* como tú. —Sonríe—.

Hablando de eso, ya es hora de ir al grano, ¿no te parece?

—¿Qué?

—Has venido a renunciar a tu cola, ¿no? Quieres adaptarte a los deseos de un hombre.

«No de cualquier hombre. De Oliver».

—Quieres dos muñones de carne sobre los que caminar y que se puedan separar como no lo permite una cola. —Baja la cabeza para susurrarle a la serpiente que le rodea la cintura—: Y todo para complacer a un humano que ni siquiera sabe que ella existe.

—¿Cómo sabes eso?

—Supe que este sería tu destino desde que mi rusalca me contó lo que ocurrió la noche de la tormenta. Pudo saborear tu necesidad.

—No es solo por Oliver. Sí, es verdad que lo amo. —La Bruja del Mar se ríe al oír eso, pero la ignora—. Sino que también tiene que ver con mi madre...

Subió allí y la capturaron, y no sabemos qué le pasó exactamente. Mi Padre dice que nos abandonó...

—Querer vivir tu propia vida no es lo mismo que abandonar a tus hijos. Te vendría bien recordarlo.

—Y —continúa— nos dijo que fue culpa de ella y que no deberíamos quererla, pero...

—Tu Padre dice muchas cosas —contesta Ceto con expresión inescrutable.

—Necesito saber la verdad —le suplico—. Siempre he necesitado saberlo.

—No hallarás respuestas ahí arriba, sirenita. —Encorva los hombros—. Al menos, ninguna que quieras escuchar.

—Tú no lo entiendes —protesto, contengo el impulso de gritarle.

—Pareces tener la impresión de que hay muchas cosas que no entiendo —dice la Bruja del Mar. Recoge un hueso pequeño del suelo y se lo da de comer a la serpiente que tiene en el regazo—. Te aseguro que eso es un error.

—Lo siento —respondo mientras retrocedo para mantenerme fuera de su alcance—. Pero no puedo quedarme ahí, no puedo casarme con Zale, de

verdad que no puedo. Él..., él...

Se me atragantan las palabras corrosivas que podrían explicar lo que Zale me hace por las noches, lo que ha prometido hacer en cuanto cumpla dieciséis años.

«Dentro de solo dos meses».

—Te lo ruego —susurro—. Ayúdame, por favor. No sé qué me veré obligada a hacer si no me ayudas.

La expresión de la Bruja del Mar se ablanda.

—Siento que hayas tenido que llegar a esto. —Se queda mirando la nada, como si estuviera decidiendo algo. Suspira—. Pero vale. Prepararé una poción que dividirá tu cola en dos y envolverá cada parte con carne humana. —Lo dice como si fuera algo fácil, rutinario—. Te daré piernas. Eso es lo que quieres, ¿no?

—Gracias, Ceto. —El alivio es inmediato, e intenso, como si no me hubiera dado cuenta de lo tensa que estaba hasta que la oí pronunciar esas palabras. «Tendrás piernas»—. Muchas gracias.

—No hace falta que me des las gracias todavía. Todo el que las vea admirará tus piernas, al igual que la inusitada elegancia de tus movimientos, pero eso tendrá un precio. Como siempre. Requerirá un sacrificio, que recordarás durante el resto de tu vida. —Aprieta los labios—. Me temo que nunca podrás olvidarlo.

—¿Por qué no? —pregunto. Las palmas de las manos se me empiezan a cubrir de aceite. De algún modo, sé que no me va a gustar su respuesta.

—Cada paso que des será una tortura —me explica—. Como si un cuchillo del metal más afilado te atravesara las plantas de los pies y te rompiera los huesos de los muslos, se retorciera en tu estómago y te raspara los órganos. Ojalá pudiera evitarlo, pero las leyes de la magia exigen ese castigo y, por lo tanto, está fuera de mi control. ¿Estás dispuesta a pasar por eso?

No contesto. Tengo demasiado miedo o tal vez, simplemente, no sé qué decir ante algo tan espantoso.

—Y, por supuesto, en cuanto te hayas tomado la poción, no habrá vuelta atrás —me advierte, como un extraño eco de las palabras que me dijo Cosima anoche—. El reino quedará fuera de tu alcance para siempre. Tus hermanas, tu querida abuela... Nunca volverás a verlas.

—Eso ya lo sabía —digo, decidida a no pensar en mi abuela, en lo que sentirá al descubrir que ha perdido a otra chica por culpa del mundo de los humanos—. No soy tonta.

—Mis más sinceras disculpas, princesa Muirgen; odiaría hacerte sentir como una *tonta*. ¿También sabías que el efecto de la poción solo durará un mes?

¿Sabías que si ese tal Oliver no te jura amor eterno antes de que empiece a salir el sol la mañana después de la próxima luna llena...? Bueno...

—¿Qué? ¿Qué pasará entonces?

—No llegarás a cumplir dieciséis años —contesta Ceto, que me mira con algo parecido a la compasión—. Se te romperá el corazón, hará pedazos tus pulmones y te destrozará el cerebro. Tu cuerpo se desintegrará y las olas te reclamarán. Es la Ley del Mar. No hay vuelta atrás.

La Bruja del Mar no comprende que, si no vuelvo a ver a Oliver, mi corazón se partirá por la mitad de todos modos. Viviré una vida rota con un corazón roto, sin saber nunca qué fue de mi madre, obligada a sonreír mientras canto a petición de mi Padre, y me convertiré en una esposa respetable para Zale.

Cualquier destino es preferible a ese.

—¿Y si Oliver se enamora de mí? —pregunto, fingiendo que no me preocupa cualquier otra eventualidad.

—Vivirás feliz por siempre jamás.

—¿Y el dolor desaparecerá?

—Oh, no. Pues las mujeres están destinadas a sufrir. Pero tendrás un marido, un hijo y una cocina. ¿No es eso lo que quieren todas las chicas?

—Sí. Eso es lo que quiero —decido. La Bruja del Mar aparta la mirada de mí, como si estuviera decepcionada—. Estoy dispuesta a arriesgarme —añado.

Oliver me amará, sé que lo hará. «Tiene que hacerlo».

—Muy bien —dice Ceto, y suspira—. Aunque hay algo más. Ese es el precio que se debe pagar según la Ley del Mar. Pero yo también debo obtener algo.

—¿Cómo dices?

La Bruja del Mar entrecierra los ojos.

—¿Creías que una poción como esa sería gratuita? Se trata de una magia muy poderosa. No es algo que se pueda acometer a la ligera. Tendré que usar mi propia sangre para crear la poción. Comprenderás que necesito un sacrificio a cambio, ¿no?

—¿Qué clase de sacrificio?

La Bruja del Mar se levanta de la silla mientras las serpientes se desprenden de su cuerpo y se deslizan por agujeros abiertos en las

desniveladas tablas del suelo. Su piel brilla como una perla cuando se acerca a mí. Me toca la mejilla con unos dedos suaves como la seda y los desliza hasta mi garganta.

—Hemos oído hablar de tu don aquí en las Tierras Sombrías. Mis rusalcas me han informado de que posees la voz más hermosa de todo el reino. —Me aprieta el cuello con más fuerza, y me hace toser—. Para hacer que este hechizo funcione, necesitaré tu mayor baza a cambio.

—¿Quieres mi voz?

—¿Por qué te sorprendes tanto? ¿Suponías que te pediría tu rostro o esa magnífica cabellera? No, lo que me interesa es tu voz. No deberías subestimar su valor, sirenita. —Se aparta nadando de mí—. Te daré piernas y tú me darás tu lengua.

—¿Cómo? —pregunto, y aprieto los labios, como si temiera que fuera a introducir la mano en mi boca y a arrancármela con los dedos.

—Te la cortaré, querida. No te preocupes. —Sonríe cuando retrocedo—. Solo será un momento.

—Pero, pero... —Me imagino el dolor de ese acto, la *violencia*—. ¿No me dolerá?

—Se supone que el amor duele. Pensaba que, a estas alturas, ya te habrías dado cuenta.

Se refiere a mi madre, por supuesto. A ese vacío que su desaparición había abierto en el centro de mi ser y que había ido aumentando con cada nuevo día hasta convertirse en un abismo.

—Pero, sin mi voz, ¿qué me queda? ¿Cómo voy a hacer que Oliver se enamore de mí antes de la próxima luna llena?

La Bruja del Mar se encoge de hombros y su cabello se eleva en el agua, lo que deja a la vista sus generosos pechos.

—Seguirás teniendo tu figura, ¿no? A los hombres siempre les han dicho que la delgadez es el atributo más importante que puede poseer una mujer; al parecer, es más importante que la inteligencia, el ingenio o la ambición. Aunque, en mi opinión, no es tan útil ni por asomo.

—Pero si no puedo hablar...

—¿Qué te ha dicho tu Padre desde que saliste del huevo? A los hombres no les gustan las mujeres que hablan demasiado, ¿no? Es mejor estar callada.

Viola no se quedaba callada. Era enérgica y exigente, desdeñaba las palabras de su hermano con un imperioso gesto de la cabeza, y Oliver la miraba como si la encontrara fascinante, como si pudiera pasarse el resto de su vida escuchándola hablar sin cansarse nunca.

—Bueno. Debes tomar una decisión, sirenita. ¿Cuál va a ser?

—¿Sí? —La duda convierte esa palabra en una pregunta, pero ¿qué más puedo contestar? O guardo silencio en la superficie o me paso el resto de mi vida pidiendo clemencia a gritos aquí abajo, mientras el agua amortigua mis lamentos—. Mi respuesta es sí. Estoy lista, Ceto.

—Suponía que dirías eso —comenta mientras sacude la cabeza—. Pero que así sea.

La Bruja del Mar se coloca una mano sobre la boca y emite un sonido parecido a una arcada, como si intentara liberar algo que se le hubiera quedado atascado en el fondo de la garganta. Le sobresale un bulto, que asciende palpitando por su esófago, hasta que una llama brota de sus labios pintados y danza en las palmas de sus manos. La observo, fascinada. Ningún sireno es capaz de hacer aparecer llamas debajo del mar. Nunca he presenciado nada igual, mi Padre solo podría soñar con magia como esta.

Ceto se agacha junto a un amplio caldero de cobre situado en un rincón de la habitación y vierte el fuego debajo como si fuera líquido. A continuación, recoge del suelo una daga con joyas incrustadas y la usa para remover el brebaje que ha empezado a burbujear dentro del caldero. Levanta la daga, murmura unas cuantas palabras que no reconozco y luego desliza el filo por su pecho, del centro hasta un pezón negro, y hace que la sangre negra como la brea gotee en la mezcla. Las gotas caen con un siseo y el vapor se condensa y forma nubes tan indescritiblemente espeluznantes que me estremezco. «¿Qué he hecho? —pienso mientras todos los músculos de mi cuerpo se tensan por el horror—. ¿Qué he hecho?, ¿qué he hecho?»

—Has hecho lo que había que hacer —me dice Ceto, como si me hubiera leído la mente de nuevo—. ¿Acaso no es eso lo único que podemos hacer?

—Un momento. Tengo una última pregunta.

—Tictac. —Menea un dedo de un lado a otro—. Se acaba el tiempo.

—¿Sabes si mi madre sigue viva? —le pregunto, deseando no sonar tan desamparada—. ¿Podría estarlo?

—El Rey del Mar dijo que Muireann había muerto, ¿no?

—Sí, pero...

—Sí, pero ¿qué? ¿Dudas de su palabra?

—No —contesto de forma automática—. El Rey del Mar siempre dice la verdad. Quiere lo mejor para nosotras. Tenemos suerte de ser sus hijas.

—En ese caso, ¿por qué lo preguntas?

—Pues... —«No lo sé»—. Espera. ¿Mi madre también vino a pedirte piernas?

La Bruja del Mar pasa los dedos por el lado liso de la daga.

—Tu madre no precisaba mi ayuda para eso.

—Pero ¿vino a pedirte ayuda? Ceto, ¿mi madre vino aquí?

—Nadie podía ayudar a Muireann del Mar Verde. Y, menos aún, al final.

—Antes de poder preguntarle a qué se refiere, ella alza la daga delante de mí —. Ahora, enséñame la lengua.

Hago lo que me ordena.

La hoja se hunde en mi carne y la corta en dos. Intento gritar debido al brutal acto, a lo rápido que ocurre, y echo la cabeza hacia atrás presa de un dolor abrasador. La Bruja del Mar acuchilla mi lengua, secciona los nervios, pero la carne se muestra obstinada y se niega a soltarse. Trago y extendiendo las manos con desesperación, como si quisiera decir: «Espera, he cometido un error. He cambiado de opinión». Pero no puedo decirlo. No tengo palabras.

Está hecho y estoy muda.

Está hecho y no hay vuelta atrás.

Capítulo 9

El sol todavía no ha salido cuando emerjo del agua, jadeando en medio del aire bañado por el resplandor de la luna. «¿Qué he hecho?», les grito en silencio a los dioses marinos.

Después de que la Bruja del Mar me hubiera arrancado la lengua, seguí intentando hablar y me desesperé cada vez más ante la inutilidad de mis esfuerzos. «¿Qué te has hecho, Gaia?»

—Ve adonde vive Oliver —me indicó Ceto, al pasarme la poción— y bébete esto cuando llegues a los escalones de su casa, ni un minuto antes.

Hice como que miraba a mi alrededor, esperando expresar que no sabía dónde vivía, y Ceto soltó un gemido.

—Gaia, Gaia, Gaia... —me dijo, y quise preguntarle cómo sabía mi verdadero nombre—. A cuánto estás dispuesta a renunciar por alguien a quien conoces tan poco.

Debía atravesar el bosque de plantas con forma de serpiente que había afuera («Enséñales la poción si te amenazan —me aconsejó la Bruja del Mar, pues el terror que me inspiraban esas criaturas era evidente—. No te tocarán en cuanto vean la botella. Saben el poder que contiene») y la ciénaga, cruzar los feroces remolinos, dejar atrás las Tierras Exteriores y regresar al palacio. Las luces seguían apagadas allí, toda mi familia y los criados seguían dormidos, e intenté hablar, decirles a mis hermanas que las quería. Pero no pude. Me negué a permitir que me invadiera la tristeza: solo supondría un desperdicio de energía.

Eso había sido decisión mía y la había tomado por voluntad propia. Aun así, les lancé un beso y les supliqué que me perdonaran.

Y aquí estoy ahora, observando la casa en la que vive Oliver. Es enorme, está hecha de piedra gris, las ventanas están teñidas con imágenes de colores vistosos y hay una gran puerta de madera el doble de alta que cualquier humano que pueda imaginarme. Me arrastro por la playa y me desplomo sobre los escalones que conducen a la mansión y noto el mármol duro contra la espalda. Sostengo la poción a la altura de la vista y contemplo cómo reluce

a la luz de la luna. «No habrá vuelta atrás —dice la voz de la Bruja del Mar dentro de mi cabeza—. No habrá vuelta atrás».

Pero no hay vuelta atrás de todas formas, puesto que ya he entregado mi voz.

Abro la boca e intento hablar de nuevo, pero solo oigo un silencio ensordecedor.

Mi lengua perdida es como una extremidad fantasma, intenta aferrar palabras que están fuera de su alcance. Destapo la botella y el olor acre me produce arcadas. Cuando me llevo la poción a la boca, me abrasa la piel y los labios se me empiezan a ampollar al instante. Me la bebo de un trago.

Un halo de llamas me arrasa el cráneo y me funde el rostro, le prende fuego a mi cabello y me disuelve la piel. La carne se me desprende a tiras y se eleva en el aire a mi alrededor como copos de nieve, hasta que una nube de piel cubre el cielo. Un cuchillo se hunde en mi torso, se retuerce y me destroza, me corta en pedazos. Necesito gritar, liberarme de esta tortura de algún modo, sacarla de mi cuerpo y apartarla de mí, pero aquí no hay nada para mí, nada salvo mi dolor.

«Oh, el dolor». Eso es lo único que existe y lo único que existirá nunca.

Unas cuchillas se incrustan en mis pupilas hasta que la oscuridad excava agujeros en mis ojos y la negrura lo envuelve todo. Un puntito de luz comienza a expandirse, como si un foco enfocara a mi Padre, que exige mi atención. Lo oigo golpear el suelo del palacio con su tridente, como si fuera un latido. «¿Dónde está, chicas? —pregunta—. ¡Una de vosotras debe saberlo!» Ellas alegan no saber nada, pero Cosima responde una fracción de segundo demasiado despacio como para resultar convincente. «Cosima», dice mi Padre. «No lo sé —contesta ella—. No lo sé». Él se le acerca. «Cuéntamelo, niña. Puedes confiar en mí». La empuja hacia atrás hasta que queda tendida sobre la cama, con el cabello desparramado sobre la almohada. «No lo sé», repite ella, y él sonríe. Y entonces echa el puño hacia atrás y lo hunde en el rostro de Cosima hasta que oigo cómo se le rompe la nariz con un crujido repugnante. «No me gustan las chicas mentirosas», dice mi Padre.

Parpadeo y estoy de nuevo en la playa, junto a la casa de Oliver, con el cielo nocturno aún sobre mí. Debo mantenerme despierta, «debo hacerlo», pero el ardiente cuchillo que me despedaza el cuerpo tiene un efecto devastador sobre mí. Mi cola se separa y observo cómo mis escamas se hacen añicos. Nunca pensé que mi cuerpo fuera tan frágil. La sangre mana a chorros, se filtra en la arena debajo de mí, y...

Y, entonces, me sumo en una implacable oscuridad. Zale se está pintando franjas en el torso y sobre la cabeza rapada. «Ha llegado el momento», grita. Se encuentra en el balcón del salón del palacio e innumerables sirenos levantan la mirada hacia él, con los rostros pintados también para ir a la guerra. «No podemos permitir que la Bruja del Mar y las rusalcas sigan disfrutando de la libertad que han tenido hasta ahora. Hay que controlar a esas “mujeres”, y pronto. Exijo venganza por la pérdida de mi prometida. Me vengaré. Lo haré.

Me...»

«Gaia», dice una voz sumamente dulce. Una mujer está suspendida en el aire, mechones de cabello pelirrojo flotan por encima de ella. Tiene el cuerpo pálido y dos piernas en lugar de una cola; sin embargo, de algún modo, sé que es una sirena en lugar de una rusalca, que ha nacido del mar como yo. «Gaia —repite—. Gaia, mi amor. Intenté salvarte. Intenté llevaros a todas conmigo, pero no pude vencer, no pude luchar contra él. Lo siento, Gaia. Lo siento mucho».

—Ahí. ¡Por ahí! —grita una voz. Un hombre—. Estoy seguro de que he visto algo.

—¿El qué? —pregunta otro hombre, que se ríe—. Yo no veo nada.

—Sí, yo tampoco veo nada —dice una tercera voz—. Has bebido demasiado, amigo. Volvamos a la mansión.

—No —responde el primer hombre, y espera que sus compañeros escuchen y hagan lo que les pide. He descubierto que solo los hombres hablan así—. Mirad.

Allí, junto a los escalones que llevan a la playa. ¿No lo veis?

Oigo pasos y maldiciones y luego:

—Dios mío, ¿qué es eso?

—Es una chica —dice el hombre.

Capítulo 10

Los tres hombres me rodean. Todos van vestidos de forma parecida: chaquetas azul marino cubiertas de arena con hileras de grandes círculos dorados en el centro y camisas blancas de cuello bajo que dejan al descubierto el vello de su pecho.

—Joder —dice uno de los hombres—. Joder.

Sus rostros se desvanecen delante de mí, pero me mantengo despierta. Lucho contra la oscuridad.

—¿Está bien? —pregunta uno de los hombres; está mordiéndose las uñas como hace Talia cuando está preocupada.

—No lo sé.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí? ¿Y por qué está...?

—George, he dicho que no lo sé. —Esa voz de nuevo. Es él. Abro los párpados con dificultad mientras alguien se agacha a mi lado—. Soy Oliver.

¿Cómo te llamas?

«Oliver». Me siento tan aliviada de haberlo encontrado que estiro las manos hacia él. «Soy yo. Yo te salvé la vida», quiero decirle. Pero no puedo pronunciar ninguna palabra. Lo único que puedo hacer es contemplar su rostro y preguntarme cómo pude pensar alguna vez que sería digna de él.

—¿Te ha comido la lengua el gato? —pregunta el hombre más alto mientras se aparta un oscuro mechón de cabello pelirrojo de la cara. Se apoya contra los escalones mientras chupa una especie de palito y expulsa humo por la nariz como si fuera un demonio.

—Toma. —El hombre con las uñas mordidas también se arrodilla—. Bebe un poco de esto —dice mientras me ofrece una botella de cristal—. Te ayudará.

—George. —Oliver frunce el ceño—. No sé si es buena idea.

—Es medicinal, ¿no?

Me aparto el cabello y bebo. Hago una mueca de dolor cuando el líquido me quema la garganta, que todavía me arde debido a la poción de la bruja. El hombre alto cuyo nombre aún no conozco se echa a reír.

—Vaya, vaya, vaya. Mirad lo que se ocultaba debajo de todo ese pelo — comenta mientras aplaude despacio—. No me esperaba un estriptis. Aunque no me quejo.

Bajo la mirada, aterrorizada, pero no veo una cola monstruosa, sino dos piernas. Deslizo las manos por la piel suave. «El hechizo funcionó».

—Toma —dice George mientras se quita la prenda de color azul marino del cuerpo y me la pasa—. Ponte mi *blazer*.

Así que lo que le hace gracia al alto no son mis piernas, sino mi desnudez.

Todo el mundo iba desnudo bajo el mar, hombres y mujeres. Hasta ahora, no comprendía que mi cuerpo era algo de lo que debería avergonzarme. El pelirrojo me mira con avidez, como solía hacerlo Zale, y retrocedo asustada, me encojo detrás de las piernas de Oliver en busca de protección.

—Oli, parece que tienes una nueva mascota —comenta ese hombre—. ¿Qué nombre le vas a poner? ¿Pastelito de zanahoria?

—Mira quién habla, Rupert —dice George mientras le alborota el pelo al alto.

—Vete a la mierda, George.

—Callaos, chicos —interviene Oliver. Se saca su... *blazer*, lo llaman, y me lo coloca alrededor de los hombros. Está caliente y huele a arena, sal y almizcle, huele a él, y quiero inhalar ese aroma para siempre—. Arriba —me dice, y nos miramos a los ojos.

Noto algo intenso en el estómago, se me contrae y luego se me relaja despacio. «¿Cómo consigue hacerme sentir así?» Sonrío y entonces apoyo mi peso sobre estos pies por primera vez. Me invade el dolor, rápido y fuerte, como si fuera a arrancarme los ojos.

—Mierda —dice Oliver cuando se me doblan las rodillas—. Llevémosla dentro. Mi madre sabrá qué hacer.

Damos un paso, y luego otro. El suplicio hace que me lloren los ojos. Me miro las piernas, convencida de que deben estar sangrando. Como Makara y Ondina, los niños del cuento de ninfas a los que su Padre y su malvada madrastra abandonaron en un mar desconocido y fueron dejando un rastro de conchas para poder encontrar el camino a casa. Pero lo único que veo es carne, diez dedos.

Pies. Mis pies.

Oliver cruza a toda prisa la puerta en forma de arco de la mansión, con George y Rupert siguiéndolo de cerca, y pide ayuda a gritos. Me desplomé en los escalones de mármol que hay fuera, así que Oliver me lleva en brazos como si fuera una niña. Se dirige corriendo al centro de la habitación y me

deposita en una silla con un cojín muy blando. Quiero tirar de él, acurrucarme en su regazo y fundirme con su cuerpo. Quiero que seamos un solo ser. Pero él se aparta y me mira con expresión de incertidumbre. «Oliver. Oliver, ven aquí. Necesito que me toques». Me sonrojo. Una joven decente no debería pensar esas cosas sobre un hombre.

—Dios mío —dice una mujer mientras se pone en pie. Es mayor y lleva el cabello negro peinado formando gruesos mechones retorcidos que se unen en un moño en la nuca—. Oli, ¿qué ha pasado? ¿Quién es esta chica?

La habitación en la que me encuentro es bastante amplia, el techo está decorado con pinturas de regordetes bebés alados y las estrechas ventanas están cubiertas con el mismo cristal pintado que vi desde fuera. Me quedo embelesada contemplando los rayos de sol que se filtran a través del cristal y danzan formando espirales de intensos tonos rojos y azules que dejan rastros de color sobre nuestra piel. Hay otros humanos allí, hombres y mujeres vestidos de negro como la mujer mayor; mallas oscuras ocultan los rostros de las mujeres y algunas personas presionan trozos de tela blanca contra sus ojos enrojecidos.

Todos me miran, horrorizados.

—La encontré en la playa, madre —explica Oliver—. Estaba... Bueno, no llevaba ropa.

Su madre retrocede un paso.

—¿La encontraste en la playa? —susurra, pero noto el intenso recelo que desprende su voz—. ¿Desnuda? ¿Y la trajiste en brazos?

—No podía caminar, madre. Estaba demasiado débil, por la impresión, sin duda.

La mujer se acerca a mí.

—¿Quién eres? —me pregunta, y se estremece de forma visible al ver mi rostro—. ¿Quién eres? —repite, y ahora percibo algo más en su voz. Se cubre la boca con la mano, como si no quisiera respirar el mismo aire que yo—. Contéstame de inmediato.

Me agarra por los hombros y me sacude con ferocidad, de modo que me golpeo la coronilla contra el respaldo de la silla.

—¡Madre! —exclama Oliver mientras se interpone entre nosotras—. ¿Qué te pasa?

—¿Por qué no me contesta?

La mujer tiene el rostro crispado, pero no de rabia. Me doy cuenta de que apenas logra contener el miedo. «¿Por qué iba a tenerme miedo?» Rodea a su hijo para intentar agarrarme.

—¡Respóndeme, muchacha! —grita—. ¿De dónde vienes? ¿Quién te envía?

—¿Qué te pasa? —repite Oliver—. Te estás comportando como una auténtica lunática.

—No me faltes al respeto. No te atrevas.

—¿O qué? ¿Qué vas a hacer? ¿Echarme de casa? Entonces te quedarías prácticamente sola, ¿no es así, madre?

—Vale —dice George mientras coloca una mano en el hombro de Oliver y le dirige una sonrisa incómoda a su madre; pero ella lo ignora, con la mirada perdida—. Eleanor, Oli..., vamos a calmarnos todos. La pobre chica está agotada. —Se pone en cuclillas delante de mí—. ¿No puedes hablar? ¿Es eso?

Asiento, enormemente aliviada. Me traen unas hojas finas de un material que llaman «papel» y me colocan un utensilio en la mano («un lápiz»). He visto objetos como estos entre los restos de barcos hundidos, pero hasta ahora no sabía para qué se usaban.

—¿Cómo te llamas? —me pregunta Oliver—. Escribe tu nombre para que sepamos cómo llamarte.

Lo miro, y luego al «lápiz», con incertidumbre.

—Tampoco sabe escribir —murmura alguien—. La pobrecita debe ser analfabeta.

Les piden a los demás que se marchen («Lo siento —se despiden de sus amigos la madre de Oliver, Eleanor—. Por favor, decidles a los Gupta..., decidles que los acompañen en el sentimiento»). El cuerpo de Oliver se pone tenso ante la palabra «Gupta» e intento recordar dónde he oído ese nombre antes) hasta que solo quedamos Oliver, Eleanor y yo. Llamen a un «médico», un hombre mayor con una barba gris que centra toda su atención en Eleanor y declara que estoy «en estado de *shock*» y que probablemente sufro «amnesia».

—¿Te golpeaste la cabeza? —me pregunta el médico mientras presiona contra mi pecho un círculo de metal tan frío que me estremezco—. ¿Hubo un accidente? ¿Tu barco se hundió?

—Barcos, barcos —dice Eleanor entre dientes—. Esta familia nunca ha tenido suerte con los barcos.

—Nunca pensé que oiría a un Carlisle quejarse de un barco —bromea el médico, pero se le borra la sonrisa de la boca al ver las expresiones de asombro de Eleanor y Oliver—. Vaya. Lo siento mucho, eso ha sido

absolutamente imperdonable. He sido muy descortés. Por favor, acepten mis disculpas.

—¿Y es muda? —le pregunta Eleanor, que hace caso omiso de la disculpa.

—No estoy seguro —contesta, antes de pedirme que saque la lengua. No me muevo. No quiero hacer esto delante de Oliver. No quiero que piense que soy deficiente en cualquier sentido.

—¿También estás sorda? —me pregunta el médico—. Enséñame la lengua.

Así que abro la boca y aparto la mirada para no tener que presenciar su expresión de repugnancia.

Oigo exclamaciones de horror y «¡Santo cielo!» y «¿Qué clase de bárbaro haría esto?» y «Debemos cuidar de ella, ¿verdad, madre?».

—Madre —repite Oliver cuando ella no contesta. La mujer tiene los labios tan apretados que se le han quedado blancos—. Debemos cuidar de ella. Es nuestro deber moral.

—¿Deber moral? —dice Eleanor—. Oliver..., todavía te estás recuperando del accidente. Probablemente sea más aconsejable que le consigamos la mejor ayuda posible y dejemos que se encarguen los profesionales.

—Ya he visto lo que le pasa a la gente cuando le consigues la «mejor ayuda posible» —contesta él—. No lo he olvidado. Nunca lo olvidaré.

—Oliver, nosotros...

—Nosotros ¿qué? ¿No tenemos espacio? ¿No tenemos suficientes criados?

¿Qué otras excusas vas a inventarte, madre? —Oliver se vuelve hacia mí e intento ocultar el asombro que me produce que le hable así a uno de sus progenitores, aunque solo sea una mujer—. No tienes nada que temer. Ya estás a salvo.

Eleanor avisa entonces a una criada, una joven llamada Daisy, a la que le ordena que se ocupe de mí.

—No la pierdas de vista —le murmura a la chica.

Le ordenan a un criado que me traslade a un dormitorio, pues sigo demasiado débil para caminar, y, mientras me saca de la habitación, puedo sentir los ojos de Eleanor siguiéndome. El cuarto al que me han traído es precioso y me han dicho que puedo quedarme aquí mientras lo necesite. Hay una cama cubierta con seda dorada, una antigua cómoda con elaboradas

molduras y una caja grande (Daisy la llama «armario») llena de telas (Daisy las llama «vestidos») tan lujosas que me estremezco al tocarlas.

—Son todos negros, porque estamos de luto —me explica Daisy mientras me conduce a una pequeña habitación contigua hecha de baldosas color crema que resultan frías al tacto.

Quiero tocarlo *todo*, encontrarle sentido a este mundo a través de mis dedos, pero soy consciente de que no puedo comportarme de forma extraña delante de esta chica.

—¿Necesita usar el inodoro? —me pregunta, y señala un asiento de cerámica situado en un rincón.

Cuando me ayuda a sentarme encima, un líquido caliente me fluye entre las piernas y alivia la extraña presión que notaba en el abdomen y que no era capaz de explicar hasta ahora. Lo miro, atónita. «¿Qué es esto?»

—Vamos —dice Daisy mientras llena de agua el recipiente que hay en el centro de la habitación.

El agua mana a chorros de unas protuberancias plateadas que la chica llama «grifos». Daisy me ayuda a meterme dentro de la «bañera». Cuando me tumbo, el alivio es abrumador y sumerjo la cabeza. Durante un momento, puedo fingir que estoy acostada en mi habitación del palacio, que estoy contemplando el borroso cielo nocturno que se extiende arriba en la superficie. Durante un momento, puedo fingir que no ha cambiado nada. Entonces tengo que salir para tomar aire, jadeando, con mis pulmones humanos ardiendo.

Cuando me quedo sola, encuentro un espejo de mano en la mesita de noche, me lo acerco a la cara y abro la boca para comprobar el trabajo de Ceto por mí misma. Veo una herida brutal, no me queda ni medio muñón, solo una lesión irregular y en carne viva. Aparto el espejo con mano temblorosa mientras empiezo a asimilar lo que he hecho. «Recuerda, Gaia. Recuerda por qué estás aquí». Estiro los pies delante de mí y me levanto el camisón para ver mejor. Me toco un muslo, luego el otro, subo las manos por el interior hasta llegar al centro, al lugar que Daisy me dijo que era para el «inodoro», y siento un placer inexplicable. Aquí hay algo que la Bruja del Mar no mencionó cuando me dijo que los humanos preferían piernas que se pudieran separar con facilidad.

—¿Hola? —Hay alguien en la puerta—. Soy yo, Oliver. Oli, digo. Esperaba poder hablar contigo antes de que te acostaras.

Doy una palmada. «Oliver». El entusiasmo me invade y burbujea en mi vientre.

—¿Eso es una señal de que puedo pasar? —pregunta desde el otro lado.

Doy otra palmada y la puerta se abre. Oliver tiene el cabello húmedo y huele como esos árboles abarrotados de fragantes frutas amarillas que crecen en la playa donde lo dejé. Lleva puesto un abrigo de un suave material negro, el mismo que le cubre los pies.

—Espero que no te importe —dice, mientras se sienta en la cama.

La cabeza me da vueltas y más vueltas al estar tan cerca de él. ¿Por qué nadie me había contado que era posible sentirse así?

—Solo quería saludarte. —Se hace el silencio, un silencio que intento llenar con mi belleza. Pues ¿qué más me queda ahora?—. Tienes los ojos muy azules.

Creo que nunca había visto a una chica con los ojos de ese tono.

Me resulta raro que me alabe por algo que era tan común bajo el mar. Un sireno destacaría el intenso tono rojo de mi cabello o la dulzura de mi canto. A nadie se le ocurriría decir que tengo los ojos azules, porque ¿de qué otro color iban a ser? Se produce otra pausa incómoda. La Bruja del Mar me dijo que a los hombres les gusta el sonido de sus propias voces, que Oliver me obsequiaría con sus opiniones como si fueran un regalo; me dijo que lo único que yo debía hacer a modo de respuesta era sonreír y asentir. ¿Por qué sigue callado Oliver? ¿Ya he hecho algo mal?

Él se mira las manos y la energía lo va abandonando hasta que se encorva, como si fuera un anciano.

—No sé por qué he venido —dice, con voz sombría—. Últimamente, ya no sé por qué hago nada.

Se pone en pie y sus dedos rozan los míos al hacerlo. Me recorre un ardiente hormigueo y me debato entre apartarme y agarrarle la mano y llevarla adonde necesito que esté, a este nuevo lugar que acabo de descubrir. ¿La Bruja del Mar se refería a esto cuando me habló del deseo?

—Buenas noches —añade Oliver, y se despide con un gesto de la mano.

«Vuelve —quiero decirle—. Estoy ardiendo. Estoy ardiendo por ti».

Apago la luz como le vi hacer antes a la criada. Me quedo allí tumbada en la oscuridad, en mi blanda cama, sin pensar en mi madre. Tampoco pienso en mi Padre ni en los castigos que habrá ideado para asegurarse de que el resto de sus hijas no se atrevan a comportarse tan mal como yo. En lo único que puedo pensar es en Oliver.

En Oliver y en la forma en la que podría tocarme.

Capítulo 11

—Hora de levantarse, señorita —dice Daisy mientras abre las persianas, lo que hace que el sol destierre a las sombras.

Miro por la ventana. Es tan extraño ver cielo en lugar de agua, bordes nítidos en lugar de manchas borrosas... Me pregunto si llegaré a acostumbrarme.

«¿Podría mi madre estar contemplando hoy el mismo cielo?»

—Ha estado durmiendo mucho tiempo —comenta la criada.

Daisy es pequeña, más baja que yo, lleva el cabello rubio oscuro atado en una cuidada coleta y tiene el rostro prácticamente cubierto de pecas. Nadie tiene la piel así bajo el mar; la nuestra es blanca como el alabastro desde que salimos del huevo hasta que nos disolvemos en la espuma del mar.

Me fascina lo diferentes que parecen todos aquí arriba, lo únicos que son. Es mucho más interesante que la conformidad que tanto valora mi Padre. Daisy lleva la misma ropa que las otras criadas: un vestido negro con una franja blanca alrededor del cuello y esas cosas raras en los pies que llevan todos los humanos.

—¿Ha descansado bien? —me pregunta.

Soñé de nuevo con la mujer pelirroja. Debe tratarse de mi madre, pues mirarla es como mirarme en un espejo agrietado: casi igual, pero no del todo. «Has cometido un error, Gaia», me dijo, y me pareció oír a mis hermanas gritando a lo lejos. La mujer me agarró las manos, con los ojos anegados en lágrimas. Quise atraparlas, llevármelas a los labios. Para saber si sus lágrimas sabían a sal. «Has cometido un terrible error, igual que yo».

—Muy bien —dice Daisy, como si yo hubiera contestado—. Pero ya es hora de que se levante. La señora Carlisle y Oliver la están esperando en el solárium.

Coloco los pies en el suelo frío y duro y me aferro al pilar de la cama para levantarme, resoplando. Es como si estuviera bailando sobre clavos.

—Le elegí este vestido —anuncia Daisy mientras revisa el armario, ajena a mi sufrimiento. Sostiene una prenda en alto y espera mi visto bueno—.

Aunque no es que hubiera mucho donde elegir —murmura, mientras me indica con un gesto que levante los brazos.

Me saca el camisón por encima de la cabeza y lo reemplaza por este vestido nuevo.

—Ropa negra, ropa negra y más ropa negra —dice mientras me rodea para atarme el vestido a la espalda—. Hubo una tormenta, ¿sabe?, y un naufragio —continúa, y me hace sentar en una silla frente al espejo—. Fue horrible..., todos los que iban a bordo murieron, menos Oliver. Es un milagro, ¿no cree? ¿Qué otra explicación puede haber?

Daisy se agacha para introducir los pies (mis pies, los *míos*) en los mismos artilugios que lleva ella.

—¿De donde usted viene no usan zapatos? —me pregunta.

Me inclino y apoyo una mano con fuerza contra la espalda de la joven, pues estos «zapatos» me hieren los pies.

—¿Por dónde iba? Ah, sí, el naufragio. Para ser justos, los milagros siempre parecen favorecer a los ricos, ¿no le parece? Y bien sabe Dios que los Carlisle son ricos. Consiguieron su fortuna con los barcos: son dueños de la mitad de los barcos del mundo y están maquinando arrebatárles la otra mitad a los griegos en cuanto puedan. No es que yo sepa mucho de negocios; lo único que sé es que mi salario es el doble de lo que ganan mis amigas en otras mansiones, y que siempre me pagan a tiempo. —Ata las cintas que me sujetarán los zapatos a los pies con fuerza—. Los Carlisle son la familia más importante de este condado, ¿sabe? Mi madre se sintió orgullosa cuando conseguí trabajo aquí.

Me doy cuenta de que Daisy es muy habladora y, al parecer, carece de sentido del decoro. Me quita las horquillas del cabello y extiende los rizos pelirrojos para que me rodeen el rostro mientras suspira la palabra «precioso» entre dientes.

—¿Lista? —me pregunta.

—Oliver, por favor.

—He dicho que no, madre, y no hay más que hablar.

—Tu Padre no habría querido que te...

—No te atrevas a hablar de mi Padre después de lo que le hiciste.

Vacilo en la puerta de la sala de desayuno al oír la discusión. Daisy, que se encuentra a mi lado, hace un gesto con las palmas de las manos hacia arriba; ninguna de las dos sabe muy bien qué hacer.

—Oliver. —La voz de Eleanor es tan clara que atraviesa la gruesa madera—. Pienses lo que pienses de mí, esto es importante. Es tu *responsabilidad*.

La junta ha sido paciente, pero necesitan comprobar que estás comprometido con el futuro de la compañía. A estas alturas, se conformarían con un indicio de que simplemente te interesa.

—¿Y qué pasa conmigo, madre? —pregunta Oliver—. ¿No he sufrido bastante? ¿No me concederás un poco de paz?

—Ay, Oli. —Eleanor baja la voz—. Siento lo que ha ocurrido. Fue una tragedia, y has pasado por demasiadas tragedias en una vida tan corta. Pero...

No puedo seguir escuchando lo que dice Eleanor.

—Vamos —susurra Daisy—. Parece que Oliver ya se ha calmado. Sus estallidos nunca duran mucho tiempo, gracias a Dios.

La criada abre la puerta de doble hoja que da a una habitación redonda hecha de cristal y con el suelo dividido en formas geométricas verdes y blancas. Oliver y su madre están sentados en una mesa pequeña. El metal blanco está tallado creando formas retorcidas y los platos con estampado azul son tan magníficos que mis hermanas soltarían exclamaciones de asombro al verlos.

—Entra, entra —dice Oliver, y me indica con un gesto que me siente con ellos, aunque Eleanor me mira con los ojos entornados de esa extraña manera suya.

Daisy me coloca una mano en la parte baja de la espalda y me empuja hacia delante. Estos zapatos que insistió en que usara me hacen sentir como si tuviera los pies cubiertos de ampollas rezumantes, el cuero es como ácido que va empapando cada poro abierto. Pero mantengo la cabeza erguida y me balanceo como si flotara por el agua.

—Se despertó tarde —explica Daisy mientras me siento al lado de Oliver—. Intenté despertarla antes, señora Carlisle, pero estaba como muerta.

—Está bien, Daisy. —Eleanor toma un sorbo de una bebida de color verde pálido—. Estoy segura de que hiciste todo lo que pudiste.

—Oh, desde luego que sí. Sé que al señor Oliver y a usted les gusta desayunar a la misma hora todos los días, y estaba segura de que querrían que la joven los acompañara, pero cuando intenté...

—Lo hemos entendido, Daisy —la interrumpe Oliver—. Intentaste despertarla, pero estaba dormida. ¿Te gustaría añadir algo más?

—No, señor.

—Gracias, Daisy —dice Eleanor—. Te agradecemos tus esfuerzos. Sé que estás desempeñando tus obligaciones con sumo cuidado. *Todas* tus obligaciones.

—La mujer enarca una ceja y Daisy asiente en silencio a modo de respuesta—. Ya puedes retirarte, querida.

La muchacha sale huyendo de la habitación. Estos humanos tienen una forma extraña de caminar; sus movimientos carecen de fluidez, de elegancia. «Qué espantoso —habría dicho mi Padre—. No me explico por qué tu madre estaba tan prendada de estos especímenes».

—Eres preciosa —dice Oliver, y luego se sonroja como si hubiera estado pensando en voz alta.

—Sí que lo eres —coincide Eleanor con aire pensativo—. No creo haber visto nunca a una chica tan perfecta. En persona, al menos. Casi...

—¿Casi qué, madre? —pregunta Oliver, y aprieta la mandíbula—. Si tienes algo que decir, entonces dilo.

—Solo comentaba lo encantadora que es nuestra nueva amiga. Resulta casi *inexplicable* lo perfecto que es su rostro. Como un cuadro.

Eleanor suelta una risita al decir eso, como si fuera algo divertido, aunque ni Oliver ni yo entendemos la broma.

—Oh, por el amor de Dios, madre, ¿quieres...?

Oliver se interrumpe cuando un criado se acerca a la mesa y deposita un cuenco frente a mí del que brota vapor. Observo el contenido: tiene un color blanco cremoso y un olor dulzón.

—Espero que te gusten las gachas —dice Oliver—. O nuestro cocinero puede prepararte arenques, si quieres. ¿O salmón ahumado?

Me cubro la boca con la mano ante la idea de meterme un pez dentro, de mastcarlo hasta que muera en mi garganta. Así que es cierto: los humanos se comen sus restos.

—¡Ay, Dios! —exclama, preocupado—. ¿Eres vegetariana? —«No sé qué es eso»—. ¿Comes pescado o carne? —añade, y yo niego con la cabeza. «No, no».

—Qué interesante —comenta Eleanor, y no me gusta cómo lo dice—. Bueno, las gachas no contienen nada de eso. Nuestros médicos nos han aconsejado que es el desayuno más saludable para garantizar una larga vida. ¿Cuánto tiempo vive tu gente, jovencita?

—¿Su gente? ¿A qué viene esa pregunta tan estúpida, madre?

—¿Tomas nata y azúcar? —continúa ella, que finge no haber oído a Oliver.

A continuación, le hace un gesto con la cabeza al criado, que vierte un espeso líquido blanco sobre las gachas y espolvorea unos granos de cristal marrón encima. Imito a Eleanor y levanto la cuchara. Las gachas están

calientes, pero deliciosas: dulces y buenas. Tomo otra cucharada y luego otra, hasta que me doy cuenta de que Oliver me está observando. Dejo la cuchara. Tal vez a las mujeres tampoco se les permite tener hambre en este reino. «Ya estoy llena —decíamos mis hermanas y yo tras dos delicados mordiscos cuando nos sentábamos a comer—. No me apetece más, gracias». Era importante que no comiéramos demasiado ni muy poco, así que a menudo nos íbamos a la cama todavía con hambre. Negar nuestros apetitos era un indicio de nuestra bondad. Y era importante que fuéramos buenas.

—Parece que te gustaron las gachas —dice Eleanor—. ¿Qué desayunan en el sitio del que vienes?

Permanezco inmóvil. Eleanor tiene algo que me pone nerviosa, como si fuera un tiburón que olfatea el agua en busca de sangre.

—Anoche no quedó del todo claro de dónde eres —continúa—. Si le pido a Hughes que traiga un atlas, ¿podrías enseñarnos de dónde vienes? Sabes lo que es un atlas, ¿verdad, querida?

—Madre, estás siendo increíblemente descortés.

—¡Oliver! No estoy siendo descortés. Sin duda estarás de acuerdo en que facilitaría las cosas saber más acerca de nuestra joven invitada.

«¿Qué quiere esta mujer de mí?»

—¿Cómo te llamamos? ¿Jane Doe, como a las chicas que desaparecen en nuestro país? Hay muchas, ¿sabes? Chicas que simplemente desaparecen un día, y nunca se las vuelve a ver. —Agita su té con la cuchara, le da vueltas y vueltas; el metal chirría contra la porcelana y hace que me rechinen los dientes—. Unas tontas que probablemente se van siguiendo a un hombre que no quiere que lo sigan. Un hombre casado, tal vez. Con hijos. Aunque a ese tipo de chicas no les importan esos detalles.

—¿Y eso qué tiene que ver? —pregunta Oliver, que mira a su madre con el ceño fruncido—. Y no, no la llamaremos Jane. No le pega. Pensaré en algo más adecuado. —Vierte más nata y azúcar en su cuenco y se termina las gachas—. Se me ocurrió que podríamos ir a dar un paseo a caballo hoy —comenta mientras yo observo mi propio desayuno y me obliga a resistirme a la tentación.

A las chicas no se les permite querer más. Se hace el silencio y, al levantar la mirada, lo encuentro mirándome. Me señalo para asegurarme y él se ríe.

—Sí, tú, guapa. —«Piensa que soy guapa». Ojalá pudiera decirle que él también me parece guapo, más guapo que cualquier otro hombre que haya visto, encima o debajo de la superficie—. ¿Quieres venir a montar a caballo conmigo?

No sé qué es un caballo ni cómo se monta, pero asiento con una sonrisa.

Cuanto más tiempo pase a solas con Oliver, más probabilidades tendré de convencerlo para que se enamore de mí. *Debo* convencerlo de ello. Cuando se enamore de mí, estaré a salvo. Y me digo que, en cuanto esté a salvo, podré encontrar a mi madre, si es que sigue aquí para poder encontrarla.

—Maravilloso —contesta Oliver—. Apuesto a que la ropa de montar de George te quedará bien: es delgado como una chica. —Chasquea los dedos en dirección al criado—. Llama a la casa de los Delaney y pídele a su mayordomo que nos envíe el traje de montar de George inmediatamente.

—Oli —dice su madre cuando el criado se marcha—. La gente de Galanis viene desde Atenas para hablar de la venta. Es importante que te...

—Basta, madre —protesta él mientras deja la cuchara bruscamente sobre la mesa—. Puedes ir tú en mi lugar, ¿no? De todas formas, esas cosas se te dan mejor a ti que a mí.

—Sí, Oli. Claro que puedo hacerlo.

«No, no, no».

Niego con la cabeza y me alejo de esos «caballos». Son animales enormes, que babean, dan patadas en el suelo y sacuden la cabeza mientras un hombre mayor con las uñas sucias y al que le faltan dos dientes les dice que se calmen.

(«Este es Billy —nos había presentado Oliver—. Es el mejor mozo de cuadra del país». «¿La muchacha no tiene nombre?», le preguntó Billy cuando Oliver se mantuvo en silencio. «Es una larga historia», contestó él).

—¿Cuál es el problema? —me pregunta Oliver ahora—. ¿No querías montar a caballo?

—¿Le dan miedo los caballos, señorita? —dice Billy mientras tira de las correas de cuero que rodean las cabezas de los animales—. No hay ningún motivo. Blaize y Misty son dos de las criaturas más mansas de estas cuadras.

Me vuelvo hacia Oliver, presa del pánico, y lo agarro del codo.

—¡Oh, por el amor de Dios! —exclama. Es evidente que está enfadado.

Solo hace un día que tengo piernas y Oliver ya se ha cansado de mí. («... las olas te reclamarán. Es la Ley del Mar»). Noto que se me empieza a formar un dolor detrás de los ojos. Dispongo de muy poco tiempo para que se enamore de mí, no puedo permitirme hacerlo enfadar. ¿Qué me aconsejaría mi madre que hiciera si estuviera aquí? ¿Cómo conseguía calmar a mi Padre cuando se ponía de mal humor? Me acurruco contra Oliver y apoyo la cabeza en su hombro hasta que noto que se relaja. «Ha sido más fácil de lo que me esperaba».

—Montaremos juntos en Misty, Billy —decide Oliver—. La señorita puede agarrarse de mí. —Me guiña un ojo—. Tan fuerte como quieras.

Y me agarro muy fuerte. Noto el asiento de cuero (Billy lo llamó «silla») sólido entre mis piernas, se frota contra ese nuevo centro de una forma que me hace sentir incómoda e inquieta al mismo tiempo. Misty corre más rápido cuando Oliver insta al animal a que acelere mientras saltamos sobre agujeros en la tierra, vallas derribadas y pequeños arroyos. Le rodeo la cintura con los brazos y presiono mi cuerpo contra su espalda; el aire del campo pasa rugiendo junto a mis oídos hasta que una emoción descontrolada empieza a apoderarse de mí.

Nunca me había imaginado algo como esto cuando vivía bajo el mar.

—So, Misty —dice Oliver mientras tira de las correas («riendas»), y el caballo aminora hasta que nos detenemos.

Nos encontramos en un claro en el bosque. Los rayos de sol se filtran entre las hojas y caen al suelo formando fragmentos de luz. Oliver baja de un salto; esos ajustados pantalones color crema resaltan sus musculosos muslos («Pensamientos impuros —habría dicho mi abuela—, impropios de las chicas buenas». ¿Por qué ser una chica buena siempre tiene que resultar tan duro?), y ata las riendas alrededor de un tocón. Misty retrocede, resoplando, pero se rinde al descubrir que no puede escapar. ¿Todas las criaturas que se encuentran en cautividad se rinden con tanta facilidad? Oliver levanta los brazos, coloca una mano a cada lado de mi cintura y me baja.

—Ya está —dice mientras permanezco de pie ante él y me trago el dolor atroz al que me someten mis pies. Oliver señala una montaña situada más adelante; es empinada, una perspectiva desalentadora en el mejor de los casos, y más aún si tienes cuchillos serrados en lugar de huesos—. ¿Lista para subir?

Insiste en que camine delante de él.

—Simplemente mantente en el camino —me indica, y eso hago.

Cada paso que doy es como si una trampa de acero se abriera y se cerrara sobre los dedos de mis pies, mientras los dientes de metal desgarran y mastican mis huesos. Pero sigo caminando. Las ramas de los árboles me rozan los hombros y la coronilla. Arranco una de las flores que brotan del suelo, la presiono contra mi nariz e inhalo su aroma, cuya intensidad nunca podría haber imaginado debajo del mar.

—Santo cielo —dice Oliver cuando llegamos a la cima.

Fragmentos de nubes flotan por debajo de nosotros y nos impiden ver su reino. Me siento en una roca en cuanto puedo, lucho contra el impulso de

inclinarse la cabeza hacia el cielo y gritar para pedir sumirme en el olvido, para pedir cualquier tipo de clemencia.

—Nunca había visto a nadie moverse así. ¿Eras bailarina en el lugar del que vienes? Posees tal gracia... —Chasquea los dedos—. Eso es. Así te llamaremos: Grace. Es un nombre adecuado para una chica tan hermosa. —Se sienta a mi lado y me toma la mano. Tiene la frente perlada de sudor—. ¿Está bien? ¿Te gusta?

«Me gustará cualquier nombre que elijas para mí».

—Grace —repite. Todavía sostiene mi mano, y espero que no la suelte nunca—. La hermosa Grace.

Más tarde, esa noche, cuando Daisy me quita las botas de montar, ve la sangre que brota de las plantas de mis pies. Hay tanta tanta de esta sangre humana que mancha la alfombra y las sábanas y cubre las manos de Daisy hasta que mi dolor se le incrusta en las uñas. La observo, fascinada, y, sin embargo, no siento miedo.

—¿Qué es esto? —pregunta Daisy, con los ojos abiertos de par en par—. ¿Qué se ha hecho, señorita? *Tenemos* que llamar al médico ahora mismo.

Me llevo un dedo a los labios.

—Pero...

Tomo sus manos manchadas entre las mías y le ruego que me guarde el secreto.

—Está bien, señorita —contesta. Parece confundida, como si no estuviera segura de por qué accede a mis peticiones—. No se lo contaré a nadie.

Y, de algún modo, a pesar de que sé que Daisy es muy habladora, siento que puedo confiar en ella.

Sonrío. Oliver será mío. Vale la pena. Todo esto valdrá la pena.

Capítulo 12

A la mañana siguiente, Daisy me trae algo de beber; una «bebida especial», lo llama.

—Le aliviará el dolor —me dice mientras coloca una copa de bronce en la cómoda. Señala con la cabeza mis pies, que me vendó cuidadosamente la noche anterior, pero que ya están empapados de sangre—. Debería contárselo a la señora, deberíamos llamar al médico. La señora Carlisle me dijo que se suponía que debía avisarla de cualquier cosa extraña...

Me incorporo y aferro a Daisy. Desde mi llegada, he aprendido que los médicos son científicos, y los científicos implican experimentos, pruebas y estudios, como les advirtió mi abuela a mis hermanas antes de que subieran a la superficie. «No os acerquéis demasiado», les dijo. ¿Eso es lo que le ocurrió a mi madre? Si le permitieron vivir, ¿la usaron para realizar estudios científicos?

¿Destrozaron su cuerpo para llevar a cabo sus «investigaciones»? No lo sé, por supuesto, ese es el problema.

—Está bien, está bien —cede Daisy mientras se frota el brazo—. Entendido.

Nada de médicos. —Agarra de nuevo la copa y me la pasa—. Con suerte, esto ayudará.

La joven vacila, como si estuviera deliberando si continuar o no, y se sonroja.

Sus sentimientos son muy fáciles de descifrar: se dibujan de color escarlata sobre su piel.

—Y tampoco le he contado nada a la señora Carlisle. No se preocupe por eso.

El líquido transparente no huele a nada y solo me deja un leve regusto a algo demasiado dulce.

—Anís —me explica Daisy cuando hago una mueca.

Diez minutos después, me anima a que intente ponerme en pie, y lo hago.

Unas plumas me suben por la garganta hasta llegar a los ojos y me nublan la vista. Pero ya no noto ese dolor punzante en las piernas. No siento los pies. No siento nada.

—¿Mejor? —me pregunta Daisy mientras la miro, maravillada.

«¿Tú también eres bruja?»

Daisy y yo comenzamos a establecer una rutina. Me despierta por la mañana y me quita las vendas de los pies, y se estremece mientras limpia la sangre seca que se ha acumulado desde que me acosté.

—¡Ay, Grace! —exclama siempre mientras desprende trozos de piel suelta de entre mis dedos con un pequeño cepillo—. ¿Qué vamos a hacer con usted?

Me prepara un baño, me entrega la poción mágica para que me la beba mientras me tumbo en la bañera y..., oh, qué maravilloso alivio me proporcionan ambas cosas. Después de que me ayude a vestirme, me trence el cabello y me aplique polvo rojo en las mejillas («La hará parecer un poco menos aletargada», me explica Daisy, y yo me pregunto qué diría mi Padre si me viera maquillada), desayuno con Oliver y su madre.

Un bocado de gachas o tostada, y eso es todo. Rechazo todo ofrecimiento de más comida.

—Qué poco apetito tienes —comenta Oliver todos los días, mientras yo hago caso omiso del ruido de mi estómago—. Como un pajarito.

—Sí —coincide su madre mientras unta un panecillo con mantequilla y se lo mete en la boca, como si se burlara de mí—. ¿Nunca te da hambre, Grace? Es muy raro en una chica de tu edad.

A continuación, se produce una versión de esto:

—Oliver —dirá Eleanor mientras se da la vuelta, aburrida del juego que ha decidido jugar conmigo, sea cual sea—. Esperaba poder hablar contigo de...

—Tal vez más tarde, madre. Grace y yo vamos a ir a montar a caballo de nuevo, hace una mañana muy agradable. Deberíamos aprovecharla al máximo mientras podamos, ¿no te parece?

Y la situación se prolonga más.

—Pero, Oli —protesta Eleanor al día siguiente—, es imprescindible que nos ocupemos de...

—Lo siento mucho, madre. He decidido llevar a Grace al pueblo, quiero invitarla a comer cruasanes. Terminaremos esta conversación más tarde, ¿vale?

Y más.

—Te lo ruego —le dice su madre un día después, cuando Oliver se limpia la boca con una servilleta y aparta su cuenco casi vacío—. No puedo seguir justificando tu ausencia, Oliver. Petro Tsakos también se va a reunir con la gente de Galanis. Si Tsakos-Co consigue esta fusión en lugar de nosotros, controlarán más de una cuarta parte de las flotas del mundo y nos será casi imposible igualarlos. Ya tienes veintiún años y...

—Madre, sé que he estado distraído esta semana —dice Oliver—. Pero Grace y yo tenemos planes para hoy que no se pueden cambiar. Estoy seguro de que los miembros de la junta harán todo lo que les pidas. La mayoría de la gente lo hace.

Mientras nos marchamos, vuelvo la mirada para echarle un vistazo a Eleanor, que está encorvada en su silla. Su vida parece dura, intenta conseguir constantemente que todos estos hombres la respeten, que le entreguen las llaves de su reino. Quizá nunca lo hagan. Quizá Eleanor debería simplemente construirse uno propio, como hizo la Bruja del Mar.

Quiero decirle a Oliver que debería regresar y hablar con ella, que es evidente que el asunto es muy importante. Ojalá pudiera decirle la suerte que tiene de tener una madre.

—Ay, Grace —comenta mientras cruzamos la puerta principal y los criados se apartan a toda prisa de su camino—. Eso es lo que más me gusta de ti. Nunca me juzgas.

—Solíamos dar fiestas aquí —me cuenta Oliver mientras entrelaza nuestros brazos.

La adrenalina corre por mis venas cuando su piel toca la mía y me hace estremecer. ¿Cómo puede un hombre afectarme así?

Salimos de la mansión y bajamos los escalones de mármol, aunque Oliver no me lleva al mar. Damos una curva cerrada a la derecha, a través de un rosal enmarañado, cuyas espinas se me enganchan en el borde del vestido mientras nos abrimos paso hasta un jardín secreto.

—Había una orquesta en el cenador —señala una estructura de madera situada en una esquina por la que trepan enredaderas—, y todos bailaban en medio del césped hasta que salía el sol. Había música, bebida y gente besándose; algo que a mí me parecía asqueroso a esa edad, por supuesto. No me imaginaba que cambiaría de opinión por completo unos años después. —Me mira de reojo y me pongo colorada—. No me permitían quedarme mucho tiempo en las fiestas.

Simplemente me sacaban para encandilar a los invitados y luego mi niñera venía y me llevaba de vuelta a la sala de juegos. Yo era el único de mis

amigos cuya niñera vivía en casa, ¿sabes? Mi madre estaba demasiado ocupada trabajando.

Trabajo, trabajo, trabajo: eso es lo único que le importaba.

Me pregunto dónde estaba su Padre mientras tanto. Como si me hubiera escuchado, Oliver continúa:

—Mi Padre acudía si se sentía lo bastante bien. Todos preguntaban por él.

«¿Dónde está Alex?», decían, y mi madre les prometía que llegaría pronto. La diversión no podía empezar hasta que apareciera mi Padre; él era el alma de todas las fiestas. Pero hacia el final... papá parecía estar triste todo el tiempo.

Luego se ponía de mal humor y mi madre se sentía avergonzada y pedía disculpas por su comportamiento. «Mi marido no es él mismo últimamente» —la imita Oliver con tono burlón—. Mi Padre no estaba bien, necesitaba ayuda, y ella simplemente...

«¿Simplemente qué? ¿Qué hizo Eleanor?»

—Estoy cansado —dice de pronto—. Sabrás encontrar el camino de regreso por tu cuenta, ¿verdad, Grace?

No es una pregunta.

Todas las noches sueño con esa mujer que se parece a mi madre, que debe ser mi madre. «Gaia —dice, y se echa a llorar—. Gaia». Y todas las mañanas me despierto decidida a que hoy será el día en que averigüe qué le sucedió, en que descubra a los humanos que la traicionaron y la encerraron. Aunque esté muerta, necesito saberlo con certeza.

Entonces Oliver hace algo para distraerme, o simplemente me mira con sus ojos oscuros, y me olvido de ella. Creía que eso sería imposible: el nombre de mi madre ha repiqueteado por mi columna todos los días desde que desapareció, se ha alojado en cada vértebra. Pero Oliver hace que me olvide de todo. Quiero que me mire, quiero que me toque, quiero que me haga sentir cosas que nunca había creído que fuera apropiado que una chica sintiera. Quiero que me haga suya.

Pero no dispongo de tanto tiempo. Cuento las lunas y los amaneceres y los anoto en mi corazón para seguir la cuenta de los días que se me escapan de las manos. ¿Cómo hago que me ame? Mi abuela me había dicho que el matrimonio consistía en anticiparte a las necesidades de tu marido y satisfacerlas, y he estado intentando hacer eso, pero ahora mi misma existencia está en peligro. El reloj marca las horas, la luz cambia de aspecto en el cielo, y pasa otro día. Me cuesta admitirlo, pero estoy empezando a preguntarme a qué sabrá la muerte.

Todas las mañanas, durante el desayuno, Oliver me pide que lo acompañe en la «aventura» de hoy. Al principio, me había imaginado que lo acompañaría mientras él iba a trabajar, como hace Eleanor. Su madre siempre está ocupada, sale constantemente de la casa para asistir a reuniones, todo el espacio disponible en su despacho está repleto de papeles y archivos mientras ella habla por algo llamado «teléfono» y recita listas de números y cifras de memoria.

—¿Les has echado un vistazo a esos informes que te envié, Oliver? —le pregunta—. ¿Revisaste las especificaciones de ese nuevo barco? Oliver, ¿me estás escuchando? ¿*Oli*?

Pero, en lugar de mesas de juntas, hay más paseos a caballo aguardando a su hijo, más montañas que subir. Partidas de críquet en el jardín y pájaros que caen a tierra, con un golpe seco, mientras los chicos recorren los campos con unas armas llamadas pistolas en las manos.

—Fíjate en Grace —dice Rupert mientras recarga balas—. Está horrorizada.

¿Eres una de esos fanáticos defensores de los derechos de los animales?

—Eres vegetariana, ¿no? —me pregunta George. Él es el único que parece prestarme atención de verdad.

—Vegetariana, qué tontería —gruñe Rupert—. No tienes que acompañarnos *siempre*, ¿sabes, Grace?

Pero sí tengo que hacerlo. Tengo que pasar el mayor tiempo posible con Oliver. Así que me siento al margen y lo observo jugar al tenis o al polo con sus amigos. Me doy cuenta de que George siempre vitorea cuando Oliver marca un gol, alza su maza con alegría y grita: «¡Bien hecho!». Y también me doy cuenta de que Rupert se da la vuelta al mismo tiempo, con el cabello apelmazado por el sudor, y aprieta los dientes en lugar de felicitar a Oli. Notas muchas cosas cuando te ves obligada a guardar silencio.

—Joder —dice Oliver ahora cuando le toco el espacio entre los omóplatos para recordarle que estoy aquí.

Nos encontramos en la sala de juegos. George, Rupert y unos cuantos hombres más están jugando a algo llamado póker en un rincón; Rupert grita de vez en cuando que George está «haciendo trampas». Oliver se había sentado en un sillón junto a la ventana y tenía la mirada clavada en el mar, con expresión ausente. No me gustaba verlo solo, así que decidí hacerle compañía.

—No hagas eso, Grace —me dice—. Me has asustado.

«Lo siento. No pretendía disgustarte».

Oliver respira con dificultad y apoya una mano contra su pecho, como para acordarse de inhalar. Agarra el vaso situado junto a su codo y apura el resto del contenido. No me gusta esta hora de la noche, cuando todos nos retiramos a la sala de juegos y abren un armario lleno de botellas relucientes sobre las que los hombres se abalanzan como si se estuvieran muriendo de sed. Sus risas se vuelven más ruidosas y carentes de sentido, hasta que todo les parece gracioso.

No me estoy divirtiendo; aunque eso no parece importarle a nadie salvo a George, que me pregunta de vez en cuando si estoy bien, si quiero beber algo o si estoy cansada. El efecto del brebaje mágico que me ha dado Daisy está empezando a disiparse y el dolor me golpea como olas rematadas con brillantes cuchillas.

—¿Qué pasa, Grace? —me pregunta Oliver, que posa de pronto la mirada en mí.

Miro hacia Rupert, que está atormentando a la joven criada que tiene la mala suerte de trabajar en el turno de noche. La conocí hace unos días; Daisy y ella me encontraron en la rosalada, sentada en un banco tallado en piedra. Quería aparentar que estaba disfrutando del sol, alzando el rostro para recibir su calor, pero la verdad era que me había visto obligada a quedarme allí sentada hasta que dejaran de palpitarme los pies.

—Ahí está —dijo Daisy—. Hace un tiempo magnífico, ¿verdad? Decidimos almorzar al aire libre para aprovecharlo, porque no solemos tener muchos días así. Esta es mi amiga, Ling. —La otra chica me saludó con un leve gesto de la mano—. Y esta es Grace.

Ling abrió los ojos de par en par al reconocirme. Se sentaron en el banco conmigo. Daisy me ofreció un poco de su sándwich («No se preocupe —me aseguró—, solo tiene queso»), mientras Ling me hablaba de su familia, de su Padre, que era médico pero había muerto el año pasado, lo que las había obligado a su hermana pequeña y a ella, a encontrar trabajos de verano en la mansión Carlisle para ayudar a su madre a pagar las facturas. («No pasa nada —dijo, carraspeando—. Nos irá bien»).

—Ling es un nombre tradicional en el país de mi Padre —me contó, como si hubiera tenido que explicarlo muchas veces—. Significa lista. Inteligente. Papá lo eligió para mí.

No me cabía en la cabeza que el Rey del Mar pudiera considerar ese nombre apropiado para una niña. «Solo conseguirá meterle ideas en la cabeza», habría dicho mi Padre.

Ling es diminuta, tan bajita que Rupert tiene que agacharse para susurrarle al oído. Me doy cuenta de que la muchacha quiere escapar, pero no tiene adónde huir. Estoy muy familiarizada con esa sensación.

—Venga, Rupe —dice George mientras coloca sus cartas sobre la mesa—. Deja a la chica en paz.

—Cierra el pico, Georgie Porgie.

—Lo digo en serio, Rupert. —George se pone de pie—. Apártate de ella.

—A ella no le importa, ¿verdad, cielo?

Veo cómo introduce la punta de su lengua en la oreja de Ling, que se estremece de forma apenas perceptible. Debería acercarme a ayudar, como habría deseado que alguien hubiera intervenido cuando Zale me puso las manos encima. Pero ¿es apropiado que lo haga? ¿Tal vez las mujeres deben soportar este tipo de comportamiento para existir en el mundo? Nos han educado para complacer, para anhelar la atención de los hombres y considerar sus miradas una confirmación de nuestra valía. Así que ¿se nos permite quejarnos si la atención no es del tipo que nos gusta?

—¿Estás cansada? —me pregunta Oliver—. Es normal, se está haciendo tarde.

Se pone en pie tambaleándose y me roza al hacerlo. Quiero rogarle que me toque otra vez, y otra. ¿Me pasa algo malo? ¿Zale pudo oler este *deseo*? ¿Por eso hizo lo que hizo?

—¿Adónde ha ido George? —dice Oliver, que mira a los hombres que juegan a las cartas.

—Se largó enfurruñado —contesta Rupert, y Ling mira hacia la puerta abierta situada detrás de ella—. Últimamente está hecho un muermo.

—Deja a George en paz —comenta Oliver, que pierde interés—. Grace está cansada, así que vamos a dejarlo por esta noche.

—Por supuesto, amigo —dice Rupert—. Como quieras. —Le sonrío a Ling y le coloca un mechón de cabello detrás de la oreja—. De todos modos, tengo algunas ideas sobre cómo puedo pasar el resto de la noche.

—¿Lista, Grace? —me pregunta Oliver, y yo asiento con la cabeza.

Salgo de esa habitación.

Y dejo a Ling con él.

—Perdona —dice Oliver mientras subimos los escalones con moqueta roja que conducen a mi habitación. Mis pies se hunden en el material y, sin embargo, su lujo no les proporciona ningún consuelo—. Sé que esta noche no he sido una compañía muy divertida.

Las paredes del pasillo están llenas de imágenes de su familia: «fotografías», se llaman. Oliver de niño, aferrando siempre la mano de su Padre; su madre, sonriendo de forma demasiado alegre. Alexander Carlisle, un apuesto hombre de hombros anchos que se vuelve más pequeño a cada año que pasa.

—Estoy cansado.

Me he fijado en que se cansa con facilidad. Daisy me dijo que su ayuda de cámara les contó a los criados que Oliver no ha dormido bien desde el accidente.

Tal vez le tenga miedo a la oscuridad, a sentir el peso de un sueño interminable presionándolo. Tal vez tenga miedo de no despertarse nunca. Tal vez, para sus adentros, desee no hacerlo. «Yo podría hacerte feliz, Oliver. Si me lo permitieras, podría salvarte por segunda vez».

—Eres preciosa —me dice.

Apoya su frente contra la mía, muy cerca, y me quedo sin aliento. Este es el momento. «Por favor, Oliver. Por favor, bésame».

—¿Te parece bien que te...? —susurra mientras acerca sus labios a los míos.

Es tan diferente a cuando Zale me metió la lengua en la boca a la fuerza que se me llenan los ojos de lágrimas. Así debería haber sido mi primer beso.

«Oliver me curará».

Se aparta y apoya una mano contra la pared para mantener el equilibrio.

«Oli». Estiro las manos hacia él.

—No. No debería haber hecho eso. Es demasiado tarde y he bebido demasiado. Y es demasiado... —Contrae el rostro—. Es demasiado pronto, ¿no lo entiendes?

Y entonces se marcha. Pero lo único que yo entiendo es que estoy zumbando, como si unas abejas besaran cada una de las terminaciones nerviosas de mi cuerpo. «Estoy viva».

Me siento en mi cama y revivo lo que acaba de ocurrir con todo detalle. Su muslo separándome las piernas, sus dedos en mi garganta. Ese calor aumentando. Me subo el vestido hasta la cintura y llevo la mano hacia ese nuevo sitio, esa parte de mí que no sabía que existiría cuando hice un trato con la Bruja del Mar a cambio de piernas humanas. Enloquezco de anhelo, mis dedos se hunden en el calor húmedo mientras me imagino el cuerpo de Oliver encima del mío. Algo parecido a la dicha, o tal vez al dolor, se tambalea en el filo que separa cada estremecimiento y se propaga desde el

centro de mi ser hasta los dedos de mis pies. Un alivio abrumador me deja adormilada.

Mi penúltimo pensamiento antes de quedarme dormida es: «No sabía que las mujeres pudieran experimentar tal éxtasis».

Y el último es: «Me estoy quedando sin tiempo».

Capítulo 13

«¿Dónde está Oliver?»

No está allí a la mañana siguiente cuando voy al solárium, me ruborizo al recordar lo que hice en su nombre la noche anterior. Eleanor está desayunando sola; junto a su plato hay una pila de carpetas y está comentando el programa de hoy con su ayudante, un joven rubio llamado Gerald.

—Y está la inauguración de ese museo en... —Eleanor se interrumpe cuando entro y Gerald detiene su incesante garabateo en el cuaderno que lleva a todas partes con él—. Grace, ahí estás. ¿Cómo has dormido? Gerald pasó anoche por casualidad por delante de tu habitación y me contó que estabas dando tumbos en la cama. Como si estuvieras poseída, dijo. Espero que no tuvieras pesadillas.

Estaba soñando con Ceto. La Bruja del Mar estaba sentada en su silla en las Tierras Sombrías y contaba las perlas de su cola. «Una, dos, tres —comenzó, tocando cada una de las perlas—. Trece —terminó, y me miró fijamente—.

Recuérdalo, sirenita».

—Quiero asegurarme de que mi huésped esté contenta mientras esté aquí —añade—. Después de todo, no sabemos cuánto tiempo será. No demasiado, por supuesto. Estoy segura de que tienes una familia con la que regresar. ¿Tienes familia, Grace? ¿Hermanos? ¿Hermanas? ¿Una madre que te echa de menos?

Apuesto a que tu madre se parece a ti, ¿verdad?

Eleanor señala con la mano la silla situada a su lado y me indica que me siente.

—Estarás preguntándote dónde está Oliver —continúa—. Creo que está en su habitación, pero yo no lo molestaría cuando está de mal humor. Se parece mucho a su Padre. Es mejor dejarlo en paz.

Y así siguen las cosas. Día tras día. ¿Alexander Carlisle también se pasaba los días perdiéndose de vista, convirtiéndose en un fantasma, desvaneciéndose antes de que alguien pudiera atraparlo? La servilleta arrugada de Oliver

siempre está sobre su plato cuando llego al solárium a desayunar, por muy temprano que me levante.

Eleanor y yo nos sentamos una al lado de la otra, y ella siempre tiene muchas preguntas que hacerme: «¿De dónde eres? ¿Quién es tu familia? Parpadea una vez para decir sí y dos para decir no, Grace. Debemos poder comunicarnos de alguna manera, ya que no sabes leer ni escribir. Es muy inusual hoy en día». Si Oliver estuviera aquí, le diría: «Basta, madre, deja de interrogar a Grace». Pero no está aquí. Ya no está nunca aquí.

A la hora del almuerzo siempre ha salido con «los chicos», a cazar o montar a caballo, seguidos de criados con cestas de pícnic con comida y bebida. No me invitan a acompañarlos.

—Los chicos son así —dice Daisy, que intenta tranquilizarme mientras yo permanezco junto a la ventana de mi habitación y los veo partir—. No es nada personal, Grace.

Tal vez no me parecería tan personal si Oliver no tuviera mi vida en sus descuidadas manos. No me parecería tan personal si no hubiera sacrificado tanto para estar con él. ¿Por qué me castiga? Fue él quien inició el beso, no yo.

La única vez que alcanzo a verlo es en la cena, pero ya no se sienta conmigo.

Ahora la cena siempre es un gran acontecimiento. Los invitados son empresarios y miembros del parlamento de este país; hay otros hombres con gafas de sol oscuras que se niegan a quitarse, ni siquiera dentro de la casa, como si quisieran ocultar sus rostros excepcionalmente atractivos. Esta noche, tengo un hombre a cada lado: el duque de algo a mi izquierda y don reloj grande de oro a mi derecha.

—Madre mía, qué guapa eres —dice el hombre del reloj de oro, boquiabierto.

Su mujer, que se encuentra frente a él, me mira con el ceño fruncido, como si fuera culpa mía.

A lo largo de la cena, Oliver bebe un vaso tras otro de vino tinto y le hace señas al camarero cuando la botella se termina.

—Otra ronda, *garçon* —dice con una risita.

Eleanor se inclina y le toca el brazo.

—¿No crees que ya has bebido bastante, querido? —noto que le susurra mientras les echa un vistazo al resto de los invitados con nerviosismo—. Recuerda que tenemos compañía.

Oliver se zafa de su mano.

—No puedes controlar a *todos* los hombres de esta familia, madre — contesta él en voz alta, y se hace el silencio en la mesa.

—Oliver, eso no es justo. No intentaba...

—¿Ah, no? —dice él e ignora la expresión de súplica de su madre—. Pues yo creo que sí.

Tras la cena, Eleanor les pide a algunos invitados que la acompañen a la sala de estar. Voy con ellos porque no tengo otro sitio al que ir, pues Oliver se marchó antes de que sirvieran el pudín, después de hacerles señas a Rupert y George para que lo siguieran. Intenté aparentar que no me importaba.

La sala de estar es el lugar favorito de la casa para Eleanor; es donde pasa la mayor parte del tiempo, además de en su oficina. Cuenta con ventanales del suelo al techo con vistas al mar y las cortinas y sillas de seda son de un tono amarillo pálido con rosas bordadas en color crema. Entre el puñado de invitados que quedan después de la cena se incluyen Henrietta Richmond, una mujer con la piel estirada sobre los huesos, y su marido, un hombre llamado Charles que se está quedando calvo.

—Nuevos amigos —alardeó Eleanor cuando aceptaron quedarse a tomar una copa.

Antes, la escuché decirle a su ayudante que se asegurara de que estos dos invitados en particular estuvieran bien atendidos. («Vino, Gerald —le indicó —, y en abundancia. Quiero que los Richmond se sientan muy contentos y *muy* generosos»). Charles es el dueño de una compañía que Eleanor quiere adquirir, y está decidida a conseguirlo. Este mundo de dinero y negocios que a Eleanor se le da tan bien parece muy complicado, lleno de nudos que hay que desenredar y problemas sin fin que resolver. Eleanor es mitad niñera, mitad guerrera; manipula, adula e intimida a los que la rodean para salirse con la suya. Es muy desconcertante.

Todos alzan y brindan sus copas, me ignoran, y luego Eleanor estira el brazo para decirle «¡Salud!» al hombre al que llaman «capitán». Él está sentado junto al fuego, con las manos en el regazo, mientras que las dos mujeres se han acomodado en un diván. Yo me encuentro en un sillón situado enfrente del capitán, mientras que Charles está de pie junto al carrito de bebidas donde examina detenidamente las etiquetas.

—Charles —dice su mujer—. Creo que no deberías beber más.

—Es una fiesta, Hen. Relájate.

—Vamos, capitán —dice Eleanor rápidamente mientras los labios de Henrietta desaparecen formando una delgada línea—. Seguro que tiene unas cuantas fábulas que contarnos, buen hombre. El capitán es uno de los

marineros más famosos de este país —les explica a los demás. «¿Marinero?»—. Bueno, es más bien un explorador, ¿no es así, capitán? Va a lugares a los que ningún otro hombre osa ir.

Observo a este capitán con más atención, a este hombre que se adentra en el mar en busca de aventuras. ¿Qué habrá visto en sus viajes?

—Su habilidad para contar historias es célebre —continúa Eleanor—. Y, por eso, su presencia está muy solicitada. La última vez que vino a cenar, nos obsequió con una magnífica descripción de su viaje a la Antártida. —Le sonrío al hombre mayor—. ¿Dónde ha estado estos últimos meses, capitán?

—Me encanta una buena fábula —dice Charles mientras apura su bebida—. Cuanto más extravagante, mejor, si me hace el favor, amable señor.

—No son fábulas —repite el capitán.

Tiene una voz profunda y habla tan bajo que todos tenemos que esforzarnos para oírlo. Lo he visto antes en las cenas que organiza Eleanor, pero nunca lo había oído hablar hasta este momento. Siempre parece mantenerse al margen, observando a los demás. Observándome.

—Solo cuento la verdad. Las cosas que he visto van más allá de la mera exageración.

—¡Oh, qué emocionante! —exclama Henrietta. Le está empezando a transpirar el rostro debido al calor del fuego y se limpia el sudor del labio superior, cohibida—. ¿Como qué, capitán?

—Cosas que no se pueden explicar —contesta él sin apartar la vista del fuego, como si dudara de la capacidad de Henrietta para entenderlo—. Cosas que no tienen sentido para la mente racional, pero que he visto con mis propios ojos y sé que son ciertas. Cosas que no se pueden demostrar, así que los científicos las descartan y las califican de delirios fantasiosos, desvaríos de hombres que han pasado demasiado tiempo en el mar y a los que la sal les ha derretido el cerebro.

Cambio de posición en mi asiento y me inclino hacia delante para poder escuchar mejor. «Vamos —lo animo—. Cuéntanos qué has visto. Necesito saberlo».

—Venga, amigo —lo anima Charles, que arrastra las palabras—. No nos tenga en ascuas. ¿Qué es lo más extraño que ha presenciado en el mar?

—Supongo que eso depende de lo que usted considere «extraño».

—Puede que esto haya sido mala idea —interrumpe Eleanor, aprieta su copa de vino con tanta fuerza que me sorprende que no se rompa. Está inusitadamente pálida, como si se hubiera puesto enferma de repente—. No es

justo esperar que el capitán nos entretenga. De todos modos, probablemente esté cansado; se está haciendo tarde...

—Vamos, vamos —protesta Charles y le guiña el ojo—. Usted empezó esto, Eleanor. Me prometió historias *extraordinarias*, y quiero oírlas.

—Está bien —responde Eleanor, con los labios blancos—. Continúe, capitán.

El aludido gruñe.

—He visto criaturas que son mitad humanas y mitad pez: carne y escamas unidas formando un solo ser.

Los latidos de mi corazón se ralentizan, anticipan lo que dirá a continuación.

Oigo un pitido agudo en un oído y me froto el lóbulo con fuerza para hacer que pare.

—Las he visto nadando junto a mi barco, les hacían señas a mis hombres —continúa el capitán—. Los llamaban. Los tentaban. Intentaban llevarlos a la muerte.

—Un momento —dice Charles—. ¿Se está refiriendo a *sirenas*?

El capitán no responde y Charles estrella el puño contra la mesa con regocijo, lo que hace que Henrietta y Eleanor den un respingo. Eleanor no tiene buen aspecto y me pregunto qué le pasa.

—Sí, se refiere a sirenas —afirma Charles, y el tiempo se ralentiza, el tictac de los relojes se atenúa. Lo único que puedo oír es mi respiración, que es superficial. «Las sirenas no llevan a los hombres a la muerte, quiero decir —. No somos rusalcas». Y luego pienso: «Tal vez este hombre sepa algo de mi madre». Tal vez él iba en el barco que la capturó. Miro sus manos fuertes, me las imagino rodeando el cuello de Muireann del Mar Verde, tan delgado y pálido, y me estremezco.

—Cuéntenos más, capitán —lo anima Charles mientras se sienta en el brazo del diván—. ¿Son tan hermosas como cuentan las leyendas?

—Algunas sí —contesta el anciano—. Algunas poseen una belleza inexplicable, una belleza que nunca se vería en tierra.

Me mira mientras habla y entorna los ojos, y yo me echo hacia atrás en mi sillón para pasar desapercibida. ¿Conocerá mi secreto? Debería levantarme, indicar que estoy cansada e irme a la cama, pero, por algún motivo, me siento incapaz de hacerlo. Esto es lo más cerca que he estado de descubrir la verdad sobre lo que le pasó a mi madre. No puedo irme.

—Y luego hay otras que son simplemente espeluznantes. Tienen el cabello verde, dientes puntiagudos y ojos salvajes. Esas están hambrientas.

Tienen un apetito voraz.

—Qué interesante —comenta Charles—. Claro que han estado circulando historias sobre sirenas durante siglos, y en muchas culturas diferentes por todo el mundo, ¿saben? Leí un libro *maravilloso* hace unos años que decía que la primera mención a estas criaturas se encuentra en la mitología griega y se remonta a alrededor del año cincuenta antes de Cristo...

—Mil antes de Cristo, querido —lo corrige Henrietta.

—... cuando una diosa llamada Ataractic se enamoró de un...

—Se llamaba Atargatis, querido.

—Está bien, Hen —continúa Charles—. Simplemente pensé que a todos les gustaría un poco de contexto. De todos modos, lo que pasaría si se produjera una... cópula entre especies no son más que conjeturas. —Suelta una risita, como si mi gente no fuera más que una broma fantasiosa que contar en las fiestas—. No debería hacer comentarios tan groseros en presencia de jovencitas, ¿verdad? —dice mientras me mira.

Ojalá no lo hiciera. Necesito que el capitán siga hablando, que cuente la historia de una sirena a la que capturaron hace muchos años. Una sirena que se parecía a mí.

—Sí, Charles —responde su mujer mientras se coloca bien la falda—. Escribí mi tesis sobre folclore y cuentos de hadas, ¿no te acuerdas?

—«Cópula entre especies», decía ese libro —prosigue Charles, como si Henrietta no hubiera hablado—. Ojalá me acordara de cómo se llamaba el autor, parecía un tipo muy listo.

—Rachel Conlyons.

—¿Qué?

—La autora se llamaba Rachel Conlyons —repite Henrietta—. Y el libro era *mío*, Charles. Lo encontraste en mi mesita de noche.

—Ah, sí. Pero le da a uno que pensar, ¿verdad, capitán? —dice Charles—. Qué coincidencia que todos estos mitos tengan tantas similitudes. Entonces, ¿usted cree que podrían tener algo de cierto?

—Yo no sé nada de coincidencias, señor —responde el capitán, que ha vuelto a clavar la mirada en el fuego. Me he dado cuenta de que los humanos suelen hacer eso con el fuego y el agua. Observan fijamente los elementos como si esperaran encontrar en su interior un fragmento de sí mismos que les falta—. Se cuentan historias, pero no se han podido demostrar porque, que se sepa, nunca han atrapado a una sirena.

«¿Nunca han atrapado a una sirena?» Se me corta la respiración, lo que hace que se me contraiga la garganta. «Pero ¿y qué pasa con...?»

—He oído hablar de hombres que se enamoran de las doncellas del mar —dice el capitán—. Pero no dura mucho tiempo. ¿Cómo iba a hacerlo? Esas criaturas siempre añorarán su hogar y, un día, no podrán resistirse a la llamada del mar. Abandonarán a sus maridos e hijos, da igual los vínculos que hayan formado; lo dejarán todo de lado para sentir la sal sobre su piel. Esos seres no son como nosotros.

—No —coincide Eleanor mientras se pone en pie. Deposita la copa de vino con cuidado sobre la mesa—. No lo son.

—Eleanor —dice Henrietta—. ¿Está bien? Está blanca como un fantasma.

—Estoy cansada —contesta ella—. Creo que es mejor que todos nos retiremos ya.

Transcurren otros dos días.

«Que se sepa, nunca han atrapado a una sirena».

Las palabras del capitán cristalizan en mi boca y se apoderan de mis encías.

Ahora son lo único que puedo saborear.

«Que se sepa, nunca han atrapado a una sirena».

Luego pasan tres días desde la cena, y desde la última vez que vi a Oliver.

Intento dormir, pero mis hermanas me susurran al oído mientras la inconsciencia se va apoderando de mí. Veo a Cosima y a Zale, a mi Padre rodeándoles las muñecas con algas negras, uniéndolos en matrimonio. «Regresa, Muirgen —lloran mis hermanas—. Ayúdanos, Muirgen».

Me despierto, sudando, reacia a volver a ese estado, a las profundidades de mis sueños, donde no tengo control sobre lo que oíré y veré. En cambio, he empezado a caminar hasta el mar por la noche; mi corazón está sediento de agua salada. Este mundo tiene un aspecto imponente, eso no se puede negar. Todos los días hay algo nuevo que ver, que oler, que sostener entre mis dedos para hacerlo real. Pero no me había dado cuenta de que este mundo sería tan ruidoso. Es como si hubiera gente a mi alrededor constantemente que quiere tocarme el cabello, hacer comentarios sobre mis vestidos o decirme que soy hermosa. Sus penetrantes voces me hieren los oídos y, pronto, toda esta *novedad* me cansa. Así que voy al mar. El mar es familiar. El mar es fácil. El mar es *silencioso*. Me siento allí y observo cómo la luna se desplaza por el cielo y me advierte. «No queda tiempo. No queda tiempo. No te queda tiempo, sirenita».

Una noche, mientras Daisy me deshace el complicado peinado de ese día, debo ir corriendo al baño a vomitar. Unas manchas negras brotan delante de mis ojos mientras me mantengo sobre el inodoro. Es como si intentara

desprenderme de parte de este tormento y escupirlo. Daisy me frota la espalda mientras murmura: «Tranquila, tranquila, pequeña». Me desplomo en el suelo del cuarto de baño y observo cómo se deforman mis pies, como si mis ojos estuvieran hechos de un cristal con imperfecciones. El hechizo de la Bruja del Mar se está deshaciendo y se lleva trozos de mi carne con él.

—Tenemos que llamar a un médico —dice Daisy—. Esto es demasiado grave, no puedo...

Me aparto de ella y niego con la cabeza.

—Está bien —añade la criada con suavidad, como si domara a un animal salvaje—. Pero algo va mal, Grace. Nunca he visto nada igual y está empeorando en lugar de mejorar. Podría perder mi empleo. Si la señora Carlisle se entera de que se lo he ocultado...

Ambas nos sobresaltamos cuando alguien llama bruscamente a la puerta.

Daisy empuja con el pie la palangana de agua ensangrentada debajo de la cama.

—¿Grace? —pregunta una voz desde el otro lado de la puerta. Una voz de mujer—. Soy la señora Carlisle. ¿Puedo pasar?

«¿Habrás oído lo que ha dicho Daisy?»

La muchacha consigue cubrirme las piernas con el edredón justo al mismo tiempo que la puerta se abre.

—Buenas noches, señora.

—Gracias, Daisy —responde Eleanor.

Lleva el mismo vestido violeta que se puso para cenar. (Velas largas y finas en candelabros de plata, flores brotando del centro de la mesa, pero ni rastro de Oliver... «Me temo que está ocupado», les había dicho Eleanor a los invitados, que aguardaron hasta que el presidente de un país vecino entabló conversación con ella antes de empezar a chismorrear. «A ver —susurraron—, ¿cómo se puede confiar en que Eleanor Carlisle dirija una compañía entera si ni siquiera puede conseguir que su propio hijo asista a una cena? El mercado es sumamente volátil en este momento, ¿habéis visto el último informe de...?» A estas personas no les inquieta hablar así delante de mí, por supuesto. Nadie desconfía de una chica muda).

—Puedes marcharte —le indica Eleanor a Daisy ahora—. Me gustaría hablar con Grace antes de que se acueste.

Daisy no se mueve, sino que permanece de pie junto a mi cama como si fuera mi guardia, como la escolta armada que flanquea a mi Padre en las escasas ocasiones en las que sale del palacio.

—Daisy —dice Eleanor. Habla como Oliver, con el mismo tono imperioso, disimulando apenas la irritación cuando no lo obedecen al instante—. Acabo de pedirte que te marches para poder hablar con Grace en privado.

—Sí, señora Carlisle.

Daisy sale de la habitación caminando de espaldas y me mira con los ojos muy abiertos en señal de advertencia por detrás de Eleanor. ¿Qué intenta decirme?

—Bueno —comenta Eleanor cuando nos quedamos solas—. ¿Puedo?

Señala la cama y yo asiento con la cabeza. La situación resulta extrañamente íntima cuando se sienta a mi lado. Siempre nos sentamos en lados opuestos de la mesa a la hora del desayuno, pero, al estar tan cerca, puedo percibir su perfume (floral, con un toque boscoso) y distinguir el entramado de finas arrugas que le rodean los ojos y la boca.

—Te veo, ¿sabes? Noche tras noche. Te veo bajar hasta el agua. ¿Por qué te fascina tanto el mar?

Me encojo de hombros, la viva imagen del candor, pues ¿cómo puedo decirle que necesito estar cerca del mar? Que necesito un respiro de todo el ruido y el estruendo de este mundo. Eleanor me agarra del codo.

—Tu belleza es realmente pasmosa —opina, pero su tono carece de emoción.

No lo dice como los demás, como si mi belleza fuera algo por lo que debería ser célebre, como si mi rostro fuera lo único que necesito para que se me considere digna de recibir amor y respeto. Tampoco lo dice como Oliver, como si me culpaba por hacerle sentir algo que no quiere sentir.

—He oído hablar de otra mujer con los ojos tan azules y los cabellos tan rojos —añade mientras hace girar su alianza alrededor del dedo—. Cuya belleza podría rivalizar con la tuya. Oí hablar por primera vez de ella hace bastante tiempo, aunque nunca llegué a verla. En persona, al menos.

Suelta una carcajada, un sonido seco y carente de humor, como el chasquido de un látigo, y siento mucho frío. «¿Se refiere a...?»

—Pero su rostro..., oh, su rostro ronda mis sueños. —Me observa de cerca—. Y, a veces, no consigo distinguir la diferencia entre su rostro y el tuyo. ¿No te parece raro, Grace?

Me encojo de hombros de nuevo y me limpio disimuladamente las palmas sudorosas en la colcha.

—Me he fijado en cómo miras a mi hijo. No tienes nada de lo que avergonzarte. —Me toma una mano entre las suyas y la aprieta demasiado fuerte, me frota los nudillos como si quisiera desgastar la carne—. Oli es un

chico muy atractivo, y puede ser encantador cuando le apetece. Pero no quiero que te hagan daño, Grace. No te conviene saber lo que es amar a un hombre que está enamorado de otra mujer. Puede volverte... —Se ríe de esa forma extraña otra vez—. Bueno, puede volverte loca.

Miro fijamente su mano, los pesados anillos enjorrocados que lleva en los dedos.

Todo pagado con su dinero, con el dinero de Eleanor. Todo lo que hay en la casa le pertenece.

—La novia de Oliver murió. ¿Lo sabías?

Viola, con su corte de pelo recto y esas largas piernas. La forma en la que Oliver la miraba: a mí nunca me ha mirado así.

—Oliver y Viola eran novios desde niños —continúa Eleanor—. Los Gupta son una familia importante en este condado y Viola estaba muy solicitada, porque era muy hermosa.

Sí que lo *era*. Ojalá yo tuviera su piel morena y su risa desenvuelta. Ojalá tuviera su voz. «Ojalá tuviera una voz, la que fuera».

—Oli y Viola se habrían casado dentro de unos años, y todos estábamos encantados. Hacían muy buena pareja: después de todo, Oliver Carlisle no podría casarse con cualquier desconocida que se encontrara en la calle. O en la playa, en este caso. —Me muerdo el labio para hacer que deje de temblar—. Pero no te digo esto para herirte. Te lo digo por tu propio bien. Mi hijo está sufriendo, más profundamente de lo que podrías entender. «¿Y qué sabes tú de mí?, —quiero preguntarle—. ¿Qué puedes saber de las penas que yo he soportado?»

—Oliver no te ve de esa manera —continúa Eleanor—. Ni ahora ni nunca. Es importante que conserves un poco de dignidad. Eso es todo lo que vine a decirte.

Se pone en pie en medio de un susurro de seda y apoya una mano en mi frente, como si me bendijera, como hizo Cosima la noche anterior a que me marchara del palacio. Tal vez las dos me estuvieran maldiciendo en secreto.

A continuación, se marcha. Tomo una enorme bocanada de aire, como si me hubiera olvidado de inhalar durante la visita de Eleanor, y agarro el espejo de mano que hay sobre la mesita de noche. Observo el rostro reflejado en el cristal: ojos muy azules y cabellos muy rojos. Y veo a la mujer que ronda mis sueños.

Veo a mi madre. ¿Eleanor estaba hablando de...? «El mar —pienso—. Necesito ir al mar».

Aparto las mantas, salgo de la cama y bajo los escalones de puntillas sobre los dedos destrozados. Cada paso me produce un dolor abrasador, como si me vertieran ácido en una herida abierta y me lamieran los bordes con una lengua corrosiva. Abro la puerta principal de golpe. Bajo los escalones de mármol. Y, entonces, el mar..., oh, el mar.

Me atrae, pero no me habla, ya no me llama hija. He perdido su voz igual que la mía y no estoy segura de qué me duele más. Remojo los pies en sus aguas, que se mecen con un reconfortante vaivén, y echo la cabeza hacia atrás para mostrarle al cielo nocturno el agujero vacío en el que solía estar mi lengua. Ojalá pudiera hablar con alguien, ojalá contara con alguien que me tomara de la mano y me dijera que se preocupa por mí. En este momento, me doy cuenta de que estoy sola, y lo he estado desde que tengo memoria. Me doy cuenta de que una parte de mí se rompió la noche en que mi madre se fue, la noche de mi primer cumpleaños. Y no estoy segura de saber cómo recomponerme.

Mi Padre nos contó que ella nos abandonó ese día, que prefirió satisfacer su obsesión egoísta en lugar de quedarse cerca de casa con sus hijas. Nos aseguró que estaba muerta, que la capturaron los humanos. Dijo que la habría salvado si eso no hubiera significado poner en peligro a todo el reino. («Pero creo que deberíamos recordar, chicas, que tal vez no merecía ser salvada», había dicho mi Padre, que esperaba que asintiéramos. Necesitaba pruebas de que lo queríamos más que a nadie). Y, sin embargo, el capitán dijo que nunca habían capturado a una sirena en todo el tiempo que él llevaba en el mar. Sin duda se habría enterado, habría sido la comidilla del condado.

Me había prometido a mí misma que descubriría la verdad sobre la suerte que había corrido mi madre, pero me obsesioné tanto con Oliver, con la idea de hacer que me amara, que me olvidé de Muireann del Mar Verde. ¿Y para qué? Oliver me hace sentir algo que no entiendo, algo que no sé identificar. Pero... su madre dice que no me ama, y que nunca lo hará. Ama a una chica llamada Viola que está muerta. ¿Qué estoy haciendo aquí?

Observo el cielo tachonado de estrellas. Solo quedan dos semanas hasta la luna llena, dos semanas; ¿cómo se supone que voy a hacer que este hombre me ame si nunca está aquí para verme, para contemplar mi belleza? Pensaba que sabía qué era la desesperación cuando vivía bajo el mar. Pensaba que sabía qué era la verdadera soledad. Mientras una lágrima se desliza por mi mejilla y deja un rastro de sal sobre mis labios, me doy cuenta de que estaba equivocada.

Capítulo 14

El efecto del brebaje de Daisy se desvanece rápido últimamente; el dolor se abre paso entre el alivio con dientes afilados, se lame los labios y busca más carne que devorar.

—Por favor, déjeme buscarle ayuda —me ruega Daisy una noche.

La hemorragia había continuado después de que me retirara los vendajes.

Debo haberme desmayado por la debilidad y, al recobrar el conocimiento, me encuentro a Daisy observándome con expresión afligida.

—Esto ha ido demasiado lejos. Tengo miedo por usted —admite, y me avergüenzo de hacerla pasar por esto—. Déjeme avisar al médico. La señora Carlisle no tiene por qué enterarse.

Daisy me ha advertido acerca de Eleanor, me ha aconsejado que tenga cuidado.

—No puede confiar en ella, Grace —me dijo una noche después de que todos los demás se hubieran ido a la cama—. Me pidió... me pidió que la vigilara. Que la informara de cualquier cosa extraña. Si se entera de que le he ocultado esto... —Se puso pálida—. Necesito este empleo, Grace. Mi familia depende de mi salario para pagar la hipoteca.

No sé qué es una hipoteca, pero sé que Daisy ha sido más amable conmigo que cualquier otra persona de la superficie y, aun así, le doy problemas. Soy como el gato de la cocina, que trae ratones muertos y los deja a los pies de los criados y espera que se sientan agradecidos. ¿Por qué les causo siempre problemas a las personas que quiero?

—¿Grace?

Oigo una voz insistente, noto un golpecito en las costillas y, durante un instante, creo que voy a ver a mi Padre mirándome, a su soñadora hija menor, con una expresión a medio camino entre la indulgencia y la irritación. Pero se trata de Eleanor, que espera mi respuesta, y no es Sophia quien intenta evitar que me meta en problemas, sino George. El joven me sonrío con amabilidad y deja a la vista unos dientes delanteros ligeramente torcidos. «Eleanor», articula para que le lea los labios.

—Decía que pareces cansada, Grace. ¿Estás durmiendo bien? —me pregunta Eleanor. Se vuelve hacia Daisy, que sirve la mesa esta noche—. Daisy, ¿Grace ha estado durmiendo bien?

La muchacha no responde y se le cae al suelo una cuchara para servir ensalada.

—Daisy —dice Eleanor—. Te he hecho una pregunta.

—Ha estado durmiendo bien, señora Carlisle.

—Pues no lo parece —insiste Eleanor—. Pero tú no me mentirías, ¿verdad, Daisy?

Todos los invitados se ríen cortésmente ante esa idea. El sonrojo de Daisy delata lo incómoda que se siente.

Hay una silla vacía al lado de Eleanor. Oli no ha venido a cenar esta noche: Rupert y él tenían «obligaciones de las que ocuparse», nos informó su madre antes de que comenzara la cena. ¿Qué obligaciones podría tener Oliver a estas horas de la noche? Obligaciones que involucraban a Rupert, pero no a George.

He estado aquí atrapada desde entonces, escuchando a los hombres hablar entre ellos de política y guerra por encima de las cabezas de sus acompañantes femeninas. No había esperado que hubiera tantas similitudes entre este mundo y el de mi Padre. La guerra y el dinero siguen siendo cosa de hombres; ellos mantienen conversaciones serias y en voz baja en habitaciones privadas, blandiendo puros, mientras se espera que las mujeres se adornen con joyas y se aseguren de resultar agradables a la vista. Los hombres hablan y las mujeres escuchan. Todas las mujeres menos una...

—Y por eso, mi querida dama —le dice un caballero mayor con pajarita a Eleanor mientras la señala con el tenedor—, The Carlisle Shipping Company ha tenido tanto éxito.

—Sí, lo sé —contesta ella, sin sonreír—. Después de todo, soy la presidenta de la compañía.

Me levanto de la mesa.

—¿Te retiras tan pronto? —me pregunta Eleanor, y yo asiento.

Un pie golpea el suelo (un cuchillo se hunde en mi piel y me hace jirones las venas por diversión) y luego el otro (una llamarada lame mi carne y la reduce a cenizas), pero mantengo el rostro inexpresivo. Mi abuela siempre me decía que a nadie le gusta ver el dolor de una mujer.

—Con qué elegancia se mueve esa chica —oigo que murmura una mujer mientras cierro la puerta a mi espalda—. Es como una primera bailarina. ¿Creéis que podría ser rusa?

—No sabemos de dónde es —responde Eleanor—. Pero lo descubriremos. Es una amenaza, no una promesa.

En el pasillo, me detengo al pie de la escalera que conduce a mi habitación e imagino lo que supondría subir cada escalón. Mis pies cederían y serrarían la piel para mostrarle al mundo sus trofeos hechos de hueso. Doy media vuelta.

Doy media vuelta y voy en busca de alivio. Bajo los escalones y noto el frío mármol contra las doloridas plantas de mis pies, y ahí está: mi mar.

«Gracias», susurro en silencio mientras sumerjo los pies en el agua. Me había dado tanto miedo morir..., pero podría suponer un alivio, después de todo esto.

—¿Grace? —dice una voz a mi espalda. Se trata de Oliver.

Cuando se acerca, veo que tiene los ojos rojos. No sabía que a los hombres se les permitiera llorar. Parece algo propio de alguien débil; «cosa de mujeres», diría sin duda Zale.

—¿Qué haces aquí? —Se sienta a mi lado y da golpecitos con las botas en un lado de los escalones—. Joder, ¿qué te ha pasado en los pies? —exclama mientras escudriña el agua—. Grace, ¿estás bien? Eso tiene muy mala pinta.

¿Llamo al médico? ¿Te duele?

Niego con la cabeza. «Me encanta que te preocupes por mí, Oliver, pero estoy bien».

—¿Estás segura? Eso no parece normal.

Aparto la mirada. A veces me pregunto si alguna vez seré normal, encima o debajo de la superficie.

Él se encoge de hombros.

—Bueno, como quieras, supongo.

Nos sentamos uno al lado del otro y miramos hacia el océano sin que ninguno de los dos diga ni una palabra. Él guarda silencio porque quiere hacerlo, mientras que yo reboso palabras que no puedo pronunciar. Es como si me llenaran cada vena y arteria mientras el alfabeto se graba en mis huesos y las letras se arremolinan por mi cuerpo. Es asombroso lo desdeñosa que fui al renunciar a mi voz, la poca importancia que le di. Desde que me silenciaron, lo único que quiero es poder hablar.

—Es tan hermoso... —dice Oliver, mientras contempla todavía la vista.

Yo nunca había considerado el mar hermoso. Simplemente era mi hogar y, más que eso, el lugar del que quería escapar. El mar entrañaba a Zale y sus ojos sobre mi cuerpo, y luego sus manos. Entrañaba a mi Padre exigiéndome

que actuara para su disfrute. Entrañaba a Cosima llorando contra su almohada.

Preguntas sobre mi madre y respuestas que nunca obtendría, por mucho que rogara. Y ahora solo dispongo de dos semanas para resolverlo todo. No quiero morir con el nombre de mi madre congelado en los labios.

—Solíamos ir a navegar constantemente... antes —comenta Oliver—. A mi Padre le encantaba estar en el agua.

«Sí. Sigue. Puedes confiar en mí».

—Te habría caído bien —añade mientras se frota los brazos desnudos con las manos, pues el aire frío le pone la piel de gallina—. Era divertido, ¿sabes? Y siempre tenía tiempo para mí. Por muy ocupado que estuviera, jugaba conmigo y me arropaba por la noche. A diferencia de mi madre. Lo único que a *ella* le ha importado siempre es esa estúpida compañía. Alejó a papá. Nada de esto habría ocurrido de no ser por ella.

Tiene la mirada distante, abstraída. Le toco el antebrazo con la mano y él da un respingo.

—Joder, Grace. Me has asustado.

«¿Le asusta que lo toque?»

—Ahora tengo miedo constantemente —murmura—. Ni siquiera he salido a navegar desde el accidente. Soy un cobarde de mierda. Y prácticamente me crie en barcos. La navegación forma parte de mi familia, de ambas ramas, aunque fue el bisabuelo Blackwood quien fundó la compañía. Mi madre le cambió el nombre a Carlisle cuando se casó con mi Padre para intentar que se sintiera incluido o algo por el estilo. —Echa la mandíbula hacia delante, como si anduviera buscando pelea—. Habría sido mejor que pasara más tiempo con su familia. Eso podría haber hecho más feliz a mi Padre.

Le aprieto el brazo y él se relaja.

—Lo siento. Es que... detesto el hecho de no haber vuelto a salir al mar. Mi Padre estaría decepcionado. Solíamos ir a navegar juntos con todo tipo de tiempo, y nunca tuve miedo entonces. Hubiera lo que hubiera ahí fuera. Vi cosas muy extrañas, Grace.

Abro los ojos como platos, aunque yo sé más sobre lo que tienen que ofrecer las verdaderas profundidades del mar de lo que él llegará a saber nunca. Creo que le gusta explicarme cosas. He descubierto que ese suele ser el caso con la mayoría de los hombres.

—Pero el mar también te arrebató cosas, por muy hermoso que sea. Se traga a la gente y escupe sus cadáveres: mi Padre, todos mis amigos... No sé por qué no morí yo también; debería haber muerto esa noche.

«Sobreviviste gracias a mí, Oliver. Yo te salvé».

—También se la llevó a ella —continúa—. Dios, todavía no me lo puedo creer.

Apoyo la cabeza en su hombro, pero él no parece darse cuenta.

—Ni siquiera deberíamos haber salido ese día. Rupert dijo que no era seguro, que creía que habría tormenta. Viola me contó que le había rogado que ella tampoco fuera. Pero eso solo la hizo empecinarse más. —Oliver traga saliva—. George se negó a ir en cuanto oyó la palabra «tormenta»: se marea enseguida.

Pero Viola... —Se le quiebra la voz al pronunciar su nombre y mi corazón se resquebraja un poco también—. A ella no le importó un bledo. Quiso salir de todos modos. «Relájate un poco, Oli», me dijo.

Se restriega los ojos con las manos antes de volver a hablar.

—Lo siento, Grace, sé que esto es mucho para soltártelo de golpe. Pero se te da tan bien escuchar...

Me mira, y sus ojos son tan suaves que algo dentro de mí también se derrite.

Me parece que va a apoderarse de nuevo de mi boca. Me inclino hacia él, apenas unos milímetros.

—Y siento haberte besado la otra noche.

«No». Eso no es lo que se supone que debe decir.

—No debí hacerlo. Estabas preciosa y me... me dejé llevar, supongo. Lo siento. —Gime—. Ahora estoy haciendo que te sientas violenta. Y yo también. —Me observa—. Ojalá supiera en qué estabas pensando hace un momento. Todo sería mucho más fácil si pudieras hablar.

Lo veo ponerse en pie. Se inclina para alborotarme el cabello como si fuera una niña o una mascota.

—Buenas noches, Grace.

Se aleja de mí. Y toda esperanza que hubiera abrigado se hace añicos en mi interior.

«Muirgen».

Enderezo la columna al oír mi antiguo nombre, como si fuera un reflejo.

«Muirgen».

Me inclino hacia delante, como si fuera a lanzarme al agua, a sumergirme para averiguar quién me está llamando. Pero me doy cuenta de que no puedo hacerlo.

Me ahogaría mientras estos débiles pulmones piden perdón a gritos. He visto lo que les ocurre a los humanos que han intentado encontrar sirenas.

«Muirgen. Regresa. Te necesitamos».

Me parece ver una mano que sale del agua y me insta a acercarme.

«¿Abuela?» La pena me atraviesa, como una guadaña entre las algas.

Debo alejarme del mar antes de caer en la tentación y aniquilarme a mí misma bajo las olas. El deseo de saborear la sal es demasiado fuerte.

Intento ponerme en pie, pero me caigo. El suelo me desgarras las rodillas y brota más sangre, que empapa la piedra. No puedo pedir ayuda. Cuando la Bruja del Mar me pidió mi voz, no se me ocurrió que podría necesitar gritar para que alguien me salvara. Subo los escalones a rastras mientras tiro de estas piernas en descomposición. Puedo oír el mar a mi espalda, a alguien que me llama, que pronuncia mi nombre y que me ruega que vuelva a casa.

Pero ¿cómo voy a hacerlo? Esa ya no es mi casa.

Capítulo 15

En mis sueños, regreso al mar.

Allí estaba desnuda, pero no me daba vergüenza, a diferencia de cómo me han enseñado a sentirme los humanos. «Gaia —me susurró el agua, y pude oír su voz de nuevo—. Gaia, ven a casa».

Vi a mis hermanas. Y también a mi abuela, con una sombra negra alrededor de un ojo mientras se hundía bajo la superficie, como si hubiera olvidado cómo flotar.

Y vi al Rey del Mar. Estaba más lejos que los demás, con Zale a su lado y un ejército de sirenos tras ellos. Iban armados con lanzas, en las que había rusalcas muertas ensartadas, cuyos ojos hinchados estaban surcados de venas color escarlata. «Venimos a por ti —dijo mi Padre—. Desataré fuego y furia como el mundo de los humanos nunca ha visto. Y mataré a ese hombre si ha osado poner un dedo siquiera sobre la hija del Rey del Mar».

«No —contesté y en el sueño podía hablar otra vez. Mi voz era clara, fuerte. Había olvidado lo bien que sonaba y me cuesta creer con qué facilidad permití que me silenciaran—. No puedes hacerle daño a Oliver».

«Lo ama, Padre», intervino Cosima, llorando.

«¿Lo ama? —repitió mi Padre—. ¿Sabes lo que les hago a las sirenitas que se enamoran de humanos?» Una cría de arenque salió disparada del banco de peces y mi Padre le hundió el tridente en el lomo sin interrumpir el contacto visual conmigo. «Ten cuidado», dijo mi Padre mientras le arrancaba la cabeza al pez, que seguía retorciéndose. Y lo vi morir.

Entonces me desperté e intenté gritar. Me aferré la garganta, olvidando que había perdido la voz, que nunca podré volver a pronunciar el nombre de mi madre. Doblé las rodillas y las presioné contra mi palpitante corazón. Estaba convencida de que podía oír cómo titubeaba dentro de mi pecho.

Algo cambia después de esa noche junto al mar. Oliver vuelve a sentirse cómodo en mi presencia y deja de esconderse de mí. Y, a medida que la esperanza (oh, esa esperanza traicionera) vuelve a brotar en mí, me doy cuenta de que debo esforzarme más si quiero ganarme su amor a tiempo.

Empiezo a sonreír ante todos los chistes de Oliver, los entienda o no. Me río con los ojos brillantes, como les he visto hacer a las damas durante la cena.

Aguardo junto a su puerta por la mañana mientras sostengo un vaso de zumo recién exprimido para él.

—Gracias, muñeca —me dice, como si no acabara de decidir si me considera una hermana o una criada.

Demasiado guapa para ser ignorada, demasiado silenciosa para ser divertida.

Por lo tanto, debo volverme indispensable.

—Grace —comenta, sorprendido, cuando abre la puerta de su habitación una mañana y me encuentra esperándolo.

Señalo la escalera con la cabeza. «¿Desayunamos juntos?» Voy con él hasta el solárium, donde Eleanor está detallando la distribución de los asientos para la cena de esta noche.

—No —dice Oliver cuando ve el plano que tiene su madre en las manos—. Grace debe estar a mi lado.

—Pero...

—Madre, si quieres que asista, Grace se sentará a mi lado. De lo contrario, puedo encontrar rápidamente otras formas de entretenerme. ¿Qué decides?

Eleanor asiente, pero noto que aprieta la mandíbula de una manera que significa que está furiosa. Ella siempre me ha estado observando, pero yo he empezado a observarla también. «¿Qué sabes de mi madre, Eleanor Carlisle?

¿Qué sabes de una mujer con el cabello tan rojo como el mío?»

Oliver me ha permitido reincorporarme a las excursiones que realiza por las tardes e insiste en que acompañe a «los chicos» a las fiestas. Esta vez no me canso, por muy tarde que terminen.

—¿Ella tiene que venir siempre? No deja de *mirarte*, es espeluznante —oigo que Rupert se queja mientras Oliver y él ensillan sus caballos en las cuadras—. Además, creía que las chicas tenían prohibida la entrada a esta zona.

—Nunca te importaba que Vi nos acompañara —repite Oliver—. Bueno, da igual, Grace es diferente —continúa cuando Rupert no responde—. No es como las otras chicas.

Sé lo bastante de este mundo como para darme cuenta de que eso es un cumplido, pero no logra aplacar mis temores. Puede que las otras chicas sean exigentes y requieran mucha atención, que insistan en que sus necesidades

son tan válidas como las de Oliver y deberían ser tratadas como tal, pero las otras chicas pueden correr, caminar y bailar durante horas. Las otras chicas pueden reír. Las otras chicas pueden hablar, decirle a Oliver todo lo que necesita escuchar. Tengo que ser *mejor* que las otras chicas si quiero vivir.

El sueño sigue eludiéndome. Todas las noches, el agua me llama y me promete aliviar estas acuciantes dudas. Y, todas las noches, Oli y yo nos encontramos de nuevo en la playa.

—Qué casualidad verte aquí —me dice, y luego empieza a hablar de inmediato, como si hubiera estado conteniendo el aliento todo el día. Toda su vida, tal vez—. La gente dijo que mi Padre se volvió loco, pero simplemente estaba soportando una presión inmensa. Mi madre no lo dejaba en paz. —Hace crujir los nudillos, uno a uno—. Siempre le estaba dando la lata, sobre cómo vestir o con quién hablar. «Revisa estas cifras, revisa estas cuentas». Esa maldita compañía. Y ahora está haciendo lo mismo conmigo, Grace. No quiero tener nada que ver con eso; no quiero obsesionarme con números, previsiones y beneficios. No sé por qué no puede limitarse a encargarse ella de todo, como quiere.

«Porque no puede. No confían en Eleanor porque es una mujer». Si yo me he dado cuenta, después de tan poco tiempo, ¿por qué no puede hacerlo Oli? Pero, si las cosas siempre han sido así, ¿quién soy yo para cuestionarlo? ¿Y cómo iba a hacerlo? Comprendo de pronto que, si no puedo hablar, no puedo cambiar nada.

—Ojalá —prosigue Oliver, e interrumpe mis pensamientos— las cosas volvieran a ser como antes, como hace mucho tiempo. Antes del accidente de papá.

Arqueo las cejas a modo de pregunta.

—Hubo un accidente —me explica, con el rostro tan adusto que me cuesta mirarlo—. El barco de mi Padre naufragó y encontraron su cuerpo tirado en una playa. Dijeron que era un milagro que siguiera vivo..., pero nunca fue el mismo después de eso. No volvió a llevarme a navegar. Iba solo a la playa, al lugar donde lo encontraron, y se adentraba nadando en el mar, y cada vez se alejaba más.

Oliver se aprieta las bases de las manos contra los ojos con fuerza.

—Y luego dejó de hacerlo. Se encerró en su habitación y no me permitía entrar, así que me quedaba sentado fuera. Eso es lo único que recuerdo de esa época: la puerta cerrada con llave y el olor a pintura fresca que provenía del interior. Yo era muy pequeño en aquel entonces y no entendía qué estaba

pasando. No deberíamos haberlo sacado de casa —murmura para sí—. Le dije a mi madre que papá habría preferido estar en casa, pero...

Se sorbe de nuevo la nariz para contener las lágrimas y finjo no haberme dado cuenta.

—Yo no habría sobrevivido de no ser por George y Rupert. Y Viola.

«Viola, Viola».

Otra noche, Oliver me cuenta más cosas de ella. Me digo que es algo bueno, aunque me duele oírle hablar de ella de una forma tan íntima. Pero eso significa que confía en mí.

—Nos conocimos cuando éramos niños —me dice, tendido en el suelo.

El cielo parece encontrarse muy cerca esta noche, como si pudieras llenarte la boca de estrellas si así lo quisieras.

—Debíamos tener unos cinco años, puede que seis. Bueno, fue más o menos en la época en la que murió mi Padre. Necesitaba divertirme, ¿sabes? —Me mira con expresión de súplica, como si me pidiera que lo absolviera—. Y Viola *era* divertida. Siempre era la primera en trepar a un árbol, por muy alto que fuera, o en atreverse a lanzarse del borde del acantilado o en escaparse de casa cuando la castigaban. No le tenía miedo a nada. Era mi mejor amiga.

La furia se aviva en mi interior, como fragmentos de carbón ardiente. ¿Viola renunció a su familia por él? ¿A su voz? ¿Cambió su cuerpo para complacerlo?

«¿Por qué todo gira siempre en torno a Viola Gupta?»

—Gracias —me dice Oliver al final de estas conversaciones—. Se te da muy bien escuchar. No puedo hablar con nadie más de esto.

Oliver confía en mí, me digo. Confía en mí. Daisy me cuenta lo que dice su ayuda de cámara: que sus pesadillas han cesado, que ya no llama a Viola en sueños. Eso tiene que ser significativo. Tiene que implicar *algo*.

Y, sin embargo, Oliver sigue sin besarme.

Nos encontramos de nuevo junto al mar. Oliver contempla el agua mientras habla. Nunca he conocido a nadie que hable tanto. La noche negra acaricia el cielo negro con suavidad. No hay luna para alumbrarnos el camino.

—Fíjate —dice mientras me acerca una concha a la oreja.

«Es una caracola reina», quiero decirle al ver la concha de color melocotón y ópalo. *Lobatus gigas*. No es habitual encontrarla en estas aguas.

—Escucha —me indica, y descubro el sonido de mi hogar contenido en su interior—. ¿Puedes oír eso? —Aparta la concha para apretarla contra su propia oreja y tengo que controlarme para no arrancársela de las manos—. Me

lo enseñó mi Padre. —Arroja la concha lejos, hacia la arena—. Antes de volverse loco.

Escucho respirar a Oliver, inhala aire y lo expulsa. Quiero sostenerlo como si fuera una concha y escuchar su corazón. Escuchar su hogar.

—Se volvió loco, Grace. Solíamos encontrarlo aquí, en medio de la noche.

Metido hasta las rodillas en el agua, gritándole al mar. «Vuelve —gritaba una y otra vez—. Vuelve».

Oliver permite que el silencio nos envuelva a los dos. «¿A quién le gritaba su Padre? ¿Quién lo había abandonado?»

Si tuviera mi voz, ¿qué podría decirle a Oliver? ¿Él querría escucharme siquiera? ¿O simplemente me considera un pozo de deseos, una caverna en la que puede lanzar sus palabras y luego esperar hasta que lleguen al fondo?

—Lo echo tanto de menos... Los echo de menos a todos.

Se pone en pie y echa la cabeza hacia atrás para contemplar el cielo. «Yo solía mirar hacia arriba», quiero decirle. Miraba hacia arriba porque pensaba que todo sería mejor aquí.

—Pero —añade Oliver mientras me tiende una mano para ayudarme a levantar, antes de volverse hacia la casa— tal vez ya sea hora de dejarlos marchar.

Capítulo 16

Mientras Oliver me acompaña a mi habitación, no cojea ni una vez. Debo aparentar que soy perfecta ante él. Dentro, me siento en el sillón situado junto a la ventana, me envuelvo hasta el cuello con un chal de *tweed* de color gris y verde y observo la luna creciente. Pronto estará llena. Y entonces se me acabará el tiempo.

La casa está inquietantemente silenciosa, tan silenciosa como la noche en la que me escabullí del palacio de mi Padre. Apoyo la frente contra el cristal, que se empaña a causa de mi respiración. No quiero pensar en el tiempo que se escapa entre mis dedos. Me pongo en pie, mantengo el equilibrio apoyándome en el borde de los pies y salgo así al pasillo, arrastrándome como un cangrejo.

Puedo examinar las fotografías con más atención ahora que no hay nadie por aquí que vaya a sorprenderme con las manos en la masa. Hay muchas, la mayoría de las cuales supongo que las tomó Eleanor, ya que solo aparecen Oliver y su Padre. La excepción es una fotografía de la pareja el día de su boda.

Eleanor está preciosa; lleva un vestido sencillo y su cabello forma un halo de rizos apretados alrededor de su cabeza. Mira a su nuevo marido con adoración, pero él se está riendo de una broma que ha hecho alguien y señala a una persona que queda fuera del ángulo de la cámara. El famoso Alexander Carlisle. Se parece a Oliver: los mismos rasgos marcados, ese brillo travieso en los ojos. Me pregunto qué opinaría de mí si estuviera vivo. ¿Le inspiraría recelo, como a Eleanor? ¿O sería más cordial? Mis encantos podrían resultar más persuasivos con un hombre.

Me detengo fuera de la habitación de Oliver y presiono la oreja contra la puerta de madera. Un ruido proviene de dentro, el aire silba y produce un chirrido al salir de su nariz. No le cuesta dormir, a diferencia de mí.

Continúo recorriendo la casa. Es mucho más agradable a esta hora de la noche, sin el ajetreo y el bullicio de los criados y los amigos de Oliver y sin Eleanor observándome. Esperando a que cometa un error. Puede resultar

agotador fingir que eres algo que no eres. Sigo adelante cojeando y me adentro más que nunca en este sinuoso pasillo. Al final, hay una curva a la izquierda. Las fotografías han desaparecido y la moqueta está deshilachada y raída en algunas zonas. Solo hay una puerta más adelante, cuya pintura color crema se está desprendiendo de la madera como si la hubieran arañado con unas uñas afiladas.

Un olor a moho brota del interior y se oye una grabación, que, al parecer, se repite una y otra vez: una voz melancólica tararea por encima del sonido de las olas que se estrellan contra la paciente arena. Entonces me encuentro dentro, casi en contra de mi voluntad, como si una corriente me hubiera atrapado y me arrastrara a través de la puerta.

La habitación está desprovista de muebles, las persianas están cerradas y el polvo se acumula en sus listones gruesos. Las paredes están pintadas para asemejarse a las olas, aunque se trata de olas azotadas por una tormenta, los peces se arremolinan presas del pánico y buscan protección en el lecho marino.

Hay cuadros repartidos por todas partes, pintados toscamente, sin habilidad real, pero es evidente que representan el mismo rostro. Ojos muy azules y cabellos muy rojos. Una mujer tan hermosa que casi no parece natural. Extiendo la mano para tocar uno de los cuadros y acaricio la pintura con los dedos. Observo ese rostro, me muevo en sueños, nado entre canciones de mi infancia. No me parece real.

«Es mi madre».

—¿Qué estás haciendo aquí? —El corazón me retumba contra la caja torácica y me llevo una mano al pecho, como si intentara mantenerlo en su sitio—. Te he hecho una pregunta.

Se trata de Eleanor. ¿Cuánto tiempo lleva ahí? ¿Me ha seguido desde mi habitación? ¿Me ha visto caminar de esta forma tan extraña?

—¿Qué estás haciendo aquí, Grace? ¿Cómo has abierto esa puerta?

Lleva un camisón de encaje color crema y el cabello protegido con un gorro de seda. Su rostro, libre de maquillaje, parece más joven de lo habitual, incluso con esas sombras cenicientas bajo los ojos.

—Ah, claro. No puedes explicármelo porque no puedes hablar. Qué conveniente. —Recorre la habitación con la mirada y aprieta la boca—. Mira estas monstruosidades —murmura mientras observa un cuadro tras otro—. Esta era la habitación de Alexander —continúa, como si me estuviera enseñando la casa: la perfecta anfitriona, como siempre. Miro hacia la puerta abierta con anhelo—. La conservé tal como a él le gustaba, o como la dejó, al

menos. Estuvo aquí enclaustrado durante meses, Grace. *Meses*. Cómo olía. — Hace una mueca de asco—. Si dependiera de mí, quemaría todo lo que hay aquí dentro. Pero no puedo hacerlo, ¿verdad?

Me mantengo inmóvil.

—No, no puedo. No puedo hacer eso porque Oliver se enfadaría conmigo, y ya está bastante enfadado últimamente, ¿no crees? *Todo es culpa mía*, ¿sabes?

Estoy segura de que te lo habrá dicho. La zorra de su madre... Todo es culpa mía por buscarle los cuidados apropiados a Alex. —Desliza un dedo por el rostro de mi madre—. Yo no podía cuidar de él, Grace, aquí no, y tenía un negocio que dirigir. Teníamos facturas que pagar y todos estos criados..., su sustento depende de mí. Por no hablar de los accionistas. A Oliver le gustan los lujos. Dios mío, las *facturas* que puede acumular ese chico. Pero le interesa menos de dónde sale el dinero. Prefiere culparme de todo mientras sigue gastándose todo lo que gano.

No me gusta esta versión de Oliver que me está describiendo. Una persona egoísta, débil. Un hombre dispuesto a maltratar a su madre al mismo tiempo que se aprovecha de ella al máximo. Ese no es el Oliver que yo conozco: mi Oliver es amable y decente y... («¿Lo es, Gaia? —susurra una vocecita en mi interior—. ¿Lo es?») Ojalá pudiera taparme los oídos con las manos, volverme sorda a lo que esta mujer me está revelando en lugar de solo muda.

—Mira esto —dice Eleanor, que se sitúa frente a un retrato. Aquella hermosa mujer (mi madre, *mi madre*) con el pelo extendido como si flotara en el mar—. Al parecer, fue culpa mía que se volviera loco. Al menos, eso es lo que piensa Oli. Que lo *castré*.

Se pone en cuclillas hasta quedar a la misma altura que el cuadro.

—Siempre se les echa la culpa a las mujeres. ¿Te has fijado en eso? Las esposas son unas pesadas. Las amantes son unas zorras por traicionar a sus hermanas. Y a los hombres simplemente se los pasa por alto entretanto.

Esperamos muy poco de nuestros chicos, ¿verdad, Grace?

La habitación parece ir encogiéndose, como si dispusiéramos de menos oxígeno para compartir. El olor, el sonido del agua, todos estos cuadros con el rostro de mi madre... Necesito salir de aquí, y pronto.

—Alex y yo éramos amigos de la infancia —dice Eleanor mientras se pone de nuevo en pie—. Él era fascinante, incluso entonces. Todos lo adoraban. A mí me toleraban, aunque a las chicas inteligentes nunca se las valora mucho.

No sé por qué me dice todo esto. La gente se siente cómoda contándome su vida porque sabe que no lo repetiré. Voy a engordar con tantos secretos. Eleanor hace crujir sus nudillos, igual que Oliver, aunque lo hace despacio; cada deliberado chasquido resuena en la habitación.

—Su familia tenía mucho renombre, pero no les quedaba dinero: deudas de juego. Bueno, yo necesitaba a Alex y él necesitaba dinero..., y bien sabe Dios que, si mi familia tenía algo, era dinero. Y yo estaba enamorada de él. — Se vuelve hacia mí, con los ojos brillantes—. Me dio igual lo que dijera mi Padre: que Alex era un vago, que lo único que le importaba era divertirse. Bueno, pues yo quería divertirme, para variar. Podía valorar la diversión. Nunca me ha importado la belleza. La belleza se desvanece, carece de *lealtad*. Mi madre me aconsejó que era mejor cultivar mi ingenio, mi inteligencia. Si hubiera tenido una hija, le habría dicho lo mismo. La habría hecho fuerte. Una mujer necesita ser fuerte para sobrevivir.

Me imagino cómo habría sido mi vida si Eleanor hubiera sido mi madre. Me imagino cómo habría sido tener una madre, fuera quien fuera.

—Alex y yo fuimos felices hasta ese accidente. Hasta que regresó del mar, cambiado. Yo lo amaba... —susurra mientras pasea de un lado a otro—. Lo amaba, lo amaba, lo amaba. *Lo amaba*. Te amaba, Alex. ¿Por qué querías dejarme? No puedes irte, no te lo permitiré. ¿Qué dirá la gente?

La sigo con la mirada, mareada, mientras el sudor me brota en las axilas. Un escalofrío me sube por la columna, hueso a hueso. ¿Así es el amor no correspondido? ¿Esto es lo que te provoca idolatrar a un fantasma? ¿Esto es lo que me depara el futuro si consigo que Oliver me elija? ¿Permanecer despierta en la cama por las noches por si él grita el nombre de Viola en sueños?

Me alejo con cautela de Eleanor, de esta habitación y de los espíritus que habitan en ella.

—Grace —dice Eleanor, que alza bruscamente la cabeza. Me quedo inmóvil mientras ella señala el retrato que tiene delante—. Esa mujer. ¿Quién es?

Se me olvida cómo respirar.

—Grace. Gracie —añade con un tono extraño—. Mírala. He dicho que la mires. ¿Por qué se parece tanto a ti, Grace? —Se me acerca. Le arden los ojos, como si tuviera fiebre—. ¿Quién eres?

Niego con la cabeza. «No lo sé». Creo que nunca lo he sabido. «Por favor, déjame en paz. Déjame en paz».

—¿Quién eres? —grita Eleanor, y el sonido me perfora los tímpanos—. ¿Quién eres?

Salgo corriendo de la habitación, aunque mis pies se hacen pedazos a cada paso. Me alejo corriendo de esta loca lo más rápido que puedo.

Capítulo 17

—Hora de levantarse. —Daisy me sacude para despertarme—. Vamos, Grace, o se perderá el desayuno.

Apenas la escucho («Emocionante... Ha pasado... bailando... ¿No cree?») mientras me lava los pies. Me siento en la cama mientras Daisy revisa mi vestuario e intenta encontrar el atuendo perfecto para ese día. («¿No le parece...? —continúa parloteando Daisy—. Sería genial que... Me muero de ganas...») ¿Me imaginé lo de anoche? Mis sueños han sido muy vívidos últimamente.

¿Esa habitación existe siquiera? ¿Cómo puedo estar segura?

Si lo de anoche ocurrió de verdad, entonces, ¿qué significa? ¿Mi madre estaba enamorada del Padre de Oliver? ¿Abandonó el reino para crear una nueva vida con él, una vida sin sus hijas? ¿Por eso me puso Gaia, un nombre que significa «de la tierra»? Muireann del Mar Verde me maldijo con ansia de conocer mundo y una sed de aire seco que no se podía saciar. Y luego... ¿qué pasó? ¿Qué pasó para que mi madre desapareciera y Alex Carlisle se volviera loco buscándola?

«¿Dónde está mi madre?»

—Grace. —Noto un suave tirón en el cabello mientras Daisy me lo cepilla—. Me parece que no ha escuchado ni una sola palabra de lo que le he dicho esta mañana. —La miro, perpleja, y ella suspira—. Da igual. Se enterará pronto de la noticia.

Recorro sigilosamente el pasillo para echarle otro vistazo a esa habitación, pero la puerta está cerrada con llave. No percibo el sonido de las olas deslizándose bajo las tablas del suelo ni el olor a humedad.

—¿Qué hace aquí? —me pregunta Daisy. No me había dado cuenta de que me había seguido—. Esa puerta lleva años cerrada. Dios mío, tienen que cambiar la moqueta de este suelo, está hecha un asco. —Consulta su reloj—. Y, ahora, dese prisa. Va a llegar tarde.

En la planta baja, descubro que la casa bulle de actividad; nunca había visto a todo el mundo tan ajetreado. Respiro hondo y ruego que nadie se fije

en mí.

«¿Por qué tiene que haber siempre tanta gente por aquí?» Docenas de criados van de acá para allá mientras yo avanzo despacio, muy despacio, notando cómo la sangre fluye entre los dedos de mis pies.

—¿Se encuentra bien, señorita? —me pregunta una de las criadas, que se detiene para mirarme con preocupación. Debe notárseme cuánto sufro. Qué indecoroso por mi parte.

Hay criados a gatas en el pasillo, pulen el suelo de madera hasta que brilla.

Más criados están subidos en escaleras, con cubos de agua jabonosa en mano, y lavan las vidrieras de colores. Van a toda prisa de un lado a otro, llevan enormes arreglos florales, bandejas de plata y vasos y copas de cristal tallado. «Para champán, para cóctel, para vino, para licor...», recito los nombres en silencio, recordando mis clases con Daisy al principio, cuando yo señalaba un objeto y esperaba a que ella me dijera cómo se llamaba. En aquel entonces, tenía muchas esperanzas de que necesitaría saber cómo se llamaba todo en este mundo.

—¡Eh, cuidado! —le grita un criado a una chica que va dejando manchas de barro por el suelo y se adentra con paso vacilante en el vestíbulo, como si le sorprendiera encontrarse allí.

—Lo siento —contesta la chica con apatía.

Me doy cuenta de que se trata de Ling, la criada. Recuerdo la mano de Rupert cerrándose alrededor de su brazo. Está pálida y ahora parece tan delgada que el uniforme le queda dos tallas demasiado grande, como mínimo. Me estremezco.

«He aquí otra rusalca». Otra humana en llamas por culpa de un hombre insaciable, una mujer que necesita tragarse el mar para sofocar las llamas que arden en su corazón. Se lamentará de su suerte durante los próximos trescientos años. Atraerá a los marineros a la tumba con su canto para vengarse. Y, a pesar de todo lo que me han contado acerca de las rusalcas, a pesar de que mataron a mi tío Manannán y empujaron a mi madre a los brazos del Rey del Mar, no la culparía. Nos dijeron que debíamos odiarlas, pero ¿de qué otra forma deberían haberse comportado? Las rusalcas morían con lágrimas congeladas en los ojos, con sollozos atascados en la garganta, con el corazón cargado de traición. Tal vez mi abuela tenía razón. Tal vez, después de todo, deberíamos compadecerlas en lugar de despreciarlas.

Los criados también se han apoderado del solárium: frotan la plata y le sacan brillo a la cubertería. Entro cojeando en la sala de estar. Eleanor y

Oliver se encuentran allí, y él está bebiendo vino. Su madre tiene la mandíbula apretada de nuevo, pero yo sonrío. Después de todo, a él le gusto porque no lo juzgo.

—Grace —dice Oliver, con la voz relajada por la bebida—. Hoy estás particularmente radiante. ¿No te parece que Grace está despampanante, madre?

Me siento enfrente de Eleanor, pero ella me ignora. La observo con atención en busca de algún indicio de que lo que pasó anoche fue real.

—Buenos días, Grace —me saluda por fin. Su rostro tiene un aspecto sereno, sin rastro de estrés ni falta de sueño. ¿Me lo imaginé todo? ¿Solo fue un mal sueño producido por la fiebre, una manifestación de esta acuciante necesidad de saber qué le ocurrió a mi madre?

—¿Te apetece una copa? —me ofrece Oliver mientras agita una licorera en mi dirección—. Para ir preparándote para la fiesta.

«¿Fiesta?»

—Oliver —dice Eleanor, con tono de advertencia—. ¿Estás seguro de que esto es buena idea?

—Perdona, madre. He decidido que vamos a dar una fiesta, así que vamos a dar una fiesta.

Eleanor se pone de pie y se alisa las arrugas del vestido. Se acerca a su hijo y apoya una mano contra su mejilla. Parece tan triste, tan ajena a la ferocidad que demostró anoche («Fue un sueño, Gaia, está claro que fue un sueño») que no consigo conciliar a esas dos mujeres.

—Oliver —insiste, mientras él se apoya contra la mano de su madre—. Oli, mi amor. Déjame ayudarte.

—Mamá... —Oliver cierra los ojos un segundo y luego la aparta de un empujón—. No seas ridícula, madre. Soy un hombre adulto y necesito vivir mi vida. Grace está de acuerdo conmigo, ¿verdad, Grace?

—¿Grace? —repite Eleanor mientras se acerca a la ventana para contemplar el jardín—. ¿Qué diablos tiene que ver *Grace* con todo esto? Ni siquiera puede hablar.

—No hables así de mi amiga —protesta él.

(«¿Amiga?» Me duele, pero sigo sonriendo. Las chicas buenas siempre deben seguir sonriendo).

—Te apetece que demos una fiesta, ¿verdad, Grace? —Asiente como si yo hubiera hablado—. Decidido, entonces. Debemos pasar página, todos nosotros. El mes que viene hará un año de... —Se queda callado; su madre sigue de espaldas a nosotros.

Un año del naufragio. Un año de su cumpleaños, y también del mío.

—Una fiesta será una buena distracción —prosigue Oliver—. E invitaremos a todo el condado.

—¿A todo el mundo? Oliver, nuestros amigos también perdieron a gente ese día. A sus *hijos*. Los Gupta perdieron a dos. Han... han perdido mucho.

—¿Y yo no?

—Perder a un hijo es diferente, Oliver. Eres demasiado joven para entenderlo.

—No me digas lo que puedo y no puedo entender, madre. Necesito hacer esto.

—Su voz se eleva hasta convertirse en un aullido. «Oliver puede ser tan...» No.

No tengo tiempo para criticarlo ni para desear que fuera diferente. Él es mi destino. Mi única esperanza para sobrevivir—. Creo que daremos la fiesta en el jardín, ya que ha hecho tan buen tiempo estas últimas semanas. Y luego... —Vacila—. Luego la trasladaremos a uno de los yates. Tenemos de sobra. —Los hombros de Eleanor se tensan de forma visible—. Una de las antiguas embarcaciones de papá.

—¿Cuál? —pregunta ella bruscamente, y empiezo a ponerme nerviosa sin saber exactamente por qué.

—El Muireann —contesta Oliver, pronuncia ese nombre como si tal cosa—. Era el barco favorito de papá.

«Muireann».

—No —protesta Eleanor, que se ha puesto lívida—. No, Oliver, te lo prohíbo.

Cualquier barco menos ese. Está maldito.

—No seas ridícula, madre.

—Oliver. Te lo ruego.

Eleanor se ha quedado tan pálida que es como si estuviera en su lecho de muerte. El Muireann. Su Padre le puso el nombre de mi madre a su barco favorito. Lo de anoche, todo, fue real; debe haberlo sido: la habitación cerrada con llave, los cuadros que la abarrotaban, Eleanor gritándome... «Esa habitación».

—Puedes dar una fiesta enorme si quieres e invitar a todas las personas del condado —suplica Eleanor—. Pero no pises ese barco.

—Quiero usar el Muireann. —Oliver me mira—. ¿Estás bien, Grace? Has puesto una cara rara.

El nombre de mi madre, el nombre que creí que no volvería a oír durante el resto de mi vida.

Mi madre estuvo aquí. Esta es la prueba. Estuvo *aquí*.

—¿Qué se va a poner? —me pregunta Daisy. Abre las puertas del armario y hace una mueca mientras revisa los vestidos que cuelgan dentro—. Me alegro de que Oliver le haya puesto fin al luto. Con sus ojos, estaría preciosa de azul... No, un momento. ¡Verde! El verde le quedaría espectacular.

Oliver ha decidido dar la fiesta este viernes porque «Hay luna llena, así que la vista será impresionante desde el barco, ¿no te parece, Grace?». Está entusiasmado con esta fiesta, pero no es consciente de que podría ser el día de mi muerte. ¿Me echaría de menos? ¿Igual que su Padre a mi madre, que la extrañaba tanto que le gritaba al mar que se la devolviera?

Oliver tiene el poder de salvarme la vida, si tan solo fuera consciente de ello, pero lo único que le importa es cuánto champán van a servir.

—Debe ser algo especial —le explica al organizador de eventos, un hombre delgado como un junco y que lleva una corbata estampada—. Quiero que sea la mayor celebración que se recuerde en el condado.

De pronto, pienso en que Oliver puede ser mezquino, tiene afición a la bebida y ahora está obsesionado con esta ridícula fiesta. Y también puede ser temperamental y difícil y... Pero hago a un lado la creciente preocupación. Es mi amor, me recuerdo, mi gran amor. Y la única esperanza que me queda. Los minutos se me escapan entre los dedos como si fueran agua; no dispongo de tiempo para arrepentimientos. Oliver me amará.

Y luego, por fin, tal vez pueda decidir qué quiero para mí misma.

—Este no es del color adecuado, pero está bastante bien. Siempre podríamos contratar a... —Daisy me tiende un vestido para que lo examine y entonces se fija en la expresión de mi rostro—. ¿Qué pasa, Grace?

Daisy sabe que últimamente no duermo, aunque supone que es por mis pies.

—Debe dolerle muchísimo —me dice, y yo no tengo forma alguna de hablarle de mis sueños, de lo violentos que se han vuelto.

Los mares se tiñen de rojo a causa de la sangre derramada, las cabezas de mis hermanas están clavadas en estacas y los ojos se les salen de las órbitas. Están muertas, todas ellas; les han arrancado las colas del torso y se las han dado de comer a los tiburones. Tengo un espejo delante y estoy allí de pie, desnuda. Mis piernas, estas piernas, están deteriorándose, pudriéndose. Descomponiéndose de dentro hacia afuera. Entonces me encuentro de nuevo en aquella habitación, la habitación de Alexander. Las olas se arremolinan en

las paredes y Eleanor extiende los brazos, succiona el agua y luego la vomita y borra todos esos cuadros. Su rostro, mi rostro, su rostro y mi rostro. Una y otra vez, hasta que ya no consigo diferenciarlos.

Mi madre.

«¿Me estoy volviendo loca?»

—¿Le preocupa la fiesta? —me pregunta Daisy—. No tiene por qué. Será la chica más guapa presente. Oliver no podrá quitarle los ojos de encima. Esta va a ser la noche para ustedes dos, lo presiento.

Daisy piensa que es fácil. No comprende que me estoy haciendo pedazos, que el tiempo va devorando mi piel y criando moho donde debería estar mi carne.

Me estoy descomponiendo ante sus ojos y ella ni siquiera se da cuenta.

Hacen venir a una modista a la mansión, una mujer robusta con la boca llena de alfileres que me acerca franjas de tela al rostro. «Este color es magnífico —comenta, y—: Sinceramente, es usted tan hermosa que todo le queda divino».

Pero ¿acaso eso importa al final? «La belleza se desvanece», había dicho Eleanor. ¿Y qué me quedará cuando eso suceda?

—Un momento —anuncia la modista mientras sostiene una tela en las manos—. Esta es. —De color verde bosque con motas plateadas—. Parece hecha para usted.

Es como si estuviera de nuevo en el palacio, apretando los dientes mientras mi abuela me ensarta perlas en la cola para el baile. En aquel entonces, pensaba que sabía lo que era el dolor. Pero no tenía ni idea. Me pregunto qué diría mi abuela si pudiera verme ahora. «¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Qué he hecho?» El pánico me envuelve como una marea creciente. No hay vuelta atrás. «Tal vez podría...»

—¿Está usted bien, señorita? Ha puesto una cara un poco rara.

—No le pasa nada —le asegura Daisy a la modista—. Es que Grace se distrae a veces. Pero ¿no le parece que esa tela es un poco oscura para esta época del año?

—Le queda maravillosa —argumenta la modista mientras saca unos zapatos plateados de cuero duro—. Y tengo esto para completar el conjunto. ¿A que son adorables?

Adorable..., como un niño. A los hombres nunca se los denomina «adorables». A ellos los apremian para que se hagan adultos, mientras que nosotras nos vemos obligadas a comportarnos como niñas cuando ya hemos crecido y aparentar juventud con nuestra forma de vestir y nuestros modales.

En realidad, resulta irónico, teniendo en cuenta que nos pasamos los años de nuestra infancia esforzándonos por parecer adultas antes de tiempo.

—No —dice Daisy mientras comprueba el cuero con los dedos—. Me temo que no servirán. La señorita Grace tiene los pies muy delicados. ¿Tiene algo más suave?

Encuentran unos zapatos de tela, sumamente suaves. Lo bastante suaves incluso para mis pies destrozados.

—Un vestido largo —insiste Daisy mientras me envuelven el cuerpo desnudo con tela y la sujetan en su sitio con alfileres, a pesar de las protestas de la modista de que una falda corta sería más chic y más apropiada para el verano—. No —repite la criada.

Daisy lo entiende. Sabe que es necesario ocultar estas piernas.

—Es usted diminuta —comenta la modista mientras me rodea la cintura con las manos—. Debe cuidarse mucho. ¿Qué dieta sigue? ¿Hace ejercicio? ¿Cuál es su secreto?

Y también:

—Es usted preciosa —dice la modista—. Es muy afortunada.

Y, luego, más tarde:

—Es usted perfecta —afirma la modista—. Nunca he trabajado para nadie con un rostro ni un cuerpo tan perfectos. Tiene mucha suerte.

«Por favor, no me toques», quiero decirle, pero sé que el cuerpo de una mujer siempre se puede tocar si alguien así lo desea. Tengo la suerte de atraer ese tipo de atención. Todo el mundo lo dice, así que debe ser verdad.

La fiesta se acerca rápidamente, solo faltan cuatro días, y tengo el estómago tan tenso por los nervios que no consigo tolerar nada de la comida que me ofrecen. Para empeorar las cosas, Oliver nunca tiene tiempo para estar conmigo.

—Ahora no —me dice—. Lo siento, Grace. Hay muchas cosas que organizar.

Lo veo con George y Rupert, discuten entre los tres sobre otra idea más que se les ha ocurrido y que hará que esta fiesta sea un gran éxito.

Y, entonces, esa noche:

—Tictac —dice la Bruja del Mar en mis sueños. Está sentada ante un tocador y se aplica un brillante lápiz de labios. Me sonrío, con los labios rojos y los dientes blancos—. Se está acabando el tiempo, sirenita. ¿Voy a por ti? ¿Estás lista para la ayuda que puedo ofrecerte?

Cuando sale el sol, las sábanas chorrean sangre. Mis piernas terminan en dos heridas abiertas: la carne fibrosa se desprende del hueso expuesto, apenas

se asemejan ya a pies humanos. Observo estos maltrechos recordatorios de que no soy humana. Últimamente, Daisy debe cambiar las sábanas todas las mañanas y todas las noches y le dan arcadas cuando ve asomar una astilla de hueso entre la piel abierta. Sostengo sus manos entre las mías. Ahora estamos tan unidas que siento que puede oír mis pensamientos. «Qué hermosa era mi voz, Daisy. Podía cantar tan bien que habrías llorado al oírme».

Daisy me ayuda a salir de la cama y me levanta sin un grito siquiera cuando caigo al suelo. Me apoyo en ella mientras entro cojeando en el cuarto de baño.

La muchacha acerca una silla de respaldo duro y se sienta junto a la bañera mientras yo me baño y me desplomo bajo el agua. Podría ahogarme, pero me temo que necesitaría que alguien me sujetara. Este nuevo instinto humano de supervivencia es demasiado grande para descartarlo. Y, en realidad, no quiero morir.

Solo quiero que el dolor se acabe.

—¿Qué vamos a hacer con usted, Grace? —Me doy cuenta de que está asustada. Sabe que algo no va bien. Sabe que esto no es normal, que no es del todo *humano*—. Ojalá me dejara llamar al médico.

No me verá ningún médico. ¿Qué podría hacer? Las únicas personas que podrían ayudarme ahora son la Bruja del Mar y el Rey del Mar. «Dos caras de la misma moneda», me dijo mi abuela; ambos con poderes, pero a uno se lo considera un gran líder mientras que la otra es una paria, desterrada a una tierra de chicas flotantes, ángeles de la muerte con sonrisas feroces.

Ninguno de los dos puede ayudarme ya.

—¿Qué pasa, Grace? —me pregunta Daisy—. Está temblando.

«Nada», sonrío.

Y me hundo bajo el agua.

Capítulo 18

Esta mañana, vi salir el sol, se alzaba por el cielo despejado, y le rogué que no se pusiera, que no se volviera a poner nunca.

—Hace un día espléndido para una fiesta —dijo Daisy cuando llegó—. ¿Le apetece desayunar, Grace? Puedo traerle un poco de té y unas tostadas, si quiere.

Negué con la cabeza: «No, no tengo hambre». Los nervios me arañaban el estómago con garras afiladas. Me quedé en la cama hasta el mediodía.

—Es mejor que descanse los pies —había opinado Daisy—. Ya que se pasará en pie toda la noche.

Y, entonces, llega el momento. Me pongo el vestido nuevo y nubes de seda me ciñen la cintura. Introduzco los pies en las zapatillas de tela y aprieto los puños cuando los dedos de los pies empiezan a palpitarme dolorosamente. Pero me alivia que la mutilación quede oculta durante esta velada, que podría ser mi última noche.

—¿Son cómodos? —me pregunta Daisy mientras me ata las cintas con cuidado—. ¿Le aprietan?

Es como si tuviera los pies envueltos con alambre de púas que se me clava profundamente. Gesticulo enérgicamente hasta convencerla para que me dé una segunda dosis de poción.

—Es peligroso —protesta la criada, pero a mí me da igual: necesito *anestesi*ar mis sentidos.

La medicina ya está surtiendo su mágico efecto, desenreda la gruesa maraña que se ha formado en mi pecho, hebra a hebra, hasta que me quedo entumecida.

Mi madre y el barco que lleva su nombre, y su rostro pintado en un cuadro tras otro, todo se va alejando de mí. Hasta que llegué al mundo de los humanos, no me había dado cuenta de lo maravilloso que es no sentir nada.

—Tenemos que recortar el seto del jardín —había dicho Eleanor durante las numerosas discusiones sobre los preparativos para la fiesta.

Yo seguía observándola en busca de alguna señal, alguna confirmación de que nuestro encuentro en aquella habitación había ocurrido, pero ella estaba demasiado ocupada fingiendo que le entusiasmaba este evento que no aprobaba.

Su sonrisa forzada mientras Oliver hablaba de palomas entrenadas, esculturas de hielo («¿No se derretirán, Oliver? —le preguntó—. Después de todo, estamos en verano»), camareros cantantes, payasos malabaristas y de que «debemos traer en avión esta agua volcánica de las islas, Rupert asegura que es la mejor y solo quiero lo mejor, madre».

—Centrémonos en el seto por ahora —repitió Eleanor—. Está muy descuidado.

Pero Oliver había discrepado.

—No, madre. Me gusta. Me recuerda a cuando papá seguía vivo.

—Pero está asilvestrado, Oli —insistió Eleanor, que vaciló al oír mencionar a su marido.

—Déjalo como está, madre. Puede que tú quieras fingir que papá nunca existió, pero yo no.

—Sí, querido —contestó Eleanor y le dio la espalda antes de que él pudiera ver la devastación en su rostro. No me cae bien Eleanor y, desde luego, no confío en ella, pero la crueldad con la que Oliver trata a su madre es tan despreocupada que me deja atónita—. Como quieras.

Han cortado el césped del jardín secreto para la ocasión y los rosales que Eleanor quería recortar sirven de barrera contra cualquier viento inclemente que el mar pueda lanzar en nuestra dirección. Los criados llevan uniformes y el calor del mediodía los hace sudar mientras les ofrecen a los invitados copas de champán o porciones de comida tan diminutas que se pueden comer de un bocado.

—¿Caviar? —me pregunta un criado con tono de aburrimiento. Me acerca una bandeja de plata, con un cuenco en el centro lleno de huevos amontonados, bolitas aceitosas que brillan al sol. Hay una cuchara de plata para servirlos mejor—. Huevas de pescado. Es un manjar —me explica, confundido, mientras yo retrocedo y contengo una arcada.

—Grace es vegetariana —le dice Oliver al camarero mientras se acerca.

Lleva una impecable camisa blanca y unos pantalones cortos que dejan al descubierto sus piernas musculosas. Rupert y George lo siguen con atuendos similares. Rupert agarra una cucharada de caviar de la bandeja, lo extiende sobre una galleta y se lo traga todo entero.

—Está delicioso —opina sin apartar la mirada de mí.

—Estás preciosa, Grace —me dice Oliver mientras me entrega un vaso de agua con gas.

Bajo los ojos, como si me diera vergüenza. «Es mejor no parecer demasiado satisfecha con tu propia belleza», me había explicado mi abuela. «Pero ¿por qué nos pasamos tanto tiempo peinándonos y adornándonos las colas si no queremos que nos admiren? No tiene sentido», repuse. «Ay, Muirgen —suspiró ella—.

Tantas preguntas para ser una sirenita tan pequeña. La vida te resultará mucho más fácil si haces menos preguntas».

—¿Te diviertes, Grace? —me dice George, con el rostro tan lleno de pecas a causa del sol como el de Daisy.

Le sonrío a modo de respuesta y Rupert pone los ojos en blanco.

—Cuánto entusiasmo —comenta Rupert—. Siempre es un placer pasar tiempo contigo, Grace. La conversación es realmente animada.

Miro a Oliver, pero él no da muestras de haberlo escuchado.

—¡Dios mío! —exclama Rupert en voz alta—. Qué aburrido estoy. — Oliver se pone rígido. Eso no lo ignorará—. Esto es un muermo absoluto — añade mientras apura el resto de su bebida.

—Esta parte solo es para tener contentos a los viejos —dice Oliver—. Espera a que subamos al Muireann. —Me da un vuelco el corazón al oírle pronunciar el nombre de mi madre con tanta indiferencia—. Ahí empezará la verdadera diversión, Rupe.

Rupert enarca una ceja, como si lo retara, y Oliver responde con una sonrisa.

Los dos son como niños. Y este es el hombre que necesito que se enamore de mí antes del amanecer.

—Damas y caballeros, chicos y chicas...

La voz, que proviene del cielo, sacude las hojas de los árboles como si una deidad nos hablara a través de las nubes. Me aferro al brazo de Oliver y él se ríe.

—Solo es un micrófono —me dice mientras señala hacia el cenador situado en una esquina del jardín. Han retirado las enredaderas que lo cubrían la última vez que lo vi y una capa reciente de pintura blanca brilla a la luz del sol—. ¿Lo ves?

Hay una mujer allí de pie y, detrás de ella, tres chicas con instrumentos musicales.

—Somos Flora y las Furias —anuncia la voz—. Yo soy Flora. Y estas son mis Furias. ¿Preparados para pasarlo bien? —La multitud ruge a modo de

respuesta—. Un, dos, tres... —grita la mujer, y la música surge de pronto.

Mientras suena la música, la mujer se dirige a la parte delantera del cenador y el sol ilumina su rostro como si lo rodeara un halo. Es alta, tanto como Oliver, lleva el cabello oscuro cortado a la altura de la mandíbula y viste una falda corta que resalta sus largas piernas morenas.

Noto que Rupert se mueve a mi lado.

—Madre mía. Se parece a... —Respira hondo, como si intentara controlarse, pero, cuando se da cuenta de que lo estoy observando, endereza la espalda y aleja la tristeza como si fuera un insecto molesto—. ¿Qué estás mirando? ¿Por qué siempre *miras fijamente* a todo el mundo, maldito bicho raro?

Aparto la mirada. Ojalá le pasara algo horrible a este hombre. «Una caída repentina, un cuello roto, un...» Me detengo. Estos son pensamientos propios de una rusalca, salvajes y mordaces. Debo recordar quién soy.

—Nunca había oído una voz como esa —dice Oliver cuando termina la canción. Yo ni siquiera le había prestado atención.

—¿No creéis que se parece a...? —George se interrumpe antes de terminar la frase.

—¿A quién? —pregunta Oliver, pero ni Rupert ni George le contestan—. ¡Bravo! —exclama y alza el vaso hacia Flora.

—Gracias —responde ella, sin un atisbo de vergüenza—. Espero que también os guste la siguiente.

La mujer comienza a cantar de nuevo, con voz cristalina y desgarradoramente dulce. No había oído nada tan dulce desde que salí a la superficie.

«Esa canción...»

—¿Qué canción es esa? —pregunta alguien—. Es de lo más inusual.

Sí que es muy inusual, pero yo la conozco, me la sé de memoria. Se trata de una canción que mi abuela solía cantarnos cuando éramos pequeñas; una canción sobre sirenos, hazañas heroicas y una guerra que nunca se olvidaría. Una canción que habla de muertes necesarias y del valor que se precisa para hacer lo correcto.

Notas temblorosas, acalladas por el agua. «¿Cómo conoce esta mujer esta canción?»

Me muevo, casi sin darme cuenta, hacia el centro del jardín. Hacia Flora.

—¿Qué está haciendo esa chica...?

—¿Se encuentra bien? No tiene...

—Pero a Oliver parece caerle bien, así que he...

Y entonces me quedo sola y me pongo a bailar y no puedo parar. Bailo como si todavía estuviera bajo la superficie, flotando por el agua. Me envuelve su ingravidez, incluso llevando mis perlas puestas. No sabía la suerte que tenía. Al girar, la falda me envuelve y forma nubes (verde bosque) de seda (con motas plateadas) y, si entrecierro los ojos, puedo fingir que he recuperado mi cola, imaginar que puedo recorrer el mundo sin ser consciente de cada abrasador paso que doy. «¿Por qué no lo aprecié cuando podía?»

—Con cuánta elegancia se mueve...

—Sí, no me extraña que Oliver...

—A pesar de que...

—A pesar de que...

A pesar de que no puedo hablar. A pesar de que una mujer voraz me arrancó la lengua de la boca y se la tragó. A pesar de que soy una desconocida a la que encontraron tirada en la playa y nadie sabe quién soy ni de dónde vengo. A estas personas no les importa, lo único que quieren es verme bailar. Así que bailo.

Cuando la canción concluye, la tal Flora llega al *crescendo* a la perfección. Yo era la única persona del reino capaz de cantar esa nota, que no está al alcance de la mayoría de las sirenas, y mucho menos de una humana. Me detengo al instante y me quedo mirando fijamente a esta mujer que canta mi canción con...

«Esa es mi voz».

Se me hiela la sangre y a mi alrededor se arremolinan una canción sumamente dulce, retratos de una mujer con un rostro como el mío y una desconocida con piernas largas de cuya boca brota mi voz robada.

—Bien hecho, pequeña —dice la cantante y, de algún modo, sé que soy la única que puede oírla—. Estoy orgullosa de ti.

—Grace. —Unos dedos me agarran del brazo y me alejan de ahí—. Ven conmigo —me ordena Eleanor mientras me arrastra hacia los arbustos.

Al volverme, veo que Flora ha abandonado el escenario del cenador y que las Furias están tocando música instrumental mientras otros invitados comienzan a bailar. «Necesito encontrarla, necesito...»

—Hola, reina del baile —me dice Eleanor.

Tiene los ojos inyectados en sangre y los dientes delanteros manchados de pintalabios rosado. Es evidente que ha estado bebiendo más de la cuenta, lo cual es impropio de ella. Eleanor prefiere permanecer sobria en estos eventos, mantener el control. «Las mujeres no pueden ser simplemente buenas», me había dicho una noche, cuando todos los demás se habían marchado tras una

cena excepcionalmente bulliciosa. En realidad, ni siquiera me hablaba a mí; solo dio la casualidad de que yo estaba allí. «Tenemos que ser el doble de buenas que los hombres simplemente para empatar».

—¿Te diviertes? ¿Estás disfrutando de todo esto? —Hace un gesto con la mano en dirección a la fiesta—. Lo pagué yo, ¿sabes? Hasta la última cosa que hay aquí se compró con mi dinero. Aunque a nadie parece importarle eso. «¡Los barcos son aburridos, madre!» —se burla, imitando a Oliver—. A nadie le interesa lo que yo quiero.

Ahora está demasiado cerca de mí y puedo oler el vino en su aliento. Tiene el cabello revuelto y el dobladillo del vestido color crema manchado de hierba.

—Aquí es donde conocí a Alexander, ¿lo sabías? —Contempla el jardín de nuevo, como si estuviera recordando—. Justo en ese césped. Yo tenía solo trece años y supe de inmediato que lo amaría para siempre. —Señala hacia el mar—. Y ahí es donde lo perdí.

Permanece callada durante unos minutos, de espaldas a mí.

—¿De dónde vienes? —me pregunta mientras gira sobre sus talones—. Respóndeme —grita cuando permanezco en silencio.

Me llevo las manos a la garganta. «No puedo hablar, Eleanor. ¿No te acuerdas?»

—Basta ya. —Me agarra por los hombros y me sacude con violencia—. Sé lo que eres. *Lo sé*. Él hablaba de una mujer que bailaba como tú. Que bailaba como si se deslizara por el aire. No conseguía olvidarla, no conseguía...

Me libero de un tirón.

—No conseguía olvidarla —repite Eleanor, y comienza a sollozar, emite un lamento que brota de sus entrañas, tan primario que me hace vacilar—. No puedes quitarme también a mi hijo, no puedo perder a Oliver. No puedo. No puedo. Por favor. —Cae de rodillas y se aferra a mi falda—. No puedes llevártelo. No quiero estar sola. No sobreviviría.

Me agacho para apartar sus manos de mí. Ella apenas se da cuenta mientras se hace un ovillo, presa de intensos sollozos. La poderosa Eleanor Carlisle, que nunca perdía el control, se está desintegrando ante mí; es el ejemplo perfecto de alguien que se desmorona. ¿Esto es lo que les ocurre a las mujeres despechadas?

«Está loca», solíamos decir de las mujeres del reino que perseguían a ciertos sirenos sin cesar, llorando y haciendo demasiadas preguntas sobre dónde estaba su hombre, con quién estaba y si había hablado con otra sirena

ese día. Estoy empezando a preguntarme si, cuando llamamos loca a una mujer, no deberíamos echarle un vistazo al hombre que está a su lado y tratar de adivinar qué ha hecho él para empujarla a la locura.

Cuando regreso a la fiesta, Oliver se ha ido.

Y Flora también.

Intento respirar, pero el pánico empieza a apoderarse de mí. («No me queda mucho tiempo»). Noto un ardor en el pecho, como si alguien les hubiera prendido fuego a mis pulmones, un golpe seco de pedernal contra pedernal.

(«Voy a morir esta noche, voy a disolverme hasta acabar reducida a la nada»). Me abro camino entre la multitud, me digo que estoy buscando a Oliver, pero me doy cuenta de que en realidad estoy buscando a Flora. «Esa voz...» Mi voz, era *mi* voz. ¿Por qué tenía Flora mi voz? ¿Y cómo pude desprenderme de ella? Solo fui feliz bajo el mar mientras cantaba, y me cosí la boca con la esperanza de que un chico al que apenas conocía pudiera volver a descoserla con un beso.

Me desplomo detrás de un enorme árbol, al borde del césped. Aquí oculta, apoyo las manos en mis pies un segundo. El dolor es intenso, pero por lo menos es real, me pertenece. La noche se cierne sobre el jardín y propaga sombras.

Puedo notar un olor metálico; ese olor es mi compañero constante últimamente.

Me toco de nuevo los pies y las manos se me quedan pegajosas. Por lo menos está oscuro. Nadie podrá verme sangrar en la oscuridad.

—¿Grace? Soy yo. George. —Veo una figura delgada y percibo el olor del tabaco. Extiendo las manos para suplicarle que me ayude a levantarme—. ¿Qué haces aquí sola? —Agita su cigarrillo a modo de explicación—. Se supone que no debería estar fumando, mi madre me matará si me ve. Ojalá Eleanor no hubiera insistido en invitarla.

Estos humanos y su falta de gratitud hacia sus madres. Solo parecen interesarles las mujeres cuyas piernas pueden separar. George vuelve la mirada hacia la fiesta.

—Deberíamos darnos prisa. ¿Has visto la cola para subir al yate? Es increíble.

Oliver ya se ha ido; se marchó con esa cantante, Flora.

«Flora», repito en silencio. Flora, la de la hermosa voz. «Mi hermosa voz».

Una sinuosa procesión de personas sale del jardín, baja los escalones y gira bruscamente por la playa hasta llegar al puerto deportivo donde está atracado el yate. Hombres y mujeres jóvenes, con los rostros enrojecidos, nos dan empujones.

—Creía que la madre de Oliver había quemado el Muireann —comenta una chica, y luego maldice al mancharse de vino el vestido color crema.

Se me parte el corazón al oír mencionar el nombre de mi madre, así tan a la ligera. Como si no significara nada.

—Para ser sincera, no la culparía —bromea otra chica.

La fila que se dirige al yate da una curva y el mar queda a la vista. El cielo se aleja de nosotros para bordar estrellas en su superficie. Veo a Oliver. Esa mujer, Flora, está a su lado y, mientras le susurra al oído, vuelve la mirada hacia mí, como si supiera que me encontraría aquí.

«¿Quién eres?» La mujer se lleva un dedo a los labios, como si me dijera que me callara, y tropiezo con el borde de mi vestido. George me sujeta por el brazo para ayudarme a recobrar el equilibrio. Ojalá pudiera pedirle que me llevara en brazos, para que estas piernas destrozadas no tuvieran que cargar con mi peso.

Ojalá hubiera sido George el hombre al que rescaté, ojalá hubiera sido él por quien cambié mi voz. Puede que no lo ame, pero podría vivir con él y ser feliz.

—¿Estás borracha? ¿Nuestra pequeña e inocente Gracie está *borracha*?

—Basta ya, Rupert —repone George, pero aparta la mano de mi brazo rápidamente—. Y, por cierto, acabas de saltarte la cola.

—No seas tan mojigato —contesta Rupert mientras pone los ojos en blanco.

Tiene una botella de champán medio vacía en una mano y rodea con la otra la cintura de una chica semiinconsciente, a la que el cabello le cubre el rostro y que lleva una falda tan corta que puedo ver su ropa interior de encaje negro. Rupert se vuelve hacia las personas situadas detrás de nosotros.

—¿Os importa que me quede aquí con mi buen amigo George o vais a ponerlos con gilipolleces e insistiréis en que vaya a la parte de atrás?

Las dos chicas murmuran con nerviosismo:

—No pasa nada, no te preocupes, Rupert. No hay ningún problema.

—¿Lo ves? —le dice Rupert a George. Bebe de la botella y la chica se le resbala de la mano como si fuera una muñeca de trapo. La joven no se mueve al chocar contra el suelo, se queda con las piernas abiertas y muestra sus secretos al mundo. Nadie acude a ayudarla.

—Menuda zorra —le oigo comentar a alguien—. ¿Y se puede saber *qué* lleva puesto?

—¡Uy! —Rupert se ríe al verla—. Alguien ha bebido demasiado, ¿verdad, cielo? —Incorpora a la chica, que no es capaz de sostener la cabeza erguida sobre los hombros—. Cordelia y yo vamos a divertirnos mucho esta noche.

—Esa chica está grogui —protesta George—. No irás a...

—No eres mi puñetera madre, George.

Rupert se aleja de nosotros cargando a la chica sobre el hombro, como si fuera un premio que hubiera ganado. Pienso en Ling, en sus ojos sombríos y su reciente actitud silenciosa. En la forma en la que camina ahora, como si tuviera plomo en los huesos. Como si le hubieran robado algo que nunca podrá recuperar.

—Mierda —suelta George entre dientes—. Grace, tengo que ir tras él. No puedo permitirle..., otra vez no. —Me dirige una mueca de disculpa—. ¿Crees que puedes recorrer el resto del camino por tu cuenta?

Le indico con un gesto de la mano que se marche. «Estaré bien». Sale corriendo tras Rupert, lo agarra del hombro y Cordelia cae al suelo de nuevo.

George se arrodilla para ayudarla, pero Rupert lo sujeta por las solapas de la chaqueta, lo obliga a ponerse en pie y le grita a la cara.

—¿Hola? —Unos dedos se me clavan en la espalda—. Date prisa, ¿quieres?

Inspiro por la nariz mientras doy el primer paso sin la ayuda de George. El dolor es abrumador.

—Lo siento, señorita —dice un hombre con gorra de plato cuando llego por fin al puerto deportivo—. No se permite llevar zapatos en cubierta. —Como no respondo, añade—: ¿No me ha oído? —Miro a mi alrededor, como si esperara que Daisy u Oliver vinieran a rescatarme y me lo explicaran—. No. Sé.

Permiten. Zapatos. En. Cubierta. —Señala un recipiente situado al lado de la escalerilla—. Póngalos en el cesto de mimbre y podrá recogerlos después de la fiesta, como todos los demás.

No puedo quitarme los zapatos y dejar un rastro de sangre por este barco como si fuera una sombra chorreante; este barco que lleva el mismo nombre que mi madre. «Muireann».

—Vamos —grita alguien—. ¿A qué estás esperando? Sube al barco o vete a casa, por el amor de Dios.

Me aparto de en medio. Los invitados que están subiendo al yate son todos jóvenes, apostarí a que tienen unos veinte años más o menos, y su

emoción es palpable. Es como si los invadiera un fervor infeccioso al pensar en la noche que los aguarda, en las expectativas que les ofrece. «Esta podría ser la noche en que todo cambie», puedes imaginarte que piensan. Los amantes, agarrados de la mano, crean un rastro de besos y sonetos que va de la boca de uno a la del otro.

Los chicos observan con ojos hambrientos: «¿Qué tal esa? No, fíjate en la de al lado, la morena». Valoran la belleza de cada chica que pasa, la sopesan con sus amigos. Enumeran los pros y los contras como si fuera decisión de ellos, como si la belleza de las chicas dependiera de su opinión en lugar de ser algo objetivo; porque son hombres y la palabra de un hombre es inapelable. Las chicas, que saben que los hombres las están mirando, pero fingen no darse cuenta, se comportan con una inocencia calculada que les han dicho que deben poseer.

—¡Eh, oiga! —me llama un rato después el hombre que vigila el barco, cuando soy la única persona que queda en el puerto deportivo—. ¿Viene?

Decídase, señorita. De lo contrario, tendré que zarpar sin usted.

Podría regresar a la mansión Carlisle, subir la escalera cojeando y llamar a Daisy, rogarle que me dé más poción mientras me lava los pies. Intentaría darle las gracias por todo lo que ha hecho por mí y le desearía buenas noches con un gesto y una sonrisa, tras lo cual ella se marcharía y yo podría morir en paz. ¿Qué encontraría de mí cuando viniera a despertarme por la mañana? ¿Huesos y charcos de sangre manchando las sábanas? ¿O simplemente me desvanecería sin dejar rastro?

—¿Señorita? —dice el hombre—. No tengo todo el día.

«Debo hacer esto». No puedo acobardarme antes de la prueba final. Mi madre habría querido que fuera valiente. Me agacho para quitarme los zapatos y un grito silencioso se me queda atascado en la garganta cuando el cuero se me engancha de los pies y me arranca tiras de carne. Es como si mis huesos supieran que estos pies no son reales y estuvieran deseando desprenderse de mi cuerpo.

—¡Madre mía! —exclama el hombre mientras reprime un grito—. ¿Qué se ha hecho? ¿Necesita que llame a un médico?

«No. Nada de médicos. No pueden ayudarme».

—No puedo dejarla subir a bordo así, señorita. Necesita atención médica.

Le agarro las manos con las mías. «Por favor. Necesito subir a este barco que lleva el nombre de mi madre. Tal vez haya pistas sobre lo que le pasó, sobre su relación con el Padre de Oliver. Necesito saberlo, no puedo morir sin saberlo».

Señalo sus calcetines y luego mis pies.

—¿Quiere mis calcetines? —me pregunta, confundido, y yo asiento—. Pero sus pies... Señorita, eso no es normal. —«Estoy harta de que la gente diga que no soy normal»—. Debería...

Me siento en la pasarela flotante e introduzco las piernas en el agua. La sangre burbujea en las olas. Saco un pie limpio, luego el otro y se los enseño. El hombre echa un vistazo con inquietud por encima del hombro y se quita los calcetines.

—No sé por qué hago esto —murmura mientras me los entrega.

Tal vez él también esté acostumbrado a hacer lo que se le dice.

El hombre me indica que lo llame «capitán», aunque no se parece al otro hombre al que conocí en la cena de Eleanor, el que cree en las sirenas. Este nuevo capitán me conduce hasta lo que él llama la «escotilla de proa» y coloca una butaca en un rincón, donde puedo acurrucarme y esconder los pies debajo del vestido. El Muireann es mucho más grande que el barco en el que vi a Oliver por primera vez. Me imagino a mi madre aquí. ¿Había bailado en esta reluciente cubierta, había sonreído al personal con uniformes blancos que se paseaba con bandejas de champán?

El ambiente es frenético y abrumador. ¿Estos humanos nunca se cansan de tanto ruido? Oigo el sonido del cristal al romperse y algunas chicas se sacan los vestidos por encima de la cabeza para poder lanzarse al mar. Sus cuerpos núbiles cortan el agua como cuchillos. Sus cabezas suben y bajan en la oscuridad, como si fueran rusalcas, mientras trepan por las escaleras de cuerda, con el cabello apartado del rostro y chorreando agua salada. «Es muy refrescante, el agua está tibia», aseguran mientras les castañetea los dientes. Las chicas con la ropa interior empapada se tambalean, pero no se caen. Esto no ocurriría en el reino marino. Mi Padre no lo toleraría, y menos aún por parte de las mujeres puras nacidas de su carne.

Nadie se fija en mí, escondida en este rincón, así que puedo observarlos detenidamente. Beben, bailan, se besan... Algunas parejas van bajo cubierta, aunque las chicas fingen renuencia. «No suelo hacer esto», dicen, y los chicos las animan: «Vamos, nena». Cuando vuelven a aparecer, las chicas están sonrojadas y los chicos se abotonan las camisas con un énfasis exagerado mientras miran a su alrededor para comprobar quién los ha visto.

En cuanto a Oliver... No he podido quitarle los ojos de encima y, sin embargo, dudo que él haya notado siquiera que estoy a bordo. Está sentado en la parte posterior de la cubierta, enfrente de Flora. Se inclina hacia delante y sus rodillas rozan las de ella, pero Flora se aparta, como si no fuera necesario

esforzarse con él. Me doy cuenta de que Oliver parece feliz. Nunca lo había visto tan feliz desde que el agua se apoderó de Viola. Tal vez eso era lo que había necesitado todo este tiempo: alguien con quien hablar, en lugar de a quien hablarle. Lo único que yo no podía darle; es más, lo único a lo que renuncié para resultarle atractiva. Flora se pone en pie y levanta la mano con los dedos extendidos; Oliver la sigue con la mirada hasta que la pierde de vista. Parece aturdido, como si se hubiera olvidado de que el resto del mundo existía hasta ahora. Entonces me ve y se me forma un nudo en el estómago, se me tensa debido a esa sensación que no puedo identificar, esa sensación que solo me provoca Oliver, todavía, *todavía*. Mi cuerpo es un traidor.

—Grace —dice mientras se acerca a mí—. No te había visto. ¿Lo estás pasando bien?

Atrapa un vaso de la bandeja de un camarero que pasa, pero no le da las gracias. Me he fijado en que casi nunca le da las gracias al personal. Cuántos pequeños detalles he pasado por alto acerca de este hombre para hacer encajar el relato sobre el amor verdadero y el destino. Intenté volverlo tan perfecto como fuera necesario.

—Menuda noche. Casi me cuesta creerlo. Y el grupo de música fue el plato fuerte, ¿no crees? Solo contraté a las Furias porque uno de los criados me contó que las había visto en una fiesta el año pasado. Podría haber contratado perfectamente a otro grupo. Y entonces no habría conocido a Flora. Sabes quién es Flora, ¿verdad? —me pregunta—. La chica con esa voz tan extraordinaria.

«Mi voz». ¿Está intentando decirme que se ha enamorado de una chica que tiene *mi* voz?

—Alta, pelo corto. —«Se parece a Viola —quiero añadir—. Te acuerdas de Viola, ¿verdad, Oliver?»—. Es maravillosa, Grace. Es muy inteligente e interesante, y también divertida. Es poco habitual encontrar chicas divertidas, ¿no?

Tal vez porque a las chicas se las enseña a reírse de los chistes de los chicos en lugar de a inventarse los suyos propios. Flora es interesante, inteligente y divertida, mientras que lo único que yo puedo ofrecer es mi rostro y mi cuerpo.

Y, si Oliver no quiere eso, ¿para qué sirvo? Soy un adorno brillante destinado a exponerlo y admirarlo, pero no a tocarlo. Lo único que siempre he querido era que me tocara alguien que me amara.

—¿Y sabes qué, Grace? —continúa Oliver—. Todo esto es gracias a ti.
«¿A mí?»

—Es cierto. —Se ríe de mi expresión de asombro—. Llevas aquí muy poco tiempo, pero me siento más... —se pasa una mano por la mandíbula mientras busca la palabra correcta— *estable*, ahora que estás aquí. ¿Tiene sentido? Fue como si te hubieran dejado en esa playa para que yo te encontrara, como si el cielo te hubiera enviado para ayudarme a recuperarme. Me has devuelto la confianza. Sé que solo quieres lo mejor para mí.

Carraspeo. En este momento, no quiero lo mejor para Oliver. Quiero cortarle la garganta con un cuchillo oxidado, verlo desplomarse sobre la cubierta y desangrarse ante mí.

—Hola. —Flora ha regresado. De cerca, es incluso más guapa de lo que había pensado. Unos dientes blancos y perfectos asoman entre sus labios carnosos al sonreír y tiene un cutis estupendo—. Perdón por tardar tanto, pero había muchísima cola para el baño.

Al hablar, su voz no suena como la mía; es más baja, más ronca. «*Sexy*», la denominaría Rupert si estuviera aquí. Me tiende la mano para estrechar la mía.

—Soy Flora —se presenta.

—No esperes mucha conversación por parte de Grace —dice Oliver mientras me da un codazo como si fuera uno de los chicos—. Es más bien callada.

—¿Grace? —Flora me mira enarcando una ceja—. Con que ese es tu nombre, ¿eh?

—Así la llamamos —explica Oliver, y añade en voz baja—: Es muda, la pobre. Mi madre y yo la hemos acogido en nuestra casa.

Aprieto los puños a los costados. Lo dice como si yo fuera un perro callejero al que han rescatado. Un animal al que pueden desechar fácilmente de nuevo, cuando se aburran de mí.

—Vaya —contesta Flora mientras me roza el hombro con la mano. Un tenue murmullo eléctrico se extiende entre nosotras—. Me alegro mucho de verte, *Grace*.

—Bueno —dice Oliver mientras gira el cuerpo hacia Flora y me excluye de la conversación. «Eso es de mala educación, Oliver. ¿Tu madre no te enseñó modales?»—. Antes estabas diciendo que...

—¿Que el levantamiento en las islas fue fundamental? Sí, evidentemente lo fue.

—No estoy de acuerdo —repite él, como si eso bastara para descartar cualquier argumento contrario.

Puedo imaginarme a sus Padres asegurándole a Oliver que sus opiniones importaban cuando era niño, sentados alrededor de la mesa del comedor mientras le preguntaban a su joven hijo qué le parecía la comida o cómo le había ido el día en el colegio. Su voz habría sido valorada. Me pregunto si yo habría renunciado tan rápido a la mía si me hubieran tratado igual.

—No creo que los disturbios sean aceptables bajo ninguna circunstancia —opina Oliver—. Esa gente simplemente usaba la protesta como excusa para romper ventanas y robar todo lo que pudiera.

—¿Esa gente? ¿Hablas en serio? —Flora hace una mueca y mira a Oliver—. *Esa gente* era dueña de la tierra mucho antes de que vosotros llegais y a *esa gente* la han tratado de una forma espantosa desde entonces. ¿Pretendes que esperen educadamente mientras los disparan en las calles? Me asombra que no estén destrozando las islas en un arrebato de furia; bien sabe Dios que tendrían derecho a hacerlo.

Inspiro y espero a ver cómo reacciona Oliver ante el hecho de que lo contradigan de una forma tan pública, y una mujer, además. Pero se mantiene callado y arruga la frente en un gesto de concentración mientras Flora habla.

—Sí —dice cuando ella hace una pausa—. Supongo que tienes razón, Flora.

Y también:

—Muy buena observación, Flora. Nunca lo había pensado así.

La conversación pasa de la política a la música, la literatura, los deportes...

Flora demuestra profundos conocimientos de cada tema, como si se hubiera pasado años estudiando y preparándose para esto. Su pericia resulta casi desconcertante.

—Eres tan inteligente, Flora... —dice Oliver, con los ojos brillantes, y me dan ganas de gritar. «¿Qué quieren realmente los hombres de nosotras?»—. ¿Cómo sabes todo eso?

Flora cuenta chistes que no entiendo, pero que hacen que Oliver se ría a carcajadas. La gente se va acercando a nosotros y el grupo se vuelve cada vez más numeroso, pero Flora sigue siendo el centro de atención. Nadie puede apartar los ojos de ella. «Es tan divertida», le oigo susurrar a la gente. «Y lista».

Forman un círculo a su alrededor, embelesados. Y, sin embargo, ella me mira fijamente, como si toda esta actuación fuera para mí.

«¿Quién es esta mujer?»

La tarde da paso a la noche y la luna se desliza por la superficie del océano. Las voces aumentan de volumen, los presentes se lanzan palabras unos a otros, pero nadie espera las respuestas. Estos humanos no mantienen una conversación, se limitan a pronunciar discursos, a competir para ver quién puede hablar más alto.

El barco regresa al puerto deportivo para que algunos invitados puedan bajar.

Mujeres con los zapatos en la mano y el maquillaje corrido por el rostro regresan tambaleándose a la mansión. Unos cuantos chicos se inclinan sobre el costado del barco para vomitar. Dos mujeres esperan para desembarcar, ambas menudas y guapas, mientras se roban besos constantemente la una a la otra. No puedo evitar quedarme mirándolas, boquiabierta.

—¿Qué miras? —me pregunta una de ellas.

«Nada». Me doy la vuelta a toda prisa y pienso en Nia. ¿Esto era lo único que quería mi hermana? ¿La libertad para tomar a otra chica de la mano? ¿Por qué había considerado mi Padre que algo tan simple era tan terrible?

—Vamos, capitán, solo una hora más.

—No —sentencia el hombre cuyos calcetines todavía llevo puestos mientras ignora las protestas de los jóvenes—. Hora de irse.

Y se van, uno a uno, hasta que por fin solo quedamos Flora, Oliver y yo.

—Buenas noches, capitán —dice Oliver mientras el hombre se dirige bajo cubierta, seguido de la tripulación.

El capitán saluda a Oliver al pasar e inclina su gorra.

—Buenas noches, señor. O buenos días, más bien. El sol está a punto de salir.

«El sol está a punto de salir», me repito, y experimento una extraña resignación. El sol está a punto de salir y trae mi muerte consigo. No llegaré a cumplir dieciséis años.

«¿Por qué tienes que ser siempre tan pasiva, Muirgen?», susurra la voz de Cosima en mi cabeza. Si Cosima estuviera en mi lugar, se acercaría a Oliver con paso decidido, le pasaría los dedos por el cabello y le plantaría besos en la boca.

Cosima no permanecería en las sombras, esperando a que la noche se apoderara de ella. Pero estoy cansada, muy cansada. No quiero tener que luchar más. Tal vez mis hermanas preferirían que me enfureciera con el cielo que se va tiñendo de luz, recibiendo al nuevo día con reflejos rosados, pero no me quedan fuerzas.

Me siento cada vez más débil a medida que el aire se vuelve más brillante y me envuelve, me torna transparente. Me siento como si ya me estuviera disolviendo.

Oliver se inclina hacia Flora. Le hace una pregunta. Ella asiente. Y se toma una decisión. Lo agarra de la mano y lo conduce escaleras abajo, hacia los camarotes. Justo antes de desaparecer al doblar la esquina, Flora se gira. «Ven», leo en sus labios, y me hace un gesto con el dedo para que me acerque. Percibo un destello en sus ojos, algo a medio camino entre picardía y malicia. Despierto de mi letargo y me levanto para seguirlos..., pero caigo al suelo al instante cuando me fallan los pies. Y se marchan.

—¿Qué tenemos aquí? —dice una voz áspera que arrastra las palabras—. Gracie. Completamente sola. Eso no es propio de ti. ¿Dónde se ha metido tu amo? ¿No sabe que no es seguro dejar a sus mascotas desatendidas?

Rupert huele a ira y alcohol, y restos del pintalabios de otra mujer le manchan la boca. Si se tratara de George, le sonreiría y le pasaría un pañuelo para que se limpiara la cara. Pero no me atrevo a hacer eso con Rupert. He presenciado con mi propio Padre lo peligrosos que pueden llegar a ser ciertos hombres cuando piensan que te estás burlando de ellos. Siempre quieren castigarte por ello.

—¿Grace? ¿Me estás escuchando?

Retrocedo y presiono el cuerpo contra la butaca.

—¿Qué pasa? ¿Esperabas que fuera otra persona? Me temo que me ocurre muy a menudo. Todo el mundo quiere al apuesto heredero de la fortuna de los Carlisle. Mis más sinceras disculpas por decepcionarte. —Se agacha, como si me hiciera una reverencia—. ¿O acaso buscabas a George? Tampoco vas a tener suerte ahí: llevó a Cordelia a casa. Qué caballeroso es nuestro amigo George.

Adopta una voz aguda y dice:

—«No pienso permitir que te aproveches de otra chica, Rupert; no está bien». —Suelta una carcajada—. Me dejó en un buen aprieto. No había más mujeres en la fiesta tan... *dispuestas*.

Rupert se apoya contra la proa y me observa. («Cuéntanos el cuento de ninfas sobre el gran tiburón feroz y la sirena con las cintas rojas en el pelo, Abuela; es mi favorito. El tiburón y sus dientes afilados. “Para comerte mejor, sirenita”»).

—Pareces triste... ¿Te pone triste que Oli tenga una nueva amiguita? Debo decir que se parece a Viola de una manera desconcertante. La puñetera pareja perfecta —suelta, furioso—. Por eso yo no iba en el barco ese día,

Gracie. No podía soportar la idea de tener que pasar otra tarde más con ellos, de verlo besuquearla. Todo el mundo fingía que estaban hechos el uno para el otro cuando en realidad ella era demasiado buena para Oli, *siempre* fue demasiado buena para él. Viola podría haberse comido el mundo si hubiera querido. Se graduó la primera de su clase, ¿lo sabías?

No, no lo sabía. A las sirenas no se nos permitía asistir al colegio en el reino.

«Es una pérdida de tiempo», decía mi Padre. ¿Para qué necesitaban estudiar las esposas y las madres? Nuestros maridos ya pensarían por nosotras.

—Y Oli, él simplemente... —Rupert aprieta la mandíbula—. Si no fuera un Carlisle, Viola ni siquiera se habría fijado nunca en él. Dinero y poder, eso es lo único que os importa a las putas. —Me mira como si acabara de recordar que sigo allí. Se pone en cuclillas—. ¿Por eso te gustaba a ti también?

Me siento como si mi corazón bombeara demasiada sangre por mi cuerpo; su ritmo es frenético.

—Fue muy raro —comenta Rupert mientras me agarra por los brazos y me pone en pie—. La forma en la que te encontramos en esa playa, casi exactamente un año después de que la corriente arrastrara a Oliver hasta allí. Eso fue lo que le pasó también a su Padre. ¿No te parece una coincidencia? El barco de Alexander naufragó y, cuando lo encontraron, deliraba acerca de una chica que lo había salvado. «Una chica que salió del mar», aseguraba el Padre de Oli. Según dicen, le puso el nombre de esa chica a este barco. El Muireann. —Me echa el cabello hacia atrás y se me contrae la garganta cuando me toca. No quiero que se me acerque—. Estaba loco de atar, por supuesto, y hubo muchos rumores. Ya sabes cómo le gusta cotillear a la gente. Eleanor lo metió en ese psiquiátrico para intentar ponerle fin y Oliver nunca la perdonó. Por el amor de Dios, no dejaba de hablar del tema, me harté enseguida. ¿Qué esperaba que hiciera Eleanor? Su Padre estaba como una cabra y ella debía asegurarse de que Alexander no se hiciera daño a sí mismo. —Resopla—. Ni al apellido Carlisle. Esa Eleanor es astuta. Pero no hubo forma de mantener encerrado a Alexander Carlisle.

No puedo moverme, mis piernas están inertes como las de una estatua. Estoy atrapada aquí con Rupert, obligada a escuchar.

—El pobre Alexander Carlisle regresó al mar y se ahogó.

«¿El Padre de Oliver se suicidó?» ¿Por qué no me lo había contado?

—Y eso le proporcionó a Eleanor carta blanca para dirigir la compañía y a Oliver la excusa perfecta para comportarse como un gilipollas el resto de su

vida.

Se hace el silencio y Rupert se frota la cara con la mano.

—En fin. Olvidémonos de eso. Pertenece al pasado. Ahora solo estamos tú y yo, ¿verdad? ¿Cómo deberíamos pasar el tiempo? —Su mano desciende por mi brazo y luego hasta la falda de mi vestido, y la levanta un poco—. No seas tan tímida. He visto cómo miras a Oliver, como si fueras una perra en celo. No hace falta fingir que eres una virgen inocente.

Presiona los labios contra mi oreja e introduce la punta de la lengua, como solía hacer Zale, y se me revuelve el estómago, lo que hace subir el vómito por mi garganta.

Abro la boca, busco mi voz. «Por favor. Ayuda, por favor». Pero nadie acude a ayudarme y solo se oye la respiración agitada de Rupert. Me hace retroceder contra la pared, aprieta su cuerpo contra el mío hasta que siento como si estuviera a punto de partírseme la columna. Se desabrocha el cinturón y se me escapa un silencioso sollozo ante lo que se avecina. Rupert terminará lo que empezó Zale.

—Te gustará —me dice.

Baja una mano y me levanta la falda. Sus dedos palpan ese nuevo lugar entre mis piernas. «No. No». Pero no puedo hablar y, lo que es aún peor, no puedo moverme. Estoy inmóvil, petrificada, observando cómo este hombre toma mi cuerpo y hace lo que quiere con él. Las palabras se me quedan atascadas en la garganta, congeladas, y transforman mis extremidades en piedra.

«Sirenita».

Rupert resopla y me toquetea. Tomará lo que quiera de mí y me destruirá en el proceso.

«Sé valiente, sirenita».

«¿Valiente?» Aparto de un empujón a Rupert, que tropieza, con los pantalones por los tobillos.

—Calientabraguetas —me espeta.

Me giro hacia la izquierda y luego hacia la derecha; el frenesí del miedo me vuelve torpe y estúpida. Corro hasta el extremo del barco, pero no tengo adónde huir..., a menos que me lance al mar con la misma destreza que si me zambullera en mis pesadillas.

No hallaré protección allí. La Bruja del Mar me lo dijo, me lo advirtió. «No hay vuelta atrás».

«Sirenita, estamos aquí».

¿De dónde vienen esas voces? ¿Me estoy volviendo loca, como el Padre de Oliver? ¿He perdido la razón igual que la voz? ¿Me encontrarán sumergida hasta las rodillas en el agua salada, con los nudillos blancos, articulando palabras que nunca podré volver a escuchar?

—¿Adónde crees que vas? —me dice Rupert mientras se sube los pantalones. Camina hacia mí, muy despacio. No tiene prisa. Se sitúa frente a mí, casi rozándome los labios con los suyos. Se inclina para besarme la piel desnuda de la garganta, ignora mi temblor incontrolable—. Relájate, Grace.

«Sirenita». Las palabras sibilantes suenan ahora más fuertes y, exigen mi atención. Suenan... *húmedas*. Miro por encima del hombro de Rupert y veo docenas de ojos que me observan desde el agua oscura. Emergen con el cabello verde echado hacia atrás y las bocas abiertas. «Las rusalcas». Las mujeres caídas en desgracia, con los brazos extendidos, listas para atrapar a sus presas.

—¡Caray! —exclama Rupert cuando lo empujo contra el costado del barco y lo beso con fuerza—. Tranquila, fiera. —Su lengua invade mi boca vacía—. Qué raro —murmura—. No hay nada ahí...

Introduzco mis dedos bajo la pretina de sus pantalones como le había visto hacer a Flora con Oliver antes y Rupert se relaja, afloja las manos lo suficiente como para permitirme hacer acopio de mis fuerzas. Pues soy Muirgen, hija de Muireann del Mar Verde. Soy Gaia, de la tierra. Y nadie me trata así.

—¡Dios Santo! —El rostro de Rupert se retuerce en una asombrada mueca de pánico mientras cae y agita los brazos en busca de algo a lo que agarrarse. Grita al chocar contra el agua, con fuerza, y su cuerpo se estremece. Sale a la superficie y chapotea furioso—. Serás...

Entonces ve a la primera rusalca y su expresión de asombro resulta casi cómica. Se encuentra ante unas criaturas en las que no creía desde que era un niño pequeño en el regazo de su madre y la escuchaba contarle cuentos para ayudarlo a dormir. ¿Monstruos o sirenas? Tal vez las rusalcas sean ambas cosas.

Y tal vez, al final, no sean ninguna de las dos.

Una a una, las rusalcas emergen del agua y lo rodean, le muestran sus dientes puntiagudos.

—Grace. Grace, ayúdame. Avisa a alguien —me suplica Rupert—. ¡A quien sea! —grita cuando me quedo donde estoy.

Las rusalcas estrechan el cerco alrededor de Rupert, unas colocan los brazos alrededor de los hombros de las otras, con las cabezas inclinadas hacia

atrás, miran al cielo y una música brota de sus gargantas. Un canto de traición, de promesas rotas. De novias plantadas en el altar, bebés arrancados de vientres y chicas encarceladas obligadas a trabajar en instituciones, encerradas por hombres que se suponía que eran santos, hombres que les decían a esas mismas chicas que debían expiar sus pecados de lujuria. («Háblame de tus actos impuros, hija mía —murmuraban en rincones oscuros mientras intentaban no babear por la expectación—. Cuéntame con todo detalle lo que has hecho y te concederé la absolución»). Rupert llora mientras el canto se transforma en un agudo chillido. Las ventanas del yate se hacen añicos y los fragmentos de cristal caen alrededor de mis pies. Hilos de sangre gotean de la nariz de Rupert y sus ojos también comienzan a llorar lágrimas de sangre. Una de las rusalcas se aparta del grupo, sujeta la cabeza de Rupert entre sus manos con garras y le lame las lágrimas, lo que le embadurna la boca de rojo. Entonces, los gritos de Rupert cesan.

Me desplomo en el suelo, temblando; mis débiles piernas no pueden seguir sosteniéndome. ¿Qué habría sido de mí si las rusalcas no hubieran venido a rescatarme, si no hubieran olido el apetito voraz de un hombre malvado? Fui una estúpida al venir aquí, al renunciar a todo lo que conocía, a todo lo que amaba, para intentar seducir a un humano. Un hombre al que no conocía, un hombre al que solo había visto una vez y que decidí que sería la respuesta a todos mis problemas. Quizá mi Padre tuviera razón. No soy más que una estúpida sirenita.

Me llevo las manos a la garganta. Nunca volveré a escuchar mi voz. Observo el cielo. La luz está cambiando y la luna se oculta, llama a su amante, el sol, para que ocupe su lugar. Utilizo la barandilla situada en el costado del barco para ponerme de nuevo en pie y empiezo a llorar. Carezco de palabras en este mundo sobre el mar, pero deletrearé el alfabeto con mis lágrimas.

Una cabeza asoma en el agua (¿han regresado las rusalcas?), luego otra. Y otra y otra y otra. Esta vez no tienen cabellos verdes, sino cráneos desnudos; les han arrancado el pelo con tanto esmero como cuando las ayudantas de cocina despluman un pollo para otra de las interminables fiestas de Eleanor. Aguzo la vista, espero hasta que se acercan nadando y puedo distinguir las facciones grabadas en esos rostros pálidos. Ojos muy azules y labios muy rojos. Y entonces me doy cuenta de quiénes son estas mujeres.

—Muirgen —dice una de ellas.

La miro con los ojos entornados y comprendo que se trata de Talia. Había olvidado lo homogéneos que podían parecer los sirenos. Mi Padre quiere que

todos nos veamos igual, nos comportemos igual, pensemos igual... Y yo simplemente lo había aceptado como algo natural. ¿Por qué nunca entendí lo aburrido que era? Lo agobiante que era. ¿Por qué ninguno de nosotros se dio cuenta de que podía haber tanta fuerza en nuestras diferencias como en nuestras similitudes?

—¿Qué te has hecho? —me pregunta Talia al verme, y abre los ojos de par en par, horrorizada.

—Has causado muchísimos problemas —añade Arianna—. Padre está furioso.

Zale y él han estado planeando... —Mira por encima del hombro como si esperara que nuestro Padre estuviera allí, como hacemos todas—. Pero tiene razón, por supuesto. El Rey del Mar siempre tiene razón. Porque es sabio y bueno. Tenemos suerte de vivir en los tiempos del Rey del Mar.

Mis hermanas están más delgadas, se les marcan los huesos en los rostros.

Están nerviosas, hablan deprisa y, sin embargo, eligen sus palabras con un cuidado inusual. Miro más allá de ellas, busco el otro rostro que quiero ver antes de morir.

—Abuela no está aquí —dice Sophia, que lo comprende al instante—. Se habría sentido obligada a contárselo a Padre, y quién sabe qué habría hecho él si se hubiera enterado de que fuimos a ver a la Bruja del Mar.

«¿Fuisteis a ver a la Bruja del Mar?» Sacudo la cabeza. No puedo creerme que mis hermanas hayan hecho algo así.

—Nuestro Padre tendría todo el derecho a enfadarse —opina Cosima—. ¿Qué pensaría si supiera que dejamos las Tierras Sombrías con este aspecto? Sus hijas están *feas*.

No están feas, exactamente, pero tienen un aspecto bastante extraño. Ojos enormes en rostros pálidos, venas azules que se deslizan por cráneos de huesos finos. «¿Por qué os habéis hecho esto?»

Me toco la cabeza y luego señalo las suyas a modo de pregunta.

—Ay, Muirgen —se lamenta Sophia—. Es cierto lo que nos dijo Ceto. Has sacrificado tu voz. —La suya tiembla, como si estuviera conteniendo las lágrimas—. ¿Cómo pudiste hacer eso?

—Olvídate de su voz —dice Talia mientras intenta echar un vistazo por encima del costado del barco—. Quiero ver esas piernas humanas que tanto deseabas. —Me niego haciendo un gesto con la mano, humillada ante la idea de que mis hermanas vean mis pies destrozados—. No entiendo a qué viene esa fascinación cuando nuestras colas son tan hermosas.

—Estaba enamorada —argumenta Cosima, sin levantar la mirada.

Lo dice muy bajito, como si hubiera comprendido algo nuevo: que el amor es doloroso, el amor es que alguien te desgarre el pecho y deseche tu corazón como si no tuviera ningún valor. «Lo sé —quiero decirle—. Sé por qué lo hiciste. Sé que me enviaste a ver a Ceto porque querías quitarme de en medio».

—Sí, lo estaba —contesta Sophia—. El amor puede volverte idiota.

—¿Y qué sabes tú del amor, hermana? Ni siquiera estás comprometida —le suelta Talia a Sophia—. A diferencia de... —Mira a Cosima y vacila—. A diferencia de Nia y Marlin —añade a toda prisa—. Están hechos el uno para el otro.

Nia esboza una leve sonrisa, que flaquea cuando Talia no la mira. Recuerdo a aquellas dos chicas en el barco, lo evidente que era cuánto disfrutaban estando juntas. Ojalá tuviera mi voz. «No eres antinatural», le aseguraría a Nia. El amor nunca es antinatural, no importa a quién decidas entregárselo.

—Ay, Muirgen —continúa Talia—. Estas cuatro semanas desde que nos dejaste han sido un lío.

—Un completo desastre —añade Arianna.

—Sí —dice Talia mientras mira a Arianna con el ceño fruncido—. Hubo muchos rumores al principio. Padre se puso furioso con Abuela, la acusó de haber descuidado sus deberes, dijo... —Titubea, incapaz de repetir las palabras con las que el Rey del Mar eligió reprender a nuestra abuela. «Abuela tiene problemas por mi culpa»—. Tenía derecho a estar enfadado, por supuesto.

—Sí —corean mis hermanas, lo que me hace estremecer. ¿Yo también me comportaba así cuando vivía en el reino?—. Alabado sea el Rey del Mar.

—Al principio, Padre pensó que te habían secuestrado las rusalcas —me explica Talia—. Zale partió con un grupo de guerreros, capturaron a la primera cabeza verde que encontraron y la ataron a la mesa de comedor del palacio con trozos de algas.

Puedo imaginármelo: un grupo de hombres rodeando a la rusalca mientras esta forcejeaba.

—Estaba furiosa —dice Arianna—. Pero acabó confesando. Nos contó que habías...

—Que habías ido a ver a la Bruja del Mar *voluntariamente* —la interrumpe Talia, que arruga la frente, como si aún no lograra comprender mis razones para hacer tal cosa.

Recuerdo la noche en que me fui, la absoluta desesperación que me empujó a las Tierras Sombrías, la convicción de que cualquier destino era preferible al que me aguardaba en el reino. Incluso la muerte. Pero Talia nunca podría entenderlo.

—Y le pediste que te diera dos muñones humanos con los que caminar por la tierra. —Talia realiza una inspiración trémula—. Padre *se enfadó* mucho —susurra.

—Hermanas —interviene Nia mientras se coloca una mano sobre los ojos mientras mira hacia el horizonte—. No nos queda mucho tiempo. Faltan unos cincuenta minutos para que el sol salga del todo.

—Muirgen —dice Sophia, y se me llenan los ojos de lágrimas al oír mi propio nombre. Creí que no volvería a escucharlo antes de morir—. Las cinco fuimos a ver a la Bruja del Mar para suplicarle que nos ayudara. Y se apiadó de nosotras. —Su sonrisa afligida hace que el miedo se apodere de mí. «¿Qué les hizo la Bruja del Mar?»—. Se apiadó de ti, quiero decir —concluye Sophia.

—Aunque tuvimos que entregarle nuestro cabello —farfulla Cosima.

—No sé de qué te quejas —protesta Talia—. Después de todo, fue idea tuya ir a ver a la Bruja del Mar. Dijiste que era la única que podía ayudarnos, que nadie más sabría cómo salvar a Muirgen.

Cosima me mira avergonzada y tengo la impresión de que intenta decirme algo. Una especie de explicación. Una disculpa. Una imagen de nosotras dos de pequeñas, agarradas de la mano, surge de pronto en mi mente, destella con una hermosa intensidad. Aparto la mirada y permito que se haga añicos. Han pasado demasiadas cosas. Hay demasiadas cosas que perdonar y me temo que no sé por dónde empezar.

—Así que, sí, fuimos a ver a la Bruja del Mar —prosigue Talia—. ¡Menuda excusión! No sé cómo te atreviste a ir sola. Fuiste muy valiente. —Me mira con algo parecido a la admiración, una expresión que no estoy acostumbrada a ver en los rostros de mis hermanas—. Pero Ceto no era tan aterradora como esperábamos —anuncia, y el resto de mis hermanas asiente con la cabeza—. En realidad, parecía que quería ayudarnos. Tuvimos que sacrificar nuestro cabello, por supuesto, pero nos concedió esto a cambio.

Saca la mano del agua y veo que aferra con los dedos la empuñadura de una daga cuya hoja de acero reluce a la creciente luz de la mañana. Es la misma que vi en la cabaña de la Bruja del Mar, la que usó para remover la poción mágica.

—Esto te va a salvar —afirma Talia.

«¿Cómo?»

—Debes buscar a ese hombre —me explica Sophia, como si me hubiera leído la mente—. Inmediatamente.

«¿Y qué debo hacer cuando lo encuentre?»

Estoy tan cansada...

—Muirgen. Muirgen, escúchame. Cuando lo encuentres... —añade Sophia, que exige que le preste atención—. Gaia, tienes que...

—Tienes que usar la daga —dice Arianna con entusiasmo. Es la digna hija de nuestro Padre: siempre le han gustado las historias sangrientas—. Debes abrirle el pecho al humano con ella y hundir la hoja en su corazón palpitante. La sangre que se derrame debe gotear sobre esos pies humanos tuyos y tus escamas reaparecerán, y luego tu cola. Como por arte de magia.

—Como por arte de magia —repite Talia.

Me imagino haciendo lo que me sugieren, los ojos de Oliver abriéndose cuando la hoja atraviere su carne, pidiéndome clemencia a gritos. Retrocedo un paso y me cubro la boca con la mano para no vomitar.

—Es la única forma, Muirgen —me asegura Talia.

—No podrá hacerlo —dice Cosima mientras las miro, atónita.

—Debes hacerlo —insiste Sophia con tono apremiante—. Muirgen, *debes* hacerlo. Esto ya no tiene que ver solo contigo. Zale está reuniendo a las tropas, colocando lanzas en las manos de todos los sirenos, incluidos niños y ancianos.

Tú... —En su rostro se refleja fugazmente algo que no logro descifrar, pero que me provoca un escalofrío—. No entiendes cómo han sido las cosas desde que te fuiste.

—Zale solo hace lo que considera necesario —repite Cosima, pero su habitual actitud desafiante se ha atenuado de forma notoria—. Zale y yo nos hemos unido —me dice, con un temblor en la voz.

«¿Qué te hará Zale cuando vea tu cráneo calvo?» Cosima está delgada y pálida, como las demás, pero tiene unos cuantos cardenales en los brazos. Nada demasiado evidente. Nada que llame la atención. Pero yo los veo. Y sé lo que significan. «Ay, Cosima».

—Cuarenta y cinco minutos... —anuncia Nia, que sigue contando los segundos en el cielo.

Talia se acerca nadando al barco y me tiende la daga. «No puedo hacerlo. No podéis pretender que cometa semejante acto».

—Muirgen —repite Sophia cuando me inclino, me agarro el estómago con las manos como si intentara evitar que mi cuerpo se hiciera pedazos—.

Muirgen. No podemos regresar sin ti. Padre ha... ha...

—Padre ha estado muy enfadado —dice Cosima. Me miran fijamente, con los ojos alicaídos, y me pregunto qué les habrá hecho el Rey del Mar. Cosima le quita la daga de las manos a Talia y se estira todo lo que puede—. Debes hacerlo, Gaia.

—Cuarenta y cuatro minutos —me advierte Nia.

Agarro la daga. El mango está hecho de ónice, con joyas negras como la tinta incrustadas que parecen ojos de pulpo. Sería fácil despedazar a alguien con esto, seguir la ruta de su columna vertebral. Por algún motivo, me impresiona notar el peso del arma en mis manos, el poder que sugiere. Me sorprende descubrir que me gusta. «Quiero más».

—Somos hermanas —dice Sophia—. Nos necesitamos las unas a las otras, Muirgen. Siempre ha sido así.

«Sí». Estoy preparada para hacer lo que hay que hacer.

Capítulo 19

Los escalones crujen cuando voy bajo cubierta a hurtadillas, como un agudo grito en medio del silencio. Inspiro bruscamente, aterrada de haber fracasado ya, de que mis pasos despierten a la tripulación y, cuando acudan corriendo, me encuentren con esta daga en las manos. Pero nadie se mueve. Bajo el resto de los escalones con cautela. Primero la punta y luego el talón, primero la punta y luego el talón; los huesos se despegan unos de otros y asoman a través de la carne. El dolor es tan atroz que, por primera vez desde que me convertí en humana, o lo que sea que soy ahora, me alegro de haber perdido la voz. No habría sido capaz de contener los gritos.

Hay una pequeña cocina a la izquierda, dos baños justo delante y luego otras cuatro puertas. La puerta de uno de los camarotes está abierta y deja a la vista hileras de literas vacías. De otro provienen ronquidos, así que supongo que ahí duerme la tripulación. Hay otros dos camarotes. Compruebo el pomo de uno, pero está cerrado con llave. Maldigo en silencio. ¿Qué haré si Oliver ha echado el pestillo para asegurarse de que Flora y él dispongan de privacidad?

Les rezo a los dioses, tanto del aire como del mar, mientras pruebo el otro pomo. Cede y la puerta se abre y da paso a una amplia habitación. Hay una alfombra color crema, paneles de roble oscuro en las paredes y una cama enorme. Y ahí están, Oliver y Flora, con las frentes pegadas como si fueran a besarse mientras sueñan. Ambos están desnudos, rodeados por las sábanas arrugadas. Observo las piernas largas y delgadas de Flora; impecables, intactas.

Perfectas como yo nunca volveré a serlo.

Aferro la daga con más fuerza al mirar a Oliver. Me he sacrificado tanto por este hombre...; he renunciado a mi familia, mi hogar, mi identidad. He mutilado mi cuerpo, lo he tallado hasta convertirlo en algo irreconocible, solo para que él me considere hermosa. Ni siquiera hermosa, sino *acceptable*. Y me silenciaron para siempre en nombre del «amor verdadero». Ojalá mi abuela

no me hubiera contado nunca esas historias, y no me hubiera hecho creer que las mujeres como yo podían tener un «final feliz».

El pecho de Oliver sube y baja mientras duerme, con rostro sereno. Piensa que no tiene nada que temer. Ni siquiera cerró la puerta con llave para proteger su alcoba; así de seguro está de su propia inmortalidad. Me imagino avanzando, manchando con mis huellas ensangrentadas la alfombra blanca como la nieve, dejando una marca en este mundo humano de la que nunca se librarán.

Tengo la sensación de que me divido en dos, como si mi conciencia se desprendiera de mi cuerpo y flotara hacia el techo mientras observo a la chica que tengo debajo de mí. La chica con los pies rotos y el corazón roto. La chica sin voz. Qué tonta ha sido.

Sí, Gaia, sí, le susurro. Haz lo que tienes que hacer. Acércate a la cama y sitúate detrás de él. Levanta la daga hacia el cielo («Pesa, ¿verdad, pequeña? Pesa mucho») y luego hún dele la hoja en la espalda, retuércela, nota la carne sólida. Y retuércela bien hondo de nuevo, tallando círculos en su piel, arráncale trozos fibrosos. Busca su corazón, el corazón que no quiso darte voluntariamente. Ese corazón todavía seguirá latiendo, pero no por ti, nunca latirá por ti, Gaia. Méte telo en la boca y cómetelo entero, trá gatelo, introdúcelo en el fondo de tu estómago. Allí latirá, como un segundo corazón. Y entonces Oliver será tuyo. Por fin.

Inspiro y de mi garganta brota un ruido áspero cuando el aire revisa mi boca y la encuentra vacía. Siento que regreso a mi cuerpo, como los sedimentos sueltos que se hunden hasta el fondo del mar después de una tormenta. Miro a Oliver de nuevo. Oliver... «¿Cómo es Oliver?» Consentido, débil, afligido. Está herido, sí.

Pero también lo quieren, lo quieren mucho. Pienso en George, en su lealtad inquebrantable hacia Oliver, por muy mal que este se haya portado. En Daisy, que se ha convertido en una hermana para mí y nunca creería que la Grace que ella conoce sería capaz de hacer esto. Y en Eleanor Carlisle, que ha perdido tanto. Recuerdo aquella noche en la habitación de los cuadros. Su angustia era demasiado descarnada como para ignorarla. Las mujeres de mi familia ya le han causado suficiente dolor, ¿y yo voy a ocasionarle más?

Bajo las manos a los costados, pero no suelto la daga. Me arrodillo junto a la cama. Me quedé quieta mientras la Bruja del Mar me cortaba la lengua, y pensé que aun así podría hacer que Oliver me amara. «Tenía mi rostro», como me dijo la Bruja del Mar. Tenía mi rostro y mi hermoso cuerpo. ¿Qué más podría querer un hombre?, razoné. Me han dicho durante tanto tiempo que me

quede callada, que escuche a los hombres, que sea atenta y respetuosa... Que no olvide cuál es mi lugar. Nunca me imaginé que un humano querría mucho más de mí.

Pero así era. Cuánto disfruta Oliver con el ingenio y la inteligencia de Flora, con su capacidad para desafiarlo, para hacerlo reír, es prueba suficiente. ¿Por qué no me di cuenta de que esas cosas serían importantes? Le rozo la frente con los dedos. Creía que él me salvaría.

Oliver se mueve, como si fuera a apartarme la mano. «Me llamo Gaia —le digo—. Quiero que sepas mi verdadero nombre, ya que nunca has conocido a mi verdadero yo».

Debería marcharme antes de que se despierte. Debería marcharme antes de que cambie de opinión, antes de que decida reclamar su sangre para volver a convertir la mía en sal.

Miro a Flora, con su hermoso rostro tan tranquilo mientras duerme. El parecido con Viola es increíble. Insólito. Es...

Flora abre los ojos. Bruscamente en lugar de despacio, como si simplemente hubiera estado haciéndose la dormida. Como si supiera que me encontraría allí.

—Te estaba esperando, sirenita —me dice.

Capítulo 20

El terror me clava sus garras en el corazón, busca la sangre. Flora baja de la cama. Lo hace con una lánguida elegancia que sugiere que está acostumbrada a estar desnuda y que no le da vergüenza. Observo su cuerpo desnudo, las piernas largas y los pezones oscuros, con el ceño fruncido.

—Qué pudorosa —comenta—. Te has adaptado a las costumbres humanas.

Abre la cómoda situada en un rincón de la habitación y rebusca entre su contenido.

—Albornoces a juego para él y para ella —dice mientras se pone una bata blanca—. Y yo que pensaba que este hombre no podía ser un cliché aún mayor.

«Está haciendo mucho ruido —pienso cuando una percha de madera cae al suelo—. Lo va a despertar».

—Yo no me preocuparía por eso —repite ella. Se acerca al otro lado de la cama y le coloca una mano en la frente a Oliver. A diferencia de cuando lo toqué yo, no se mueve. Su respiración se vuelve más lenta y su cuerpo se asienta en el colchón como si se estuviera hundiendo—. Siempre se quedan dormidos después; es patético el poco aguante que tienen. No te has perdido gran cosa con este, te lo aseguro.

«¿Perderme gran cosa?» ¿De qué está hablando?

—Fue aceptable —se corrige Flora—. Se centró en su propio placer y le molestó que yo no pareciera considerarlo un gran honor. La fragilidad masculina puede resultar agotadora a veces, ¿verdad? —Se sienta en la cama y me sonríe—. Es normal que estés confundida. De hecho, es comprensible.

«¿Cómo puede...?»

—Puedo oírte. No hace falta que pongas esa cara de pánico.

Estos pies destrozados se tambalean mientras me alejo de ella y busco el pomo de la puerta. Lo agarro con los dedos. Giro y giro. «La puerta no se abre».

Me vuelvo hacia Flora, casi ciega de miedo. «¿La ha atrancado?»

—Sí —contesta ella—. No quería que salieras corriendo antes de poder explicártelo.

«Pero ¿cómo lo has hecho?» Me cuesta respirar, mis inspiraciones son más rápidas a cada segundo que pasa.

«¿Quién eres? ¿Eres... eres Viola?»

—¿Viola? ¿Crees que Viola ha regresado de su tumba marina para atormentarte?

Veo de nuevo a Viola, hundiéndose, agitando los brazos.

—¿Alguien se siente culpable? —me pregunta Flora—. La abandonaste enseguida para salvarlo, ¿verdad?

«Sí». Dejé que Viola se ahogara, y lo hice sin dudarlo. La vergüenza me hace arder la piel, como si fuera un sarpullido. «¿Quién eres?»

—¿Todavía no lo has adivinado?

Flora se aprieta la garganta con dos dedos. Esta vez, la voz que brota es diferente y, sin embargo, me resulta familiar.

—Hola, Muirgen —dice, pero soy yo quien habla, mis palabras perdidas salen de su boca.

Estoy demasiado aturdida como para intentar huir, así que cierro los ojos mientras escucho esa voz que pensé que nunca volvería a oír.

—No llores —me pide mi voz—. No llores, sirenita.

Las facciones de Flora se suavizan, se combinan entre sí antes de empezar a fundirse. Es como si hubieran vertido agua sobre un lienzo y hubieran diluido la pintura. Y ¿qué hay debajo? Un rostro hermoso, un cuerpo voluminoso, aunque esta vez sin cola. Veo unas piernas gruesas y voluptuosas, bellamente formadas.

Perlas relucientes entrelazadas en su cabello. Es ella.

«La Bruja del Mar».

—Ya te he dicho que me llamo Ceto —me reprende—. No seas maleducada.

Qué alivio librarme de ese... cuerpo insulso. No sé cómo la gente consigue fingir ser algo que no es; requiere mucho esfuerzo. Ese fue siempre mi problema, desde que tenía tu edad. No me importaba lo que pensarán de mí. Solo quería ser fiel a mí misma. —Suelta una carcajada—. A tu Padre no le gustaba, te lo puedo asegurar.

«Mi Padre te mataría, bruja, si tuviera la oportunidad».

Aprieto la espalda contra la puerta, sin soltar el pomo, con la esperanza de que se abra.

—¿Crees que le tengo miedo a tu Padre? —Sonríe de forma burlona ante mis intentos de huir—. ¿Crees que vivo en las Tierras Sombrías porque temo su fuerza? No, pequeña. Vivo en la oscuridad porque allí puedo ser yo misma, y ser una misma es lo más importante que puede hacer cualquier mujer. —Ladea la cabeza—. Pero hace falta valor, y no nos enseñan cómo ser valientes, ¿verdad? A las mujeres nos enseñan a obedecer las normas.

Uno de los adornos que lleva en el cabello brilla y capta mi atención. Cuántas perlas. «Una, dos, tres...»

—Trece —me interrumpe—. Tengo trece perlas. Más que cualquier sirena que hayas conocido, ¿verdad? El Rey del Mar solía decir que el trece traía mala suerte, pero simplemente le daba rabia que yo fuera la primogénita. Mi hermano siempre quería ganar en todo.

«Hermano». Dejo de intentar abrir la puerta.

—¡Por fin lo estás entendiendo! —Aplaudiva con auténtica satisfacción—. Fue horrible criarme con él. Desde el principio fue evidente que yo poseía más poderes naturales. Me odiaba porque él era el chico, y se suponía que los chicos tenían que ser más poderosos. Cuando papá murió y mi hermano se hizo con ese tridente, supe que mis días en el reino estaban contados. —Clava la mirada en el suelo y adopta de pronto una expresión sombría—. Lo oí hablando de tácticas de guerra con sus amigos, alardeando de que él iba a ser quien acabara por fin con las rusalcas. Yo amaba a mi Padre, en serio, pero nunca estuve de acuerdo con su política de desterrar a las rusalcas a las Tierras Sombrías. Eso solo conseguía generar miedo entre los sirenos y resentimiento entre las rusalcas. Y el resentimiento no se puede contener eternamente.

«Así que el Rey del Mar envió a sus hombres a las Tierras Sombrías...», apunto con impaciencia.

—Sí, pero ni siquiera eso fue suficiente para mi hermano. Estaba obsesionado con la pureza de la sangre, con que todos fuéramos iguales. Quería exterminarlas definitivamente. Debes entender que las rusalcas no querían una guerra. Solo se defendían de los ataques del reino, pero a él le daba igual. Las mataría a todas, y supuse que luego llegaría mi turno, aunque fuera de su sangre. Los hombres inseguros suelen sentirse amenazados por las mujeres poderosas. —Se le ensombrece la mirada—. Por lo que me marché, me escabullí del palacio en plena noche y me fui con las rusalcas. Les dije que las ayudaría. Así que sé lo que es abandonar a tu familia, sirenita. Tú y yo somos muy parecidas —afirma, y no sé si se supone que eso es un cumplido—. Aunque tú eras mucho más joven que yo, por supuesto. Yo tenía unos

cuarenta y cinco años cuando me fui. Y ha estado bien —carraspea— vivir en las Tierras Sombrías. Me he ocupado de mis pobres rusalcas y he tenido libertad. Eso es más de lo que la mayoría de las sirenas puede esperar.

«¿Por qué me permitiste hacerlo?» La ira va aumentando en mi interior, cáustica y amarga. «¿Y por qué viniste esta noche y lo distrajiste cuando sabías que era mi última oportunidad para sobrevivir?»

—¿De verdad querías estar con un hombre que se distrae con tanta facilidad?

Apenas tuve que esforzarme. Estaba a punto de caramelo.

«¿Por qué me ayudaste?» Necesito saberlo, todo mi cuerpo se tensa mientras aguardo su respuesta.

Se le borra la sonrisa de pronto.

—Le había fallado a tu madre. No podía fallarte a ti también.

«Mi madre». Doy dos pasos y estoy frente a ella. La agarro por la garganta, veloz como un gato. Aprieto con fuerza, porque ya no le tengo miedo.

Averiguaré la verdad, por fin. «Cuéntamelo. Cuéntamelo todo».

Ceto me aparta los dedos con suavidad.

—Yo conocía a Muireann del Mar Verde. Aunque no muy bien. Solo era un bebé cuando mi hermano y yo ya habíamos cumplido los cuarenta, pero su Padre era muy popular en la corte, así que ella venía al palacio a menudo cuando era niña. Era como tú: el mismo cabello pelirrojo, la misma voz preciosa. Un alma sensible.

«Te pareces mucho a tu madre, joven Muirgen. En todos los sentidos».

—Mi hermano estaba obsesionado con ella, desde que cumplió doce años y alcanzó la mayoría de edad. —Ceto se estremece—. No dejaba de importunar al Padre de Muireann para que le diera permiso para unirse a ella, pero él le dijo que esperara, que unos cuantos años más no vendrían mal. Tu abuelo no le tenía miedo al Rey del Mar. Mac Lir era demasiado respetado en el reino como para someterlo mediante la intimidación.

«Pero mi madre accedió a casarse con el Rey del Mar. Para terminar con la guerra».

—Vino a verme a mí primero. Llegó a las Tierras Sombrías enloquecida de dolor por la muerte de su hermano, exigía saber qué rusalca lo había matado.

¡Como si fuera culpa de las rusalcas!

«Pero ellas tuvieron la culpa. Mataron al tío Manannán, y disfrutaron haciéndolo. Ellas tuvieron la culpa de que pasara todo esto».

—¿Todavía crees eso? —me pregunta Ceto—. No sé qué le pasó a tu tío, pero mis rusalcas me juraron que no sabían nada de su muerte. Siempre me pareció demasiado oportuno. Manannán desaparece, la persona a la que Muireann más quería en el mundo. La gente hace cosas extrañas cuando sufre, ¿verdad? Y el Rey del Mar sabía cómo era Muireann, sabía que no le gustaba la guerra. Creo que apostó a que ella haría cualquier cosa para reinstaurar la paz en el reino.

Intento conectar los bordes irregulares del rompecabezas, armarlos de forma que tengan sentido. «¿Insinúas que...?»

—Yo no insinúo nada —me interrumpe—. Lo único que sé es que las rusalcas solo querían que las dejaran en paz para vivir sus vidas y, sin embargo, su simple existencia bastaba para exacerbar a mi hermano. —La Bruja del Mar exhala con fuerza—. Intenté explicarle a Muireann que esta guerra no era culpa mía ni lo que yo deseaba y que, por lo tanto, no podía ponerle fin, por mucho que me lo suplicara. No sabía qué medidas tomaría ella a continuación.

«Se casó con el Rey del Mar». Intento imaginármela, con quince años y loca de tristeza, comprometida con un hombre lo bastante mayor como para ser su Padre. «Pobre sirenita».

—Estuvo razonablemente contenta durante un tiempo. Os tuvo a tus hermanas y a ti. Incluso en las Tierras Sombrías me enteré de cuánto te quería.

«Pero no lo suficiente». Ya fue bastante malo, de niña, saber que mi madre era imprudente. Pero, desde que me enteré de su relación con Alexander, me ha quedado claro que también era cruel. «Mi Padre siempre tuvo razón. Nos abandonó. Lo hizo». La melancolía que me ha acompañado desde el día en que mi madre me dejó me tira de la mano como un niño pequeño exigiendo que le preste atención.

—Eso no es cierto —dice Ceto con ferocidad—. Ella no pretendía enamorarse de un humano, pretendía salvarle la vida. Hubo un accidente, ¿sabes?, y Muireann encontró a ese hombre entre los restos.

«Era el Padre de Oliver, ¿verdad?» Los cuadros, el rostro de mi madre replicado una y otra vez. Cabellos muy rojos y ojos muy azules.

—Sí —contesta la Bruja del Mar, que me observa atentamente—. El naufragio ocurrió unos meses después de que nacieras. El hombre, Alexander, se vio rescatado por una hermosa mujer. Se sintieron atraídos el uno por el otro, por supuesto, y, como muchos otros antes que ellos, confundieron el deseo con el amor. Después de eso, mis rusalcas me contaron que la veían

subir a escondidas a la superficie con frecuencia para encontrarse con ese hombre, hasta que llegó tu primer cumpleaños. Habían decidido hacer las cosas más permanentes cuando...

«¿Qué? Cuéntame más».

—¿Qué más hay que contar? Ese tal Alexander tampoco era lo bastante bueno para Muireann. —Señala a Oliver, que sigue dormido—. Esta línea de sangre produce hombres débiles, pero he descubierto que a los hombres débiles suelen atraerles las mujeres fuertes. Al principio, al menos. Con el tiempo, acaba molestándoles esa misma fuerza que aseguraban amar. Intentan volver a ponerte en tu lugar.

Eso fue lo mismo que me dijo Eleanor en aquella habitación llena de cuadros.

«¿Fuiste tú? —Las preguntas se abren paso y me desgarran—. ¿Fuiste tú quien le dio piernas a mi madre para que pudiera seducir al Padre de Oliver?

¿También te quedaste con su lengua como pago?»

Me imagino a mi madre viajando hasta las Tierras Sombrías, con el miedo instándola a seguir adelante como me pasó a mí. Mi madre, en una playa con el Padre de Oliver, dejando círculos de sangre al bailar a su alrededor.

—No —responde Ceto—. Muireann del Mar Verde no necesitaba ese tipo de ayuda de mí.

«No lo entiendo». Golpeo la puerta que tengo detrás con el puño, frustrada.

—Muireann podía hacerlo sola. Tu madre era capaz de desprenderse de su cola como una serpiente cuando llegaba a la orilla y volver a transformarse en una sirena en cuanto sus piernas temporales tocaban el agua salada.

«¿Qué? —Me desplomo en el suelo y pego las rodillas al pecho—. ¿Quieres decir que...?»

—Sí. —Ceto permanece inmóvil—. Tu madre tenía poderes. Impresionantes, además.

«Pero eso es imposible —niego con la cabeza—. Muireann del Mar Verde solo era una sirena».

—Todas las sirenas solían tener poderes, Muirgen.

Ceto me pasa una toalla para que me envuelva los pies. Ni siquiera me había dado cuenta de que se me habían vuelto a abrir las heridas y que estaba derramando sangre por el suelo. Me miro los pies, asqueada. «Cuánto desearía recuperar mi cola».

—Esos poderes se desarrollaban el día en que alcanzábamos la mayoría de edad, cuando nuestros cuerpos decidían que ya éramos mujeres. Pero nos

dijeron que tales poderes no eran *apropiados* para una sirena. Nos dijeron que ningún hombre querría unirse a nosotras si éramos más poderosas que ellos. Nos advirtieron que nuestros poderes nos hacían demasiado ruidosas. Demasiado estridentes. Así que las mujeres nos volvimos silenciosas porque nos prometieron que seríamos más felices de ese modo. Y perdimos nuestros poderes. Además, sucedió muy rápido. Si no nos mantenemos alerta, nos pueden arrebatar fácilmente aquello que damos por sentado.

Estiro el brazo en busca de algo que me ayude a mantener el equilibrio mientras de mi pecho brotan brillantes estrellas fugaces. «Pero ¿y los tuyos, Ceto? Tú no perdiste tus poderes».

Se ríe y muestra sus dientes perfectos.

—No, yo no. Era demasiado testaruda para eso.

«¿Y mi madre?» Experimento una creciente sensación de orgullo, algo que nunca he asociado con mi madre. «¿Ella tampoco se rindió?»

—Muireann también era testaruda, pero a ella se le daba mejor disimularlo que a mí. Nadie se enteró nunca de lo de sus poderes, y menos aún el Rey del Mar. Nunca se habría casado con ella de haberlo sabido. Pero Muireann solo tenía suficientes poderes para ella misma; no podía garantizar que vosotras seis también estuvierais a salvo. Por eso acudió a mí y me suplicó ayuda de nuevo.

Quería huir de vuestro Padre y llevaros con ella a tierra. Pero yo no podía realizar ese hechizo sin cobrarme un precio, como hice contigo. La magia es demasiado insondable para eso. Muireann no estaba dispuesta a permitir que mi daga tocara tu carne, ni la de ninguna de tus hermanas. Así que dejó ir a Alexander. Y regresó al reino. Me dijo que quería llegar a casa a tiempo para el cumpleaños de su bebé.

«Pero nos contaron que...»

—Veo que tus hermanas te trajeron la daga —comenta, interrumpiendo mis pensamientos. Todavía aferro el arma con la mano derecha. Ni siquiera me había dado cuenta—. Sabía que no serías capaz de hacer lo que se requería de ti. Eres demasiado blanda.

«Si creías que era blanda, ¿por qué realizaste el hechizo? Si tenías tantas ganas de apaciguar la memoria de mi madre, ¿por qué me hiciste lo único que ella no quería que hicieras?»

—Tu madre no sabía lo desesperada que acabaría estando su hija menor. —La Bruja del Mar dobla el cuello hacia un lado, luego hacia el otro, y oigo crujir las articulaciones—. Creo que ella habría aprobado mi decisión o, por lo menos, la habría entendido. Y esperaba que Oliver se enamorara de ti, de

verdad; pero me dije que, si no lo hacía, volvería a por ti. Te ofrecería otra alternativa.

«¿Otra alternativa?» Estoy demasiado cansada como para hacer algo más que lanzarle una mirada hosca. «Moriré cuando salga el sol. Me has condenado a muerte».

—No. Puedes elegir.

«¿Elegir?» No estoy acostumbrada a elegir.

—Puedes subir a cubierta —me explica, y se anima ante mi atisbo de interés, por muy reacio que sea—. Cuando empiece a salir el sol (y saldrá muy pronto, sirenita, no te equivoques, mis poderes no pueden detener la llegada del día), puedes agarrar la daga y clavártela en el corazón.

«No». Me quedo sin aliento, como si la Bruja del Mar me hubiera arrebatado todo el aire de los pulmones y me hubiera dejado jadeando.

—Tu cuerpo caerá al mar —prosigue—. Donde mis rusalcas te estarán esperando. Te llevarán a las Tierras Sombrias. Allí realizaré los preparativos necesarios. —Se inclina hacia donde estoy sentada en el suelo y me toca el cabello con tanta ternura que algo se desovilla en mi interior, suavemente—. Aunque he de confesar que me parece una lástima que este cabello rojo se vuelva verde.

La aparto de un empujón. «No, nunca podría ser una rusalca».

—¿Y por qué no?

(«Las rusalcas no son como nosotros —nos dijo mi Padre—, no son de sangre real. No las toméis por otra cosa que criaturas patéticas y sanguinarias a las que se debe controlar a toda costa». Mis hermanas y yo asentimos). Miro a Ceto directamente para recalcar mi argumento. «Las rusalcas son feas y están furiosas y...»

—¿Y no tienen motivos para estar furiosas? —me pregunta con una mueca de indignación—. ¿Piensas que tu vida ha sido difícil, princesa Muirgen? Tú no sabes lo que significa esa palabra.

Intento ponerme en pie y extendiendo la mano hacia ella. Suplico indulgencia.

«Pero las rusalcas...»

—Las rusalcas son las abandonadas, las víctimas, las huérfanas y las maltratadas. —Los ojos de Ceto destellan de irritación—. Merecen tu compasión. Es duro ser una mujer en este mundo, ya sea bajo el mar o si sales a la superficie. Lo comprobaste esta noche, ¿verdad?

(La mano de Rupert alrededor de mi garganta, la otra tirando de mi ropa interior, buscando obtener placer sin mi permiso. Creo que no le habría

gustado tanto si no me hubiera resistido). —Las rusalcas han soportado cosas mucho peores —continúa—. No había nadie allí para escucharlas gritar «no». O tal vez sí lo había, pero ese «no» no se consideró digno de ser escuchado. Tal vez lo escucharon y no les importó. Los hombres que no quieren escuchar pueden transformar fácilmente el «no» de una mujer en un «sí».

Me imagino arriba en la cubierta, alzando la daga, hundiéndola profundamente, vomitando sangre entre los dientes. Mis hermanas gritando. «No puedo hacerle eso a mi propio cuerpo. No puedo infligirme más daño».

—Gaia. —Ceto usa mi nombre real por primera vez—. No estoy segura de que sea buena idea regresar al reino de tu Padre. Le dije lo mismo a Muireann cuando vino a verme el día de tu cumpleaños. Se lo advertí. «Vete con Alexander —le dije—, y ya encontraré la forma de llevarte a tus hijas después». Le prometí que encontraría una solución, pero regresó al palacio de todos modos. Supongo que no soportaba la idea de perderse tu cumpleaños. Ese fue su error. —Inspira hondo—. Fue su último error. Mi hermano se aseguró de ello.

«¿Qué estás...?»

Un momento. Un momento.

Me viene a la mente una imagen de mi Padre clavando su lanza en el pez situado más cerca. Observando cómo se retuerce hasta morir en la punta del arma. «¿Sabes lo que les hago a las sirenitas que se enamoran de humanos?»

—Sí —dice Ceto, mientras me acurruco en posición fetal en el suelo.

No quiero que sea verdad y, sin embargo, de alguna manera, en el fondo de mi ser, creo que siempre lo he sabido, pero no podía admitirlo. Era demasiado peligroso hacerlo.

—Tu Padre es un hombre orgulloso. Prefería verla muerta antes que enamorada de otro.

«¿Mi... mi abuela lo sabía?»

—Tu abuela tiene miedo —contesta Ceto con amabilidad—. Siempre ha tenido miedo. Sospecha que el Rey del Mar podría haber estado involucrado en ello, igual que sospecha que la muerte de Manannán podría haber sido más complicada de lo que le contaron. Pero no hace demasiadas preguntas ni intenta saber demasiado. Así es más seguro para ella.

«Deja de hablar». No puedo seguir escuchando. La esperanza se hace añicos en mi interior, forma ampollas, me prende fuego. Me doblo de dolor, mi cuerpo se sacude presa de sollozos silenciosos. Mi madre ha muerto, y fue a manos de mi Padre. Mi madre, y todo lo que sacrificó por nosotras. Mi madre, que solo quería protegernos. «Regresó por mi cumpleaños. Regresó

por mí». Y mi Padre nos dijo que no nos quería. Nos dijo que era una mala madre, que nos abandonó.

Nos dejó creer que era fácil abandonarnos, porque eso nos mantenía sumisas.

Asustadas. Fáciles de controlar. Algo se endurece dentro de mí, y permito que ocurra. Mejor dicho, lo recibo con los brazos abiertos. Me volveré dura. Me volveré de hielo. «Mi Padre nos permitió creer que era culpa nuestra». Levanto la cabeza y miro a la Bruja del Mar a los ojos.

«Estoy furiosa, Ceto. Nunca he sentido tanta ira. ¿Ya estás contenta?»

—Tictac, sirenita. Se acaba el tiempo. —Me toma las manos entre las tuyas—. Posees poder dentro de ti, como todas las mujeres, independientemente de lo que te haya hecho creer tu Padre. ¿Confías en ese poder, Gaia?

Nunca antes he tenido autonomía. Aparte de ir a ver a la Bruja del Mar, siempre me he limitado a hacer lo que me decían. Parecía más fácil así. Más seguro. Tal vez fuera como mi abuela y apartara la mirada para seguir sintiéndome cómoda.

—Estarás a salvo con nosotras —me asegura Ceto—. Únete a nosotras, te lo suplico. Únete a la verdadera hermandad de mujeres en nombre de tu madre.

Puedes ayudarnos a lograr la paz, de una vez por todas, librando al reino de tu Padre y de su ejército de sirenos ávidos. Podemos enseñarles a las mujeres a recuperar sus poderes. Siguen ahí, en cada una de ellas, enterrados tan profundamente que creen que los han perdido para siempre. Pero podemos enseñarlas. Ese puede ser tu legado, Gaia.

Si me uno a las rusalcas, ¿qué implicaría eso? Soy Muirgen, la hija del Rey del Mar. Soy Gaia, la sirena que quería demasiadas cosas, que alzó la vista y se enamoró de un chico. Y soy Grace, la chica que bailaba con los pies destrozados, sonriendo a pesar del dolor, como si no pasara nada.

«¿Quién soy ahora?»

—¿Que quién eres? —repite ella, dándole voz a mis pensamientos—. Apostaría a que la pregunta más importante es: ¿quién *serás*? ¿Quién quieres ser ahora? —Ceto olfatea el aire y levanta la cabeza bruscamente. Sonríe—. Justo a tiempo.

«¿Qué pasa?» Yo también miro hacia arriba, como he hecho siempre, pero no sé qué estoy buscando en este momento.

—Se avecina una tormenta —dice la Bruja del Mar—. ¿Estás lista para cantar, sirenita?

Capítulo 21

El resplandeciente cielo se refleja en el mar plano y lo vuelve de color púrpura.

Este mundo es precioso. ¿Por qué nunca llegué a reconocer del todo lo hermoso que era? Estaba tan ansiosa por hacer que Oliver se enamorara de mí para que mi vida «real» pudiera comenzar que olvidé quedarme quieta y apreciar lo que me rodeaba. Durante un segundo, respiro el aire ardiente, noto el leve sabor de la creciente luz del sol en la lengua. Puedo oír a mis hermanas hablando entre ellas.

—¿Dónde está?

—Queda poco tiempo.

—Os dije que no sería capaz de hacerlo.

—Cállate, Cosima.

—No me digas que me calle, Talia.

—Hermanas, *por favor*. Este no es el momento ni el lugar para discusiones insignificantes.

No puedo contener una sonrisa. Mis hermanas siempre están igual. ¿Seguirán peleándose así a medida que pasen los años? ¿Cuando Nia se case con Marlin y vendan al resto al mejor postor? ¿Después de que nazcan sus hijos, a los que nunca conoceré? Hijos que yo nunca tendré. Tal vez convertirme en madre habría compensado el hecho de no tener madre. Tal vez me habría hecho feliz.

Pero, al final, solo me queda desear que mis hermanas sean felices en mi lugar.

Les deseo que solo tengan hijos varones.

Cierro los ojos y pienso en mi madre. Intentó salvarnos, *regresó a por nosotras* y la mataron por ello. Y pienso en mi Padre.

La Bruja del Mar me contó que la esperó junto a las rocas situadas más cerca del mundo de los humanos, cubiertas de musgo resbaladizo y mejillones. Mi madre había intentado disimular su miedo al verlo.

—Solo fui a nadar un rato antes del cumpleaños de Gaia —le dijo.

—Sé lo que has hecho —contestó él, y siguió repitiéndolo hasta que ella admitió la verdad.

—Pero puedo cambiar —le aseguró mi madre—, he aprendido la lección. Entonces había empezado a implorar piedad. Por sus hijas.

—Es demasiado tarde —sentenció el Rey del Mar mientras agarraba su tridente. Y le rompió la columna con él.

Puedo escuchar gritos ahora, las voces de mis hermanas desgarran el aire. Los chillidos impiden captar cualquier rastro de frases inteligibles; no es más que una mezcla de palabras compuesta de «no», «por favor», «lo siento», «no nos hagáis daño». Y «Padre». «Padre». «Padre».

El Rey del Mar ha venido a por nosotras. Ese hombre no merece que lo llamen «Padre». Nos ató cuerdas a las manos y nos hizo bailar como marionetas.

Asesinó a nuestra madre y nos hizo creer que ella prefirió abandonarnos.

—¿Qué significa esta insubordinación? —pregunta el Rey del Mar e, incluso ahora, el sonido de su voz me hace bajar los ojos y encorvar los hombros para intentar demostrarle que no supongo una amenaza.

Nunca más. Me obligo a ponerme derecha. No me encogeré ante este hombre ni un momento más.

—Lo sentimos...

—No pretendíamos...

—Se nos ocurrió que si...

—Silencio —ruge el Rey del Mar desde el agua—. ¿Qué clase de sirenas sois para desobedecer a vuestro Padre de esta manera? ¿No sabéis lo que es la lealtad? ¿No sentís ni pizca de gratitud por todo lo que he hecho por vosotras?

Mis hermanas gimotean a modo de respuesta. Alguien llora histéricamente (Cosima, creo) y oigo el sonido de carne chocando contra carne (una bofetada violenta) y un grito. «¿Cómo se atreve a hacerle daño a otra de nosotras?»

—Os ordené que os callarais. No digáis que no os lo advertí.

Me acerco sigilosamente, me aseguro de mantenerme oculta. Me siento en el borde de la escotilla del barco, donde el capitán me trajo antes, y me asomo alrededor de la proa de madera. Mi Padre está allí, con mis hermanas. De algún modo, parece más pequeño de lo que lo recordaba, con la cola sumergida en el agua y el cabello más gris que nunca.

—¿Qué os habéis hecho? —brama el Rey del Mar mientras golpea con los nudillos la cabeza calva de Talia. Ella retrocede y luego adopta un estudiado aire inexpresivo que elimina cualquier atisbo de miedo o dolor. Vuelve a estar

guapa, como prefiere nuestro Padre—. ¿Dónde está vuestro cabello? ¿Esto es algún tipo de broma?

—Queríamos salvar a Gaia...

—No la llares así. Ese nombre está maldito. Vuestra madre quería llamarla así. Y mirad cómo acabó.

Observo sus rostros, uno por uno, y veo reflejado en ellos lo mismo que pienso yo. Intentan ocultarlo, pero puedo verlo en sus ojos. «¿Me pasará algo malo, puesto que mi madre no me quería? —se preguntan—. Estoy dañada. Es culpa mía. Es culpa mía».

Nos culpamos a nosotras mismas. Odiamos a nuestra madre. Y nada de eso era cierto.

—Lo único que os he pedido es que estéis guapas y sonriáis cuando se os pida —prefiere mi Padre—. ¿Acaso es tan difícil? ¿Lo es? ¿Por qué tenéis que ser todas tan inútiles?

«Déjalas en paz», pienso mientras aprieto los puños, con ganas de pelea.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta el Rey del Mar mientras se gira para mirar hacia el barco—. ¿Quién ha dicho eso?

«Deja. A. Mis. Hermanas. En. Paz», pienso de nuevo. Las palabras brotan de mí, retumban, reverberan en la madera de este yate y se elevan en el aire matutino. Es *mi voz*.

—Muirgen —me llama mi Padre, que me busca por los alrededores—. Muirgen, ¿dónde estás?

Me quedo inmóvil, con los dedos en la garganta. He recuperado mi voz. Me doy cuenta de que los pies tampoco me duelen ya. ¿Ceto me ha lanzado otro hechizo sin yo saberlo?

—Muirgen —dice el Rey del Mar, y baja la voz de forma peligrosa—. Si no apareces de inmediato, voy a arrancarles el cuero cabelludo a tus hermanas, una por una.

Oigo un grito bajo, reprimido. Mis hermanas tienen miedo, justo como él quiere. Solo se siente un verdadero rey cuando le tenemos miedo.

—No querrás cargar con eso en tu conciencia, ¿verdad, querida?

El tridente golpea contra el costado del barco, una vez, y luego otra. Se está impacientando. Está tan acostumbrado a que lo obedezcamos al instante que no sabe lo que significa esperar.

—¿Cuál es tu favorita, Muirgen?

Me asomo de nuevo y lo veo agarrar a Sophia por el cuello y girarla contra él para apoyar el tridente contra su corazón. Ella no gimotea, como

habrían hecho mis otras hermanas, sino que se limita a clavar la mirada en el cielo como si rogara intervención divina.

—Pídele que salga, Sophia —dice el Rey del Mar. Se lo susurra al oído y, sin embargo, de algún modo, puedo escucharlo perfectamente, a pesar de lo lejos que estoy de ellos y de los incesantes sollozos de Cosima—. Explícale a tu hermanita lo asustada que estás ahora mismo.

«Suéltala». Me dirijo con paso firme al lateral del barco y bajo la mirada hacia el Rey del Mar y mis hermanas. No tengo miedo, y mi Padre se da cuenta; es como si poseyera un sexto sentido para detectar nuestro miedo. Esto no es lo que se esperaba. «He dicho que la sueltes».

—Hermana —dice Talia, tiene los ojos abiertos como platos—. Hermana, ¿cómo puedes hablar sin mover los labios?

—Cállate, Talia —le ordena mi Padre, y ella contrae el rostro—. No me extraña que ningún hombre haya pedido todavía tu mano, no haces más que parlotear.

«No les hables así a mis hermanas. —Mi voz es más fuerte, y descubro que me gusta cómo suena—. ¿Me has escuchado, anciano?»

—¿Muirgen? Muirgen, ¿cómo te atreves a ordenarme que me...?

«¿Que cómo me atrevo a qué? ¿No te he dicho que te callaras?»

Mis hermanas me miran, boquiabiertas. Así no es como nos han enseñado a comportarnos.

«Cosima. —Mi hermana sigue llorando y se cubre el rostro fruncido con la mano—. Cosima, todo irá bien».

—Déjate de tonterías —le grita mi Padre mientras se vuelve hacia ella y me ignora—. Tu única baza es tu belleza, ¿también quieres estropear tu rostro?

«Todas somos más que eso».

—¿Cómo dices? ¿Sois más que qué? —pregunta él, con la cara roja de rabia.

«Somos más que unos rostros hermosos».

(Recuerdo la advertencia de Eleanor acerca de que la belleza se desvanece con el tiempo y lo que me dijo sobre que ella habría hecho que su hija fuera fuerte, y sé que mi madre habría hecho exactamente lo mismo, si le hubieran dado la oportunidad). «Necesitabas que estuviéramos calladas y asustadas, ¿verdad, Padre? Nos enfrentaste a unas contra otras, nos obligaste a competir entre nosotras... y ¿por qué? ¿Porque te daba miedo lo que pasaría si trabajábamos juntas? ¿Lo fuertes que podríamos ser?»

—¿Fuerteres? —me espeta—. ¿Vosotras? Las hijas no están hechas para ser fuertes.

«Nuestra madre quería que fuéramos algo más que tus peones, ¿verdad? Le importábamos tanto que estaba dispuesta a sacrificar su libertad para estar con nosotras». Durante toda mi vida, lo único que he tenido es la esperanza de que tal vez mi madre siguiera viva, de que tal vez estuviera esperando que la encontrara y la rescatara. Esa esperanza ha desaparecido para siempre, pero la verdad va creciendo rápidamente en su lugar, extiende sus manos para tocar los costados de mi cuerpo. Podría subirme al lateral del barco y mantenerme en equilibrio sobre la barandilla con las manos levantadas hacia el cielo. Tomadme, dioses, gritaría, pues ya no tengo miedo. Tomadme y haced lo que queráis conmigo.

—¿Cómo te atreves? —dice mi Padre. Le empieza a temblar el ojo izquierdo: lo estoy poniendo nervioso—. Y no vuelvas a mencionar a esa mujer en mi presencia. Era una puta. Se merecía la suerte que corrió.

«¿Ah, sí? ¿Y qué suerte fue esa, Padre?»

—Vaya —me contesta, con aire burlón. Me invade un destello de ira. Se arrepentirá de eso. Se arrepentirá de todo esto—. ¿Te has olvidado de lo que le hicieron los humanos? Los humanos a los que tanto quieres, por los que has abandonado a tus hermanas. —Blande el tridente y las apunta con él, y ellas se inclinan ante él—. Los humanos se llevaron a tu madre. La destruyeron.

Suelto una carcajada, un zumbido que vibra en la base de mi garganta hasta que brota de mi boca. Luego choca contra el agua y lanza olas contra mi Padre como si fuera un tsunami. Él acaba farfullando y limpiándose la sal de los ojos mientras intenta apartar el agua con su tridente. A estas alturas, ya debería saber que el mar siempre gana.

—¿Cómo haces esto? —exige saber. Está asustado. Por primera vez en mi vida, he asustado a mi Padre.

«Parece que no eres el único con poderes».

—¿Gaia? —dice Sophia, lívida—. Gaia, ¿qué...?

«No tengáis miedo, hermanas». Alzo las manos para que vean que no supongo una amenaza para ellas. Quiero protegerlas, empoderarlas. Somos mujeres. Y, después de todo, las mujeres son guerreras.

—Deberíais tener miedo —les advierte el Rey del Mar, pero se pasa la lengua por los labios con nerviosismo—. Vuestra hermana se ha vuelto loca. El tiempo que ha pasado con los humanos le ha podrido el cerebro. —Levanta su tridente—. Nos retiraremos al reino y la dejaremos aquí.

Nia mueve la boca: «Diez minutos, Gaia».

«¿Por qué no hablamos de los humanos, Padre? Después de todo, tú has sacado el tema. —Me inclino hacia delante contra la barandilla y apoyo la barbilla en el puño cerrado: la viva imagen de la despreocupación—. Estoy segura de que a mis hermanas les encantaría saber más de ellos. Sobre todo, de uno en particular: Alexander Carlisle».

—Chicas —las llama, agarra a Sophia y a Cosima por la nuca y les lanza un gruñido a las demás para que lo sigan.

«No tan rápido». Entorno los ojos y siento cómo un anillo de fuego arrasa mis pupilas. Mi Padre aparta las manos bruscamente mientras le brota humo de las palmas. Sumerge las manos en el agua, aúlla de dolor, y yo me parto de risa.

Caigo en la cuenta de que sueño como una bruja.

—¿Quién eres? —me pregunta mi Padre mientras se mira las manos chamuscadas.

«Soy Gaia, hija de Muireann del Mar Verde. —Mi voz es fuerte, y muy alta. Cuanto más alto hablo, más nervioso se pone mi Padre. ¿Eso era lo que él temía, todo este tiempo? ¿Que sus hijas alzarán sus voces y se negarán a ser silenciadas?—. Y te pido que nos cuentes qué le pasó a nuestra madre».

—Vuestra madre se encaprichó del mundo de los humanos —contesta él, recita la historia que todas conocemos perfectamente—. Nadó demasiado cerca de la superficie y la atraparon. Los humanos se la llevaron y, aunque yo quería salvarla, no quise poner en peligro...

«No —rujo, mientras mi voz se quiebra y se agrieta. El cielo se oscurece, a pesar de que está saliendo el sol. Estoy haciendo que caiga la oscuridad. Tengo el poder—. No. Cuéntanos la verdad».

—Muirgen —dice mi Padre—. Gaia, por favor.

«Era muy hermosa, ¿verdad? Muireann del Mar Verde. Hermosa, pero inconformista. Ella ansiaba algo más, algo que ni siquiera podía identificar».

—Era rebelde —repite él—. Tienes que comprenderlo. Se negaba a seguir las normas. Era diferente al resto de nosotros.

«¿Y qué tiene de malo ser rebelde? —Miro directamente a Nia mientras pronuncio estas palabras. Sus ojos brillan a causa de las lágrimas contenidas y sé que entiende lo que intento decirle—. ¿Qué tiene de malo ser diferente?»

—Lo hice por su propio bien —afirma mi Padre—. Por vuestro propio bien.

Necesitabais que vuestra madre os diera mejor ejemplo, necesitabais un modelo que seguir que fuera *puro*. Lo hice por vosotras. Lo hice por todas vosotras.

«Cállate». Exhalo, y sopla un viento repentino que le arranca su querido tridente de la mano. Él intenta agarrarlo, pero me concentro de nuevo y me imagino que una cuerda le rodea las muñecas. Veamos si le gusta estar atado. No puede moverse. No se lo permitiré.

«Mataste a nuestra madre». Las palabras escinden el cielo y se transforman en nubes negras. Nadie dice nada; mis hermanas guardan silencio. Tienen los rostros cenicientos como si, en cierta medida, ellas también hubieran sabido siempre que esta era la verdad.

—Mamá —repite Talia una y otra vez, como una niña pequeña—. Mamá.

«Ceto me contó la verdad. —Lo miro fijamente a los ojos, sin miedo—. Mataste a nuestra madre».

—Yo no... —comienza a decir el Rey del Mar, pero apenas se lo oye a causa del llanto de Talia—. Quería protegeros. —Mira a mis hermanas, una por una, en busca de apoyo, antes de volverse hacia Cosima—. Mi querida hija, tú no crees esto, ¿verdad?

No está segura. Su mirada pasa rápidamente de mí a nuestro Padre. No sabe qué creer.

«Mataste a nuestra madre», repito.

Y, esta vez, mis hermanas se alejan del Rey del Mar y lo dejan solo. Ese era su mayor temor, por supuesto. Pues ¿quién sería el rey si no tenía a quien dominar?

¿Cómo podría enorgullecerse de sí mismo si no podía menospreciar a sus hijas?

—No —protesta mientras intenta acercarse a ellas.

Le ordeno que se quede inmóvil mientras susurro conjuros en mi mente. No sé cómo conozco estos hechizos, es como si las palabras estuvieran grabadas dentro de mi alma. Siempre habían estado allí, esperando a que las encontrara.

El Rey del Mar se hunde como si lo rodearan arenas movedizas.

—Ayudadme —farfulla mientras escupe agua, pero ninguna de mis hermanas se mueve.

Me imagino sus branquias cerrándose, taponándose. Ahora sabrá lo que se siente cuando te roban tu último aliento, como le ocurrió a mi madre.

—No —dice mi Padre, jadeando—. Muirgen. Muirgen, por favor, no hagas esto.

«No me llames así. Me. Llamo. GAIA».

Un relámpago ahorquillado, parecido a una serpiente, lame el cielo.

«Me llamarás por mi nombre, anciano. Harás lo que yo te ordene, para variar. —La luz da paso a la oscuridad y cubre el sol—. Someteré este mundo como me plazca, de formas con las que tú solo podrías soñar».

—Zale vendrá —grita el Rey del Mar mientras se esfuerza por mantener la cabeza fuera del agua—. Da igual lo que me hagas, Zale traerá un ejército y librará esta guerra. Os destruirá a todas.

«Ya sé que Zale vendrá. —Se me hace agua la boca al pensar en ello, en lo que le haré. Lo que les haré a todos—. Y me ocuparé de él, Padre. ¿No es eso lo que siempre me has dicho que hiciera? No te preocupes por Zale».

—No puedes hacer esto. —Ahora está llorando. Mi Padre, que nos decía que las lágrimas eran un signo de debilidad y se deberían evitar a toda costa—. Solo sois *chicas*.

«Puede que seamos chicas», contesto mientras levanto la mano para que pueda ver la daga de la Bruja del Mar. Su cabeza se balancea arriba y abajo y su boca forma la palabra «no» cuando se hunde en el agua, como si le hubieran atado un ancla de acero alrededor de la cola. Deslizo la daga hacia un lado y la giro, me imagino que una gruesa aguja se cierne sobre el rostro del Rey del Mar y se clava en su carne y le cose los labios con hilo negro. Quizá sea hora de que mi Padre experimente lo que es que te silencien.

«Pero las “chicas” ya no tenemos que obedecerte».

Mi Padre se hunde, más y más. Su cuerpo descenderá hasta el reino, como todos los humanos antes que él, con los ojos todavía abiertos, como si buscara algo. Seguirá buscando eternamente.

«Hermanas —digo. Están apiñadas, pálidas por la impresión—. Quiero que recordéis siempre lo poderosas que sois. Nunca permitáis que nadie os arrebate eso, ni que intenten haceros sentir inferiores. Ahora el reino necesita que seáis valientes. —Miro a Nia de nuevo y pienso en lo que me dijo Ceto—. El reino necesita que seáis fieles a vosotras mismas. —Y mi hermana me sonrío—. Ser ella misma es lo más importante que puede hacer cualquier mujer».

—¿Por qué hablas así? —me pregunta Sophia—. Todavía tienes tiempo para usar la daga como indicó la Bruja del Mar. ¿Por qué parece que te estés despidiendo?

«Porque es lo que hago».

Deslizo la daga por el aire, disipo el manto de oscuridad y le doy paso al día.

El sol continúa saliendo. El sol siempre está ahí, incluso cuando no podemos verlo.

—¡Gaia! —les escucho gritar a mis hermanas mientras alzo la daga y le pido al cielo que la bendiga, que la santifique para esta tarea profana—. ¡Gaia, no!

Por favor, no lo hagas.

(«¿Quién eres? —dice la voz de Ceto en mi cabeza—. Y, lo que es más importante, ¿quién serás?») Por primera vez en mi vida, puedo elegir. Puedo ser lo que quiera ser.

Seré una guerrera, decido mientras blando la daga por el aire y me la clavo en el corazón. El intenso dolor amortigua los gritos de mis hermanas. («Os quiero, hermanas. Os quiero a todas»). Me dejaré crecer las uñas hasta convertirlas en garras y me limaré los dientes hasta transformarlos en cuchillas. Les arrancaré la piel de los huesos a los hombres como mi Padre. Los despedazaré y me los comeré crudos. Oh, les prenderé fuego y devoraré sus cenizas.

Seré una rusalca. Y me vengaré.

«Madre. Madre, ¿puedes oírme?»

Agradecimientos

Me gustaría darle las gracias a Lauren Fortune por proponerme la idea para *Soñar con la superficie*, lo que me ha permitido cumplir el sueño que tenía desde hace mucho tiempo de reinterpretar esta historia desde una perspectiva feminista. Tu entusiasmo, ánimo y apoyo hicieron que el proceso de escribir y editar esta novela fuera todo un placer. Me ha encantado trabajar contigo.

También me gustaría darles las gracias a Genevieve Herr, David Levithan, Lorraine Keating, Róisín O'Shea, Eishar Brar, Andrew Biscomb y a todos los empleados de Scholastic por trabajar tan duro en este libro.

Gracias a mis maravillosos Padres, como siempre, y a mi hermana, Michelle.

Gracias a mi agente, Rachel Conway, y a Teresa Coyne por enviarme ensayos increíblemente útiles sobre mitología y cuentos de hadas de sirenas.

Gracias a mis amigos y familiares, que me demostraron una paciencia extraordinaria mientras escribía esta novela. Un agradecimiento especial para Grace O'Sullivan, a quien le robé su precioso nombre para mi sirena.



LOUISE O'NEILL, autora irlandesa, nació en 1985 y creció en Clonakilty, una ciudad pequeña en West Cork, Irlanda. Se graduó con honores en el Trinity College Dublin, donde estudió Literatura Inglesa. Posteriormente, obtuvo el título de Máster en Adquisición de Moda del Dublin Institute of Technology. Se mudó a Nueva York en 2010 donde realizó prácticas como asistente de estilista para la estilista jefe de la revista *Elle*, Kate Kanphear.

Tras regresar a Irlanda en 2011, O'Neill empezó escribir su primera novela *Only Ever Yours*, publicada en 2014 por *Quercus*. Desde entonces ha sido galardonada con el premio Sunday Independent Newcomer of the Year en la edición 2014 de los Bord Gáis Energy Irish Book Awards; el premio Children's Books Ireland Eilís Dillon Award al Primer Libro Juvenil y ha inaugurado el palmarés de The Bookseller YA Book Prize 2015. El consecuente éxito de esta primera novela obligó a *Quercus* a re-editarla para el público adulto a principios de 2016.

Escribe principalmente literatura juvenil, con gran hincapié en asuntos feministas. El periódico británico *The Guardian* calificó a O'Neill como «la mejor escritora de YA (literatura juvenil) viva hoy en día».

Actualmente, está trabajando como periodista *freelance* para una variedad de diarios nacionales irlandeses y revistas, cubriendo asuntos feministas, moda y cultura pop. Durante 2016, ha trabajado como columnista semanal para el

Irish Examiner. También ha sido una de las colaboradoras de *I Call Myself a Feminist*, una colección de ensayos de mujeres menores de 30 años explicando por qué se definen como feministas, publicado por Virago a principios de 2016.